

Serie
REPORTEROS
Vol.3

MARILÓ LAFUENTE
PALABRAS
DE
Papel

PALABRAS
DE
Papel

Serie
REPORTEROS
Vol. 3

MARIÓ LAFUENTE

Primera Edición: febrero de 2020
Título original: Palabras de papel
Serie: Reporteros, vol. 3
Copyright @ Mariló Lafuente, 2020
Diseño de portada: Alexia Jorques
Corrección: Raquel Antúnez
Maquetación: Raquel Antúnez
Imagen interior: diseñada por Freepik

Prohibida la reproducción total o parcial, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, en cualquier medio o procedimiento, bajo las sanciones establecidas por ley.

A ti, Jaime, por todas las veces que me veo reflejada en tu forma de ser. Por ser tan paciente y generoso, un poco testarudo, pero muy buena persona y eso, como madre, hace que me sienta muy orgullosa de ti. Mi vida estuvo completa cuando tu llegaste a ella. Te quiero.

Índice

[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Epílogo](#)
[Agradecimientos](#)
[Biografía](#)

Capítulo 1

Maca no apartaba los ojos de Julia. Intentaba hablar, pero lo único que conseguía era abrir y cerrar la boca igual que un pez fuera del agua. Sus ojos estaban tan abiertos que casi se salían de las órbitas, no podía creer lo que estaba viendo, su amiga no podía ser la responsable de aquel desastre, ¿o sí? No tuvo nada más que observar su gesto para saber con certeza que ella era la artífice de ese encuentro y la única responsable.

Estaba a punto de chillar como una histérica.

Julia, a través del enorme ventanal, le pedía perdón juntando las manos y poniendo cara de arrepentimiento. No quiso permanecer allí ni un minuto más y volvió al salón dejando a Maca completamente sola; bueno..., con Bruno.

Antes de marcharse, se quedó durante unos segundos asegurándose de que empezaban a hablar. En cuanto vio que dialogaban con serenidad, se incorporó de nuevo a la fiesta atravesando todo el salón hasta que llegó al lado de su marido. No estaba solo, sino que hablaba animadamente con José.

Se acercó a ellos y, sin decir nada, buscó la protección y seguridad que siempre le daban los brazos de Diego. Tenía serias dudas y no sabía si había hecho bien al interferir en la vida de su amiga. Después de llevar..., ¿cuántos meses separados? ¡La friolera de siete! Ahora la invadía la incertidumbre. ¿Habría actuado bien? Un escalofrío la recorrió alertando a Diego, el cual se agachó hasta su oído.

—¿Tienes frío? —preguntó pasando la mano por su brazo para intentar reconfortarla. Podía sentir cómo tenía el vello totalmente erizado.

—No. —Fue un «no» lleno de recelo, indecisión y sobre todo de agobio. —Diego la conocía bien, sabía que no era normal ese tono dudoso y mucho menos en una cuestión tan simple. La miró con más atención y en sus ojos advirtió dos sentimientos que no solía percibir en ella; indecisión y temor. La interrogó sin necesidad de palabras, como muchas veces se comunicaban. Julia, antes de contestar, se volvió a abrazar contra su torso con más fuerza y, una vez que la cercanía de Diego la tranquilizó, sin levantar la cabeza le contó lo que había hecho—. Bruno me llamó hace cosa de un mes. Me contó qué era de su vida y que necesitaba saber cómo estaba Maca porque tenía que hablar con ella. Me explicó todo lo que había sucedido durante los meses que había vivido lejos de ella y me convenció.

—¿Qué has hecho, Julia? —preguntó Diego lleno de temor.

Conocía a su mujer y sabía que era capaz de hacer un disparate, aunque su intención fuera la de ayudar.

—Le dije a Bruno dónde podía encontrar hoy a Maca —respondió con rapidez.

Su voz no sonaba segura ni tajante como en otras ocasiones, todo lo contrario; era indecisa, temerosa de haberse equivocado y provocarle a su querida amiga un sufrimiento gratuito.

—¿Y los has dejado solos? —recalcó Diego.

Su mujer no podía ser tan ingenua y actuar de una forma tan irresponsable.

Julia no tuvo fuerzas para contestar y simplemente movió la cabeza afirmativamente. Sentía una quemazón y una inquietud que la estaban matando. Nunca se perdonaría si le hacía daño a Maca, aunque su intención fuera buena.

—Bruno se puso en contacto conmigo. Llevaba días intentando hablar con ella sin conseguirlo.

—Quizás era porque, simplemente, ella no quería hacerlo —le recriminó Diego.

—Me pidió ayuda, y que sepas que en un principio me negué. Pero, en cuanto me contó cuánto la amaba y con la angustia que me lo decía, no pude resistirlo por mucho tiempo. Me convenció —declaró con una fuerte exhalación.

—Eres una blanda. —Rio José.

—Y una loca insensata —volvió a recriminarle su marido.

—Me contó los motivos de su ausencia, y pensé que era injusto que siguieran separados. Solamente quise ayudarlos —se defendió ella.

—Pero le has preparado una encerrona —le recordó Diego.

—¿Quieres no volver a recordármelo? —suplicó Julia—. ¡Lo sé! Pero ¿cómo lo hacía? Esa terca nunca hubiera consentido verlo de otra manera —recalcó señalando hacia la puerta de entrada.

—No quiero pensar en cómo reaccionará Maca, no puedo imaginarlo —añadió José.

—Ese es el problema que, en cuanto vi a Bruno, empezaron a invadirme las dudas. ¿Y si mi buena intención la hace sufrir más de lo que ya está padeciendo?

José, a su lado, no pudo evitar salir en defensa de su adorada amiga.

—Creo que has hecho bien —comentó antes de seguir hablando—. También a mí me llamó Bruno y estuve a punto de decirle dónde podía encontrarla, pero al final no tuve el suficiente valor para hacerlo.

»Siempre has sido más valiente que nadie, Julia. Bruno está sufriendo y tiene a sus espaldas una dura historia con una difícil solución y él la ha encontrado. Creo que merece todo nuestro apoyo y comprensión. Maca sigue enamorada de él y, aunque haya pasado mucho tiempo, no pueden olvidarse el uno al otro. Yo aplaudo lo que has hecho, has sido el instrumento, la que ha puesto en su camino la oportunidad para que hablen. No te arrepientas. Ahora dependerá únicamente de ellos y, si de verdad se aman, el sentimiento ganará, de eso estoy seguro.

Julia, soltándose de su marido, se colgó del cuello de su adorado José. Le dio mil besos dejando todo el carmín de sus labios en las mejillas de su amigo. Una sonrisa llena de confianza volvía a iluminar su semblante.

—¡Gracias! Desde el primer día en que nos conocimos me has comprendido, a pesar de lo que pensaste de mí.

Las carcajadas de José no se hicieron esperar recordando aquella noche en un hotel de Túnez, en la cual la melancolía les hizo confesarse muchas cosas.

—¡Sois unos maleducados! Podríais contar el chiste, al menos nos reiríamos todos y no solo vosotros —protestó Diego, molesto por aquella broma que lo discriminaba.

—Es una tontería. Una noche de bajón y llena de melancolía en la que nos hacíamos muchas confidencias, le expliqué que la primera vez que la vi me pareció una estirada. Daba la impresión de que siempre llevaba un palo metido en el culo. —Rio José.

En esos instantes comenzaba el baile. Todos se acercaron hasta la enorme sala contigua al salón donde se había celebrado el banquete de bodas. Andrea y Héctor salieron a pista, la melodía que habían elegido para abrir el baile no era el clásico vals, como todo el mundo esperaba. Quisieron comenzar con una preciosa canción que tenía un significado especial para ellos, *Y sin embargo*, de Sabina. Les daba igual si no tenía un ritmo adecuado para ningún baile tradicional, pero en todos sus momentos, tanto en los dolorosos como en los más felices, había estado presente y, en esa ocasión, no podía faltar.

Después de ese primer baile, Andrea cogió el micrófono sorprendiendo a todo el mundo.

—Solo dos palabras, después seguimos bailando. Esta canción se la dedico a una persona muy

importante y especial que siempre ha estado a mi lado en todos los momentos de mi vida; los buenos y los malos. En cuanto empiece va a saber quién es. Te quiero, gracias por estar siempre conmigo. ¡Venga, seguimos con la fiesta! —gritó Andrea.

La canción que comenzó a sonar extrañó a todo el mundo, que se miraban de unos a otros para intentar descubrir a quién se la había dedicado, no solo la canción, sino aquellas emotivas palabras.

En cuanto empezó a sonar *Días de verano*, Julia se llevó las manos a la boca para tapar y sofocar los sollozos que salían sin remedio. Se encontró con la mirada cómplice de su cuñada, que le guiñaba un ojo mientras bailaba en los brazos de Héctor, el cual también le sonreía.

Diego la tomó en brazos y la llevó hasta la pista. Se mecieron mientras Julia se calmaba apoyada en el pecho de su marido. Cuando por fin el sosiego volvió a ella, le preguntó:

—Tú lo sabías, ¿no?

—Sí. Cuando mi hermana me explicó los momentos en los que escuchabas esta canción no pude evitar que me doliera el alma. Siento tanto todo el sufrimiento que te causé que a veces pienso que no merezco tanta felicidad. Te amo con toda mi alma.

—¡Joder con los hermanos! No vais a permitir que deje de llorar hoy, ¿verdad?

Sin decir nada más, aunque las lágrimas de felicidad seguían fluyendo, continuó bailando.

Mientras dentro de la masía la fiesta estaba en su punto más alegre y festivo, donde los comensales bailaban y bebían a la salud de los novios, en la entrada el ambiente, a pesar de la calurosa tarde de junio, era gélido.

Maca observaba cómo Julia desaparecía y los nervios se la comían por dentro. Tenía al hombre que amaba justo detrás de ella. Le costó volverse hacia él, pero no era ninguna cobarde y siempre le había gustado encarar los problemas de frente. La presencia de Bruno la había cogido totalmente por sorpresa, pero no estaba dispuesta a dejarse convencer con unas vacías palabras. Durante aquellos meses de distanciamiento, ella había ido construyendo un caparazón alrededor de su roto corazón para poder seguir viviendo. Lo había conseguido haciéndose más fuerte y no estaba dispuesta a tirar por la borda el trabajo de tanto tiempo.

Se dio la vuelta lentamente y, cuando vio a Bruno, su estómago le dio un vuelco. Estaba diferente, algo más delgado y en sus ojos podía atisbar preocupación. Pero con él nunca se sabía a qué era debido y si la causa de aquella desazón era ella o su mujer. Estaba acostumbrada a no ser la única en su vida. Por eso, con un tono de cansancio, aunque por dentro toda ella vibrase, espetó:

—¿Se puede saber qué haces aquí, Bruno?

—Tenía que hablar contigo, y no respondes a ninguna de mis llamadas —contestó sin dejar de mirarla.

—Igual si no respondo es porque sencillamente no deseaba hacerlo. —Tomó aire para tranquilizarse y lo soltó poco a poco, consiguiendo la calma necesaria para seguir hablando—. No quiero nada contigo. Creo que la última vez que nos vimos dejaste muy clara tu postura, y yo la mía. Desde entonces, no he cambiado de opinión.

—¡Pero es importante! Maca, yo te quiero y...

—¡No sigas por ahí! —le cortó ella con contundencia—. Es la misma treta de siempre. Ni siquiera eres capaz de inventar algo nuevo. —Sus labios sonreían tristemente al decirlo—. Si con la sutileza que he empleado hasta ahora no entendiste mi mensaje, te lo repetiré y esta vez con gran claridad; no-quie-ro-sa-ber-na-da-de-ti —recalcó separando cada sílaba para darle más firmeza y contundencia a sus palabras—. Si el hecho de que no quisiera hablar contigo por teléfono no fue lo suficiente claro para ti, ¿lo son mis palabras ahora? ¡Pues, ea, con Dios!

Dicho eso lo dejó allí, mientras ella se dirigía a la entrada para no perderse la fiesta. Apenas había traspasado el umbral, cuando Bruno la cogió del brazo y la obligó a volverse hacia él.

—Tienes que escucharme, por lo que más quieras —suplicó lleno de angustia.

Maca, al sentir cómo la mano de Bruno encerraba su brazo, se volvió de repente hacia él como si su simple tacto la quemara. Y algo así le había sucedido, sentir su contacto después de tantos meses era demasiado para ella. No quería flaquear y caer rendida en sus brazos como había ocurrido siempre en el pasado. Iba a luchar con uñas y dientes para que no volviera a suceder. Debía empezar a quererse a ella misma antes que al resto. Durante los meses de separación, había madurado una idea y estaba muy arraigada en su corazón, se había repetido miles de veces que jamás volvería a ser el juguete de nadie.

—¡No te atrevas a tocarme! —espetó entre dientes mirando con rabia la mano de Bruno sobre su brazo.

Sin esperar a que la retirara, tiró con fuerza soltándose de su amarre.

—Maca, por fa... —No llegó a terminar la frase.

—¿No recuerdas cuántas veces hemos vivido esta misma escena? Yo sí, ¡¡¡muchas!!! Demasiadas para olvidarlas y, lo que todavía es peor, sé perfectamente a dónde nos lleva.

—Ahora es diferente. Yo... —Tampoco en esta ocasión tuvo suerte.

—¿Sí? ¿Por cuánto tiempo? Mira, ¡olvídate de mí! Podrías currártelo un poco más e inventar algo más creíble, que esta excusa la tengo muy oída.

Durante unos minutos la afilada lengua de Maca le decía una y otra vez, de manera tajante, que no quería escuchar nada. El pasado le había demostrado muchas veces que sus palabras eran de papel; fácilmente destruibles y muy frágiles. Bruno, por más que lo intentaba, no tenía éxito, ni siquiera podía enlazar dos frases seguidas sin que ella le cortara.

Lo peor de todo era que la entendía perfectamente, durante tres años había jugado con ella hasta que el juguete se rompió. Maca estaba más que dolida; herida y escarmentada, y no se fiaba de él.

Cuanto más cerca sentía a Bruno, más nerviosa se ponía. Hasta que no pudo aguantar por más tiempo la presión. Corrió hacia su coche y sacó las llaves del pequeño bolsito de ceremonia. Esos bolsos tan diminutos y poco prácticos donde apenas cabía un pequeño monedero, los documentos sueltos, las llaves y, con mucha dificultad, el móvil y el tabaco; colocándolo todo como si de un *Tetris* se tratara. Tan nerviosa estaba que, al intentar sacar las llaves, todo lo demás se cayó al suelo. Primero abrió la puerta y después recogió sus cosas dejándolas amontonadas en el asiento del copiloto. Apenas podía ver nada porque sus ojos se llenaban de lágrimas sin derramar. La rabia la inundaba al comprobar que él seguía con las mismas mentiras de siempre solo para engatusarla.

Maniobró bruscamente con el coche y en segundos abandonaba el aparcamiento de la masía dejando a Bruno totalmente desmoronado y observando cómo huía. No quería saber nada de él.

En cuanto el coche de Macarena se perdió de vista, entró un segundo para darle las gracias a Julia y decirle que todo había salido mal. Pero antes de llegar hasta ella se tropezó con José.

—¿Y Maca? —le preguntó mientras estrechaba la mano de su compañero; reportero y cámara, como él.

—Se ha marchado —respondió cabizbajo—. No he podido explicarle nada, no me ha dejado hablar.

Intentaba sonreír, aunque lo único que asomaba en sus labios era una grotesca mueca que expresaba claramente su sentir; estaba hundido.

—Está muy dolida y la has cogido por sorpresa. Tienes que esperar, necesita calmarse. Insiste y cuando te deje hablar todo se solucionará. Tendrá que comprender que estabas en una situación

muy difícil y lo hará. Maca es un cielo, y lo sabes. Pero debes darle tiempo.

—No pienso marcharme de Barcelona hasta que hable con ella, aunque tenga que trasladarme a vivir aquí. No voy a dejar de intentarlo. Voy a despedirme de Julia y a darle las gracias.

—¡Así se habla! Qué tengas suerte, Bruno, los dos os merecéis ser felices —afirmó José mientras le palmeaba la espalda—. Si necesitas algo, esta es tu casa —comentó a la vez que alargaba una pequeña tarjeta.

—Gracias, José —exclamó mientras la guardaba en el bolsillo de su americana.

Bruno entró al salón y buscó entre los comensales hasta que descubrió a Julia bailando con su marido. Se acercó a ella y automáticamente esta se separó de Diego, estaba ansiosa por tener noticias. Pero, en cuanto vio el semblante de Bruno, supo que no había ido bien, que no había dado resultado la encerrona. No tuvo que preguntarlo porque su cara era el reflejo de su alma y esta estaba partida.

—¿Y Maca? —indagó Julia llena de preocupación.

—Se ha marchado, y no he podido contarle nada, no me ha dejado apenas enlazar dos frases.

—¿Y te extraña? Es normal, está muy dolida contigo, y habéis estado siete meses sin saber nada el uno del otro.

—Lo sé. Solo venía a despedirme y a darte las gracias.

—¿Vuelves a Madrid? —interrogó llena de curiosidad.

—No, no volveré hasta que logre que me escuche. Me voy al hotel. He reservado una habitación en la ciudad. Necesito pensar.

—Si me necesitas, llámame, ya tienes mi número.

Bruno le dio dos besos a Julia y estrechó la mano de Diego en silencio, el cual no había dicho nada, simplemente estuvo atento a las escasas frases que intercambiaron. Aunque era un desconocido para él, sintió empatía hacia aquella persona tan rota por dentro.

Bruno se marchó de la fiesta cabizbajo sin importarle nada la felicidad que flotaba en el ambiente a su alrededor. Cuando desapareció, Diego no pudo evitar decir algo.

—A veces la vida no solo te pone una pequeña piedra en el camino para que tropieces, sino que busca la roca más grande para que tape por completo el sendero y no sepas por dónde seguir. Eso le ha pasado a Bruno. Espero que todo salga bien porque sé que se aman.

—Yo también lo deseo. Los quiero y sé que los dos tienen su parte de razón y también de culpa.

Sus filosóficas palabras fueron interrumpidas por Andrea y Marina que se acercaron a ellos como dos torbellinos radiantes de felicidad. No cabía duda de que los gemelos sabían hacer felices a esas dos mujeres.

Andrea se abrazó a su amiga y cuñada.

—No te voy a perdonar lo que me has hecho —le reprochó por el emotivo momento que le acababa de dedicar.

Obviamente, solamente era una simple expresión, algo que se dice, pero que está muy lejos de la realidad.

—De acuerdo, no me perdones, pero sigue queriéndome como hasta ahora —afirmó Andrea mientras intentaba localizar a Macarena—. ¿Habéis visto a Maca? Quiero que nos hagan una foto a las cuatro juntas y no la encuentro.

—Pues no habrá foto, al menos de las cuatro juntas. Maca ha salido huyendo. Bueno, hay una historia por medio que ya os contaré.

—Empieza a explicarla y así terminarás antes de que acabe esta canción. No pienso moverme hasta que sepa qué ha sucedido.

Julia las llevó a una esquina de la sala, lejos de los invitados que bailaban. Resumió lo

sucedido diciéndoles que Bruno se había presentado, y que ella era la responsable del encuentro.

Andrea bufó igual que un búfalo antes de embestir, alargándolo todo lo que pudieron aguantar sus pulmones, en señal de protesta.

—¡Mira qué rica eres! —recriminó Marina a la enfadada novia, amiga y cuñada. —Es lo mismo que hiciste tú en mi boda, yo tampoco tuve la oportunidad de tener una foto con todas mis amigas porque alguien salió huyendo. ¿A que jode?

—Parece una nueva moda que una de las amigas de la novia salga despavorida. Y, precisamente —manifestó Julia señalando a Andrea con el dedo—, eres tú la que ha introducido esa moda en las bodas.

—¿Y cómo estaba ella cuando se marchó? —preguntó Andrea, preocupada por su amiga.

—No la he visto marcharse, Bruno ha entrado a despedirse y me lo ha dicho. —Durante unos segundos se quedó pensativa y enseguida les preguntó—. ¿Creéis que ha hecho bien? José dice que sí, que tenían que verse antes de tomar una decisión; volver a estar juntos o separarse definitivamente —recalcó Julia para lavar su conciencia.

—Pues si José así lo cree, es que has hecho muy bien. No seré yo la que le quite la merecida fama de hombre cabal —comentó Andrea levantando las manos en señal de conformidad, terminando así el debate.

Capítulo 2

Maca conducía sin apenas prestar atención a la circulación. Suerte que el tráfico era fluido a esas horas, porque no lo hacía en las mejores condiciones. Las lágrimas caían y tenía que limpiarlas continuamente, pero necesitaba alejarse de aquel lugar rápidamente.

Cuando consideró que la distancia entre ellos era suficientemente segura, al menos para ella, salió de la autovía. Tenía que tranquilizarse antes de seguir hasta su casa, porque no podía seguir conduciendo en aquellas condiciones.

Cuando paró el coche, se quedó sentada ante el volante, mirando al frente y dando rienda suelta a sus emociones. ¿Todavía le quedaban lágrimas después de aquellos meses? Porque Maca —la mujer alegre, simpática y graciosa—, en la soledad de su casa y sin nadie a su alrededor, había llorado la ausencia de Bruno los siete días de la semana durante todo ese tiempo.

Su dolor no se había esfumado, simplemente se había acostumbrado a vivir con aquella constante punzada en el corazón. Era duro despertarse cada mañana sintiendo una fuerte opresión en el pecho que le recordaba a Bruno. Tenía muy asumido que lo había perdido y, de repente, había aparecido ante ella.

¿Por qué le había dicho Julia dónde encontrarla? No le quedaba ni una duda de que había sido ella o José, los demás ni siquiera le conocían.

—¡Joder! ¡Joder! ¡Joder! ¿Por qué me has hecho esto, Julia? —maldecía en voz alta mientras golpeaba el volante sin poder dejar de llorar. La rabia hacía acto de presencia. José era muy discreto y no daba el perfil de casamentero metiéndose en la vida de nadie. Pero de ella no podía decir lo mismo, era la Celestina en persona. Además, Julia conocía sus sentimientos hacia Bruno y sabía que no podía olvidarlo—. ¡Te juro que me las pagarás! —exclamó llena de impotencia refiriéndose a su amiga.

¡Se iba a enterar!

No entendía a su amiga. Ella sabía, mejor que nadie, por todo lo que había pasado. Conocía su sufrimiento, así como la desilusión que se apoderaba de ella al terminar su trabajo y volver a casa completamente sola. También reconocía que había sido la principal culpable de la situación que estaba viviendo, por engañarse a sí misma. Durante mucho tiempo, mientras realizaban los reportajes en distintos puntos del mundo, ella construyó una alta torre de ilusiones junto a él. Pero, una escueta llamada a escasas horas de volver a Madrid, la derrumbaba y la sumía en la más profunda desolación.

Durante esos meses había derramado miles de lágrimas intentando ahogar sus penas, pero su esfuerzo había sido inútil. Casi había logrado acostumbrarse a vivir sin él, cuando su amiga lo había llevado directamente a ella y todo el dolor pasado no servía para nada.

—¡Maldita seas, Julia! Tú y tus historias románticas —maldecía una y otra vez.

Sabía que lo hacía con buena intención, pero ella, mejor que nadie, conocía el problema entre ellos y sabía que no había solución.

Con rabia se limpió las últimas lágrimas y, cuando estuvo un poco más serena, se incorporó de nuevo al tráfico. Tenía ganas de llegar a su casa y analizar con detenimiento todo lo que había sucedido. La presencia de Bruno la había alterado mucho y no era capaz de centrarse en nada.

Mientras conducía, su imagen apareció de repente y, dejando a un lado la rabia, no pudo evitar que su corazón dijera algo. ¡Estaba tan guapo! Un poco más delgado y pálido de lo que

acostumbraba a estar. Tampoco tenía el brillo en los ojos que tanto le fascinaba, esa chispa pícaro que le gustaba había desaparecido.

Maca no tenía ninguna duda de que la quería, pero, por otra parte, era incapaz de dejar a su mujer. Por más que se esforzaba, no podía entender los motivos que argumentaba para seguir con ella y, un día, se cansó de ser segundo plato de nadie.

Sin apenas ser consciente de que iba en el coche, ya que conducía mecánicamente y sin pensar en lo que hacía, llegó a su casa. Lo primero que hizo fue quitarse el vestido. Se lo había comprado para la boda de su amiga y, además de ser precioso, le quedaba perfecto. No tuvo ninguna duda en cuanto se lo probó, y tampoco lo tuvieron Andrea y Julia que la acompañaron. En cuanto salió del probador supo que ya tenía modelito.

—Te queda perfecto, es como si te estuviera esperando —exclamó Andrea al verla.

—¡Estás espectacular! —coreó Julia.

Era la verdad. Estaba bronceada y el vestido sin mangas y holgado, de color plateado, con finísimas lentejuelas le quedaba de cine. Muy veraniego, pero tan sencillo que sin otro ornamento más que la suave piel tostada, junto a aquella melena negra como el azabache, era lo que la hacía tan espectacular.

Vivir casi a la orilla del mar era un privilegio. Tenía la playa a escasos minutos de su casa y aprovechaba verano e invierno. Maca era una enamorada de la playa. Adoraba los paseos durante el invierno y, en cuanto llegaba la primavera, disfrutaba de todos los rayos de sol que podía. Era una de las cosas que la ayudó a adaptarse a vivir tan lejos de su familia. Eso y sus amigas.

Cuando Julia dejó su piso para irse a vivir con Diego, le daba tanta pena dejarlo que él se lo compró, fue su regalo de bodas. «Como inversión para el futuro», declaró Diego al darle la escritura.

Al llegar a Barcelona, Julia se lo ofreció, y ella no lo pensó, estar tan cerca de la playa era un privilegio. Además, era una zona muy tranquila y bien comunicada.

Se quitó el resto de maquillaje que las lágrimas no habían arrastrado y se puso una camiseta larga de tirantes que tenía para estar cómoda en casa.

Sacó el móvil del bolso y le escribió un mensaje a Julia.

«Ya sé que has sido tú la que has avisado a Bruno. ¡Qué malaje! También sé que lo has hecho con buena intención, pero no quiero volver a pasar por lo mismo. Él quiere a su mujer y siempre la ha elegido a ella primero, a mí solamente me ha dejado las sobras. Antes tenía suficiente con eso, pero ya no me conformo, lo quiero todo o nada. Sin embargo, él nunca la dejará. Deberías haberlo pensado mejor antes de delatar mi paradero».

Sin repasar lo que había escrito, lo mandó. Sabía que cuando Julia lo leyera le dolería e intentaría llamarla, por eso apagó el móvil y lo dejó sobre la mesa.

Se marchó a la cama, quería dormir y dejar de pensar, aunque sabía que no lo conseguiría y tampoco luchó contra ello. Ojalá tuviera suficiente con las migajas que Bruno quisiera darle, como antes, pero ya no estaba dispuesta a conformarse. No quería compartirlo con nadie, lo amaba con toda su alma y le destrozaba saber que estaba con otra, aunque fuera su mujer legalmente. Por mucho que Bruno le juraba y le perjuraba que ella era la única mujer de su vida y a la única que amaba de verdad, los hechos demostraban lo contrario. Le había creído durante mucho tiempo. Una y otra vez la había convencido con falsas promesas que, en cuanto llegaba a Madrid y la veía, olvidaba por completo. En ese momento sabía que eran solo palabras y, como el papel, se las llevaba el viento.

Durante tres años había vivido un engaño, mientras estaban juntos la hacía creer que su amor

era verdadero. Construían un cuento de hadas y flotaban hasta el mismo cielo. Pero todo se derrumbaba en cuanto volvían a Madrid.

En cada viaje nacía una promesa que se rompía al regresar a casa. Así había sido su vida, igual que una noria que subía hasta lo más alto para días después bajar hasta la más profunda desolación. Era como descender del paraíso al mismo reino de Hades.

Los recuerdos se agolpaban en su mente. Sabía que iba a ser una noche muy larga y que el sueño brillaría por su ausencia. Una cosa tenía muy clara; que su dolorido corazón volvería a romperse de nuevo.

Dejó que su mente volara a ese primer reportaje en el que trabajaron juntos. Viajaron a San Salvador, a la cumbre Iberoamericana.

Para Maca era su primer viaje como reportera de una conocida cadena televisiva estatal. Apenas tres meses después de terminar un posgrado sobre conflictos bélicos y terminar su preparación con el ejército español, la llamaron de un día para otro.

La locutora de la cadena que tenía que cubrir ese reportaje, dos días antes de salir, se despidió. Sin más.

Ella había solicitado ese puesto y con solo veinticuatro horas tuvo que hacer las maletas. No lo pensó ni un instante; era su sueño hecho realidad. En el mismo instante en que recibió la llamada, se despidió de la cadena local en la que trabajaba y corrió a casa para hacer el equipaje.

En el aeropuerto de Barajas, tres horas antes de emprender el vuelo con destino Miami donde harían una escala de casi cuatro horas antes de volar hasta San Salvador, se encontraría por primera vez con Bruno.

Maca sonrió al recordar aquel primer viaje. Los nervios por la precipitación de su contrato y por la enorme responsabilidad que suponía su nuevo trabajo la tenían aterrada. ¡La verían en todo el país!

Y, por último, encontrarse con aquel hombre de frente la trastocó desde el primer momento. Hizo lo que siempre hacía cuando la inquietud se apoderaba de ella; hablar sin cesar. Tampoco había olvidado las palabras de Bruno que más adelante le confesaría:

—Aquel primer día me asustaste. Pensé que me habían puesto de compañera a «la loca de los peines», como dice mi madre siempre que alguien no para de hablar.

A partir de ahí la llamaba así siempre que perdía el norte, que era en muchas ocasiones.

Bruno, durante el viaje, solamente la miraba y la escuchaba igual que hacía el resto del pasaje. Conforme avanzaba el tiempo, Maca se iba calmando, hasta que tres horas después de salir cayó agotada sobre el hombro de Bruno y todos los viajeros descansaron con ella.

Ya entonces nació entre ellos una gran atracción que ambos ignoraron. Cuando no estaban retransmitiendo para los informativos de la cadena o entrevistando a los líderes de los países miembros de la cumbre, Maca se dedicaba a conocer a los compañeros de otras cadenas y periódicos del mundo. Su fluido inglés, así como su extrovertido carácter, la ayudaban a relacionarse con todo el mundo. Después de permanecer todo el día juntos, volver a su habitación y separarse durante la noche era un gran alivio. Se relajaban de la constante tensión que entre ellos había.

Capítulo 3

Si no era suficiente permanecer todo el día uno al lado del otro, en la siguiente misión, cuando llegaron a una zona de conflicto, todo empeoró.

El veintisiete de diciembre, en plenas fechas navideñas, Israel bombardeó la Franja de Gaza en la operación que se llamaría Plomo Fundido. El bombardeo causó cientos de muertos. Al día siguiente de aquel cruel suceso, Bruno y Macarena volaron a la zona para informar y enseñar al mundo en qué estado había quedado Gaza.

Durante el día deambulaban de un lado para otro de la frontera para ser testigos de los bombardeos. Era una lucha muy desigual, David enfrentándose a Goliat.

Pero cuando llegaba la noche era mucho peor. Ni Maca ni Bruno sabían dónde se respiraba más tensión, si en los territorios ocupados o en la habitación que compartían.

Con el aeropuerto de Gaza cerrado, y supuestamente bombardeado, tuvieron que coger el vuelo hasta Tel Aviv y desde allí un coche los llevaría hasta Ascalón; la población más cercana a la Franja de Gaza. El ambiente en aquella zona tan cercana a los bombardeos era muy tenso y sus habitantes estaban con los nervios a flor de piel. Los ciudadanos temían que los ataques de Hamas provocaran heridos y destrucción en una población tan cercana. Pues eso no era nada comparado con el tenso ambiente que había en la habitación que compartían los dos reporteros. Como muchos de los compañeros hacían, ocuparon la misma habitación y a partir de entonces, cuando todo el mundo pensaba que el peligro estaba ahí fuera, ellos sabían que no era así; el mayor riesgo estaba dentro de aquellas paredes.

La tensión sexual entre ellos durante los anteriores reportajes había crecido hasta límites insospechados, tanto que llegar a la habitación era un calvario para los dos. Después de trabajar más de tres meses juntos, se deseaban y mantenerse alejados cada día suponía un titánico ejercicio de autocontrol.

Aquel viaje, en particular, se estaba convirtiendo en una tortura tanto para Bruno como para Maca. No sabían cómo hacer para evitar la tentación y no sucumbir al deseo. Por eso demoraban todo lo que podían el irse a dormir. Se quedaban remoloneando en el bar del hotel con los compañeros hasta que no quedaba nadie.

Lo que en un principio iba a ser un trabajo de tres o cuatro días, se convirtió en un largo reportaje. Cada día nuevos sucesos los mantenían allí, acercándose a la frontera todo lo que podían y viendo desde lejos los constantes bombardeos. Durante el día su complicidad en el aspecto laboral era excelente, trabajaban juntos sin que nada interfiriera en la calidad de sus reportajes. Pero cuando llegaban a la habitación todo cambiaba, allí reinaba el silencio. Únicamente las respiraciones entrecortadas junto a los largos suspiros de insatisfacción llenaban aquella estancia. Cuando les vencía el sueño, en muchas ocasiones, estaba a punto de amanecer y el sonido del despertador los sobresaltaba.

La situación entre ellos era insostenible, una bomba de relojería que explotaría en cualquier momento. Y esa chispa estaba a punto de prender...

Aquella mañana Bruno se despertó malhumorado, la frustración y la inquietud se acumulaban después de quince días en aquellas condiciones. La miraba y su cuerpo reaccionaba como no lo hacía ante ninguna otra mujer, ni siquiera ante la suya. Luchaba continuamente contra lo que su piel deseaba y lo que su mente le aconsejaba hacer.

A Maca le sucedía lo mismo, estaba desilusionada e insatisfecha, pero no entendía la reacción de Bruno. Ella no era la causante de lo que estaba sucediendo, si había un culpable era Cupido, que estaba jugando con ellos. Los sentimientos y el deseo florecieron sin más. A ella también le hubiera gustado que entre ellos dos solo hubiera una gran camaradería y nada más, pero la mayoría de las veces las cosas no sucedían como uno quisiera.

Maca salió del lavabo recién duchada con el albornoz, ese día incluso llevaba la capucha puesta.

—¿No puedes entrar a ducharte con la ropa que te vas a poner en vez de salir medio desnuda? —preguntó Bruno, enfurecido.

Saltó de la cama dispuesto a entrar al baño y darse una buena ducha de agua fría a pesar de la época del año, para deshinchar cierta parte de su anatomía que su calenturienta imaginación había provocado.

Maca, que tenía los nervios a flor de piel, no iba a aguantar una falta de respeto como la que acababa de escuchar y, volviéndose hacia él, descargó su creciente mal genio. No estaba dispuesta a aguantar ese comportamiento tan machista. ¡Se iba a enterar de quién era ella!

—¿Yo te provoco? ¿Tapada de los pies a la cabeza te provoco? Mira, guapo, vete a la mierda. ¡Serás capullo! —exclamó muy enfadada y cogiendo su ropa de un tirón.

—¡No llevas nada debajo! —gritó para defenderse—. ¡Eres una tentación!

—¿Tú qué sabes lo que llevo debajo? ¿Por dónde lo has visto? Y si no llevo nada debajo es porque tú estabas dormido, y no quería despertarte, por no empezar a abrir armarios y cajones. Y, para terminar, no llevo nada debajo por no subir las persianas ni encender la luz. ¡Eres un enfermo! Pero esto lo arreglo yo hoy mismo, ¡vaya que si lo arreglo!, ¡por la vía rápida!

Con muy malas formas, cogió toda su ropa golpeando armarios y cajones. Cuando tuvo todo lo que necesitaba, se dirigió hacia el baño de nuevo sin dedicarle ni una sola mirada. Casi estaba dentro, cuando una firme mano la cogió del antebrazo obligándola a pararse en seco. Con la cara encendida por la ira, lo observó y, si las miradas matasen, él hubiera caído fulminado en aquel mismo momento. Pero aquellos ojos que estaban destinados a dejarle paralizado provocaron en Bruno una reacción totalmente diferente e inesperada para ambos.

No pudo contenerse por más tiempo y la atrajo a su pecho estrechándola con fuerza. Maca no fue capaz luchar porque su cuerpo le pedía todo lo contrario.

La frustración y deseo acumulado durante tantos días hicieron que fuera un encuentro muy diferente al que, en el silencio de las noches, con Bruno a su lado, había soñado muchas veces.

Para él, más que un acto de entrega, lleno de pasión y con una buena dosis de ternura, fue una rendición a la lucha interna que batallaban ya desde hacía unos meses.

Él luchaba sin descanso ante lo que deseaba hacer y lo que debía. Estaba casado y, aunque empezaba a sentir que Maca ocupaba una parte importante de su corazón, siempre ganaba la responsabilidad y lealtad hacia su mujer.

Se sentía culpable sin que entre ellos hubiera existido ningún contacto, solamente por desearla de una forma casi enfermiza y como hacía mucho tiempo que no le ocurría con su mujer. Esa culpabilidad se masticaba en el ambiente y Maca era muy consciente de ella.

—¡Debería ignorarte, pero no puedo hacerlo! ¡Es imposible! Ojalá pudiera, pero ¡no puedo, no puedo! —exclamó lleno de remordimiento.

Ella no replicó a sus palabras, simplemente recibió lo que le daba. No le importaba si eran unas migajas, bienvenidas fueran. Bruno todavía se enfureció más. Solo deseaba una cosa, que Maca lo rechazara y, al ver que no lo hacía, la quiso castigar. La deseaba de una manera casi obsesiva y, aunque sabía perfectamente que ella era inocente, la culpaba; como le acababa de

decir, lo provocaba. Tomó sus labios con rabia, con dureza, todavía esperaba que Maca lo rechazara. Pero Maca lo deseaba tanto como él y no le importó las formas. Los labios de Bruno se oprimían contra los suyos con rabia contenida y se movían con brusquedad, pero a ella le sabían a gloria. No le importó el cómo, mientras tuviera el sabor de Bruno en su boca.

Este la aprisionaba con fuerza contra él, como si pudiera incrustarla dentro de su propio cuerpo. Tenían mucha urgencia, pero no podían separarse. Sus manos tropezaban para quitar todo lo que les impedía sentir la piel del otro. Se arrancaron la ropa sin despegar sus labios. No hubo juegos entre ellos ni tampoco palabras dulces. Ni una sola caricia que no tuviera otra misión que quitar la ropa. Tampoco mediaron preguntas, ¡nada! Todo fue rápido y con mucha urgencia.

Bruno ni siquiera pensó en si Macarena estaba preparada para acogerlo. La dejó sobre la cama quedando frente a ella todavía de pie. Se tumbó encima, separó sus piernas con la rodilla y, sin demorarse ni en una pequeña caricia, entró en ella de un solo empuje.

Aunque Maca lo deseaba, todavía no estaba preparada para su invasión y una pequeña mueca de dolor se dibujó en su cara, detalle que pasó desapercibido para él.

A partir de entonces, se dejó hacer, pero ese detalle la había dejado fría de repente.

Bruno se movía sobre ella con los ojos cerrados intentando engañarse a sí mismo. Si no miraba a Maca podría traicionar a su conciencia. Quería estar con ella, incluso con los ojos cerrados era imposible mentirse. Era ella y su cuerpo reaccionaba así solo ante ella, la ansiaba más que a nada en el mundo.

Aunque no podía evitarlo, porque Maca se había colado en su corazón, y Adela había salido de él hacía mucho tiempo. Se tenía por un hombre íntegro y responsable, sin embargo, tenía la impresión de que las estaba engañando a las dos y no le gustaba.

Tan concentrado estaba en buscar una excusa para su atormentada conciencia que, sin darse apenas cuenta, le sobrevino un enorme placer, dejándose llevar y vaciando todo su esperma dentro de Maca. ¡Ni siquiera se había colocado un preservativo!

La sorpresa le devolvió a la realidad y, al abrir los ojos, se encontró con los de Macarena que lo miraba llena de decepción y desilusión. En ese momento tomó conciencia de sus actos, ni siquiera se había preocupado de que ella alcanzara su placer, simplemente la había utilizado como si fuera un simple objeto.

—Maca, yo...

—No digas nada —lo cortó en seco—. Sobran las palabras. —Intentó apartarlo—. ¿Me dejas salir? —preguntó sin más, intentando huir lo antes posible para no llorar ante él.

Bruno sintió cómo, todavía dentro de ella, su miembro se deshinchaba de repente y se retiró para dejar libre de su peso a Macarena. Se quedó mudo, su comportamiento egoísta y mezquino había herido a la mujer que tanto deseaba. Lo vio en sus ojos, más brillantes de lo normal, estaba dolida y el tono ronco de su voz lo confirmaba.

¿Qué culpa tenía ella? Era libre, no engañaba a nadie. El problema era suyo y el castigo debería haber sido para él. Pero no, era más fácil culpabilizarla a ella.

Maca salió de la cama y el pudor y vergüenza que sentía la hizo coger la sábana y taparse. Nadie le había hecho sentirse tan miserable y tenía que ser Bruno. Lo que debería haber sido una experiencia cargada de erotismo y ternura, como ella muchas veces había soñado, se convirtió en una imagen para olvidar, la había tomado como un simple recipiente.

Entró en el baño y dejó caer la sábana que tapaba su cuerpo para entrar en la ducha. Abrió el grifo y dejó que el agua corriera desde su cabeza hasta los pies. Sus lágrimas, fruto de la decepción y la rabia al mismo tiempo, fueron arrastradas por el cálido torrente que con fuerza salía del cabezal de la ducha.

Habían sido muchos días soñando con lo que era evidente que iba a suceder; su primer encuentro. Lo había imaginado de formas muy diferentes, pero jamás como realmente había sucedido. No hubo ternura ni tampoco una sola caricia y menos una pequeña palabra cariñosa, nada; todo eso había brillado por su ausencia.

Lo que sucedió entre ellos fue un polvo rápido y duro. Todo el romanticismo que soñaba para esa primera vez desapareció de repente dando paso a la dura realidad.

Cerró los ojos y levantó la cara hacia la ducha para que el agua le golpeará suavemente y su larga cabellera cubrió su espalda. No quería pensar más en lo sucedido, pero no sabía cómo evitarlo. Cuando sintió cómo los dedos se le arrugaban por el largo tiempo que llevaba bajo el agua, cerró el grifo y abrió la mampara. El baño entero se llenó de vaho empañando al momento el espejo e impidiéndole verse. Se enrolló una toalla en el pelo en forma de turbante, mientras con otra se secaba. Cuando terminó, envolvió la toalla alrededor de su cuerpo y limpió con la mano el espejo empañado.

Ante ella apareció su imagen reflejada, tenía los ojos enrojecidos y no era por el agua precisamente. Demoraría todo lo que pudiera su salida, así que sacó el secador de su bolsa de aseo y empezó a secarse el pelo.

Bruno, sentado en la cama, estaba atento a cualquier sonido que procedía del baño. El larguísimo tiempo que escuchaba correr el agua y después el secador.

Había pagado con Maca su derrota porque, por mucho que había intentado resistirse a ella, no lo había conseguido. Se sentía, más que abatido, avergonzado por la forma en que la había tratado; ella no se lo merecía. Se disculparía en cuanto saliera, pero el mal ya estaba hecho y no sabía cómo arreglarlo. ¡Si hubiera una forma!

Esperó pacientemente, comido por los nervios, a que Maca saliera del baño. En cuanto la puerta se abrió se levantó completamente decidido. Pero, al ver el gesto de Maca, se paró en seco, y fue cuando ella le dijo con una frialdad escalofriante:

—No, Bruno. No digas nada. No me hagas sentir peor de lo que me siento. Solo necesito una cosa y es que me dejes sola. —Sin decir nada más, cogió su ropa y regresó al lavabo.

Minutos después, volvió a salir del baño, pero completamente vestida. No le dedicó ni una mirada al pasar por su lado, cogió su bolso y la cazadora, y salió de la habitación dejando a Bruno devastado.

Durante el resto del viaje mantuvieron las distancias. Trabajaban codo con codo, y nadie de los que estaban a su alrededor notó la tensión que, aunque camuflada, había entre ellos.

Por mucho que Bruno intentó hablar con ella no lo consiguió, Maca se cerraba en banda y no quería escuchar nada. Estaba muy dolida y sabía que no se merecía que la trataran como él lo había hecho.

Estaba arrepentido, además de avergonzado, y le dolía haberla tratado como lo hizo. Lo único que podía hacer era disculparse y pedirle perdón mil veces, pero era imposible.

Durante los bombardeos no pudieron entrar en Gaza, además de peligroso, las fronteras estaban cerradas, nadie podía entrar ni salir de los territorios palestinos. Cuando por fin hubo una tregua, el guía palestino, después de insistir mucho, los introdujo en su país y lo que allí encontraron les heló el alma.

La destrucción era devastadora, las calles llenas de escombros y los edificios que permanecían enteros mostraban la cantidad de agujeros producidos por la metralla. El horror y la muerte se respiraban en el ambiente. Los habitantes aprovechaban la tregua para enterrar a sus seres queridos entre lamentos y gritos de venganza. Eran escenas estremecedoras, la multitud llevaba en volandas a sus muertos y era difícil permanecer impasible ante tanto dolor.

Macarena no pudo resistir tanta presión y, contemplando aquellas escenas tan dolorosas, su corazón reaccionó. No podía ver con claridad, las escenas ante ella pasaban borrosas. Nasim, su guía, tiró de su brazo para apartarla cuando la multitud portando sus difuntos sobre los hombros empezaron a gritar en contra de los israelíes. La furia cegaba a esa gente sedientos de venganza.

—¡Señorita, sígame! Es muy peligroso permanecer aquí. Esta gente está llena de odio y son capaces de cualquier cosa. No se les puede culpar cuando han perdido padres, hermanos e hijos.

—¡Dios mío! —sollozó Macarena—. ¿Cuántos muertos hay? ¡Son todos civiles! —exclamó llena de horror al ver la enorme marea humana que venía con cientos de ellos a hombros.

—Miles. Es una lucha muy desigual —contestó el guía acostumbrado a ver el sufrimiento de su gente—. Nunca terminará. Los niños que han visto morir alrededor a sus seres queridos crecen ya con odio hacia los israelitas. Este se va incrementando a lo largo de los años con cada muerte. Es un caldo de cultivo para nuevos terroristas que nunca se acaba. No hay solución.

—¡Todo el mundo tendría que ver esto! —dijo Maca sin poder reprimir los sollozos.

—¡Y lo ven, señorita! Cada día en las televisiones de todo el mundo, las cifras de muertos palestinos se nombran mientras esta escena —dijo Nasim señalando con su mano la marabunta humana que, enfebrecida, bajaba por la calle— se repite una y otra vez. ¿Y qué dicen mirando las noticias cómodamente en sus casas? ¡¡¡Qué locos!!! ¡Son unos salvajes! Y peores cosas que me callo. Nadie hace nada por el pueblo palestino y este se desangra.

Macarena no pudo rebatirle nada de lo que el guía le decía. Era tan cierto como que el sol salía cada día. Ella lo había escuchado miles de veces, despreciando la manera en la que aquella gente despedía a sus fallecidos. Pero era algo que nos pasaba a los occidentales: que estábamos llenos de ritos inútiles, pero despreciábamos los del resto del mundo. Siempre implantando nuestra forma de vivir a otras culturas. Y, lo peor de todo, éramos capaces de invadir un país para imponerles la democracia, sin importarnos nada cuanta muerte y destrucción pudiese acarrear.

Salieron de Gaza por donde habían entrado y con unas imágenes espeluznantes en sus retinas. Un hospital totalmente colapsado cuyos médicos luchaban, sin apenas medios, por salvar la vida al mayor número posible de heridos.

Maca tenía el cuerpo revuelto y unas ganas de vomitar increíbles, pero Hasim no paró hasta que volvieron a estar de nuevo en tierras israelitas. En cuanto estuvieron seguros, el guía paró el coche, y Maca salió disparada. La angustia se apoderó de ella.

Bruno se acercó a ella y le retiró el pelo mientras ella vomitaba. Después mojó un pañuelo y se lo pasó por la sudorosa frente. Le alargó la botella que Maca cogió para enjuagarse la boca.

—No sé qué me ha pasado. Ha debido sentarme mal la comida —se excusó ella.

—No ha sido eso. Se te ha revuelto el estómago, igual que a nosotros, y no ha sido por la comida, sino por todo lo que acabamos de ver. Por el sufrimiento de esa gente y la injusticia, por todos los hombres, mujeres y niños que han muerto, y esos familiares desolados. Por la destrucción de una ciudad preciosa, la cual han dejado casi reducida a escombros. Todo eso nos ha revuelto las entrañas.

Capítulo 4

Macarena no pudo evitar que, a pesar del paso del tiempo, recordar aquellas escenas le empañaran los ojos. Tenía algunas clavadas en su alma igual que cuchillos afilados y simplemente su recuerdo le hacía llorar.

Por eso se dio un respiro. Se limpió con la manga esas lágrimas y suspiró con fuerza.

—¿Ves lo qué has conseguido? Por tu culpa no hago más que llorar. ¿No vas a dejarme nunca en paz? —se dijo a sí misma en voz alta.

Fue hasta la cocina a buscar a su mejor aliado, nada como una buena dosis de chocolate contra las penas. Era algo que no podía faltar en casa; chocolate de todas las maneras. Dependiendo del día tenía unas necesidades u otras. Y, después de recordar uno de los momentos más duros de su vida que había sepultado bajo mil llaves en el fondo de su corazón, necesitaba algo muy, muy, muy dulce. Si Bruno no hubiera aparecido, todo hubiera quedado guardado. Pero tenía que venir y despertar fantasmas del pasado.

La última vez que se vieron le dijo muy claro lo que sentía por él y lo que quería. Nada había cambiado durante ese tiempo. Estaba aprendiendo a olvidarle y era una tarea muy difícil, pero también sabía que con el tiempo todo se podía conseguir.

Sin embargo, ella no contaba con su visita. ¿Qué quería? ¿Por qué no la dejaba tranquila? Era cruel.

Desenvolvió la tableta, esa vez de chocolate blanco, y mordió con fuerza llenando toda su boca. Pero ni el dulce sabor pudo enmascarar toda la amargura de sus pensamientos que seguían fluyendo sin control.

Cuando regresaron a Madrid, se despidieron en el aeropuerto con frialdad. Ni dos besos ni un apretón de manos, un tirante «hasta pronto» por parte de Maca y sin apenas mirarlo. Bruno hizo el último intento.

—Maca, por favor. Perdóname. Te juro que nunca fue mi intención herirte. Estoy tan avergon... .

—No sigas. Te dije que no quería saber nada. Ya es parte del pasado. No insistas, pero lo mejor será que sigamos como estos últimos días. Adiós.

Sin dejar que siguiera hablando, dio media vuelta y se dirigió a la parada de taxis más cercana. Nunca avisaba de su llegada, no quería poner nerviosa a su familia, pero en esos momentos necesitaba los abrazos y confianzas de sus hermanas, los cariñosos besos de su madre y la complicidad de su padre. ¡Los necesitaba más que nunca y se moría por verlos! Así que sacó un billete para Sevilla.

El siguiente viaje que realizaron juntos se produjo dos semanas después. Al llegar a su destino, Bruno se llevó una desagradable sorpresa. Cuando se presentaron en el mostrador del hotel para pedir la habitación que la agencia había alquilado para ellos.

—Tenemos reservada una habitación doble a nombre de Bruno Iniesta.

El recepcionista miró la lista que tenía delante de él y enseguida le corrigió.

—Perdone, tiene reservada una habitación, pero es sencilla. Deje que lo compruebe con el correo electrónico de la reserva, por favor.

Pero entonces fue Macarena la que intervino en la conversación.

—No hay ninguna equivocación, esa es tu habitación, yo tengo la mía. —Y, dirigiéndose al recepcionista, añadió—: Hay una habitación reservada a nombre de Macarena Álvarez, ¿me

equivoco?

Volvió a mirar la lista y, con una sonrisa en los labios, levantó la vista hacia ella contestándole:

—No se equivoca, señorita. Aquí tiene su llave —comentó alargando una tarjeta y posándola en la mano abierta de Maca. —Si necesita alguna cosa estaremos encantados de atenderla. Que tenga una feliz estancia.

Después el recepcionista se volvió hacia un asombrado Bruno repitiendo las mismas palabras.

Los dos se dirigieron al ascensor y, cuando se pararon ante las puertas cerradas, Bruno, mirándola, no pudo permanecer callado por más tiempo.

—Me podías haber avisado de que teníamos habitaciones separadas y no dejarme como un gilipollas delante del recepcionista.

—Siento que te hayas sentido así. No era mi intención. La verdad es que lo pedí en cuanto llegamos del viaje anterior y después se me fue de la cabeza, hasta hace un rato, cuando estábamos delante del recepcionista, y no me ha parecido bien decírtelo entonces.

—¿Fue por lo que pasó? No sé de cuantas formas más disculparme. Te he repetido mil veces que lo siento y que no volverá a suceder.

—Y yo te he perdonado, ya lo sabes. Pero creo que así los dos estaremos más cómodos. No quiero que te vuelvas a sentir provocado sin que esa fuera mi intención.

—No vas a olvidar mis palabras, ¿verdad? Siento todo lo que sucedió. Si pudiera, ese día lo borraría de mi vida, pero ¡no puedo hacerlo!

—Todo lo que sucedió está olvidado —mintió Maca—. Pero no quiero que pases un mal rato por estar en la misma habitación que yo. No te lo tomes a mal, sin embargo, creo que es lo mejor.

—No confías en mí —contestó abatido.

—Mira, Bruno, vamos a dejarlo así. No merece la pena seguir hablando.

Pasó de largo la habitación de Bruno para entrar en la suya bajo su atenta mirada.

En los dos viajes siguientes que hicieron juntos no hubo ningún acercamiento entre ellos, realizaban su trabajo y, después de la jornada, cada uno volvía a su habitación. Maca se encargó de que tuvieran estancias separadas. Aunque los compañeros le aconsejaban ocupar la misma para evitar riesgos, ella sabía que, junto a Bruno, era donde realmente estaba ese peligro del que todo el mundo hablaba.

El móvil a su lado se iluminó, arrancándola de sus recuerdos, lo había encendido pensando que sus amigas ya estarían durmiendo hacía mucho. Pero se equivocó. Julia había insistido durante mucho tiempo, el número de llamadas perdidas lo confirmaba. Pero no pensó que fuera tan insistente.

Quería hablar con alguien, es más, lo necesitaba porque si seguía recordando se volvería loca. Sabía que el mensaje que le había mandado a su amiga la había dejado muy preocupada y se arrepentía. Así que cogió el móvil y contestó.

Enseguida tuvo que apartarlo de su oído para no quedarse sorda. Julia gritaba como una energúmena. La dejó despotricar durante unos segundos hasta que se quedó completamente callada. Se volvió a acercar el aparato y no se había cortado la comunicación, Julia seguía allí y esa vez eran sus sollozos los que estaba escuchando.

—¿Julia? ¿Estás llorando?

No le dio tiempo a decir nada más porque una histérica Julia contestó:

—¿Si estoy llorando me preguntas? ¿Después del mensaje que me has mandado? Mira, eres una impresentable y si estuviera delante de ti te daría una guantá', como tú dices, que te iba a sacar todos los dientes. ¡No sabía dónde estabas ni qué hacías! Podrías haberme dicho que estabas bien, ¿no crees? ¡Llevo toda la noche histérica! Si me da un ataque y me muero será por tu culpa.

—¿Y para qué tienes un doctor al lado? Te estaría bien empleado por meterte en camisa de once varas. Pero ¿cómo se te ocurre llamar a Bruno y decirle que venga? ¿Es que no te he dicho mil veces lo sucedido entre nosotros? ¡Joder, Julia! Tú sabes que jamás dejará a su mujer, y yo no quiero seguir siendo el segundo plato de nadie.

—Si le hubieras dejado hablar sabrías qué ha sucedido y por qué estaba aquí. Pero eres como un burro al que le ponen las orejas, solo ves lo que pasa delante de tus narices. ¡Y encima —gritó de nuevo Julia empezando a llorar— llevo toda la noche preocupada por ti!

—Más que preocupada, ¡histérica! —exclamó Diego en voz tan alta a su lado, al que Maca escuchó perfectamente a través del teléfono.

—¡Ostras, Julia! Tú siempre liándola. ¿No podías estar calladita? No deberías haber hablado con Bruno y menos decirle dónde estaba. ¿En qué estabas pensando para hacer una locura así?

—Tienes que hablar con él.

—¿Y qué me va a decir? Estoy cansada de tantas palabras que no sirven de nada y que duran menos que el papel. Yo necesito hechos y esos no los tengo.

—¡Mira que eres terca! Yo pensé que solo los maños lo eran, pero está visto que los sevillanos no se quedan atrás. ¡Yo no puedo decirte nada! Sabes que soy tu amiga y que, si no fuera bueno para ti, jamás, ¿me escuchas bien? Jamás habría hecho lo que hice.

—¿Tú lo sabes? ¿Sabes qué es lo que quiere decirme Bruno después de tantos meses?

—Deja que sea él quien hable contigo. No pierdes nada.

—¡Sí, claro! Mira quién habla, la que estuvo más de un año sin querer que nadie le nombrara a Diego.

—Por eso lo digo, precisamente, porque me equivoqué y ¡no quiero que cometas el mismo error! —exclamó Julia con impotencia comprobando que era imposible hacerla cambiar de parecer—. Mira, solo te voy a decir una cosa, y luego haz lo que te dé la santa gana, ¡te juro por mi hijo que todo cambiará entre vosotros y que puede ser tu oportunidad para ser feliz! ¿Lo has olvidado durante este tiempo? No, no has podido hacerlo. Y ¿qué esperas?, ¿pasar toda tu vida así como estás ahora? Piénsalo bien, Maca, igual esta es tu segunda oportunidad para ser feliz, no la dejes escapar porque puede que no haya una tercera.

Macarena la escuchaba en silencio, interiorizando cada una de sus palabras. ¿Y si había una oportunidad? En realidad, no sabía nada de Bruno, durante todo aquel tiempo no se permitió ni una sola vez preguntar por él a los amigos comunes, y muchos de ellos estarían encantados de decirle.

Con ese pensamiento en la cabeza, terminó la conversación con Julia.

—Vale, no te prometo nada, solamente que lo pensaré —contestó Maca seriamente.

—Hazme caso, piénsalo y hazlo, no perderás nada.

—Sí, Julia, puedo perder mucho. La herida puede volver a sangrar, porque nunca ha dejado de doler. De todas las maneras, te juro que lo pensaré.

—¿Qué haces mañana?

—¿Para qué?, ¿para prepararme otra encerrona? —La conocía demasiado para fiarse de ella.

—No, boba. No quiero que estés sola. Diego tiene que estar todo el día en el hospital. Ven, estaremos juntas. Dolores se marcha a Méjico, y Derek estará con sus abuelos. No creo que Andrea quiera venir, aunque no cogen el avión hasta el martes. Podemos llamar a Marina y Álvaro.

—¡Eso es!, veinte personas taladrando mi cabeza con lo que debo hacer. —Resopló Maca ante la perspectiva—. No sé qué haré. Por la mañana, a las once, he quedado con un vecino del barrio de la Mina. Haré la entrevista en el centro de Barcelona, en un bar tranquilo para poder charlar.

No quiere que nadie sepa que ha hablado con la prensa, por si las moscas.

—Bueno, más de dos horas no vas a estar hablando. Te espero para comer.

Maca suspiró. Era imposible llevarle la contraria. Así que, soltando el aire, le contestó:

—¡Valeeeee! —Dejando tranquila a Julia con aquella contestación, cortaron la comunicación.

Se volvió a tumbar en la cama esperando que el sueño acudiese a ella. «¡Qué ilusa! —pensó Maca en seguida—. ¿Cómo voy a dormir después de todo lo que me ha dicho mi amiga?».

Estaba muy confundida. Su firmeza desaparecía por momentos.

—¡Maldita seas, Julia! —maldijo en voz alta con rabia. Si antes de hablar con ella no podía dormir, ya era imposible. ¿Qué sabría Julia que no le decía? Estaba en su mano, lo sabía, pero le daba pánico. ¿Y si volvía a confiar en él y la historia se repetía?

Las esperanzas volvían a ella sin que pudiera evitarlo, sin poder mantenerlas a raya. El cosquilleo en el estómago aparecía de nuevo después de tantos meses sin sentirlo. Era una sensación que ya conocía, llena de vitalidad y de ilusión, algo que en los últimos tiempos no tenía.

Y, precisamente en esos momentos en los que su mente o su corazón —ya no sabía cuál de los dos— estaba más esperanzado, veía un pequeño rayo de anhelo. El subconsciente, cuando quería, podía ser muy cabrón y había elegido ese instante para colar un pasado muy cercano lleno de felicidad junto a Bruno.

Durante unos meses, se mantuvieron distanciados y no solo físicamente, ya que, además de no compartir la misma habitación, la comunicación entre ellos se limitaba a temas estrictamente laborales. Bruno, que se había acostumbrado a que la alegre y loca conversación de Maca llenara su amarga vida, anhelaba cualquier palabra que no tuviera que ver con el reportaje. También buscaba en sus labios una sonrisa con la que pudiera seguir existiendo. Y es que, en aquellos meses, Maca se había colado dentro de su alma hasta unos límites insospechados. Mientras la tuvo a su lado, no fue consciente de la dependencia que empezaba a tener de ella, de sus palabras y sonrisas.

El día que Maca desapareció —no físicamente porque ella seguía trabajando a su lado, pero sí para todo lo demás—, Bruno se dio cuenta de todo lo que había perdido. Maca estaba ausente o simplemente no estaba.

Por eso, Bruno había llegado al límite de lo que podía aguantar. El destino quiso aliarse con él, darle una oportunidad de reparar el daño que había causado y, en aquella ocasión, él no la desaprovechó.

En la madrugada del seis de abril de ese mismo año, dos mil nueve, un terremoto asoló la ciudad de L'Aquila en el centro de Italia. Esa misma mañana, Bruno y Maca tomaban un avión con destino a Roma para llegar hasta la pequeña ciudad. Su misión era contactar con los ciudadanos españoles que vivían allí y entrevistarlos.

Llevaban una lista de todos los residentes y la primera visita sería a la embajada para que allí les indicaran si entre los fallecidos había algún español, ya fuera turista o residente.

En el aeropuerto, cogieron el coche que la cadena había alquilado para ellos y se desplazaron a la zona afectada. La ciudad era un caos, todo el centro histórico estaba totalmente reducido a escombros y había un elevado número de muertos y heridos.

Durante todo el día buscaron entre hospitales y listas de fallecidos los nombres de algún español. Contactaron con tres turistas que estaban ilesos, pero muy asustados.

—¿Usted es Adolfo García? —preguntó Maca ante el hospital.

El hombre, de unos cuarenta y cinco años, se volvió al escuchar una voz que hablaba en castellano.

—Sí, soy yo. ¿Y ustedes?

—Somos de una cadena de televisión española y estamos haciendo un reportaje sobre los españoles residentes en la ciudad. ¿De dónde es usted?

—Soy soriano, de un pueblecito llamado Pedraza, pero he residido siempre en Soria.

—¿Cuánto hace que vive en Aquila?

—Hace diez años.

—¿Su familia está bien? ¿Han resultado ilesos?

—Gracias a Dios, mis dos hijos están bien, y mi mujer, herida, pero leve. Hemos sido muy afortunados.

—Gracias. ¿Conocen a más españoles?

—No muchos y no sé cómo estarán.

Así fueron conociendo el estado de diversos compatriotas, la mayoría de ellos indemnes.

Pero la historia que sin duda más les impactó fue la de Rosa, una asturiana que residía en la ciudad desde hacía más de veinte años. Casada y madre de tres hijos, cuando ocurrió el seísmo no se encontraba en casa, era enfermera, aquel día había hecho turno de noche y, cuando sobrevino la fuerte sacudida, ella todavía estaba en el hospital. Pero no tuvieron la misma suerte los miembros de su familia. Los cuatro quedaron sepultados bajo los escombros. La pobre tuvo que ver, mientras su alma se desgarraba, cómo fueron sacando uno tras otro a toda la familia sin vida.

La entrevista fue casi nula, porque ninguno de los que estaban con ella podían preguntarle nada, no había palabras para describir el dolor de aquella mujer que se había quedado vacía, no lloraba, no hablaba, era como si ella también estuviera muerta en vida, como un zombi; esa era la palabra exacta para describirla.

Recorrían las calles del centro entre un silencio sepulcral. Los bomberos y el ejército, ayudados por los vecinos, trabajaban en silencio atentos a cualquier signo de vida bajo los escombros. Ese silencio solamente se rompía durante unos minutos por gritos de júbilo, cuando encontraban a una persona viva bajo las ruinas. Todos trabajaban en silencio, pero en sus movimientos podía verse la urgencia. Acababan extenuados por el duro trabajo de desescombrar con las manos.

Todo el mundo, mientras retiraban los cascotes a los que habían quedado reducidas las casas, estaban atentos a un débil grito o un flojo gemido, cualquier señal que indicara que bajo aquel amasijo de hierros, cascotes y madera había una persona con vida pidiendo auxilio o luchando desesperadamente porque alguien le escuchara.

Cuando Bruno y Maca llegaron al coche, la emoción por todo lo vivido iba aumentando. Ellos, a diferencia de otras veces, iban en completo silencio. El drama de Rosa, y ver en su rostro un dolor tan grande, los había dejado sin palabras. Habían vivido algo difícil de describir sobre un papel.

Al llegar al hotel caminaban uno al lado del otro, pero el silencio era difícil de romper. Bruno se quedó parado ante su puerta, observando cómo Maca continuaba hacia la suya, que caminaba cabizbaja y sin prestar atención a nada.

—¿Estás bien? —Quiso saber Bruno, preocupado por ella.

Esas simples palabras fueron el detonante. Maca estaba a punto de romperse y fue esa simple pregunta y el tono preocupado de Bruno lo que le impidieron aguantar la presión durante unos segundos más hasta llegar a su habitación.

Se quedó quieta, totalmente inmóvil y con la cabeza agachada. Bruno creyó que estaba pensando en decirle algo. Pero no era así. Los hombros de Maca se movían arriba y abajo. Él la miraba con atención, pero no entendió lo que sucedía hasta que escuchó los estrangulados sollozos.

Durante unos segundos, Bruno se quedó confundido, no sabía cómo reaccionar, desconocía ese lado sensible de Maca, nunca la había visto derrumbarse. Pero ella, que se sentía completamente rota, dejó fluir su congoja y lloró como hacía mucho tiempo que no lo hacía.

Bruno corrió hacia ella y la cobijó entre sus brazos. No dijo nada ni exclamó una sola palabra para consolarla, simplemente la envolvió y la estrechó contra su cuerpo dejando que se desahogara por completo.

Maca se abandonó y lloró sin ninguna traba. No podía disimular por más tiempo su angustia y se aferró a ese cuerpo que la sujetaba con fuerza sintiendo en aquel cobijo un gran consuelo.

La triste historia de Rosa solo había sido la gota que colmó el vaso. Porque la causa de su desdicha era otra y durante los últimos meses había ido sumando puntos hasta llegar a aquella situación. Y es que, tener al lado al hombre que amaba e intentar olvidarlo por todos los medios sin llegar a conseguirlo, la estaba llenando de amargura por dentro.

Tenía que ver cada día a Bruno y sentir cómo seguía tan tranquilo. En cambio, a ella le sucedía todo lo contrario, cuanto más tiempo pasaba, más enamorada estaba de él. Su corazón no podía seguir aguantando la presión a la que estaba sometida, vivir al lado del hombre amado y sentir su... ¿tranquilidad?, ¿indiferencia? No sabía muy bien qué tipo de sentimiento albergaba Bruno hacia ella, pero no era el que ella quería.

Pasaron unos segundos y ninguno de los dos decía nada. Únicamente el silencio del hotel los acompañaba, roto periódicamente por los sollozos contenidos de Maca.

Cuando Bruno la sintió más calmada, aflojó su abrazo y, bajando los labios hasta su oído, le susurró con suavidad:

—¿Tranquila?

—Sí, gracias —contestó Maca y, haciendo intención de separarse de él, se disculpó—. Lo siento, no pude aguantarme hasta llegar a la habitación. No sé qué me ha sucedido.

Pero al comprender la intención de Maca, Bruno aumentó la presión de sus brazos alrededor de ella. A Maca le fue imposible separarse de él ni un solo centímetro, los potentes brazos que la rodeaban no le permitieron salir de su regazo.

Ella levantó sus ojos hacia él para encontrarse con la intensa mirada de Bruno. No podía disimular toda la ansiedad y lucha que él estaba manteniendo en su alma.

Durante unos segundos, que se hicieron interminables, la determinación de Bruno se desvaneció y una expresión de rendición apareció en su lugar.

No pudo evitar que sus labios se posaran sobre los de Maca con urgencia. Ella, incapaz de rechazarlos, cerró los ojos para evitar ver el desprecio de Bruno en su mirada, pero se preparó para sentir su crudeza. Lo deseaba tanto que no podía renunciar a ese gesto, aunque después sabía que su crueldad la destrozaría.

—No vuelvas a hacerme daño, por favor —suplicó con un hilo de voz.

—¡Dios mío, Maca, cambia esa imagen de mí! Jamás volveré a hacerte daño, ¡lo juro! —exclamó lleno de dolor.

Lo que sintió entonces fue indescriptible. La ternura de Bruno y la suavidad de sus labios la emocionaron. No se parecía en nada a aquel beso lleno de rabia que meses atrás le había dado. Esa vez, la suavidad de sus labios acariciaba los suyos con un delicado toque. Era lo que llevaba meses soñando y al final sus deseos se estaban cumpliendo.

La mantenía aferrada a él y la besaba con cuidado, deleitándose con su delicadeza y disfrutando de su sabor. El beso que le dio unos meses atrás fue amargo. Estaba tan enfadado consigo mismo por su falta de control que no pudo disfrutar de aquel instante. Pero, entonces, todo fue diferente.

Los dos mantenían los ojos cerrados, absorbiendo las emociones y disfrutando de aquel

encuentro al máximo. No perdían ni una sola de las sensaciones que la unión de sus labios le estaban proporcionando.

Sus lenguas se enredaban en un juego lleno de sensualidad, sintiendo cómo la ternura iba cambiando su naturaleza suave y sus cuerpos empezaban a desear mucho más de lo que estaban sintiendo.

Bruno recorría con la ternura de una caricia el menudo cuerpo de Maca, que se estremecía bajo ese toque lento y sensual. El deseo se encendía en los dos por igual, la potente erección de Bruno se oprimía contra el vientre de Maca, haciendo muy patente su fuerte deseo, casi desesperado. Ella se dejaba seducir y mimar igual que una indefensa gatita. Claro que ella no se iba a quedar de brazos cruzados y en cualquier momento sacaría sus uñas.

—Maca, te deseo y, si sigo besándote y tocándote de esta manera, seré incapaz de dejarte marchar —le explicó con resignación. Haciendo un gran esfuerzo, abrió sus brazos dejando que libremente se alejara de él.

Maca lo miró con asombro y, con gran aplomo y muy rotundamente, le contestó:

—Yo no quiero irme a ningún sitio. Dime la verdad, ¿tú qué quieres? Perdona, pero el complicado eres tú.

—Yo...

Ya no dijo nada más. Se abalanzó de nuevo sobre ella estrechándola con fuerza entre sus brazos y tomando su boca. Con gran determinación le contestó sin necesidad de palabras.

Maca entendió perfectamente qué era lo que Bruno quería y coincidían. Su pasión se desbocaba y apenas eran conscientes de que se encontraban en medio del pasillo del hotel, a dos pasos de sus habitaciones. Estaban muy cerca, pero separarse, aunque fuera por unos segundos para llegar a una de ellas, les parecía muy lejos.

Maca estaba en otro mundo, disfrutando de cada beso y cada caricia. De repente, Bruno se separó de ella con brusquedad y, tomándola de la mano, la arrastró hasta la puerta de su habitación.

—No puedo seguir aquí, en medio del pasillo. Necesito privacidad para todo lo que quiero hacer. Si seguimos así, no podré separarme de ti ni siquiera para dar dos pasos.

Con impaciencia, Bruno buscó la llave de la habitación y, con mano temblorosa por la ansiedad acumulada, intentaba introducirla en la cerradura sin éxito. No pudo hacerlo a la primera, los nervios le jugaban una mala pasada. Hasta que por fin lo consiguió y apresuradamente giró la llave. Una amplia sala apareció ante ellos y Bruno, sin perder un segundo, arrastró a Maca para cerrar la puerta.

Una vez dentro de la habitación, ya en la intimidad y lejos de miradas indiscretas, todo se precipitó. Crecía entre ellos el deseo y la pasión y, aunque hubieran querido frenar y echar marcha atrás, ya era imposible, su excitación era imparable.

Aquella noche se amaron con deleite, porque eso era lo que había crecido entre ellos, una atracción que nació en cuanto se conocieron y que había crecido hasta convertirse en amor. Atrás quedaban el arrepentimiento y la mala conciencia, durante muchos días había descubierto que no podía frenar lo que sentía por Maca, que ese sentimiento era verdadero.

Había luchado contra ello desde el principio, intentando alejarse de ella de todas las formas posibles. Pero, desde que la tuvo entre sus brazos, la amó y la hizo suya con rabia; ya no pudo sacarla de su corazón.

Esa noche todo fue distinto y se entregaron el uno al otro en cuerpo y alma. La pasión y la ternura se hicieron los dueños de sus cuerpos. Bruno no podía saciarse de ella y, en cuanto su organismo se recuperaba, la buscaba de nuevo. La besaba como si no lo hubiera hecho en toda la

noche y la recorría con suaves y excitantes caricias.

Su mano buscaba esa zona que tanto le gustaba excitar y, suavemente con dedos expertos, recorría de arriba abajo la húmeda e hinchada abertura que palpitaba bajo su roce. Maca se estremecía con cada roce y abría sus piernas para disfrutar de aquellas caricias tan placenteras. Bruno la besaba y los gemidos que Maca dejaba escapar alimentaban su frenesí. Hasta que fue imposible alargar por más tiempo el momento; la excitación era tan grande que se correrían con un toque más.

Entrar dentro de Maca era acceder al mismo paraíso. Se olvidaba de todo, no había noticias ni matrimonio, nada existía que no fueran ellos dos. Bruno empujaba dentro de la resbaladiza cavidad que lo engullía con potentes palpitations. Maca estaba tan apretada que tenía que poner toda su voluntad para no correrse antes de llegar al fondo.

Ella se contoneaba bajo su cuerpo exigiendo mayor profundidad y, en apenas dos embestidas, su cuerpo convulsionaba entre sus brazos. Los gemidos de placer se ahogaban en su boca excitándolo, hasta que los dos juntos disfrutaron de aquel placentero y sublime instante.

Después, Maca se acurrucó entre sus brazos totalmente extenuada. Bruno podía sentir cómo se abandonaba en un reparador y feliz sueño.

Un suspiro terminó con aquellos recuerdos tan ardientes y felices. Estaba acalorada y, aunque le avergonzara reconocerlo, excitada.

Porque el sexo con Bruno no era bueno, sino muy bueno y tenía la facilidad de acelerarla de cero a cien con una mirada, ¡ohú, pero menudas miradas!

Bruno era el único hombre capaz de conseguir con un solo vistazo que ella se humedeciera de deseo. Si entrecerraba sus ojos de aquella manera suya tan pícara y, para rematarla, le sonreía subiendo la comisura de su labio; ya le estorbaban hasta las bragas. Si además le guiñaba un ojo, ¡estaba perdida del todo! Y era capaz de abrir sus piernas sin pensar dónde estaban.

Así que renegando se fue para el baño, tenía dos caminos: cogía su vibrador calmando aquel intenso calor interno o se daba una larga ducha con agua fría. Y, como no tenía el chichi para farolillos, abrió el grifo.

Capítulo 5

Bruno había llegado a su hotel circulando por toda la ciudad gracias a su GPS y subió directamente a su habitación, no tenía ánimo para nada. Siempre que venía a Barcelona hacía su reserva en el mismo hotel, muy céntrico, situado junto al barrio de Gracia, cerca de la estación, de la Rambla o la Plaza Catalunya. Desde allí, tenía facilidad para llegar al emblemático parque Güell o a la mismísima Sagrada Familia. Aunque en aquel viaje su interés no estaba centrado en hacer turismo precisamente. El precio era muy asequible, en relación con la calidad era estupenda.

La actitud de Maca le había desinflado las esperanzas.

¿Y qué esperaba? ¿Que en cuanto lo viera cayera rendida a sus pies? ¡Qué iluso!

No se fiaba de él, y no podía reprocharle nada porque durante más de tres años se lo había ganado a pulso. ¿Cuántas veces le prometía el cielo y en cuanto llegaban a Madrid se desdecía de todas las promesas que le había hecho en los momentos más vulnerables? Ni más ni menos que en cada viaje.

—¡Puffffffff! —Sopló fuerte, intentando calmar su angustia.

Tenía muchas esperanzas puestas en recuperar a Maca de forma inmediata, pero no iba a ser así. Ella ni siquiera le había dejado hablar. Estaba muy escarmentada. Durante tres años le había dado lo mejor de ella sin recibir apenas nada, unas migajas, por puro interés. Pero todo tenía un límite y ella llegó al suyo cuando dijo basta y huyó de su lado.

Aquel día, hacía siete meses, quiso correr tras ella, no estaba preparado para perderla. Pero recapacitó durante unos minutos para hacerse una pregunta:

«¿Voy tras ella? ¿Y qué le puedo ofrecer? —Solo tardó un segundo en contestarse a sí mismo—. ¡Nada, no puedo ofrecerle nada!». —Entonces su vida era una mierda, una encrucijada en la que estaba atrapado y no sabía cómo salir de allí.

Por eso no movió un dedo para buscarla durante todo ese tiempo. Antes de remover cielo y tierra para encontrarla, si fuera preciso, tenía que arreglar su vida de la manera más correcta posible y, cuando estuviera todo en orden, ofrecerse a ella en cuerpo y alma. No quería otra dueña para su vida y su corazón que a aquella sevillana chiquita y vivaracha que desde el primer minuto le hizo vibrar y alegró su jodida vida.

Pero en ese momento todo era distinto y su mayor problema y preocupación lo tenía casi resuelto. Era cuestión de un poco más de tiempo. Tendría que haber esperado más para buscarla, al menos hasta tener su vida resuelta por completo. Pero aguantó sin ella todo lo posible. Ya no podía seguir más tiempo sin Maca.

Estaba desesperado y necesitaba verla. La amaba como jamás había amado a nadie. Ni siquiera a la mujer con la que había compartido seis años de su vida la había querido con la intensidad y urgencia con la que la quería a ella.

No le importaba perder ese primer asalto, pero tampoco pensaba cejar en su empeño. Muchas veces se maldecía a sí mismo por ser tan responsable y por tener esa conciencia que le obligaba a hacer cosas que no quería y renunciar, en cambio, a su felicidad por hacer lo correcto.

Pero eso también había cambiado y, lo más importante de todo, su conciencia estaba tranquila y nadie podría recriminar su comportamiento. Como le decía su madre: «Te has portado como un caballero y de eso nunca debes arrepentirte. Si esa mujer te ama, cuando le cuentes la verdad no

tendrá más remedio que quererte mucho más».

Esas eran siempre las palabras de su madre, pero él no confiaba en que aquella premonición se convirtiera en una realidad.

Se le habían ido hasta las ganas de comer, así que llamó al servicio de habitaciones y pidió que le subieran un café y un *whisky*. Se sentó en la cama esperando a que el camarero acudiera antes de meterse en la ducha. Se sacó el cinturón del pantalón y también los zapatos, dejándolos tirados de cualquier manera. Puso sobre la cama la pequeña maleta y la abrió rebuscando sin cuidado la bolsa de aseo.

No tardó nada en escuchar unos suaves toques en la puerta. Cogió la bandeja de mano del camarero y la puso sobre la mesita tomando la taza de café a la vez que abría la ventana. En silencio, sorbiendo el negro líquido, contempló la quietud de aquella noche. Buscó en el bolsillo su paquete de Ducados, pero enseguida recordó que no estaba en su casa, sino en un hotel y lo volvió a guardar. Llevaba siete meses fumando de nuevo, el mismo tiempo que llevaba lejos de Maca. Intentó calmarse, pero necesitaba tranquilizarse de alguna manera. Se calzó de nuevo y cogió la llave de la habitación, necesitaba fumar, así que bajó a la calle. En cuanto salió por la puerta, encendió aquel cigarrillo negro propinándole una intensa y profunda calada. La mantuvo en sus pulmones durante unas milésimas de segundo y la expulsó con fuerza sacando todo el humo de golpe. Repitió logrando así serenarse un poco.

Verla de nuevo había alterado su alma y su cuerpo. ¡Estaba tan guapa! Que no podía quitar aquella imagen de su retina.

Recordó cómo aquella misma mañana había llegado a la masía antes de tiempo y durante unos minutos se hizo invisible. Desde la lejanía, vio a Maca en la fiesta y disfrutó de su sonrisa y alegría. Estuvo tentado de correr hacia ella cuando en sus ojos asomó la añoranza, la conocía bien y era la expresión que transformaba su rostro siempre que echaba algo de menos. Pudo distinguir cómo se esforzaba por disimularlo con una excesiva alegría para que ningún amigo se diera cuenta.

Pero Bruno la conocía mejor que nadie y, sobre todo lo demás, pudo reconocer la tristeza. Él sabía que la felicidad de sus amigas le afectaba. No era porque no se alegrase, ¡para nada! Lo hacía y muy sinceramente. Pero su mirada denotaba nostalgia por un sentimiento que ella también había conocido —el amor— y del que desde hacía un tiempo carecía.

Estar de pie ante ella, poder rozarla y casi sentir su respiración había despertado en él todos sus sentidos, algunos parecían más que dormidos.

A pesar de las duras palabras que Maca le dedicó, sentía que resucitaba, que su cuerpo volvía a la vida después de meses de hibernación. Le hubiera gustado ver en su mirada un brillo diferente. Hubiera dado cualquier cosa por advertir de nuevo el resplandor de su amor reflejado en sus ojos, aquel sentimiento desinteresado que siempre le dio sin esperar nada a cambio.

Así fue durante mucho tiempo, Maca le daba todo su amor de manera magnánima, sin esperar nada a cambio, cuando él no podía darle nada, ni siquiera una lejana promesa de vida en común. Pero ella se conformaba con esas migajas y le parecían un excelente manjar. Aprovechaba cada beso, cada pequeña muestra de cariño y cada caricia que el egoístamente le daba para su propio disfrute.

Maca edificaba un castillo de ilusión en cuanto pasaban unos días juntos, el cual se derrumbaba en cuanto volvían a Madrid. Bruno sabía que vivir una relación así era igual que montarse en una montaña rusa y que, al final, no traería nada bueno. Le había exigido a Maca todo lo que podía darle, cuando él no era libre y no podía ofrecerle nada a cambio. A ella ese detalle no le importó y se entregaba a él confiando en un cambio que nunca llegaba.

Sin embargo, su corazón sufría con cada alejamiento de Bruno, hasta que no pudo aguantar por más tiempo aquel dolor y se rompió.

Apagó el cigarro y subió de nuevo a la habitación del hotel. En la soledad de aquella dependencia se preguntó desmoralizado: ¿y si Maca había conseguido olvidarle? ¿Y si llegaba tarde?

Tenía que hablar con alguien si no quería volverse loco, pero ¿con quién? Los nervios lo estaban matando.

Caminó hasta la mesita de noche y cogió el vaso de *whisky* echando un solo cubito de hielo, lo movió haciendo que chocara con el cristal repetidas veces. Se fumaría otro cigarro, pero no iba a salir de nuevo, así que lanzó el paquete de tabaco y el mechero sobre la cama, justo al lado de su cartera y su móvil. Una tarjeta le llamó la atención, la cogió y entonces se acordó; era la que José le había dado. La miró y no se lo pensó dos veces, cogió su móvil y tecleó el número.

—¿Sí? —preguntó José, que no tardó en contestar. Era un número desconocido y no tenía ni idea de quién le llamaba.

—Soy Bruno. ¿Puedes hablar? Si no es buen momento lo dejamos.

—No, tranquilo, no estoy haciendo nada. Ya estoy en casa. ¿Te pasa algo? Tú dirás, soy todo oídos.

—Uffffff, no sé cómo empezar —se lamentó Bruno. Se hizo un silencio, pero José no dijo nada, esperó pacientemente a que se aclarara y le dijera cuál era su preocupación, cosa que él ya sabía; Maca—. No sé si..., ¿crees que...? Joder, ¡qué difícil es esto! Pensarás que soy un gilipollas, te llamo y no sé qué decirte.

José sonrió al escucharlo. Conocía a Bruno desde hacía años, habían coincidido en diferentes reportajes y no tenía nada que ver con el hombre inseguro que hablaba con él.

Bruno era un madrileño descendiente de extremeños, concretamente de Plasencia. Le gustaba presumir de ser tocayo de Robe Iniesta, cantante del grupo *rockero* Extremoduro, tanto de origen, como de apellido, el cual su padre llevaba el mismo, aunque no les unía ningún parentesco.

Era un buen camarada y en situaciones de peligro se preocupaba de todos sus compañeros. Tenía un aspecto serio y su carácter era reservado, sin embargo, era un gran conversador. Nunca llegaría a ser el alma de una fiesta destacando por su alegría, pero era muy querido entre sus compañeros de profesión.

José quería mantenerse al margen; pero, al comprobar el enorme lío que llevaba en su cabeza sin saber por dónde salir, se apenó de él y quiso echarle una mano.

—Vamos a ver si acierto. ¿Me querías hablar sobre Maca? ¿Quieres saber algo en especial? ¿Quieres hablarme de ella? ¿Tienes algún plan? ¿Necesitas que te eche una mano?

—¡Joder, tío! Eres un *crack*. Y no tengo una sola pregunta, tengo mil. Ya te he dicho, antes de marcharme, que no me ha dejado contarle nada. Tengo dudas de que quiera escucharme algún día. ¿La has visto muy a menudo durante estos meses?

—La verdad es que sí. Ha formado un perfecto cuarteto junto a Julia, su cuñada Andrea y una redactora del periódico; Marina. Son una piña y la casa de Julia parece su cuartel general. Rara es la vez que paso a visitarlos, que lo hago muy a menudo siempre que estoy en Barcelona, que no los encuentre allí. ¿A qué viene esa pregunta?

—¿Es feliz? —preguntó ansioso.

—Concreta. ¿En qué aspecto? Tío, habla claro porque, si no, no entiendo. ¡Ni que estuviera hablando de nuevo con Julia! Pensé que ya no tenía que, además de escuchar, suponer muchas cosas.

—¿Crees que me echa de menos? ¿Ha seguido con su vida normalmente? No sé cómo decirlo.

¿Me ha nombrado alguna vez en todo este tiempo? ¿Ha hablado de mí? —Se detuvo, pero al final, aunque le daba miedo la respuesta, formuló la pregunta que más temía—. ¿Tiene a otra persona?

—¡Eso es! Así lo entiendo, ¡bien clarito todo! Pues no creo que sea de gran ayuda lo que te voy a decir. No la he escuchado nombrarte durante este tiempo, pero tampoco hacen grandes confidencias conmigo delante, ni ella ni las demás, excepto Julia. Pero, como soy buen observador y conozco a Maca, al menos un poco, te diré lo que yo creo, que no significa que sea así. Veo que, cuando cree que nadie la mira, sus ojos destellan con una nostalgia que te rompe el corazón. Veo que huye de las escenas felices. Mientras están las cuatro amigas su alegría se desborda. Pero, en cuanto aparecen las parejas de estas, una expresión de resignación y tristeza la invade e, intentando pasar desapercibida, en silencio se quita de en medio y huye.

—No es feliz —manifestó Bruno.

—Yo pienso que no. Muchas veces la descubro con la mirada perdida y en muchas ocasiones aguanta las ganas de llorar. No puedo asegurar que estos sentimientos sean por ti. Pero si enlazas los hechos...

—Aunque quede algo en su corazón para mí, está muy escarmentada. Durante tres años la he hecho sufrir a costa de mi propio provecho sin pensar en ella. Y, cuando huyó de mí, creo que su aguante había llegado al tope que una persona puede tolerar.

—De eso no me cabe la menor duda. Es de suponer que Maca escapó de tu lado porque no pudo soportar más aquella situación. Pero, ahora, le tienes que hacer entender hasta dónde estás dispuesto a luchar por ella.

—¡Joder, tío! ¡Estoy dispuesto a todo! —exclamó Bruno exaltado.

—Eso es lo que debes tener muy claro; que no te vas a rendir y que estás dispuesto a todo por recuperarla. Porque Maca se lo merece y, además, no te lo va a poner nada fácil. ¿Sabes por todo lo que ha pasado durante estos meses?

—¿Cómo lo voy a saber? Durante siete meses no me he puesto en contacto con ella ni una sola vez y, cuando nos hemos encontrado hace unas horas, no me ha dejado ni siquiera hablar.

—¿Qué esperabas? A veces los hombres o somos muy tontos o nos creemos superiores a ellas. Si no es así, no hay explicación a nuestro comportamiento. ¿Tú le hubieras dejado explicarse en las mismas circunstancias? —Bruno se quedó en silencio y recapacitó durante unos segundos. Estaba muy seguro de que no solo no le hubiera dejado decir nada, sino que ni siquiera le hubiera permitido acercarse a él—. No hace falta que digas nada, tu mutismo te delata —añadió José llenando el silencio de Bruno—. Si hubiera sucedido al revés, ni lo poco que has conseguido tú le habrías dado a ella. ¿Me equivoco?

—¿Y qué puedo hacer? —interrogó de nuevo Bruno, rehuendo la respuesta anterior.

—¡No me fastidies! Has vivido junto a ella mucho tiempo. Sabes lo que le gusta o al menos deberías saberlo. Lo que tienes que hacer está muy claro, nada va de ti, esta vez tú pasas a segundo plano; va de ella, de Maca. Todo lo que hagas va destinado a conquistarla de nuevo. Si la primera vez no te costó nada, esta vez para conseguirla vas a tener que sudar tinta, como dice el dicho popular. Y si tú te tienes que quedar con un dolor de pelotas, ¡pues te quedas! No intentes sacar rédito a lo que hagas por volver a reconquistarla. Piensa solo en ella, en complacerla. Llena su vida de detalles totalmente desinteresados, de esos que gustan a todas las mujeres. Y, sobre todo, sé constante.

—¿A cuántas mujeres has reconquistado tú? —preguntó asombrado por todo lo que sabía.

—A ninguna. Cuesta creerlo, ¿verdad? Pues es la realidad. Pero observo mucho y tengo la suerte de contar, entre mis mejores amigos, con unas cuantas mujeres. He sido confidente de Julia y también de su cuñada Andrea, la que hoy se casaba. Sé cómo piensan y lo que esperan de un

hombre. Tú has tenido a Maca durante mucho tiempo a tu lado y no has aprendido nada. ¿Y sabes por qué? Porque durante todo el tiempo, egoístamente, solo pensabas en ti.

—Lo sé —aseguró Bruno totalmente avergonzado—. Siempre me comporté como un cerdo egoísta.

—Cambia ese detalle y la conquistarás.

Se despidieron, y José le dio todo el ánimo que pudo. Lo iba a necesitar porque Macarena se lo iba a poner muy, pero que muuuuuuy difícil.

Capítulo 6

Después de la entrevista que Maca, con mucho salero, hizo al vecino de La Mina y que, gracias a su simpatía y cercanía, sacó mucha más información de la que pensaba, fue en busca de su coche. Lo había dejado dentro de un *parking* porque, para aparcar por la zona de Plaza Universidad, estaba algo más que difícil, casi era imposible.

Después de despedirse de Carlos, el Manta, que era su apodo en el barrio y del que debía mantener en el anonimato para protegerle, fue corriendo hasta el aparcamiento privado para que no corriera más el tiempo. Costaba tanto un par de horas de estacionamiento que, durante toda la entrevista, miraba muy a menudo el reloj y, con cada minuto que pasaba, saltaba en su cabeza el signo del dólar.

Después salió en dirección al selecto barrio de Sant Cugat, donde vivía su amiga Julia con su familia. El seguro de vida que había cobrado Diego tras la muerte de su mujer les había permitido comprarse la espléndida casa con jardín y los magníficos coches que llevaban ella y su marido. Claro que también el trabajo de Diego y el de su amiga les reportaban todos los meses unos honorarios que les permitían vivir con gran comodidad.

Llegó hasta la enorme puerta de hierro y llamó al portero. Enseguida se abrió dejando ante ella una enorme explanada con un camino asfaltado que la llevaba hasta la casa. Julia salió a recibirla y en cuanto abrió la puerta del coche se abalanzó sobre ella.

—¡Te juro que en vez de abrazarte me dan ganas de darte de hostias! ¡Estaba tan preocupada! —exclamó rodeándola con sus brazos como si fuera un enorme perezoso colgándose a ella.

—Te merecías mucho más por la jugarreta que me has gastado —la regañó, pero se sintió cobijada entre los brazos de su amiga. Necesitaba ese abrazo más que el comer.

—Vamos dentro que estaba liada en la cocina. Diego se ha llevado al pequeño a casa de su padre, y Dolores ha puesto esta mañana rumbo a su Méjico querido donde permanecerá quince días. No quería decirnos nada, pero han operado a su hermana, y ya conoces a Diego; le faltó tiempo para comprarle un billete y esta mañana, antes de dejar a Derek con sus padres, la han llevado al aeropuerto.

—Diego es un encanto, siempre pendiente de todo el mundo. No entiendo cómo se ha quedado con una arpía como tú —respondió Maca para hacerle notar a su amiga lo enfadada que estaba con ella.

—Perdóname, pero volvería a hacerlo de nuevo. No le has escuchado, no has dejado que te explique nada, así que cállate. Eres mi amiga, ante todo. A Bruno lo considero un compañero de profesión, pero tú eres mi amiga, y eso para mí tiene un significado. Haré lo imposible, si es necesario, por conseguir que seas feliz.

—¡Me has vendido! ¡Le has dicho a Bruno dónde estaba!

—Si crees eso es que eres más tonta de lo que yo pensaba. Bruno sabía perfectamente dónde estabas desde casi el primer día. Pero, aunque en un principio intentó seguir su vida como estaba, comprendió que debía hacer algo.

—¿Y se puede saber qué es lo que ha hecho?

—¡Ah, no! ¡Eso sí que no! No voy a caer en la trampa. Bruno está en Barcelona y no piensa marcharse de aquí hasta que hable contigo. Si quieres conocer todo lo que ha sucedido durante estos meses, tendrás que hablar con él.

—Puuffffffff. ¡Sabía que era una trampa! —contestó Maca incrédula.

—¡Mira que eres obtusa, cabezona, terca y muchas cosas más! ¡Yo sé todo lo que ha sucedido y te garantizo que Bruno se merece la oportunidad que pide! ¡Y hasta ahí puedo decir!

Maca se resignó. Conocía a Julia y sabía que a terca no la ganaba nadie. No le contaría nada más. Y, no solo eso, insistiría hasta la saciedad para conseguir su propósito. La conocía y sabía que Julia era perseverante. Debía convencerla de que haría lo que ella quería para que la dejara en paz.

—Solo te digo que lo pensaré, nada más. Tú sabes por todo lo que he pasado y no puedo rendirme a la primera. He sufrido mucho, ese hombre me ha hecho padecer...

—Sí, claro —la cortó Julia sin dejar que siguiera—. Como a mí el mío. Pero tengo muy presente que fui una imbécil durante mucho tiempo, y debo avisaros. Lo hice con Andrea y lo hago contigo. No me cansaré de decir a los cuatro vientos que hay que escuchar, que las cosas, muchas veces, no son lo que parecen.

Maca no le llevó la contraria, ¿para qué? Sabía que no merecía la pena, así que, con un largo suspiro, le contestó:

—Está bien, ¡has ganado! Hablaré con él, pero, al menos, ¿el cuándo me dejas que lo elija yo? Tengo que prepararme para no sufrir más. Elegiré el momento en el que me vea más fuerte, porque ahora mismo no lo estoy. Verlo frente a mí de sopetón me dejó totalmente devastada. Así que te doy mi palabra de que hablaré con él, peroooooo cuando me vea preparada. ¿De acuerdo? —Julia asintió con la cabeza sin poder reprimir una sonrisa de satisfacción—. ¿Cómo termino la boda? Jamás voy a perdonarte que me perdiera el final, el baile. ¡Con lo que me gusta bailar! Me jodiste la fiesta.

—Bueno, te resumo —añadió sin importarle nada ese enfado tan fingido—. Andrea se mosqueó porque quería una foto con las cuatro juntas, y José me dijo que tenía razón cuando le dije a Bruno dónde encontrarte.

Empezó a sonreír con cara de bobalicona; una mezcla entre ñoña, dulce y un montón de cosas más.

Maca la miraba sin entender nada. Su amiga no era así, parecía que se acababa de comer un kilo de azúcar con aquella sonrisa tan empalagosa.

—¿Se puede saber por qué te ríes de esa manera tan tonta? —le preguntó extrañada.

—Porque te voy a dar una primicia. Ayer le di a Diego una noticia. ¡¡¡Estoy embarazada!!! Esta vez he seguido el protocolo, he esperado dos semanas de retraso y la prueba de embarazo ha dado positiva.

—¿Y qué ha dicho la tía de la criatura?

—¿No te estoy diciendo que es una primicia? Después de Diego, eres la única que lo sabe. Creo que te lo debía por la encerrona que te preparé. Y, eso no es todo, dentro de nada vendrán a comer con nosotras Andrea y Marina. Comeremos las cuatro, sin los hombres. Será una tarde llena de confidencias.

—¿Pero no se iba de viaje al día siguiente de la boda?

—No sale el avión hasta las tres de la mañana. Cuando les he dicho que íbamos a comer juntas se han apuntado.

—¡Qué bien! Tendré que contarles lo sucedido con pelos y señales. —Suspiró y un enorme peso le cayó encima ante el estupendo plan que Julia le proponía. Lo que menos le apetecía era contar su historia de nuevo y hablar del tema.

—¡Y nos podremos hacer esa foto que ayer fue imposible! —añadió Julia dando saltitos de alegría—. Todavía no les puedo contar lo del embarazo porque Diego quiere ver la cara de su

hermana cuando se lo diga.

—Uffffff, ¡menos mal! No podría digerir en este momento tanto azúcar.

Apenas acababa de hablar cuando el insistente timbre comenzó a sonar sin dar un descanso.

—Esta es Andrea, conozco a la perfección su persistencia —comentó Julia corriendo hacia la puerta y accionando el botón de apertura—. Si tardo mucho en abrir me quema el timbre.

—¡Qué suerte la mía! Andrea ya ha llegado y encima nerviosa. No sé si esconderme.

Entre risas abrió la puerta exterior escuchando cómo un coche llegaba hasta la casa. En pocos minutos estaban las cuatro reunidas en el cálido salón.

—¡Bueno! —exclamó Julia—. Antes que nada, vamos a hacernos la foto las cuatro juntas.

—¡Pero yo quería con mi vestido de novia! —protestó Andrea haciendo pucheros.

—¡Y yo con mi vestido! Estaba espectacular —le recriminó Maca, mirando con cara de asesina a Julia—. Pero eso no va a poder ser, así que tú eliges. Y no protestes más que no tienes motivos, la vida te sonríe, así que no seas caprichosa.

—Chicas, ¡tengo que daros una noticia! —les dijo Marina y sin poder esperar ni un minuto más empezó a dar saltitos de emoción—. ¡¡¡Estoy embarazada!!!

Todas gritaron emocionadas y se abalanzaron sobre Marina. Pero Julia, que estaba bebiendo agua, tuvo un percance. La noticia le hizo atragantarse y empezó a toser echando agua a todas.

—¿Se puede saber qué haces? —protestó Andrea apartándose y limpiándose el agua que les había caído encima. La noticia de Marina quedó en suspense mientras le daban golpecitos en la espalda para que no se ahogara.

Cuando ya se calmó, Julia se limpiaba las lágrimas por el esfuerzo y de repente empezó a reír. Las tres la miraban sin entender nada. Solo Maca intuía lo que sucedía, pero no delataría a su amiga.

—¿Por qué te ríes ahora? No hay quien te entienda —exclamó Andrea mirando a su cuñada como si fuera un perro verde sin comprender su reacción.

—¡No puedo aguantar! Le prometí a tu hermano que no diría nada, pero sé que me perdonará. ¡¡¡Yo también estoy embarazada!!!

El alboroto en aquel cálido y confortable salón se desató. Las felicitaciones, los abrazos y besos no cesaban. Era una noticia curiosa porque estaban del mismo tiempo.

—¿Te casaste embarazada?! —Andrea no sabía si preguntaba o afirmaba, apenas hacía tres meses que se había casado y acababa de reparar en ese detalle.

—¡No! No estaba embarazada —contestó Marina enseguida—. Pero desde entonces no hemos puesto ningún medio para impedirlo. Acabo de hacerme la prueba y todavía no he ido al médico, tengo un retraso de tres semanas.

—¡¡¡Igual que yo!!! —exclamó Julia emocionada—. ¡Dios mío! Tu hermano me mata, esta vez me mata de verdad. No tenía que decirte nada a ti ni mucho menos difundir la noticia sin estar segura. Y lo he hecho.

—Pero ¡qué dices, Julia! —le contestó Maca riendo—. En cuanto he llegado me lo has dicho. Seguramente no hubieras dejado pasar media hora antes de hacer lo mismo con ellas. Ojalá tuvieras esa lengua tan suelta con las confidencias de otras personas.

—Es verdad. Conociéndome como me conozco, no entiendo cómo Diego ha confiado en mí. —Ignorando el último comentario de Maca, cogió el móvil y le escribió un corto mensaje.

«Lo siento, cariño, no he podido callarme, pero es que tengo una excusa, ha venido Marina y nos ha contado que está embarazada. Comprenderás que no podía permanecer callada. Te quiero».

—Ya está, se lo acabo de contar a Diego. Así no me siento culpable.

—Pues yo os voy a comunicar también algo... —empezó a decir Andrea hasta que Julia la cortó nerviosa.

—¡No me digas que también estás embarazada!

—No, pero... tampoco estamos tomando precauciones para evitarlo —contestó con una sonrisa de oreja a oreja.

—¡Madre mía! Nos vamos a juntar con un montón de churumbeles —proclamó Marina.

Maca las miraba y se alegraba por ellas, pero una punzada de añoranza pinchaba su corazón. Se sentía feliz por sus amigas, pero una mueca de dolor apareció en su semblante como un relámpago. Pensó que había disimulado, y que nadie la había visto, pero a Julia no le pasó desapercibido aquel gesto de pesar que provocó que se sintiera culpable. Maca estaba sufriendo, y ellas alardeando de su felicidad. Por eso, disimuladamente, intentó acallar esa euforia que las invadía y centrarse en el verdadero motivo de aquella reunión que no era ni más ni menos que Maca.

—Bueno, vamos a aparcar este tema hasta que estemos seguras, porque como me reniega constantemente Diego, hasta que no realicemos la primera ecografía, no sabemos nada y mejor callar. ¿Salimos al porche? Estaremos mejor que aquí dentro.

Una vez acomodadas en los amplios sillones que había en el jardín, ante una vista preciosa, las cuatro estaban dispuestas para afrontar el mal momento de Maca. Se notaba la mano de Dolores, ya que Julia era una negada para las plantas. Se le secaban los cactus o los ahogaba. En cambio, el jardín era un vergel, había flores de todos los colores y el aroma de las rosas y el jazmín se mezclaban por toda la casa. Era un ambientador natural que la suave brisa mecía y repartía por todo el lugar.

Maca les contó cómo se había sentido al volver a verlo, les confesó sus más íntimos sentimientos.

—¿Sabéis qué os digo? Qué nunca voy a dejar de amarlo, ahora lo sé. Esa será la cruz de mi vida.

—Dale una segunda oportunidad —le propuso Andrea muy seria—. No importa lo que haya sucedido entre vosotros, el pasado se diluye y solo cuenta el mañana.

—Le he dado muchas oportunidades, pero siempre responde de la misma manera, está conmigo y me quiere a mí, pero vuelve a casa y se queda con su mujer. Ya me he cansado de vivir así, mis nervios no lo soportan por más tiempo. Y sé que todo seguirá igual. Os lo digo en serio; sé que me quiere, eso no lo niego, porque cuando estoy con él me siento amada. Pero no sé qué extraño y enfermizo vínculo tiene con su mujer. Me lo contó, se siente obligado, pero yo no estoy dispuesta a vivir así.

—Ya te he dicho que todo ha cambiado —repitió Julia con tono cansado.

Pero, por mucho que se lo repetía, Maca no la creía.

—¡Dime algo! ¡Dame una pista! Me da miedo ir a ciegas. Empezaba a acostumbrarme a esta vida, sin amor, pero también sin sobresaltos ni dolor. Y no me avergüenza confesarlo; no soy tan valiente como vosotras, tengo miedo.

—¿Más miedo del que he pasado yo? —preguntó incrédula Andrea—. ¡Imposible! Además, dos veces en poco más de un año. Pero esto es como la lotería, si no juegas, no tienes posibilidad de ganar.

—Por hablar con él no vas a perder nada, en cambio, tienes mucho que ganar. Vamos, pienso yo, que no he tenido experiencias como las vuestras —comentó Marina.

—Además, nosotras siempre estaremos a tu lado para lo que necesites, bien sea desahogarte, animarte o consolarte. No vamos a dejarte sola ni un momento. Date una oportunidad y, si luego no

sale bien..., pues se acabó. Eso sí, sin dudas y sin volver a pensar en ello.

Maca escuchaba con atención a sus amigas. Tanto Julia como Andrea habían vivido unas duras historias en las que todo se arregló después de hablar con sus parejas. Ella conocía ese dato, pero se negaba a aceptar que su caso tuviera la misma solución. Sin embargo, una duda empezaba a hacer mella en su interior y, si hablaba con Bruno, ¿qué perdía? Pensándolo bien, se quedaba como estaba y no era para echar cohetes precisamente. Ahora mismo estaba viviendo una situación difícil y peor no podría ser. Así que tomó una decisión.

—De acuerdo, hablaré con Bruno. Pero vamos a cambiar de tema que me estáis poniendo entre todas la cabeza como un bombo.

Aparcaron el tema para comentar todos los pormenores de la boda de Andrea y su próximo viaje. Se iban a Nueva Orleans.

—¿Tienes el teléfono de Bruno? —le preguntó Julia.

—¿Lo ha cambiado? —Quiso saber Maca sorprendida.

—No lo sé. —Buscó en su móvil enseñandoselo a Maca. En cuanto ella lo vio supo que era el mismo de siempre.

—No, tiene el mismo. Me lo sé de memoria, Julia.

Capítulo 7

Bruno paseaba por la ciudad. Había estado muchas veces en Barcelona, pero siempre con prisas, nunca la había recorrido por el placer de conocerla. Era una ciudad moderna, vital, llena de movimiento y muy variopinta. En el céntrico paseo de Gracia se cruzaba constantemente con personas que en una pequeña ciudad llamarían la atención por su aspecto, en cambio, allí pasaban totalmente desapercibidas. Era el encanto de las grandes ciudades, que nada llamaba la atención.

El móvil dentro de su bolsillo vibró y, con gesto mecánico, lo miró para comprobar quién llamaba antes de contestar. Pero, cuando vio la imagen de Maca en la pantalla, empezó a temblar como una hoja. No reaccionaba, contemplaba embobado su foto sin descolgar. ¡¡¡Era Maca!!! Le costaba creer que lo llamara.

Justo cuando estaba a punto de saltar el contestador, precipitadamente, dio entrada a la llamada. Por unas milésimas de segundo había estado a punto de no contestar.

—¿Maca? —respondió dudando de que realmente fuera ella la que llamaba.

—Sí, soy yo. Bruno, creo que debemos hablar.

—Cuando quieras. ¿Ahora es muy pronto? —continuó precipitadamente, se moría por volver a verla.

Macarena se quedó pensativa durante unos segundos que Bruno vivió como si fueran horas. Ella salía en aquel mismo momento de Sant Cugat después de haber comido junto a sus amigas. Apenas eran las siete de la tarde y no quería meterse en su casa tan pronto, si lo hacía, la cabeza le estallaría en mil pedazos de tanto pensar. Pero temía encontrarse con él de nuevo y que todas sus defensas se desmoronaran. Era un riesgo, pero tenía que hacerlo antes de tomar una decisión. Soltando un sonoro suspiro, respondió:

—¿Dónde estás?

—Estoy paseando por el centro, en el paseo de Gracia, voy hacia la plaza Cataluña. ¿Y tú?

—Yo acabo de salir de la casa de Julia. ¿Sabes dónde está el Fnac? Está en la misma plaza. Quedamos allí en media hora.

—Te espero allí. Hasta ahora.

Bruno no atinaba a cerrar la llamada. A pesar de estar a finales de junio, y con una tarde tan calurosa, un estremecimiento recorrió todo su cuerpo. En media hora volvería a tener a Maca frente a él y esa vez no saldría corriendo en cuanto lo viera. La anticipación le hacía temblar.

Corrió el último tramo del famoso paseo barcelonés para llegar, casi sin aliento, a la plaza Cataluña. Miró a su alrededor y enseguida vio las enormes letras de color ocre que anunciaban su punto de encuentro con Maca. Comprobó en su reloj la hora y no habían pasado ni cinco minutos desde que habló con ella y ya estaba en la puerta de entrada del Fnac^[1]. ¡Un paraíso para una persona como él! Pero ni siquiera reparó en ello, cuando era un asiduo a ese establecimiento y se pasaba horas viendo libros, música y videojuegos.

Paseaba nervioso delante de la puerta mirando hacia todas las calles por las que podía llegar Maca. En su reloj no corría el tiempo y en dos ocasiones preguntó la hora temiendo que no funcionara bien, pero la que marcaba era la correcta. No se sabía cuánto tiempo podría continuar con el corazón tan acelerado, le iba a dar algo si Maca se retrasaba mucho.

Ella estaba igual o peor que Bruno. Durante el corto trayecto, nada la calmaba. Puso la música a todo volumen para dejar de escuchar sus propios pensamientos, su pequeño demonio y su ángel,

uno a cada lado, le hablaban a la vez. Su ángel le decía:

«Haz caso a los consejos de tus amigas, escucha lo que tenga que decirte».

En cambio, su demonio le gritaba:

«Todo es un embuste, te ha mentido desde el primer día. Va a volver a jugar contigo».

Sin embargo, la música no pudo calmar aquel corazón que latía desaforado. Sus latidos parecían el galope de un potente corcel desenfrenado. Así que, para dejar de escucharlo, se puso a cantar más fuerte que la canción que sonaba. Extremoduro era la música elegida en esos momentos. Apenas los conocía hasta que Bruno entró en su vida, desde entonces, ese grupo siempre la acompañaba durante los viajes. Cantaba *Sucede* como si fuera una loca, incluso los coches que la adelantaban la miraban asombrados. Ella, sin dejar de cantar, les sonreía amablemente.

No quería pensar en lo que había hecho; llamar a Bruno y quedar con él. Pero, sabiendo que él no cejaría en su empeño y que la perseguiría hasta conseguir su propósito, no podía alargar aquella situación por mucho tiempo o se volvería loca de tanto darle vueltas. No sabía qué le contaría Bruno, pero confiaba en Julia, y ella le había aconsejado que solo lo escuchara y después, conociendo toda la historia, obrara en consecuencia. La verdad era que no conocía casi nada de la vida de Bruno con su mujer, él siempre era parco en explicaciones para evitar sentirse culpable. Sabía que empezaron a salir juntos cuando eran dos críos y que se casaron muy jóvenes. También conocía el dato del embarazo y que, en un reportaje que Bruno hizo en Italia, la convenció para que lo acompañara. Durante el viaje sufrió un aborto. Aunque los médicos le aseguraron que el embarazo no iba bien y, si no hubiera sido entonces, el desenlace hubiera sido el mismo, Bruno siempre se sintió culpable y se negaba a separarse de su mujer a pesar de que no quedaba ningún sentimiento entre ellos.

Pero ya no sabía nada más y no es que en algún momento le contara toda la historia de un tirón, para nada, ella fue conociendo los hechos al cabo de los años. De vez en cuando, Bruno le comentaba un pequeño detalle o escuchaba una conversación y después ella, a partir de todo eso, reconstruía la historia.

Sabía que, para bien o para mal, tenía que hablar con él para tomar una firme decisión. Su vida, durante más de siete meses, había permanecido en un estado de letargo, se limitaba a dejar pasar el tiempo, pero no a vivir. Tenía la oportunidad de cambiar el ritmo de su existencia. Si de algo estaba segura era de que había llegado la hora de tomar una determinación, porque no podía dejar que la vida pasara delante de sus narices sin participar.

Plaza Cataluña apareció casi de repente ante ella. Llenaba su cabeza de tantos estímulos que, durante unos instantes, había olvidado hacia dónde se dirigía. Prestó atención y giró a la derecha hasta parar delante de las puertas del Fnac. Distinguió a Bruno, a pesar de la distancia, en cuanto giró. Sus miradas se buscaron y cuando se encontraron no hubo secretos. No podían esconder sus sentimientos, entre ellos era algo imposible.

Bruno no podía apartar los ojos de aquella mujer morena, con una larga melena negra como el azabache que caía sobre su espalda descubierta como una cascada de medianoche. Era la mujer más sensual que había visto en su vida. Desde el primer día que la vio, hacía más de tres años en el aeropuerto de Madrid, su cuerpo se alteraba en cuanto posaba los ojos sobre ella. Al principio solo era su cuerpo el que reaccionaba cuando ella estaba cerca, pero, más adelante, fue su corazón el que le hizo un pequeño hueco para acabar ocupando todo el espacio.

—Me he retrasado, lo siento. El tráfico estaba imposible.

—No te preocupes por eso. Aunque hubieras tardado cinco minutos me hubiera parecido una eternidad.

—He pensado bajar hasta la playa y pasear mientras hablamos. A estas horas apenas queda gente —agregó incómoda por aquel comentario.

Era demasiada información. Todavía no habían hablado y no quería dejarse convencer con cuatro palabras cariñosas, tal como había sucedido siempre.

—Me parece perfecto.

Maca atendió al tráfico que a esas horas de la tarde y en aquella zona central de la ciudad era muy intenso. Pero no podía obviar que a escasos centímetros era Bruno el que estaba sentado. Se vigilaban disimuladamente. Bruno sonrió al escuchar la canción de Extremoduro, pero no dijo nada.

Bajaron por la rambla hasta llegar al famoso monumento a Colón y siguieron por el paseo que también llevaba su nombre. Había una enorme afluencia de transeúntes por toda la rambla y era entretenido el trayecto. Bruno se volvió de repente hacia Maca.

—Te has adaptado bien a la vida en Barcelona. —No era una pregunta, constataba un hecho.

Ella no se volvió, sino que siguió atenta al tráfico, pero intuyendo en todo momento que Bruno la observaba.

—Ha sido fácil conseguirlo. Julia no me dejó sola ni un instante. También su cuñada, Andrea, la misma que se casó ayer, y Marina me han arropado para que no sintiera añoranza. Además, tener el mar a escasos minutos de casa levanta el ánimo a cualquiera. Lo único que de verdad echo de menos es a mi familia.

—¿No me has extrañado?

—No fui yo la que decidió que lo nuestro, fuera lo que fuese eso que teníamos, se acabara. Fuiste tú el que puso fin a nuestra historia.

Bruno no quiso decir nada más porque Maca tenía razón, fue él el que rompió aquel día al volver de su último reportaje, lo recordaba como si hubiera sucedido el día anterior.

Los dos llegaron al aeropuerto de Barajas a las cinco y media procedentes de Buenos Aires. El viaje había sido tranquilo. Volaban con Air Europa y el avión llegó sin retraso. Aquel reportaje había sido como una luna de miel, informaron sobre las elecciones argentinas en las que Cristina Fernández Kirchner fue reelegida por cuatro años más. Cubrieron una noticia tranquila, con alguna entrevista incómoda, pero sin someterse a ningún peligro como a los que estaban acostumbrados.

Pasearon su amor por las calles de la capital argentina sin escatimar en muestras de cariño. Los dos eran felices juntos. Bruno estaba resuelto a tomar una decisión, se había dado cuenta de que no podía seguir engañándose por más tiempo. Amaba a Maca y no quería perder más el tiempo y aquella mañana, después de amarla y perderse entre sus brazos, le hizo una firme promesa:

—En cuanto lleguemos a Madrid hablaré con Adela muy seriamente y le pediré la separación —le había dicho.

Cuando se despidieron en Madrid, los dos estaban convencidos de que sería por unas horas. Pero no fue así.

Jamás podría olvidar aquella última conversación por teléfono a la mañana siguiente.

—¿Bruno? —preguntó Maca en cuanto contestó a su llamada. Más que asegurarse de que fuera él, aquella simple pregunta encerraba muchas más, todo un futuro juntos.

—Sí, soy yo. —Su voz no era la misma que unas horas antes. Su tono transmitía cansancio y amargura, la gravedad del mismo la asustó tanto que le daba miedo seguir preguntando—. Maca..., lo siento mucho, pero no vamos a volver a vernos. —Ella no pudo decir nada, no era la primera vez que lo hacía; le prometía la luna, y cuando llegaban a Madrid se echaba atrás. Pero aquella vez pensó que era de verdad, había visto a Bruno convencido, decidido, y pensó que por fin hablaría con su mujer. Pero volvió a equivocarse, él no insistió en darle explicaciones o

pedirle más tiempo como sí había hecho en otras ocasiones. No añadió nada más, bueno, sí—. Adiós, Maca.

Ella fue la que no pudo decir nada más, pero Bruno le dejó muy claro que era una ruptura en toda regla y que, al final, se quedaba con su mujer. Por ese motivo Maca puso tierra de por medio.

—¿Vives cerca de aquí? —Bruno agitó la cabeza para alejar aquellos recuerdos e intentó cambiar el rumbo de la conversación, no quería que Maca rememorara aquellos momentos tan duros.

—Sí, estoy casi tocando el mar. Primero fue el piso que Julia alquiló cuando Diego se quedó en Nueva York y allí vivió apenas un año. Y ahora es mío. ¡Es un lujo! Tengo la playa a cinco minutos y, cuando por la mañana subo las persianas, es lo primero que veo.

—¿Vas a cambiar tu residencia permanentemente?

—Madrid tampoco era mi ciudad. Recuerda que tanto mi familia como yo somos de Sevilla. — Quiso defenderse ella.

—Parte de tu familia sigue viviendo en Madrid. Yo sigo viviendo allí.

Maca se volvió hacia él para encontrarse con aquella mirada intensa y penetrante y enseguida se sintió atrapada. Bruscamente volvió la vista de nuevo al paseo de Colón, por donde circulaba, y cuando recuperó su aplomo, lejos del embrujo que siempre le producía aquella mirada, le dijo con un fuerte dolor impreso en cada palabra.

—Pero no para mí.

—Cuando hablemos, comprenderás que siempre he estado solo para ti.

Maca se mordió el labio para no saltar, pero se quedaba con las ganas de decirle mil cosas. Le reprocharía su forma de actuar una y mil veces. Le gritaría que lo único que había hecho durante todo aquel tiempo había sido tratarla como si fuera un simple recambio. Y, para acabar, le suplicaría que no le hiciera daño de nuevo. Pero no dijo nada, apretó fuertemente sus labios, se tragó su hiel esperando que el silencio la tranquilizara.

Iba buscando dónde estacionar, pero, al final, estaba tan cerca de su casa que decidió dejarlo en el aparcamiento y desde allí bajar hasta la playa.

—Vives aquí —afirmó Bruno, no necesitaba preguntarlo.

—Sí, en el ático. Es un piso precioso.

—¿No me lo vas a enseñar? ¿No te fías de mí? —preguntó al ver que no subían a su casa.

—No me fío de ti ni tampoco de mí. Prefiero que hablemos en un lugar seguro, donde solo podamos charlar.

Se encaminaron en silencio hacia su destino. Cruzaron la amplia avenida que los dejaba frente a la inmensidad del Mar Mediterráneo. Maca se quitó sus sandalias antes de entrar en la arena y respiró con fuerza cerrando los ojos. Era como si intentara, con aquella profunda inspiración, absorber todo el aroma que el mar traía: el olor a azahar del sur de España, el de albahaca de Italia, el de especias de Túnez, junto con el de salitre y algas. Era una mezcla de aromas que, lejos de resultar cargante, se convertía en un lujo para el sentido del olfato.

Bruno la observaba. Los últimos rayos del sol la iluminaban y su melena, negra como el carbón, reflejaba unos tonos azulados. Era una imagen que siempre lo dejaba hipnotizado, por muchas veces que la contemplara.

Cuando Maca abrió los ojos, lo buscó a su lado y, al no verlo, se giró. Sus miradas se encontraron, pero ella no pudo sostenerla, era tan intensa que le abrumaba lo que veía en aquellos ojos entre verdes y marrones. Apartó la vista de él para fijarla en la inmensidad azul. Unos segundos después, le dijo:

—¿Nos sentamos en la orilla o prefieres pasear?

Bruno, antes de contestar, estudió la manera de tenerla más cerca, más asequible, y al final se decidió.

—Mejor nos sentamos.

Maca asintió, y juntos caminaron hacia un rincón tranquilo lejos del grupo de niños que jugaban en la arena y unos jóvenes que hacían ejercicio. Apartados de todo el mundo, reposando sus espaldas en el espigón que separaba la playa Icaria de la playa Bogatell, los dos se tomaron unos segundos para calmarse. Contemplaban las olas que muy suavemente rompían en la orilla. Bruno esperaba una pregunta que le guiara para empezar, pero ella solo esperaba. Cuando pasó un largo minuto, Maca se volvió hacia él, su intención era decirle algo, pedirle que comenzara su explicación, pero la imagen de Bruno recibiendo los últimos rayos del sol la dejó sin aliento. ¡Había olvidado lo guapo que era! Él, como si intuyera su mirada, se volvió quedando de nuevo atrapados en los ojos del otro. Tardaron en reaccionar, y al final fue ella la que rompió aquel mágico momento lleno de confidencias sin palabras.

—Bueno, tú dirás.

Bruno llevaba unos minutos buscando la mejor manera de contarle su penosa historia, pero no sabía cómo hacerlo.

—Es difícil resumir todo lo que ha estado sucediendo durante años en poco tiempo.

—No tengo prisa.

—Sé qué es lo primero que quiero decirte y es que me arrepiento de no haberte contado desde el principio lo que de verdad sucedía en mi vida.

—Quizás hubiera sido lo mejor y nos hubiera ahorrado sufrimientos inútiles.

—Lo sé, pero me sentía tan culpable por ti y por Adela que no podía hacerlo, me engañaba pensando o creyendo: «si no lo digo, no está sucediendo». Sabía que actuando así os hacía daño a las dos, pero no podía renunciar a ti, y con ella tenía una obligación o responsabilidad. Me sentía atado a ella como un reo a su bola de plomo.

—Cuéntamelo todo.

Bruno tomó aire con fuerza para insuflarse coraje antes de arrojar la primera palabra. Después lo soltó con más fuerza si era posible, intentando sacar todos los nervios en esa fuerte espiración.

—Ya sabes que nos casamos muy jóvenes y sería injusto no reconocer que entonces fuimos muy felices y para colmar nuestra dicha, después de cuatro años de intentos frustrados, un bebé estaba en camino. El embarazo iba perfecto y, a pesar de no tener la seguridad de una ecografía, el médico no puso objeción para que Adela me acompañara en aquel viaje. Me pareció una buena idea. Sería un viaje romántico a la Toscana, era el mes de mayo y prometía ser un viaje muy saludable, con paseos por los bucólicos paisajes de los alrededores de San Gimignano.

»Durante tres días todo fue idílico, era una zona espectacular durante la primavera. Yo realicé el trabajo en una mañana y el resto del tiempo lo dedicamos a nosotros. Pero, a las tres de la madrugada, ella empezó a sentir unos pinchazos en el vientre. Asustados, corrimos hasta el hospital más cercano y allí todo fue muy rápido. El diagnóstico nos aseguró que era un embarazo ectópico y que estaba abortando. Nos aseguraron que era lo más lógico, que un embarazo de ese tipo nunca llega al final. También nos comunicaron que con una simple ecografía hubieran comprobado que el embarazo no podría seguir adelante. Tuvieron que extirparle una de las trompas dificultando, de allí en adelante, un nuevo embarazo. —Volvió a tomar aire para seguir relatando aquel doloroso episodio de su vida. No solo había perdido al bebé, sino que su vida, a partir de entonces, se convirtió en un infierno—. Desde ahí, nuestra vida cambió. Adela cayó en una fuerte depresión. No escuchaba nada ni a nadie, y yo me convertí en el único culpable por llevarla a aquel viaje.

»Así pasamos más de un año, yo me acostumbré a sus reproches y, aunque sabía que lo que decía no era verdad, lo aguantaba. Me sentía culpable y era una forma de castigarme a mí mismo. Justo entonces te conocí. —No pudo evitar que una sonrisa apareciera en su semblante recordando la primera vez que la vio. La cara llena de amargura mientras le contaba aquellos duros y amargos momentos cambió como si una varita mágica le hubiera tocado con suavidad—. Apareciste en el aeropuerto, y tu vitalidad y alegría me cautivaron desde ese primer encuentro. Fuiste como el aire que entra en una habitación después de permanecer mucho tiempo cerrada, le diste una frescura a mi vida que jamás tuvo. —Su cara resplandeció y su expresión cambió. Era como si una nueva persona hubiera surgido de repente. Sus labios se estiraron apareciendo una dulce sonrisa y el brillo de sus ojos, recordando aquel lejano momento, iluminó de nuevo su mirada. De repente la alegría y felicidad habían desterrado toda la tristeza que le producía a Bruno recordar aquellas duras vivencias—. Es imposible que pueda expresar todo lo que significó que entraras en mi existencia. Estaba muerto, sin vida, y me devolviste todo lo que había perdido; la alegría, las ganas de reír, incluso las ganas de vivir —prosiguió. Bruno se volvió hacia ella, que lo escuchaba con atención. Maca era consciente de todos los cambios que se producían en su semblante. Nunca había sentido que una expresión era tan cierta como la de «la cara es el espejo del alma» mirando a Bruno mientras hablaba. Estaba viendo todo lo que él tenía guardado en su interior—. Por eso no podía renunciar a ti, porque a tu lado me sentía vivo.

»Sin embargo, cuando volvíamos a Madrid, la responsabilidad me golpeaba con tal fuerza que tenía que llamarte y echarme atrás de los planes que habíamos construido entre los dos. Yo deseaba no separarme jamás de ti, pero Adela estaba así por mi culpa.

—Tú no tenías la culpa. El aborto se hubiera producido de cualquier manera. Un embarazo ectópico está condenado al fracaso y, si hubiera tardado más tiempo en provocarse, podría haber muerto. No lo entiendo. Eso lo sabemos hasta las que no hemos estado nunca embarazadas.

—Adela no atendía a razones ni al médico, ni siquiera a su familia o amigos. Me responsabilizó desde el primer instante y de ahí no la pudo sacar nadie. Porque, además de perder a nuestro hijo... —le costó seguir hablando y tragó saliva para poder hacerlo—, tuvieron que intervenirla quirúrgicamente descubriendo que tenía endometriosis. Le extirparon la trompa y el ovario afectado y nos dijeron que, con esa enfermedad, sería muy difícil que se pudiera quedar embarazada.

Por un momento, los dos se quedaron en silencio, pero Maca enseguida arrancó a hablar.

—Es duro y muy cruel todo lo que le sucedió, pero sigues sin ser el responsable. Nadie tiene la culpa de que el embarazo se produjera fuera de su lugar y le causara unos daños irreparables. Ese embrión no se mudó a las trompas por culpa del viaje, se formó así desde el principio.

—Sí, ya lo sé, pero su mente no reaccionó como debería.

Un nuevo silencio se apoderó de aquel instante y mil preguntas acudían a su cabeza. Le daba miedo formularlas, pero al final el sentido común se impuso y Maca, con mucho acierto, pensó que no era momento de callarse, sino de poner todas las cartas sobre la mesa, como hacía Bruno. Estaba en juego su felicidad, la cual no dependía de conocer una triste historia.

—¿Qué es lo que ha cambiado, Bruno? Es un episodio de tu vida muy duro, pero no entiendo por qué me lo cuentas ahora, precisamente. ¿Pretendes que volvamos a lo mismo?

—¡¡¡No!!! ¡Jamás volvería a pedirte algo así! —contestó totalmente alarmado.

—¿Entonces? —demandó mientras retiraba sus ojos de él.

Prefería tener su mirada oculta, sabía que sería incapaz de esconder su dolor e ignoraba qué contestación le daría Bruno.

—No seas impaciente y deja que te cuente la segunda parte de esta historia —argumentó él.

Quería explicarle toda la verdad, sin dejarse nada. Durante unas décimas de segundo, que parecieron minutos, Bruno pensó en si darle una pequeña pista o no y, observándola, se decidió—. Porque el final eres solo tú —añadió.

Maca levantó la cabeza para encontrarse con sus ojos, intensos y llenos de esperanza.

—Sigue —contestó ignorando lo que acababa de soltar. Esas mismas palabras las había escuchado en infinidad de ocasiones.

—Habrás deducido que la depresión de Adela fue a más, pero se negaba a acudir a un especialista. Cuando volvía a casa, después de unos días de trabajo que, dicho sea de paso, fue mi válvula de escape para una situación que me superaba, era muy duro. A mi regreso me encontraba solo con llanto y reproches. Cada vez estaba más convencido de que yo no podía ayudarla y solo deseaba alejarme de mi hogar el mayor tiempo posible.

»Todo cambió cuando te conocí. Volvieron a mí las ansias por cambiar mi existencia, por volver a vivir. Un día, al regresar de una de nuestras misiones, le planteé a Adela acabar con nuestra relación y que cada uno intentara encontrar el camino para volver a ser felices. Ella no dijo nada, pero aquella misma noche se tomó más de medio bote de pastillas para dormir y tuvo que ser ingresada a punto de morir.

»Cuando se recuperó, lo único que me dijo fue que esa sería la única manera de separarnos, si uno de los dos abandonaba esta vida. —Maca estaba sin aliento. Jamás hubiera imaginado algo así. ¿Por qué no le había comentado nada de un hecho tan grave? ¡Qué cruel era aquella mujer! Como si Bruno pudiera escuchar sus pensamientos, enseguida añadió—: No estaba bien, Maca. Ahora lo sabemos, cuando se ha puesto en manos de un especialista. A raíz de su depresión, ha desarrollado un trastorno obsesivo-compulsivo.

—¿Por fin ha ido a un médico?

Bruno le colocó el dedo índice sobre los labios para que callara y siguiera escuchando.

—El último día que tú y yo estuvimos juntos, cuando llegué a casa, le dije que me marchaba, que ella era la que tenía que buscar una solución a su problema, y no podíamos engañarnos eternamente. Estaba decidido a irme así que empecé a recoger mis cosas porque no estaba dispuesto a pasar ni una noche más allí. Cuando fui al baño para coger los útiles de aseo, me encontré a Adela tirada en el lavabo y sobre un charco de sangre. Esa vez se había cortado las venas.

»Como pude, envolví fuertemente sus muñecas y, sin esperar a una ambulancia, cogí su cuerpo inerte en brazos y salí de casa corriendo al hospital. Estaba tan asustado viendo toda aquella sangre en el suelo que no podía quitarme esa imagen de la cabeza. Tuvieron que hacerle..., no podría decirte el número exacto de transfusiones, y rescatarla de la otra vida. Cuando estuvo fuera de peligro, y desde el mismo hospital, fue cuando te llamé. Estaba tan asustado que, si hubiera muerto en ese momento, sé que jamás me lo hubiera perdonado. Me sentía culpable y atado a ella. Pensaba incluso que jamás podría separarme de Adela. Sentía como si hubieran pronunciado una maldición y se estuviera cumpliendo, cada vez que intentaba dejarla, ella respondía con un intento de quitarse la vida.

»Más adelante, y hablando con el psiquiatra del hospital con sinceridad, supe que tenía que apartarme de ella.

—Sabes que si me hubieras contado la verdad lo hubiera entendido y te hubiera ayudado, ¿verdad? —declaró muy afectada por la historia que vivía Bruno y que jamás se hubiera imaginado.

Él solo asintió con la cabeza. Pero siguió contándole lo sucedido sin preocuparse de contestar a esa pregunta, necesitaba exponerle todo lo antes posible. Así que siguió hablando.

—El médico que la trató, al escuchar mi historia y sobre todo al leer el historial de Adela, no dudó y él mismo me aconsejó que debía ingresarla. Claro que eso tampoco fue fácil, tuve en contra a toda su familia. Iba a tirar la toalla, cuando el médico me dijo que, si no lo hacía, si no ingresaba a mi mujer, la estaba condenando a una muerte segura. Así que, sin importarme nada de lo que decían de mí y con el poder que me firmó el médico, ingresé a Adela en un psiquiátrico.

—¡Dios mío, Bruno! Si no hubiera huido como una niña en una rabieta, tarde o temprano, me lo hubieras contado.

—No quise involucrarte en esta terrible historia. La verdad es que los primeros meses fueron muy duros. En muchas ocasiones tenían que atarla para que no se lesionara y, tanto sus padres como su hermana, me llamaban para decirme de todo. Hubo un par de ocasiones en las que su padre me amenazó con matarme. —Ante la asustada mirada de Maca, Bruno, pasando el dorso de la mano por sus mejillas y con una triste sonrisa, matizó—. Son palabras que se dicen, conocía a su padre y jamás lo hubiera hecho, porque en el fondo sabían que esa era la única solución para evitar lamentaciones y un dolor mayor. —Suspiró haciendo un alto en el relato y tiró una pequeña concha que había junto a sus pies. No quería darle detalles duros, todos los que vivió en esos meses lejos de ella. Los gritos de Adela cuando iba a visitarla, y verla atada a la cama, le rompían el alma. Tampoco sería fácil olvidar aquellos ojos sin vida, como si nada en el mundo le importara. De su desesperación al pasar el primer mes y no ver ningún adelanto. Tampoco le contaría lo que sentía cada día al cruzar las puertas de aquel psiquiátrico ni de su soledad o añoranza. Sentía que, mientras Adela se recuperaba, él debía estar a su lado al cien por cien, era una manera de vivir con ella su lenta recuperación, aunque fuera por última vez. Se lo debía o, al menos, eso pensaba Bruno—. Durante todos estos meses, ha estado ingresada y medicada —prosiguió— y solo hace quince días que salió, está viviendo con una compañera del psiquiátrico a la que está muy unida, y bajo la supervisión de una tutora. Las dos se apoyan mutuamente. Han sido muchas charlas con ella y el médico y, por fin, ha aceptado nuestra situación. Le han proporcionado un trabajo y parece otra persona, no se pierde las terapias, da clases de pintura y de música, y hemos llegado al acuerdo de separarnos.

»Por este motivo no he venido hasta ahora, porque antes tenía que cerrar esa puerta. No podía ofrecerte nada, pero, ahora, puedo darte todo.

Maca lo miraba asimilando las palabras que escuchaba. ¡Qué diferente era la realidad de lo que ella pensaba! Bruno la quería, pero, el alto concepto que tenía de la responsabilidad, le impedía vivir una doble vida. Él no había elegido a su mujer, sino que lo único que se interponía entre ellos era su integridad y su alto concepto del deber.

¡Qué confundida estaba! Durante aquellos meses había sufrido su ausencia y se martirizaba creyendo que nunca la había amado, pero ¡qué diferente era la realidad!

No podía dejar de mirarlo, imaginando su dolor. Sufría al intentar ponerse en su piel y lo que él tuvo que vivir, quedarse al lado de su esposa por responsabilidad y alejarse de ella a pesar de amarla.

Sus ojos se llenaron de lágrimas que no caían, solo al pensar en lo injusta que había sido con Bruno. Él, al verla, acercó sus pulgares a aquellos oscuros ojos, para arrastrarlas y borrar aquella expresión de su cara.

—Shhhhhh. No llores, cariño.

—He sido tan injusta contigo y has sufrido tanto.

—La culpa no ha sido tuya. Si alguien en todo este asunto la tiene, es mía por completo por no confiar en ti. Debí contarte lo que estaba sucediendo de verdad. Al principio, ¡iluso de mí!, creí que tendría la suficiente voluntad para resistirme a ti y hacer lo que era correcto. Pero fue

imposible porque, desde que te conocí, no podía concebir la vida sin ti. Y te juro que, estos meses lejos de ti, han sido los peores de mi vida.

—¿Por qué no lo hiciste? ¿Por qué no me llamaste? —Enseguida se dio cuenta de la tontería que acababa de decir y rectificó sin darle tiempo a explicarse—. No digas nada, porque no te lo hubiera cogido, como todas las veces que cuando desaparecí lo intentaste. ¡Dios! ¡Qué inútiles hemos sido!

—Era imposible que pensaras otra cosa, mis palabras fueron dichas para eso, precisamente. Como yo carecía de voluntad para dejarte, y después mantenerme lejos de ti, hice todo lo que estuvo en mi mano para que fueras tú la que se alejara de mí.

En unos minutos la realidad había cambiado por completo, todo lo que Maca había creído hasta entonces era muy diferente de la verdad. Durante unos larguísimos segundos permanecieron callados, únicamente sus miradas hablaban. Una pregunta de Maca rompió ese silencio:

—¿Qué vamos a hacer ahora, Bruno?

Él se tomó su tiempo para responder. Primero limpió con sus pulgares las lágrimas que resbalaban por las mejillas de Maca sin que ella fuera consciente y, mirando aquellos intensos ojos de color chocolate, pudo llegar a ver el fondo de su alma y comprobar la parte más dulce; su amor por él seguía allí, intacto. Claro que también pudo distinguir la parte más amarga y todo el dolor que Maca había padecido por su decisión, y una punzada de culpabilidad se clavó en su corazón.

Si hubiera actuado de otra manera se hubieran evitado mucho dolor. Así que con calma contestó:

—Me pongo en tus manos. Desde ahora mismo eres la dueña de mi alma, de mi cuerpo y de mi vida, ¡la única! De ahora en adelante solo viviré para hacerte feliz.

Maca se derretía escuchando aquellas palabras que durante tanto tiempo había soñado con oír; era música para sus oídos. En pocos segundos, el lado práctico e interesado apareció en su cabeza y le vino la iluminación. Casi pudo ver la bombilla centelleando. Su mente iba a la velocidad de la luz y sus ojos se entrecerraron con picardía. Iba a sacar rédito de la confesión de Bruno y sin más soltó.

—No quiero que sigas siendo reportero —declaró con contundencia.

—Tus deseos son órdenes para mí —contestó con una radiante sonrisa y sin poner ninguna objeción.

—¿No vas a oponerte? —preguntó llena de asombro.

—No. Antes de venir aquí estuve pensando que mi vida tenía que cambiar en todos los aspectos y la parte laboral no puede quedar al margen. Con los años, me he dado cuenta de que cada vez me da más pereza moverme por el mundo. Creo que ha llegado el momento de darme una estabilidad y un poco de sosiego.

Maca se mordió el labio y se obligó a no seguir demandando cosas. Le daba la impresión de que, todas las concesiones que lograra de Bruno durante aquella charla, más adelante la harían sentir culpable. Sabía que él se sentía muy vulnerable y era capaz de prometerle el cielo, y no quería aprovecharse.

Eso sí, tenía muy claro que no quería renunciar a su vida en Barcelona: le gustaba la ciudad y vivir cerca del mar. También se encontraba muy a gusto en la agencia y tenía en Julia, Marina y Andrea, además de una sincera amistad, un apoyo familiar, algo que agradecer al tener a los suyos lejos. Apenas las conocía, exceptuando a Julia y, desde que llegó, parecían amigas de toda la vida.

Pero todos esos pensamientos se borraron de un plumazo en cuanto escuchó a Bruno.

—Voy a besarte —aseguró él.

No fue una pregunta. No pidió permiso para hacerlo, simplemente le comunicó su intención. Maca dejó de pensar en Barcelona, sus amigas, el mar y todo lo demás, en cuanto escuchó a Bruno su mente se concentró en sentir de nuevo sus labios.

Capítulo 8

Mientras Maca aparcaba el futuro, Bruno miraba sus labios con un solo objetivo en su mente: besarla. No podía esperar más, se moría por aprisionar esos carnosos y sonrosados labios contra los suyos que, entreabiertos, le tentaban a tomarlos y besarlos durante horas. Desde el día anterior no pensaba en otra cosa y volver a saborearlos se había convertido en una obsesión.

Así que expuestas sus intenciones, sin esperar un gesto de aprobación en la cara de Maca, posó sus labios sobre los de ella. Dios, ¡cuánto la había añorado durante aquella larga ausencia! ¡Cuántas veces había recordado esos besos!

Cerró los ojos y dejó que todos sus sentidos se concentraran en una sola misión; llenarse de ella. Sus manos seguían sujetando su rostro mientras los dedos se perdían dentro de su abundante cabello. El sabor de su boca se mezclaba con el de ella, produciendo en su cuerpo una respuesta inmediata.

Los segundos pasaban sin darse cuenta. Sentir a Maca contra su cuerpo era una sensación de felicidad completa, ni en sus mejores y más optimistas sueños había pensado que podría suceder con tanta rapidez.

Bruno sentía cómo ella se perdía y quedaba rendida en sus brazos, y él no podría aguantar mucho tiempo sin amarla como su cuerpo le estaba pidiendo a gritos.

—Te amo. Dios, ¡cuánto te amo! No sé cómo he podido pasar tantos meses sin tus besos y sin sentir el suave tacto de tu piel —susurró Bruno sobre sus labios, mientras arrastraba sus manos por la espalda descubierta—. He añorado tanto tu aroma, el fuego de tu mirada. Sentir cómo te estremeces entre mis brazos mientras te beso y acaricio se ha convertido en una necesidad.

Maca se puso de pie y tomando sus manos con una voz grave llena de urgencia, la misma de Bruno, le dijo:

—¡Vámonos! —declaró con contundencia, tirando de él para que la siguiera.

—¿A dónde? —preguntó él.

—¡A mi casa! ¿Te parece bien? —respondió sacudiéndose la arena y caminando a paso ligero hacia la salida de la playa.

Bruno, que no se creía cómo al final el destino se ponía de su lado, se levantó y en dos zancadas la alcanzó colocándose detrás de Maca. La cogió por la cintura sin ningún esfuerzo, ¡era tan liviana como siempre! Acercando los labios a su oído, le susurró con un tono de voz más grave del que tenía normalmente:

—En ningún sitio estaría mejor que en tu casa y junto a ti —declaró con gran excitación.

Aquella declaración hizo estragos en su alma. Su deseo se disparó y todas las sensaciones volvieron a su cuerpo. Estaba excitada y necesitaba que Bruno calmara aquel fuego que la quemaba por dentro.

Cinco minutos después entraban en el portal. Ya en el ascensor sus manos la buscaban desesperadamente. Sin esperar ni un segundo más, la estrechó con fuerza contra su torso, disparando hasta el límite su deseo ya enardecido en la playa. Que Maca le abriera las puertas de su casa tenía un significado. Pero él no quería suposiciones, sino certezas. Así que fue directo al grano.

—Te deseo, Maca.

—Eso espero, porque, si no es así, no sé qué vamos a hacer en casa, ¿o debo buscar un parchís?

—No era ese nuestro juego favorito. ¿Y tú?, ¿también me deseas? —preguntó él.

Era Bruno el que tenía las dudas y los remordimientos en la relación que mantenían. Ella, desde el primer día, había sido una mujer libre para amarle.

—Nunca he dejado de hacerlo. Yo jamás te escondí mis sentimientos. Sabes la forma en la que te deseaba hace unos meses y eso no ha cambiado. Eras tú el que siempre ha jugado entre dos fuegos.

—Jamás he estado tan seguro de algo como lo estoy en este momento de amarte sobre todo y todos —le respondió.

—Yo no puedo saber lo que sucederá mañana, pero, ahora mismo, te anhele más que a nada en el mundo —añadió ella.

Evitó utilizar la palabra amor. Todavía tenía miedo y no quería exponerse demasiado, necesitaba más tiempo. En poco más de media hora su vida había dado un vuelco y tenía que asimilarlo antes de entregarse sin reservas. Pero su cuerpo hervía de deseo y no iba a esperar más; lo cortés no quitaba lo valiente.

—Dios, ¡qué lento va este ascensor! —exclamó desesperado. Maca no pudo evitar reír, pero la impaciencia de Bruno la excitaba todavía más de lo que estaba. Cuando el ascensor muy lentamente iba frenando, él, con un fuerte resoplido, soltó—. ¡Es desesperante! ¿Es necesaria tanta seguridad?

Cuando por fin se abrieron las puertas, Maca lo cogió de la mano y lo guio hasta su casa. Ya llevaba la llave cogida y en segundos estaban dentro de su hogar.

Cerraron la puerta tras ellos y los dos se quedaron quietos mirando el interior de la vivienda. Al final Maca se adelantó unos pasos y, sintiendo que Bruno no la seguía, se volvió hacia él.

—¿Entras o te vas a quedar ahí de portero?

No contestó, pero siguió sus pasos lentamente hasta llegar al salón donde un enorme ventanal abría sus vistas al mar. Desde aquel punto de la sala solo se podía otear la línea que unía el cielo y el mar.

—No me extraña que te sientas tan bien viviendo aquí —manifestó sin apartar la vista de enfrente.

—Entrar en casa y encontrarte con esto —dijo señalando con la mano la increíble vista que disfrutaba cada día— es un lujo. Tener el mar a cinco minutos de casa, pasear por la orilla todos los días del año; sea verano o invierno, más que un lujo, es un privilegio. Pero no es ni el único motivo ni el más importante. Estoy contenta con mi trabajo, tengo un director y unos compañeros que son encantadores conmigo. Y sobre todo por Julia, Andrea y Marina, en ellas tengo a la familia que dejé en Madrid y Sevilla.

Bruno no dijo nada, pero le quedó muy claro que se encontraba muy bien habitando en Barcelona. Sería algo en lo que él tendría que pensar. Lo dejó para otro momento porque entonces solo tenía una cosa en su mente.

Todavía seguían unidos por las manos, y Bruno no tuvo más que estirar de ella para que quedara frente a él. Sus miradas se encontraron y no hizo falta ni una palabra, todo el deseo quedaba reflejado en sus ojos.

—Tengo que besarte porque si no lo hago voy a perder la cordura.

—¿Y a qué estás esperando? Sí que has cambiado. No recuerdo que antes fueras tan correcto, más bien to...

No la dejó terminar porque los ardientes labios de Bruno se posaron sobre los de ella acallando todas las palabras. Ya no había marcha atrás. Tan solo una pregunta se repetía en su mente sin cesar: «¿Cómo he podido vivir tantos meses sin el sabor de sus besos y el roce de sus

labios?».

La degustaba como un glotón hambriento. La estrechaba contra su cuerpo con tanta necesidad que Maca pensó que se fundiría con él.

—Te he añorado tanto —exclamó soltando un largo suspiro— que, si llego a tardar un poco más en verte, me hubiera consumido. Ya no podía seguir viviendo sin ti.

—No sigas o vas a conseguir que las lágrimas, aunque sean de felicidad, vuelvan a aparecer —le rogó Maca al borde de la emoción.

—Me gustaría decirte tantas cosas para que comprendieras hasta dónde llega mi amor que no encuentro las palabras. Ninguna puede expresar todo lo que siento por ti.

—No me hace falta escuchar bonitas frases que el viento puede llevarse. Yo necesito hechos, que cada día me demuestres que me amas. No es necesario que mueras por mí para demostrármelo. Quiero que camines a mi lado, que seas mi apoyo, que cuentes conmigo, que tus preocupaciones las hagas mías y que mis alegrías sean tuyas. Quiero que compartamos nuestras vidas en todos los aspectos; en lo bueno y en lo malo, así de simple.

—Jamás volveré a excluirte de mi vida, no podré hacerlo nunca porque ahora sé que no sé vivir sin ti.

—Eso es lo único que quiero y de la única forma que entiendo el amor. Ahora bésame y no digas nada más.

—No voy a parar, te lo prometo.

Las palabras fueron sustituidas por suspiros llenos de deseo y gemidos ahogados por la pasión de sus besos.

Se encontraban en medio de aquel salón con un increíble marco en el horizonte y, a través de la ventana abierta, el aroma a sal del mar entraba sin pedir permiso estimulando los sentidos.

Sus manos se recorrían ansiosas, queriendo abarcar por completo el cuerpo del otro. No se daban tregua y, aceleradas, bajaban y subían apartando a su paso todo lo que les estorbaba.

En cuestión de segundos, los dos acabaron medio desnudos en el salón. La sensación de sentir su piel y de hacer desaparecer la ropa que llevaban encima les estaba excitando tanto que, si seguían así, se correrían solo con tocarse. Con una voz grave por el deseo y por el titánico esfuerzo que le estaba costando despegar sus labios de los de Maca, pero, sin soltarla de su fuerte amarre, preguntó:

—¿Dónde está tu habitación?

—Sígueme. —Cogiéndolo de la mano, lo guio a su cuarto a toda prisa, dejando casi toda su ropa tirada en el suelo.

La habitación tenía un enorme ventanal con las mismas vistas que el salón, pero ellos no se distrajerón con nada de eso. Por el contrario, se envolvieron en un cálido abrazo mientras sus labios se buscaban con desespero. No tenían voluntad para despegarse. Poco a poco, Bruno arrastró su boca por el cuello produciendo un estremecimiento en Maca junto a un gemido de deseo. Siguió deslizándose por su cuerpo y besando cada centímetro de aquella suave piel, sintiendo cómo, con cada roce, ella se excitaba cada vez más. Apenas quedaban unos centímetros para llegar al lugar que más había añorado. Pasó sus dedos por la suave hendidura, totalmente depilada, y no pudo reprimir un suave quejido, quería darle todo, pero no sabía si podría contenerse, se moría por entrar en ella. Sin embargo, antes iba a probarla, necesitaba degustarla como un lobo hambriento.

—Me muero por saborearte de nuevo y no sé si podré llegar al final. Soy como un adolescente en su primera experiencia y temo terminar antes de dar el pistoletazo de salida —le confesó Bruno casi al límite.

—Empezaremos de nuevo, no tenemos prisa —susurró como respuesta, apenas tenía voz.

—Lo haremos todas las veces posible, no creo que tenga suficiente con solo una.

—Vale, completamente de acuerdo, pero sigue y no te pares.

Maca sentía cada roce y cada beso que su cuerpo recibía. Sin embargo, aquella suave caricia en la zona más íntima y excitada de su cuerpo le hizo gemir por la antelación, sabía que Bruno no pararía hasta hacerla gritar de placer. La lujuria asomaba en sus ojos y con una simple mirada tuvieron suficiente, sabían lo que querían.

Bruno buscó con su boca aquella zona, lamiendo con suavidad sus pliegues excitados y húmedos, y arrancando de Maca un grito de aquellos que tanto le gustaba escuchar. Se retorció anhelando más contacto. Cuando su lengua tocó aquel pequeño punto que solo estaba en el cuerpo para el placer, Maca no pudo contenerse y el éxtasis se adueñó de ella. Era increíble volver a despertar en su cuerpo todas aquellas sensaciones, sus rodillas se abrían quedando totalmente expuesta, lo cual Bruno aprovechó para entrar en ella. Su dura erección penetraba con suavidad. Bruno se deleitaba despacio, intentando hacer eterno aquel instante. «Si el fin del mundo tiene que llegar, que lo haga ahora mismo y seré el hombre más feliz», pensó mientras su miembro se hundía en las profundidades de Maca.

—¡Cómo te he echado de menos, cariño!

Maca no pudo contestar, el orgasmo la había dejado floja y empezaba a sentir el miembro de Bruno entrando en ella y produciéndole un cosquilleo que prometía un final de traca.

No tuvo que esperar mucho. Bruno sacó su dura erección por completo muy lentamente, para volver a entrar despacio disfrutando de aquella dulce tortura, hasta que Maca lo acogía por completo. En muy poco tiempo, los gemidos aumentaban y el interior de ella se contraía de nuevo arrastrándolo al éxtasis. A Bruno le fue imposible seguir manteniéndose con sus brazos y cayó sobre ella sin fuerzas para nada. Cuando Maca dio muestras de asfixia, giró tomándola entre sus brazos. Quedaron uno frente al otro mirándose con intensidad. Acababan de amarse y la entrega había sido total, no se habían guardado nada dentro, sino que sus sentimientos habían quedado totalmente expuestos. La cabecita de Maca había empezado a funcionar.

—Durante este tiempo que hemos permanecido separados... —Guardó silencio durante unos segundos que se hicieron larguísimo—. ¿Te has acostado con tu mujer?

Bruno se quedó tan sorprendido por la pregunta que no atinaba a contestar. Hasta que la respuesta salió casi en estampida.

—¡¡¡Nooooooo!!! Por supuesto que no. ¿Cómo has llegado a esa conclusión? —preguntó.

—No sé, has estado siete meses con Adela. Además, cuando me llamaste dejaste muy claro que te quedabas con ella, lo más normal es compartir cama, ¿no?

—Pero no me quedé con ella por elección como mujer, como tú dices, sino para internarla en un psiquiátrico y ayudarla con su enfermedad. Pensé que estar cerca y que ella no se sintiera sola sería lo más beneficioso para su cura. Para tu información te diré que, desde que perdimos al bebé, no volvimos a estar juntos de esa manera.

—¿Tanto tiempo?

—Sí.

—¿Has estado con más mujeres, además de conmigo?

—¡Jamás! —contestó tajante.

Allí se acabó la conversación porque Bruno asaltó de nuevo su boca y la cabecita pensante de Maca se volvió a desconectar.

Capítulo 9

Unos días más tarde, Bruno salió temprano para acudir a una entrevista de trabajo en un periódico de la ciudad, dejando a Maca todavía en casa.

La noche anterior había llamado a Adela, debía comunicarle sus decisiones y no quería demorarle por más tiempo.

—Adela.

—¡Qué alegría, Bruno! Pensé que este domingo te pasarías por casa.

—No, estoy en Barcelona. Bueno, para ser más exactos, me he trasladado a vivir aquí.

—No tenía ni idea de que tuvieras esos planes.

—Tengo que empezar desde cero y la mejor manera de hacerlo bien es cambiando de ciudad.

—¡Vaya, parece que te lo has tomado muy en serio!

—Sí, un cambio de lugar, personas y trabajo es lo que más ayuda a consolidar dicho cambio.

—Bueno, si es lo que tú quieres...

—Esta misma semana te llegarán los papeles del divorcio y espero que los firmes. Recuerda todo lo que hemos hablado durante estos meses.

—No creí que tuvieras tanta prisa. ¿Ya tengo sustituta?

—No seas cruel conmigo y no te hagas daño a ti misma. Sabías que estaba en manos de abogados, te lo comenté antes de empezar con los trámites. Los dos estuvimos de acuerdo en comenzar una nueva vida.

—Ya lo sé, simplemente no pensé que te ibas a dar tanta prisa.

—Hay alguien, Adela, se llama Maca, y voy a empezar una nueva vida con ella. Lo nuestro hace muchos años que terminó.

—¡Vaya, eres un libro lleno de sorpresas!

—Tú también tienes que encontrar a alguien con quien puedas rehacer tu vida.

—¡Claro que sí! Igual pongo un anuncio —expuso, a la vez que reía de una manera histérica.

—Déjate de sarcasmos. Hazme caso; sal, diviértete y guarda el pasado, que quede como un bonito recuerdo.

—No te preocupes, ha sido la sorpresa. Todo está bien, Bruno, todo está perfectamente bien.

—Cuídate. Y sabes que, como amigo, siempre me tendrás.

—Igualmente.

Cuando colgó, se quedó satisfecho, Adela se había tomado los cambios con mucha tranquilidad y no la notó muy afectada, quitando la sorpresa del principio, algo muy normal. Parecía que, al final, todo iba a ir bien y que sus vidas se iban a arreglar.

Pero ese pensamiento estaba lejos de ser real. Adela era mucha Adela para dejar las cosas estar sin más. Necesitaba pensar en su jugada, planearlo todo y, solo entonces, actuar. Ni Maca ni Bruno lo sabían entonces, pero un nuevo nubarrón se cernía sobre ellos.

El sonido del teléfono rompió aquel placentero momento de la mañana ante un café y un cigarro. Había sido una noche inolvidable, como todas las que habían pasado juntos desde que Bruno llegó a Barcelona unas semanas antes. Pero la noche anterior fue especial por su significado. Bruno se quitó un gran peso de encima al confesarle a su mujer sus intenciones. Por primera vez le habló de Maca y de que empezaba una nueva vida junto a ella. Cuando colgó, se sintió liberado y eso se notó en la forma de amarla.

Maca alargó el brazo para coger el teléfono inalámbrico y contestó mientras expulsaba de sus pulmones una bocanada de humo.

—¿Sí? —preguntó mientras miraba el humo gris ascender hasta el techo.

—¿Está Bruno? —una voz femenina contestó al otro lado de la línea con otra pregunta.

Una señal de alerta saltó en su cabeza y sus sentidos se pusieron vigilantes ¿Quién podía buscarle en ese número? Prestó atención y contesto con cierta reticencia.

—No, ahora mismo no está. ¿Quién le llama?

—Su mujer —contestó aquella voz a través del teléfono—. Tú eres la tal Maca, ¿me equivoco?

—No te equivocas —replicó ella utilizando el mismo tono altivo que su interlocutora—, esa soy yo. Cuando venga le diré que has llamado.

—Aprovecharé esta llamada y antes de colgar te daré un consejo: no te hagas ilusiones con Bruno, durante muchos años lo he mantenido a mi lado y no dejaré que se vaya.

—Anoche te dejé muy claro lo que iba a pasar a partir de ahora.

—Lo que él diga no tiene mayor importancia porque, cuando yo quiera y me lo proponga, volverá a mí.

—No sé si de verdad estás enferma o eres más mala que un pecao’.

—Piensa lo que quieras, la verdad es que no me importa. Pero Bruno es mío, y nunca lo dejaré marchar, ¿queda claro? Haré lo que sea necesario para tenerlo a mi lado, ¡lo que sea!

—Esta vez no vas a salirte con la tuya. No podrás engañarle por más tiempo.

—Jajaja —exclamó en forma de burla—. ¡Qué sabrás tú! Le engañaré siempre que quiera, ¡es tan fácil hacerlo!

—¡Eres peor que una víbora! ¿Por qué quieres retener a tu lado a alguien que no te quiere? No tienes ni una pizca de dignidad.

—¡Porque me lo debe!

—No te debe nada. Perdiste a tu hijo, y Bruno no fue responsable.

—Si yo estoy jodida y no voy a tener un hijo en toda la vida, él estará conmigo, te lo aseguro.

—No voy a seguir escuchándote. En cuanto llegue Bruno, hablaré con él y le contaré nuestra conversación. No voy a consentir que le amargues la vida.

—¿Crees que eso me importa? Hagas lo que hagas, al final se quedará conmigo. Te aseguro que vas a sufrir por interponerte entre nosotros.

—Lo has mantenido a tu lado por las malas artes que has utilizado. No le quieres y no sé si alguna vez le has querido. Si no hubiera sido por el chantaje al que lo has sometido, hace mucho tiempo que no seguiría a tu lado, exactamente tres años.

—¿Sabes qué? Me importa una mierda por qué motivo sigue a mi lado. Pero también quiero que te enteres de que así seguirá siendo.

Colgó el teléfono llena de rabia, ¿cómo podía ser tan mala? Y, lo que era más increíble, ¿cómo no lo veía Bruno? ¡Era tan evidente! No había más que hablar con ella una sola vez para ver sus intenciones. Pero eso estaba a punto de acabar, no iba a consentir que le hiciera sufrir y sentirse culpable por más tiempo. En cuanto Bruno llegara a casa lo pondría en antecedentes.

La rabia que sintió al principio se fue aplacando a lo largo de la mañana y su primera intención ya no le pareció una buena idea. No estaba tan segura de que, contarle a Bruno la conversación con su exmujer, fuera lo mejor para él. Mientras hablaba con ella, la ira iba creciendo, le hervía por dentro. En aquel instante, contarle a Bruno aquella conversación le pareció la mejor manera para frenarla, pero, unas horas después, no tenía tan claro que ponerse a la misma altura que ella fuera lo mejor. Quizás le hacía falta a esa mujer que alguien le hablara así y le dijera que no estaba enferma, sino que simplemente era mala.

Al final, cuando Bruno estaba a punto de llegar a casa, ella misma se convenció de que callar, por el momento, era lo mejor. Si continuaba llamando, ya hablaría con él, pero a lo mejor no volvía a intentarlo.

Lo que Maca desconocía era que, en cuanto Adela colgó el teléfono, había llamado al móvil de Bruno.

Adela tenía que tantear el terreno antes de emplearse a fondo y saber qué táctica emplear. Pero su seguridad era tan grande que decidió utilizar la misma de siempre.

—Bruno, no sé qué me pasa, estoy muy nerviosa y temo cometer una locura —expuso Adela con voz grave y tono melodramático—. Dime que vas a venir enseguida y sé que me quedaré tranquila.

Bruno, que temía que algo así volviera a suceder, había tomado medidas para evitarlo. Así que, con mucha calma para transmitirle a Adela tranquilidad, le comunicó sus planes para casos de crisis, como era aquel.

—Sobre todo, no te preocupes por nada, Adela. Ya tenía previsto que algo así pudiera suceder, una crisis en estos casos es algo muy normal. Llamaré a la clínica y no tardarán ni media hora en llegar.

—Yo no quiero ir a la clínica, Bruno, yo quiero que vengas tú.

—No, Adela, esto no va a continuar así. Tienes que seguir adelante con tu vida y no puedes depender siempre de mí. Todo quedó claro entre nosotros, dejamos de querernos hace mucho tiempo y los dos lo sabemos. No podemos continuar de esa manera, eso se acabó. Yo estoy empezando una nueva vida con una persona a la que quiero, y tú deberías esforzarte por hacer lo mismo. Te estoy avisando por si se te pasa por la cabeza un nuevo intento de quitarte la vida y te ingresaran permanentemente. Nadie podrá evitarlo. Yo no voy a estar a tu lado como pareja nunca más. Lo hablamos durante muchas sesiones y estabas convencida, ¿qué ha sucedido? No quiero que sufras ningún daño, ahora llamaré a la clínica.

Adela enseguida se dio cuenta de que esa vez su estrategia no estaba funcionando como siempre lo había hecho. De tonta no tenía nada, así que trató de enderezar la situación. Lo que menos deseaba era ingresar de nuevo en la clínica, solo quería que Bruno volviera a casa, como siempre lo hacía cuando le insinuaba que podía cometer una locura. Así que enseguida rectificó.

—No te preocupes, tomaré una de esas pastillas que me dieron para estos casos. Tienes razón, quedamos en que debíamos empezar una nueva vida. Ha sido la fuerza de la costumbre, tú siempre has sabido calmarme y confié tanto en ti que me olvidé de que no estamos juntos. Pero soy muy consciente de que tengo que aprender a calmarme sola y no puedo irrumpir en tu vida por estos pequeños problemas.

—¿Estás segura? A mí no me cuesta nada llamar a la clínica.

—Seguro, Bruno. Haré mis ejercicios de yoga y me relajaré. Tengo que acostumbrarme.

—A la menor duda, avisa.

—Te lo prometo. ¿Has pensado mejor lo de quedarte a vivir en Barcelona?

—No, está decidido ya, incluso he hecho la primera entrevista de trabajo. A Maca le gusta vivir aquí, y creo que necesito un cambio en todos los aspectos.

Si Bruno hubiera podido ver la cara de Adela se hubiese asustado. La ira que se estaba apoderando de ella cambió el color de su rostro por un escarlata intenso y aguantaba la respiración a punto de ahogarse.

Suerte tuvo Adela de que él, ajeno a su creciente ira, siguiera explicándole todas las entrevistas de trabajo que había realizado en diferentes periódicos, porque la rabia le impediría hablar. Al final de la conversación, se recompuso con gran esfuerzo para contestarle sin que Bruno sospechara nada.

—Estoy muy contenta por ti —mintió Adela—. Pero me da mucha pena tenerte tan lejos.

—Siempre he estado lejos. Muchas veces estaba en la otra punta del mundo durante dos o tres semanas y, cuando volvía..., todavía estábamos más lejos.

—Te deseo toda la felicidad, Bruno.

—Y yo que lo seas tú, Adela.

Cuando cortaron la comunicación, los dos se quedaron mirando el aparato de teléfono con sentimientos muy diferentes a lo que acababan de expresar.

A Adela la rabia le hizo llorar y en voz alta, con los labios tensos por la ira, repetía:

—¡No me vas a dejar, no lo voy a permitir! ¡Si no estás conmigo, no estarás con nadie! Ya pensaré en cómo lograrlo, pero te juro que lo conseguiré.

Bruno también había disimulado delante de ella una calma que no sentía. Las palabras de Adela lo habían dejado intranquilo. La conocía muy bien y no se fiaba ni un pelo de que no intentara una locura. Así que volvió a coger el teléfono y directamente habló con la directora del centro psiquiátrico, explicándole lo sucedido.

—Me quedaré más tranquilo si uno de los psiquiatras se acerca a su casa y habla con ella. Han sido muchos sustos en los últimos años y, aunque está muy recuperada, prefiero ser cauto.

—Creo que has hecho lo correcto. No te preocupes, enseguida mando al psiquiatra para que hable con ella. En cuanto la visite, sabrá a qué atenerse. Has hecho lo mejor, siempre ante la duda es mejor pecar de precavido.

—Muchas gracias y con lo que sea, por favor, me llamas y me dices cómo la han visto.

Dos horas después, la directora del centro médico le llamó para decirle que el psiquiatra había dado un informe favorable. Adela estaba bien y sin peligro de que cometiera alguna locura.

Ya tranquilo, después de escuchar a la directora del centro, entró para hacer la entrevista en una agencia de noticias. Cuando salió a la calle, tenía dos llamadas perdidas y las dos de Adela. Sabía perfectamente el porqué de la llamada.

—Dime, Adela.

—Está visto que confías muy poco en mí. Ha venido el psiquiatra del centro — soltó seria y con una gran frialdad, quería hacerle sentir incómodo.

—No es eso, Adela, pero quería estar seguro y tranquilo.

—Realmente quería agradecerte lo que has hecho. Después de hablar con él, me he quedado muy tranquila. Me ha dicho lo mismo que tú, que cuando me suceda algo así de nuevo que lo llame y hablando, como hoy, volveré a encontrarme sosegada.

—Por eso lo he hecho. Sabía que sola lo podías hacer y te hubieras calmado, pero es mejor no experimentar. Hasta que no pase más tiempo, debes recibir ayuda cuando lo necesites, sin complejos. Ahora sí que me quedo tranquilo.

Esa era la sensación de Bruno; de tranquilidad y calma. Poco a poco debía quitarse aquella responsabilidad que ya no le correspondía y ese día había dado un paso de gigante.

En cambio, Adela echaba fuego por los ojos. Furiosa y rabiosa por no salirse con la suya, su mente no dejaba de pensar. Tendría que cambiar de estrategia y no actuar de la misma manera que había hecho hasta entonces. Era evidente que debía cambiar de táctica.

Insinuar, como había hecho hasta el momento durante más de tres años, que podía cometer una locura, podría causarle más problemas que ventajas. La volverían a ingresar en el psiquiátrico y no iba a conseguir que Bruno volviera a su lado, todo lo contrario, ese hecho cada vez la alejaba más de él.

No podía seguir utilizando aquella sucia maniobra para retenerlo a su lado.

«En primer lugar, tengo que buscar la manera de separarlo de esa mujer, conseguir que se

peleen y que rompan su relación para siempre. Haré cualquier cosa y, si no es por las buenas..., será por las malas. Una vez conseguido ese primer paso, ya idearé la forma de que vuelva a mi lado —planeaba con una frialdad que pondría los pelos de punta a cualquier persona que pudiera acceder a su mente—. Lo pensaré detenidamente, sin precipitarme, como he hecho hoy. Lo planearé con mucho cuidado. Tengo todo el tiempo del mundo». Sonrió con malicia, segura de su éxito.

Sus ojos brillaban y su cara se llenaba con una expresión de triunfo. La satisfacción ante sus malvados pensamientos le habían hecho olvidar su rabia y, sin poder disimular su crueldad, replicó en voz alta:

—Esta vez me aseguraré de conseguir mi propósito, cueste lo que cueste y caiga quien caiga, no tardarás en volver a mi lado, Bruno, ¡lo prometo!

Capítulo 10

Tanto Bruno como Maca vivían ajenos a las oscuras intenciones de Adela. Bruno estaba convencido de que su exmujer estaba remontando de aquella depresión que arrastraba desde hacía casi tres años.

Maca olvidó la conversación que mantuvo con Adela, la achacó a los nervios producidos por su enfermedad y se mantuvo callada, no quería que nada se interpusiera entre ellos y mucho menos la constante preocupación de Bruno por su exmujer.

Nunca habían sido tan felices como lo eran entonces. Recorrían la ciudad como dos adolescentes entre besos y arrumacos. Maca le enseñaba todos los lugares que a ella le habían enamorado. Se escondían entre las columnas del parque Güel, como dos críos. Maca no se cansaba de admirar aquella obra de Gaudí, el colorido de la cerámica era la identidad de la ciudad. Había llegado a la conclusión de que Barcelona era a Gaudí lo que Gaudí a Barcelona; en cualquier lugar de la ciudad podías encontrar la huella del famoso arquitecto y admirado en el mundo entero.

Las reuniones con sus amigas, con Bruno a su lado, eran diferentes. Ya no se veía fuera de lugar por ser la única sin pareja y disfrutaba de esos encuentros, de sus risas y confidencias, aunque en ocasiones, como aquella misma tarde, la pusieran en un compromiso.

—¿Puedo preguntaros algo? —La mirada de Julia fija en Maca y Bruno no presagiaba nada bueno.

Maca, que tenía la boca llena, no pudo evitar atragantarse. Conocía a su amiga y, si antes de hacer la pregunta avisaba, era porque lo que iba a soltar era la bomba. La indiscreción de Julia era conocida por todos, y ninguno de los reunidos se había librado de sus incómodas preguntas en alguna ocasión. Más de una vez se habían encontrado en un verdadero aprieto por su falta de filtro a la hora de soltar algún comentario.

—Miedo me das —contestó Bruno al ver cómo Maca se atragantaba pidiendo golpes en la espalda para poder hablar, antes de que aquella loca dijera cualquier barbaridad.

—No es para tanto —se defendió Julia al ver la reacción de su amiga y la expectación de los demás—. Es una simple pregunta.

A duras penas, Maca dejó de toser y, antes de que el aire llegara de nuevo a sus pulmones con un hilo de voz apresurado y lleno de urgencia, exclamó:

—¡Piensa en lo que vas a decir, que te conozco! Reflexiona tu pregunta y analiza antes de soltarla —le rogó Maca atropelladamente rompiendo a toser de nuevo.

—¡Ostras, qué fama me ponéis! ¡Que no voy a contar ninguno de tus secretos inconfesables! —contestó Julia, guiñándole un ojo.

—¡A ver, a ver! ¿Qué secretos tienes, Maca? —indagó muy interesado Álvaro, siguiendo el juego a Julia.

—¿Ves cómo eres una lianta y una provocadora? Y tú, Álvaro, cierra la boca y no echés más leña al fuego si no quieres que empiece a hablar de ciertos secretos que te conciernen, que aquí todos sabemos cosas de todos, ¿verdad, Marina? —aseguró Maca señalándolo con el dedo índice.

Se volvió hacia su amiga, que estaba tan tranquila atendiendo a la conversación y de pronto se convertía en el centro de atención de todo el mundo.

—¡Sabía que me iba a tocar la lotería sin llevar un número en cuanto habéis empezado a hablar!

Julia, cállate, ¡por favor, no lées la manta! —suplicó Marina.

—¡Tranquilos! —se defendió levantando las manos—. Es una pregunta de lo más inocente.

—¡Deja que dude de la inocencia viniendo de ti! —declaró Maca de nuevo sin fiarse nada de su amiga.

—Bueno, no os enrolléis más, que disparo. —Todos la miraban expectantes esperando la ya famosa cuestión. Julia sonrió ante la cara de susto de algunos, entre ellos su propio marido, Diego. Otros, con curiosidad, y Maca expectante con cara de: «cómo te pases un pelo, ohú, la que te voy a liar»—. ¿Queréis dejar de mirarme con esa cara de temor y ganas de asesinarme? ¡Que es una pregunta de lo más normal! ¿Vamos a ir pronto de boda? ¡Ya está!, ¡no es para tanto!

Todos se volvieron hacia Maca y Bruno. El silencio se hizo en aquella bulliciosa mesa hasta unas décimas de segundo antes. Fue Bruno, con gran tranquilidad, el que tomó la palabra.

—Si Maca me acepta, más pronto de lo que pensáis.

Ella se volvió hacia Bruno, que estaba sentado a su lado, y lo miró con la misma expresión interrogante que todos los demás.

Nunca habían hablado de ese tema, jamás se habían planteado una posible boda entre ellos, más que nada porque era algo imposible. Para ella vivir juntos ya era un sueño que, cada mañana al despertarse, se convertía en realidad. Pero ¿una boda? Era un sueño inalcanzable, algo en lo que nunca se había parado a pensar, más que nada porque hasta el momento él era de otra mujer, al menos legalmente, aunque su corazón solo le perteneciera a ella.

Por ese motivo, las palabras que Bruno soltaba ante todos la cogían totalmente por sorpresa.

Él vio la cara de Maca, por ese motivo, dirigiendo su mirada y atención solo a ella, prosiguió hablando para todos. Y añadió:

—Solamente hay un pequeño detalle no resuelto. En cuanto se solucione, espero atarte a mí para toda la vida. ¿Qué me contestas?

—¿Ya tienes el divorcio? —preguntó Julia.

Nadie se atrevía a preguntar, pero todos estaban pensándolo y se morían por saberlo.

—Sí, ya lo tengo.

—Entonces, ¿qué se tiene que solucionar? —siguió preguntando.

—Julia...

Diego, con mucha delicadeza, la llamó y con ese simple gesto le paró los pies, la conocía y era capaz de poner en un aprieto a cualquiera. Ella se dio cuenta y dejó de preguntar. Bruno respiró, no quería dar más explicaciones, y con Julia era complicado, suerte que Diego estaba en todo.

Cuando Maca pudo reaccionar, sin complejos y expresando lo que llevaba dentro sin tapujos, le dijo:

—Jamás habíamos tocado este tema, sabes que era algo impensable. Tengo dudas de que sea tan fácil, pero... ¡estaré encantada!

Los aplausos y felicitaciones de todo el grupo no se hicieron esperar. Cuando ya se encontraban brindando por la novedad de la noticia, Andrea reparó en un pequeño detalle y no pudo callarse.

—Julia, te has precipitado tanto a los acontecimientos que has pillado a Bruno sin anillo.

—No hace falta ningún anillo. Para mí sus palabras son más que suficientes —aclaró Maca.

El anillo jamás le había importado, porque nunca pensó que tendría uno, al menos que viniera de Bruno. Era una relación tan imposible que no había reparado en todos aquellos formalismos.

Pero Bruno le puso un dedo sobre sus labios para hacerla callar y, dirigiéndose al resto del grupo, les dijo:

—Si no os importa, el anillo se lo pondré en privado —les comunicó a la vez que guiñaba un ojo.

La respuesta no se hizo esperar y los silbidos los atronaron. Maca escondía la cara entre sus manos totalmente avergonzada. Los colores le subían a la cara como si de un volcán se tratara, tiñendo sus mejillas de un color escarlata y provocando que ardiera.

Pasados esos alborotados minutos, la reunión se calmó.

—Esta vez podremos hacernos una foto las cuatro juntas. Ya no queda nadie para que salga huyendo —comentó Marina recalcando el hecho de que en cada boda una de ellas había salido despavorida, haciendo imposible que aparecieran todas las amigas juntas con la novia.

—Eso espero, que esta vez estemos las cuatro.

—¿Mira que si ponemos otra moda? —bromeó Maca—. ¿Y si en esta ocasión sale huyendo la novia?

—No puede ser, tú ya has salido de estampida una vez, no vale repetir —le recriminó Julia riendo con la ocurrencia de Maca y provocando las carcajadas de todos.

Después de pasar un día agradable junto a sus amigos, volvieron a casa comentando todo lo que había dado de sí la reunión durante el trayecto.

Al llegar a casa, Bruno entró en la habitación y enseguida volvió a salir. Se acercó a Maca, sin decir nada le tomó la mano y en el dedo anular deslizó un sencillo aro con tres pequeños diamantes. La mirada de Bruno buscó con urgencia la de Maca, que seguía observando su mano vestida con un precioso anillo. Y no era la joya lo que admiraba, sino el significado que tenía.

Maca apartó la mirada de aquel aro que relucía en su dedo y lentamente la levantó hasta encontrarse con la de Bruno. Sus ojos destellaban por la emoción del momento y el agua que se acumulaba en ellos los hacía más brillantes.

Eran unas miradas intensas, cargadas de sentimientos, de esperanzas y sueños. Maca le enseñaba sin reservas todo el amor que siempre le había profesado. Desde el primer día empezó a amarle y ese amor no había dejado de crecer. Bruno, a su vez, le estaba gritando, sin que saliera ni un solo sonido de su garganta, todo el amor que tenía en el fondo de su corazón. Todo era para ella porque con la distancia se había dado cuenta de que era imposible seguir la vida si Maca no estaba a su lado.

En ocasiones, y esa era una de ellas, los sentimientos no necesitaban muchas palabras para expresarlos, un simple cruce de miradas podía revelar, de una forma más certera y sincera, el amor entre dos amantes mejor que mil expresiones. Por muchas palabras que se dijeran para declarar aquel sentimiento, siempre dejaban la sensación de quedarse cortas.

—Quería dártelo en la intimidad —comentó señalando el anillo que lucía en su mano todavía extendida—. Es un compromiso entre tú y yo, y no quería compartir este instante con nadie.

—Ya sabes lo que siento, te he amado desde el primer minuto que nos conocimos. Durante mucho tiempo, me conformé con las migajas que me dabas porque no podía dejarte. Pero te aseguro que eso se acabó y no voy a volver a resignarme nunca más. Lo quiero todo y, si no puede ser, es mejor que salgas de mi vida para siempre en este mismo instante.

—¿Por qué dices eso, Maca? Sabes que quiero empezar una vida a tu lado. He roto con todo; con mi pasado, mis responsabilidades y mi sentido del deber. He abandonado mi vida anterior en todos los sentidos; mi casa, mi ciudad e incluso mi trabajo. Solo quiero estar a tu lado.

Maca le cortó antes de que siguiera hablando.

—Lo sé. Pero quiero que no quede ningún hilo suelto y que todo esté bien claro entre nosotros. No toleraré que salgas corriendo a la primera llamada de teléfono.

—¿Lo dices por Adela? Maca, escúchame. Es una persona enferma que dependía de mí. Por ese motivo he tardado todos estos meses en venir a buscarte, porque antes tenía que dejar arreglada su vida. Todo está bajo control y en buenas manos y yo me he desentendido. Tengo el divorcio

firmado y solo nos queda por arreglar los bienes en común, llegamos a un acuerdo y solamente tengo que firmar la renuncia al piso que compartíamos, ¡nada más!

—Antes de aceptar este anillo, quiero que quede muy claro que lo quiero todo o nada. Únicamente te pido que seas sincero y que no juegues conmigo.

—Y yo te lo doy todo y, antes de hacerte daño, prefiero morir.

Ya no hubo más intercambio de palabras, porque sus labios se fundieron en un beso lleno de pasión que lo acalló todo. Esa fue la manera que eligieron para firmar el compromiso recién adquirido.

Se amaron y se entregaron el uno al otro sin importarles nada más. Fue como si en el mundo solo existieran ellos. El universo se concentraba en aquella pequeña habitación, orientada hacia el mar e iluminada por los plateados rayos de la luna llena que entraban a través de la ventana.

Capítulo 11

Durante las siguientes semanas, Maca y Bruno vivieron en una nube. Disfrutaban de cada día que compartían, ya fuera en la playa, recorriendo la ciudad o simplemente en la intimidad de su casa.

Todo era nuevo entre ellos. El sentimiento de culpabilidad que siempre acompañaba a Bruno había desaparecido y, en su lugar, la sensación de plenitud al lado de Maca lo llenaba por dentro.

Maca se había olvidado por completo de aquellos desplantes o duras palabras con las que Bruno se dirigía a ella cada vez que volvían a Madrid y que la dejaban con el alma rota. Aquel hombre adusto, malhumorado y testarudo, de apenas un año atrás, se había transformado en el hombre más cariñoso que conocía, vivía pendiente de ella a cada instante. Maca no estaba acostumbrada a todas las atenciones que Bruno le dispensaba, pero le había costado muy poco dejarse querer y mimar. Ya ni siquiera recordaba aquel pasado tan doloroso en el que, después de amarse intensamente, Bruno rompía la magia del momento con su frialdad dejando escapar cualquier comentario hiriente y dejando a Maca con el alma helada. Ni el clima más cálido del mundo podría haberla calentado tras esos encuentros.

Pero aquello pertenecía al pasado y todo se había quedado en cada uno de los alojamientos en los que se hospedaron durante sus reportajes. En cambio, ya no compartían una fría e impersonal habitación de un hotel, por el contrario, estaban construyendo un hogar, con todo lo que esa palabra significaba.

Esa misma tarde disfrutaban, en casa de Julia y Diego, de una agradable velada. Dolores había llevado al pequeño Derek con sus abuelos y ella salía con unas amigas y no volverían hasta el día siguiente, momentos como ese la pareja aprovechaba para reunir a sus amigos y, en otras ocasiones, disfrutar de su intimidad.

Ya habían pasado casi dos meses desde que Bruno se había instalado en Barcelona. Andrea y Héctor habían regresado de su viaje de novios. Durante veinticinco días habían disfrutado recorriendo distintos lugares de Estados Unidos. Fueron a ver el Cañón del Colorado, algo que Héctor siempre había deseado conocer, desde que veía las películas del oeste junto a su padre. No le decepcionó, al ver la grandeza de aquellas inmensas moles de roca surcadas por el río Colorado durante siglos, el agua se había encargado de desgastar los peñascos realizando una obra maestra. Volaron hasta Nueva Orleans para visitar la ciudad, esa vez el capricho fue de Andrea y recorrió cada rincón buscando a los personajes de Sherrilyn Kenyon.

De eso precisamente hablaban las cuatro amigas, en el corrillo que habían formado en el confortable porche. Andrea se emocionaba y les enseñaba las fotos de todos aquellos rincones.

—¡Dios mío! ¡Creí morirme cuando vi el Santuario! Pensé que en cualquier momento vería, apostado en la puerta, a Dev Peltier.

—¿Entraste? —preguntó ansiosa Julia.

—¡Por supuesto! Y nos sentamos en una de aquellas mesas en las que los cazadores habían estado montones de veces. Imaginaba ver, en cualquier rincón, a Aqueron y Nick —exclamó emocionada Andrea.

—Yo hubiera preferido ver a Vane o a Valerio.

—¡Me lo has quitado de la boca, Marina! Valerio es mi cazador favorito. —Esta vez la emocionada era Maca—. Bueno, no me hubiera importado ver a Zarek.

Las cuatro iban repasando la serie de los *Cazadores Oscuros*. Marina, lectora de novela romántica, había convencido a sus amigas para que leyeran ese género, y esa fue la serie elegida para empezar. Los personajes inmortales de la famosa saga se paseaban por las calles de Nueva Orleans mezclándose con sus habitantes. Las cuatro disfrutaban hablando de los libros y los protagonistas de dichas novelas.

A pocos metros, los cuatro hombres jugaban a las cartas, pero estaban pendientes de la conversación de ellas, tanto como de la partida. Al final Bruno tuvo que preguntar porque no entendía nada.

—¿Se puede saber a quién visteis en Nueva Orleans?

Héctor lo miró extrañado, no sabía por qué lo decía.

—No vimos a nadie en particular y a mucha gente.

—No dejan de nombrar gente que estaba allí —comentó señalando a las cuatro mujeres que seguían charlando llenas de emoción.

—¿Eso? Ni caso, están hablando de una serie de libros a los que, por lo visto, las cuatro son aficionadas.

Eran divertidas aquellas reuniones. A Maca siempre le hacía sonreír ver a Diego y Héctor, de aspecto serio, tan pendientes de sus amigas. No es que Álvaro no lo estuviera de Marina, sino que él siempre estaba haciendo bromas y riendo, no se parecía a su gemelo en ese aspecto. Hasta el momento los había observado con «envidia sana», como todos decimos cuando añoramos o deseamos para nosotras lo que tienen los demás. Claro que todo eso había cambiado, Bruno estaba continuamente pendiente de ella y de cada uno de sus gestos, como siempre había soñado.

Lo miró de pronto para descubrir que la observaba con aquella mirada suya; tan lasciva y que ella conocía tan bien. Siempre curvaba los labios de aquella manera cuando ella se dejaba llevar por la pasión o se estremecía entre sus brazos. No pudo evitar sonrojarse como si todo el mundo a su alrededor pudiera leer sus pensamientos.

No era para menos, la mente de Maca era una película clasificada X. Las escenas de ellos, amándose, se sucedían una tras otra. La boca de Bruno recorriendo su cuerpo mientras ella temblaba de los pies a la cabeza de satisfacción. O la imagen de su boca rodeando la potente erección de Bruno mientras el placer se reflejaba en su cara. Rememorar esos momentos de intimidad en medio de sus amigos, aunque ninguno de ellos pudiera verlo, la estaba sofocando y ¡de qué manera!

Suerte que nadie se dio cuenta, excepto Bruno, que sonrió de una manera pícara.

—¿Tienes calor? —preguntó Julia dirigiéndose a ella en ese justo momento—. Estás tan sofocada.

Todos se volvieron hacia ella para comprobar que su cara estaba roja como un tomate. «¡Maldita seas, Julia! —pensó Maca—. ¿Por qué tienes que ser tan observadora y entrometida?».

No pudo evitar maldecirla cuando todos la miraban con curiosidad. Bruno no dejaba de sonreír, todo lo contrario, empezó a hacerlo con más intensidad, detalle que tampoco pasó desapercibido a Julia.

—¡Vale, chicos! Lo he entendido, es un chiste privado, así que no miréis más. Si seguimos observándola, Maca va a estallar.

Ninguno de los reunidos entendía nada, ni antes ni después de los comentarios de Julia. ¡Era la hostia!, nada se escapaba a su control, ni una simple expresión.

—¡Qué bocazas eres! No es nada, tengo calor y no hay más explicación —protestó Maca roja de ira.

—Vale, a veces veo cosas que no son. Me perdonaréis, el embarazo me hace ver cosas que no

existen —respondió Julia poniendo una excusa tonta y sonriendo con picardía.

—Pues yo también estoy embarazada y no he visto nada —confesó Marina que no entendía lo que decía.

Cuando terminó la reunión y cada uno de ellos se disponía a marcharse, Julia se acercó a Maca y, en un momento en el que se quedaron solas con una expresión de esas que dicen: «a mí no me la pegas, por muy digna que te pongas», le dijo:

—Que sepas que no has logrado engañarme ni un solo segundo. Sé perfectamente lo que ha sucedido y, si no es así, corrígeme. Has recordado algo subido de tono y tú misma te has azorado por las escenas que recreabas en la mente. Hubiera pasado desapercibido si Bruno y yo no te hubiéramos mirado en ese momento. Lo olvidaré si me lo cuentas.

—¡Eres una bruja! ¿Cómo has entrado en mi cabeza? —le recriminó Maca al comprobar que Julia no se había tragado su mentira.

—No he entrado en tu cabeza, tonta. No tengo ese poder, aunque me encantaría. Pero solo había que ver la cara de pícaro que ponía Bruno, ese detalle me ha hecho pensar en algo muy subido de tono. ¡Solo hay que ir atando cabos!

—¡Ohú, estás en todo, *miarma*! No se te escapa ni un detalle por pequeño que sea.

—No quiero ni imaginar la escena en la que estabas pensando para que te sofocaras de esa manera. ¡Vamos, que te puso mirando para Cuenca y...! Solo de imaginarlo me suben los colores y los calores a mí también.

Ya en el coche, después de abandonar la lujosa urbanización en la que vivían Julia y Diego, Maca iba atenta a la carretera.

«Debí coger la Ronda Litoral en el último desvío, ahora me costará encontrarla —pensó Maca—, no puedo despistarme si no quiero dar vueltas por la ciudad».

Bruno la observaba embelesado, ¡Era preciosa! Maca se relajó al entrar en la Ronda y, como si sintiera los ojos de Bruno clavados, se volvió hacia él.

—¿Qué? —interrogó.

—Recapacitaba en lo guapa que eres y en que me tienes loco. No puedo dejar de pensar en ti; esté contigo o lejos de ti.

—¿Y a qué ha venido esa mirada?

—¿Qué mirada? —sostuvo sonriendo, lo sabía, pero quería escucharlo de sus labios.

—No disimules, lo sabes perfectamente —recalcó Maca—. Conozco todas y sé el significado de cada una de ellas y esa, precisamente, es la misma que aparece en tus ojos cuando me estás desnudando y estos se llenan de lujuria.

—Ha sido por tu culpa, no puedes provocarme así.

—¡¿Que yo te he provocado!?

—¿Qué hacías pasando la lengua por los labios una y otra vez?

—¡¿Que yo me mojaba los labios?! Mira, no salgo de mi asombro. ¿Cuándo?

—¡Cuando bebías el café irlandés!

Maca lo miró totalmente asombrada, no podía creérselo.

—¡Todo el mundo se lamía los labios! ¡La crema de la nata nos manchaba el bigote!

—Bueno, ¿y qué? A mí me excitaba ver cómo tu lengua los recorría, era muy sensual. No tengo la culpa de que me pongas a cien y cualquier gesto tuyo me excite.

—Tienes una mente muy calenturienta.

Pero en el fondo le encantaba que fuera así y que cualquier gesto suyo, fuera sin querer o aposta, le excitara.

Capítulo 12

Aquella mañana, Bruno estaba reunido con el director, debían perfilar un reportaje algo delicado. La larga experiencia de Bruno en los conflictos mundiales y, sobre todo, vividos desde la primera fila; era un gran punto a su favor. Habían conseguido, en la misma ciudad de Barcelona, una entrevista conjunta entre un palestino y un israelí. Si no se tenía un cuidado exquisito y mucho tacto, podría resultar catastrófica. Había que pensar muy bien las preguntas de la entrevista sin que los ánimos se alteraran y sin ofender a ninguna de las partes implicadas. Era una tarea difícil que requería un conocimiento exhaustivo del lugar donde ocurrían los hechos y también del problema.

El móvil de Bruno vibró dentro de su bolsillo, pero él lo ignoró, después lo miraría. Al cabo de cinco minutos volvió a vibrar.

«Debí dejarlo en la mesa», pensó Bruno, pero sin hacer la intención de contestar, ni siquiera de mirar para ver quién llamaba.

Durante toda la reunión, el móvil volvió a vibrar al menos tres veces más. ¡Estaba de los nervios! Sin embargo, resistió la tentación de mirar.

En cuanto salió del despacho del director, la mano voló hasta el bolsillo, donde, apenas un minuto antes, el teléfono había vibrado por última vez.

En cuanto miró el registro de llamadas y vio en todas ellas el nombre de Adela, una inquietud se apoderó de él. Titubeó durante unos segundos, pero, al final, acabó por llamar.

—¿Qué pasa, Adela? —preguntó, directo y sin más preámbulos.

—No pasa nada, simplemente quería saber qué tienes que hablar con tu pareja de mí.

—¿A qué viene esa pregunta? Si quieres que te diga la verdad, nunca hablamos de ti.

—Pues algo debe de tener «tu pareja» —dijo Adela alargando en exceso la palabra— en mi contra. He llamado a vuestra casa para saber cómo estabas, y la contestación de «tu novia» —repitió de la misma manera, alargando la palabra para darle un tono de burla— no ha sido muy cortés que digamos. Bueno, lo entiendo, tiene que ser duro que te llame la mujer de «tu novio» —remarcó esta última palabra—. Bueno, vamos a dejar este tema porque la entiendo —dijo esta vez con un conformismo muy calculado.

—No es la forma de actuar de Maca, te lo aseguro.

—Bueno, quizás sea mi percepción. Ya te he dicho que lo entiendo y no tiene mayor importancia.

Apenas hablaron de nada más, pero Adela había conseguido su propósito, crear una duda dentro de Bruno acerca del comportamiento de Maca hacia ella. Todo era una burda mentira, ni siquiera había hablado con Maca desde aquella vez, hacía ya un par de meses y tampoco tenía intención de hacerlo, al menos por el momento. No quería exponerse a que Maca le contara a Bruno su conversación y la duda que iba calando en él desaparecería.

Lo tenía todo muy calculado. Conocía a Bruno y sabía que era prudente y que no hablaría con ella de la conversación que acababan de mantener. No le preguntaría nada, al menos momentáneamente, pero estaría observando. Por ese mismo motivo, no debía llamarla, ya llegaría el momento, pero no era ese. Necesitaba crear una duda, eso sí, de una forma muy sutil y sabía que lo estaba consiguiendo. Apenas había reparado en ello, simplemente había dejado caer el mal comportamiento de Maca hacia ella a través del teléfono, sin insistir, sin hacerse la víctima, todo

lo contrario; había sido condescendiente con ella, entendiendo sus recelos. En ocasiones, esa era la mejor táctica para conseguir lo que uno quería.

Sonrió con malicia. Disfrutaría de cada instante y ella sabía que a partir de entonces los tendría. Dejaría pasar una o tal vez dos semanas y, pasado ese tiempo prudencial, volvería a la carga. Debía tener paciencia, no apresurarse porque el éxito de su plan radicaba en olvidarse de las prisas. Además, debía ser muy perspicaz si quería que Bruno cayese en su trampa.

Él, ajeno a las maquinaciones de Adela, frunció el ceño en cuanto terminó de hablar con su exmujer. La conversación que había mantenido con ella le dejaba preocupado, temía que Adela se alterara y su recuperación retrocediese. No le convenía que se obsesionara por nada y una pelea o un intercambio de palabras más altas de la cuenta con Maca no favorecería en nada a esa recuperación; todo lo contrario.

Pero, por otra parte, sabía cómo era Maca y el tacto que tenía. Conociendo los problemas de Adela, era imposible que Maca se hubiera comportado de esa manera. No podía dudar de ella, en cambio, sí conocía lo exagerada que era su exmujer.

Pensó en decirle algo a Maca, pero lo descartó casi al mismo momento. No podía dudar de ella, siempre había sido discreta, aun cuando no tenía por qué serlo. Jamás se enteró nadie de que mantenían una relación y ni una sola vez hizo un comentario de protesta. Por todo ello, dudaba de que hubiera ocurrido tal y como decía Adela.

Lo recapacitó durante unos segundos y al cabo de ese tiempo lo decidió, no pensaba hacer nada, esperaría para comprobar cómo se sucedían los acontecimientos antes de tomar la decisión de hablar con ella sobre su comportamiento.

Durante dos semanas, Adela se mantuvo callada, ni siquiera hizo una llamada a Bruno, no quería saturarlo con su insistencia y creyó que, si las espaciaba, cuando hablaran estaría más receptivo a sus insinuaciones.

Maca, totalmente ajena a las maquinaciones de Adela, vivía en el paraíso. Era tan feliz que muchas veces un escalofrío le recorría todo el cuerpo al despertar, se sobresaltaba pensando que toda su dicha podía desaparecer de un plumazo. Y es que durante años había vivido junto a Bruno una relación prohibida a los ojos de todo el mundo. Oculta y siempre pendía una amenaza sobre su cabeza. Continuamente temía que aquel fuera el último momento junto a él.

Por eso, comprobar que Bruno seguía dormido a su lado como el día anterior y el anterior la relajaba. Suspiraba llena de tranquilidad, fuera lo que fuese, solo había sido un sueño, un mal sueño. Y, aunque cada vez eran menos frecuentes, no terminaban de desaparecer, era como si el subconsciente quisiera que no llegara a olvidar que sobre ellos y su felicidad seguía pendiendo una amenaza; una pequeña, pero todavía existía.

Adela no había vuelto a llamar ni a ponerse en contacto con ella de ninguna manera, pero... era como una luz roja que parpadeaba en su mente, una señal de peligro que siempre estaba ahí, no desaparecía y eso, aunque no quería reconocerlo, la inquietaba.

En cambio, Bruno había olvidado la llamada de Adela por completo y también sus insinuaciones.

Ese mismo día, Adela volvió a la carga. La conversación fue corta, pero volvió a insinuar, muy sutilmente, eso sí, las malas contestaciones de las que fue objeto por parte de Maca, cuando ella solo quería saber cómo se encontraban.

Bruno, en aquel momento, cayó en la cuenta de algo y le contestó:

—Lo que no logro entender es por qué llamas a casa y después al móvil.

—Porque no puedo saber dónde estás y, si estoy en casa, llamo primero al fijo para que me salga más barato. —Adela, ante la inesperada pregunta, improvisó, pero no pudo evitar ponerse a

la defensiva—. ¿No puedo hacerlo? ¿No puedo llamarte a tu casa?

—Sí puedes hacerlo, pero recuerda que eres tú la que te quejas de incomodidad. Además, vamos a dejar este tema, Maca se siente de una manera, y tú, de otra. Punto, no hay más que hablar. Ella no me comenta nada al respecto y espero que tú, de ahora en adelante, actúes de la misma manera.

—Me doy por avisada. Quédate tranquilo, que no volveré a alterar la plácida vida de tu novia.

—No te pongas a la defensiva, que ya nos conocemos. Maca no me ha dicho ni una palabra y de lo que sí estoy seguro es de que, si ella te ha dicho algo, tú no te habrás quedado callada.

Adela recapacitó y, mordiéndose el labio con fuerza, guardó silencio. No podía echar a perder su plan por falta la paciencia. Así que, casi llorando de rabia, contestó haciendo gala de todo su aplomo:

—Lo he entendido y no se repetirá —recalcó en voz alta.

Pero era muy diferente lo que bullía dentro de ella, la amabilidad brillaba por su ausencia y solamente había un sentimiento; odio. Mientras esas palabras salían por su boca para dejar a Bruno tranquilo, por dentro otras llenas de malicia retumbaban: «No se repetirá, mientras no lo necesite para echarla de tu vida y cuando lo haga será para siempre, te lo aseguro».

Capítulo 13

Apartir de ese momento, Bruno empezó a estar nervioso. No quería reconocerlo abiertamente, pero Adela volvía a las andadas. Aparecía de nuevo el chantaje emocional al que le tenía acostumbrado. No reaccionaba con histerismo, como hacía antes de empezar su tratamiento, sino con mucha sutileza y sin pasar a los gritos y reproches. Pero había que estar muy ciego para no verlo.

Una inquietud y ligera presión en la boca del estómago le decía que Adela intentaba llamar su atención. Eso podía controlarlo, la situación no era la misma que unos meses antes, había dado el paso y su vida había dado un giro. Ya no tenía que esconderse, su situación volvía a estar en orden. Pero le preocupaba la inestabilidad de Adela, más que preocuparle, le asustaba. Sabía lo que era capaz de hacer porque durante más de tres años lo había mantenido en vilo con sus constantes amenazas, que en ocasiones las llevaba a término.

Adela había hecho terapia y le habían dejado muy claro que la única responsable de sus acciones era ella y no Bruno. Él quedaba absolutamente libre de aquella responsabilidad que, durante años, se había echado a la espalda.

Pero en lo más profundo de su alma, sabía que, si un día Adela intentaba quitarse la vida de nuevo y lo conseguía, se sentiría culpable hasta su muerte. Esa inquietud, sin que fuera consciente de ello, se trasladó a su vida con Maca.

Al principio eran signos imperceptibles, pero estaban allí, entre ellos. Aquellos silencios prometían ser amenazadores. En un primer momento, ninguno de los dos reparó en ellos, pero al cabo de unas semanas ya eran más que evidentes. Bruno se quedaba con la mirada perdida en un punto sin definir. Estaba junto a Maca y, sin embargo, su mente estaba tan ausente que ni siquiera la escuchaba.

—Este sábado —le decía Maca mientras se pintaba las uñas de los pies—, me ha dicho Julia si nos apetece comer juntos. Hace días que no lo hacemos. —Maca esperaba una contestación, pero, al comprobar que no llegaba, se volvió hacia él y entonces se dio cuenta de que seguía sentado a su lado, pero su mente estaba a kilómetros de distancia—. ¡Bruno! —exclamó para reclamar su atención—. ¿Dónde estás?

Él se sobresaltó y miró a Maca sin entender por qué gritaba.

—¿Qué pasa? ¿Por qué gritas? —contestó incómodo por el tono empleado estando tan cerca.

—Primero, no grito, hablo con normalidad. Lo que sucede es que tú estás muy lejos y te has sobresaltado.

—Te he escuchado perfectamente —volvió a decir claramente molesto.

—Pues, si me has escuchado, contéstame. —Bruno la miraba sin entender qué era lo que debía contestar, ¿a qué? Maca supo que no había escuchado la pregunta—. Antes de llamarte por tu nombre, te había preguntado si este sábado te apetecía comer en casa de Julia. Una sencilla cuestión que, por lo visto, te suena a chino.

—No lo había escuchado.

La alarma que desde hacía tiempo estaba en su mente se disparó. Bruno era bastante atento y, normalmente, no vivía en las nubes. Algo le sucedía, estaba segura de ello.

—¿Te pasa algo? ¿Tienes alguna preocupación?

—¿Por qué me tiene que pasar algo o debo estar preocupado? Simplemente no te he escuchado.

Maca ya no insistió más, siguió pintándose las uñas e intentó calmarse. No le había gustado nada la forma de contestarle y le había dolido. Si quería silencio, lo tendría.

Bruno no se percató de nada, estaba tan inmerso en sus propias cavilaciones que no le dio ninguna importancia a la reacción de Maca y cayó de nuevo en su constante preocupación; Adela. Si avisaba al centro, y más tarde resultaba ser una falsa alarma, la única perjudicada sería ella por un exceso de inquietud. No quería causarle ningún daño y, si la ingresaban injustamente por querer acallar a su conciencia, podría resultar contraproducente en su total recuperación.

Pero, si no avisaba de sus sospechas y se causaba algún daño, tampoco se lo perdonaría. ¡Estaba hecho un lío!

Tan concentrado estaba que ni siquiera se había dado cuenta de que Maca se había levantado del sofá y, minutos después, apareció totalmente vestida y se disponía a salir. Ni siquiera había terminado de esmaltarse las uñas, simplemente cogió un algodón con acetona y lo quitó. No podía esperar a que se secaran, pero necesitaba huir de allí. Cogió su iPod y, sin apenas mirarlo, le dijo:

—Me voy a correr un rato por la playa, lo necesito.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó, más por cumplir que por desearlo.

—No, quiero estar sola. —Y, pensando para ella, añadió: «aunque lleve mucho rato así».

Sin más salió de casa sin mirar la expresión de Bruno.

El silencio de casa pesaba mucho, era como una enorme losa que le aplastaba. Bruno resopló en cuanto escuchó el portazo de la calle y solo en ese momento se dio cuenta de cómo había actuado. Maca volvía a pagar los platos rotos, como siempre.

«Cuando vuelva tengo que pedirle perdón», pensó, como si con una simple palabra pudiera borrar todo el daño que le había causado.

Maca bajó directamente al paseo y se sentó en un banco. Cogió su móvil y llamó a Julia mientras la imagen del horizonte la tranquilizaba.

—Vais a venir, ¿verdad? —preguntó Julia sin saludar.

—No lo sé. Bueno, yo sí que iré, pero no te llamo para eso.

Julia activó su radar y sacó sus antenas para prestarle toda la atención. Ella no era una persona que se agobiara con facilidad; todo lo contrario, tenía una gran frialdad para asimilar los sucesos de su vida. Estaba acostumbrada a callar, por eso tenía que ser algo serio para que actuara así.

—¿Qué pasa, Maca?

—Igual son paranoias mías, porque pasar, pasar; no pasa nada. Pero Bruno lleva dos semanas raro.

—Explica ese raro. Recuerda que no vivo con vosotros y no veo a Bruno cada día. Todavía no he podido desarrollar mis poderes extrasensoriales.

Maca sonrió. Su amiga era capaz de conseguir arrancarle una sonrisa en los momentos más críticos.

—Todo empezó hace unas tres semanas. Entre nosotros empezaron a instaurarse unos silencios que al principio no tenían importancia. Pero, cuantos más días pasan, se vuelven más evidentes. Se queda pensativo casi todo el tiempo que estamos juntos. Está sentado o acostado a mi lado, pero su mente está muy lejos, no sé dónde, pero no conmigo; de eso estoy totalmente segura.

—Bueno, en cierta manera, eso es normal. Apenas lleva un mes en su nuevo trabajo. Tendrá mucha presión.

—No me cuenta nada.

—Pregúntale tú y no dejes de hacerlo hasta que te dé una contestación lógica.

—Hace un momento he salido de casa. No puedo soportar esos silencios, esa falta de interés y de comunicación. Me da la impresión de que todo esto ya lo he vivido.

—No te pongas a la defensiva, que te conozco. Cuéntame qué es lo que ha sucedido, y yo te diré lo que pienso.

Maca le relató lo que había ocurrido y, al explicarlo, a ella misma le estaba pareciendo un poco exagerada su alarma. Daba la impresión de ser una neurótica que necesitaba la constante atención de su pareja. Pero unos minutos antes, cuando salió de casa, una creciente inquietud se había apoderado de todo su ser. Por eso, cuando terminó de desahogarse con Julia, enseguida añadió:

—A lo mejor parece un poco exagerado, pero yo me he sentido fatal y he tenido una sensación extraña. No me ha gustado nada.

—Maca, esos síntomas son propios de un estado de preocupación. Pregúntale qué le sucede e insiste hasta que te lo cuente. —Se mordió el labio, no sabía si contarle a Julia el verdadero motivo de su inquietud, lo que realmente le preocupaba o mantenerse callada—. ¿Me has escuchado? —insistió al no obtener una respuesta rápida.

—Es que...

—¿Qué estás callando? Cuéntamelo todo.

—Tengo miedo, Julia. ¿Y si es su mujer la causa de este comportamiento?

—¿Por qué piensas eso?

—Al principio, cuando Bruno decidió quedarse conmigo, Adela llamó a casa y tuvimos una conversación bastante desagradable. Después de hablar con ella, llegué a una conclusión: no sé si está loca o no, lo que sí sé es que tiene mucha malicia con todas sus actuaciones, porque creo que es eso; lo tiene muy calculado. Me dijo que no cejaría hasta que Bruno volviera a su lado y que, si ella no era feliz, él tampoco lo sería nunca.

—¿Y por qué no le preguntas a Bruno? Habla con él.

—¡Joder, Julia! ¡Qué fácil lo ves todo! ¿Y si esa es la causa? Tengo miedo. ¿Me has escuchado bien? Tengo terror de preguntarle y que mis sospechas sean ciertas. Si es así, ¿qué hago? ¿cómo actúo?, ¿le abandono? ¡Tengo miedo, coño! ¿Lo he dicho bien claro y alto?

Julia suspiró. Era muy fácil aconsejar cuando lo veías desde fuera, pero, al sentir el temor de su amiga, infundado o no, ya no lo tuvo tan claro.

—Ya lo sé. La teoría parece tan sencilla, ¿verdad?; habla con él. Pero tienes toda la razón, es difícil. Si no quieres preguntar qué le está sucediendo, tendrás que forzar para que él te lo cuente, tendrás que poner cierta distancia entre vosotros y obligarle a que él mismo te explique qué ocurre.

—Eso es lo que he hecho. Me he vestido y he salido de casa. Necesitaba apartarme de su lado y que me diera el aire. Muchas gracias por escucharme.

—¿Qué tonta eres! Siempre que me necesites, ya sabes dónde estoy.

—Mañana cuenta conmigo. Bruno no sé qué hará, porque yo no voy a preguntarle de nuevo.

—No te preocupes por eso. Haga lo que haga, no habrá ningún problema.

—Hasta mañana.

Maca guardó el móvil en el diminuto bolso que llevaba en bandolera y se quedó en el paseo. La tarde era calurosa y el sol empezaba a esconderse por el horizonte. Bajó hasta la playa con las sandalias en la mano y paseó por la orilla, mientras las olas rompían contra sus pies. Su mente hervía e imaginaba mil motivos diferentes para la preocupación de Bruno. La certeza no la tenía, pero temía que empezara a tener dudas sobre ellos. Era como si ese momento regresara de un pasado no muy lejano, en aquel entonces el motivo era su continuo remordimiento. Solamente esperaba que no fuera la misma causa del «enrarecimiento».

Julia no se quedó tranquila tras colgar. No sabía cómo echar una mano a su amiga, temía involucrarse, pero su carácter le impedía quedarse impassible ante la preocupación de Maca.

Durante unos minutos recapacitó en qué podía hacer y al final le vino la iluminación. Cogió el móvil y sin más le mandó a Bruno un mensaje.

«¿Contamos contigo para comer mañana?».

Le pareció demasiado escueto para lo que pretendía, que era provocar sin que apenas se percibiera, Así que después de pensarlo mejor, añadió:

«Acabo de hablar con Maca y no lo sabía».

Y, sin más, le dio a enviar. Esperó contestación con el móvil en la mano, pero, cinco minutos después, ni siquiera había leído el mensaje.

Bruno seguía sentado en el sofá sin moverse desde hacía..., ¿cuánto tiempo? No lo sabía, la última vez que había mirado al exterior el sol lucía. Volvió la vista hacia el gran ventanal y se percató de que estaba oscureciendo. Comprobó la hora en su muñeca, pero estaba vacía, así que alargó la mano para coger el móvil. Hacía mucho tiempo que Maca había salido a correr. Volvió a pensar en ella. No estaba siendo justo, pero no sabía cómo llevar la situación. Solo hacía dos meses que deslizó por su dedo anular un anillo de compromiso, y Maca le había pedido una única cosa; que no quería reservas entre ellos, que se lo diera todo y ya empezaba a faltar a su promesa. No podía dejar de sentirse responsable de Adela, pero temía decírselo. Ella le advirtió y fue honesta con él, todavía recordaba aquellas palabras: «si no puede ser así, lo mejor será que cada uno siga su camino». Él le juró y le perjuró que solo estaba ella, pero era una verdad a medias; quererla, la quería a ella y más que a nada en el mundo, pero, por mucho que lo intentaba, no podía dejar de sentirse responsable de Adela.

No tenía valor para decirle a Maca la verdad porque la perdería. Intentaría sobrellevar esa situación de la mejor manera posible, pero, ante todo, sin hacerla sufrir.

Miró el móvil y tenía varios mensajes, pero solo uno le llamó la atención, ¿qué quería Julia?

Lo abrió y su mente se volvió a poner en marcha. Se le estaba yendo de las manos, no quería decirle nada a Maca, pero su forma de actuar lo delataba. Tecleó un mensaje con rapidez y lo envió sin más:

«Si Maca va, yo también».

Se levantó con rapidez y, cogiendo las llaves de casa, fue en busca de Maca. Conocía sus lugares preferidos y enseguida la encontró en uno de ellos sentada frente al mar. Estaba oscureciendo y apenas se distinguía su silueta, pero la reconocería en cualquier lugar. Se acercó hasta ella sentándose a su lado. Maca se volvió sobresaltada.

—Me has asustado.

—Lo siento.

—No pasa nada, pero no te acerques así, a hurtadillas.

—Siento haberte asustado, pero lo que más siento es la manera en la que me estoy comportando últimamente.

—Bueno, solo queda claro que no te inspiro confianza, al menos no para contarme qué es lo que te preocupa.

Durante unos segundos, Bruno estuvo tentado, le contaría la verdad y afrontaría lo que fuera. Pero el miedo a perderla le paralizó. Maca le había avisado, lo quería todo de él, sin reservarse nada y, si se sinceraba y le contaba que Adela volvía a estar entre ellos, no tenía ni idea de cuál

sería su reacción: ¿lo entendería?, ¿lo abandonaría?

No quiso tentar a la suerte, no era jugador y se negaba a tirar los dados buscando una tirada ganadora. Él quería la seguridad para mantener a Maca a su lado. No pensaba jugar con su relación a una especie de ruleta rusa. Tenía muchas probabilidades de que ella lo entendiera, pero ¿y si no era así? No iba a experimentar, con Maca no. Además, Adela no había vuelto a llamar. Así que prefirió contarle una verdad a medias.

—Todo es nuevo para mí; mi vida en Barcelona, el trabajo, los compañeros, la responsabilidad que lleva mi puesto y las dudas que me genera. Muchas veces, dudo de ser capaz de hacer todo lo que esperan de mí —le comentó.

En cierta manera, todo lo que acababa de decirle tenía una parte de verdad, pero faltaba lo más importante, su mayor preocupación. Sin embargo, aquello pensaba callárselo, al menos de forma temporal.

—¿Y no puedes contarme tus inquietudes en el mismo momento en que aparecen en vez de apartarme de tu vida? No quiero una relación con silencios ni dudas o sombras que se interpongan entre nosotros. Quiero que lo nuestro esté basado, además de en el amor, en una confianza ciega. ¿Por qué no me lo cuentas? ¿Qué te impide hacerlo?

—Creo que, durante mucho tiempo, solamente te he provocado quebraderos de cabeza y momentos llenos de dolor. No quería que tu felicidad desapareciera a causa de mis preocupaciones —mintió.

—¿Es que no puedes ver que estos silencios me causan más daño que tus preocupaciones? Estamos juntos para todo; lo bueno y lo malo. Ya sé que suena a frase hecha y a tópico, pero es así. Y, si llegas a considerar que no es así..., quizás deberíamos replantearnos esta relación.

—Pero ¿qué estás diciendo? —contestó Bruno alarmado al escuchar su planteamiento—. Yo lo único que intentaba era no preocuparte. No saques las cosas de quicio.

—Yo no quiero que me evites ninguna preocupación. Tus problemas son míos, lo mismo que los míos son tuyos. Quiero ser la primera persona a la que acudas cuando algo te inquiete, que confíes en mí, igual que yo lo hago en ti. ¿En qué crees que consiste una relación? Y, voy a ir más lejos, el matrimonio que piensas contraer conmigo, ¿en qué va a estar basado? ¿Crees que basta con unos revolcones en la cama y, en cuanto salgamos de entre las sábanas, tratarnos como dos extraños? Tú, no lo sé, pero yo no quiero eso.

—Y yo tampoco. Quiero compartir todo contigo.

—Pues empieza por contarme tus preocupaciones.

—Lo haré, te prometo que te haré partícipe de todas ellas. Pero en sí no son preocupaciones, sino más bien incertidumbre. En la oficina tengo dudas, yo estoy acostumbrado a coger mi cámara e ir de un lado para otro sin estar supeditado a nadie, y tú lo sabes. En cambio, ahora todo es diferente, hay un director y unos compañeros con los que hay que convivir y compartir el trabajo. A veces pienso que no voy a poder adaptarme.

Maca le escuchaba con atención y encontraba muy normales sus inquietudes. En cuestión de dos meses, su vida había cambiado de una forma radical. Volvió a mirarlo comprendiendo el motivo de sus constantes silencios y en cierta manera se sintió culpable, todos esos cambios habían sido por ella.

—¿Ha sido tan difícil?

—No, pero son pequeñas dudas que yo podía manejar sin tener que preocuparte.

—Vamos a ver, Bruno, voy a intentar explicarte. Yo me preocuparía si enfermaras, si sufrieras una agresión, si dejaras de quererme. Pero con lo que me acabas de contar no, porque tus dudas son muy lógicas por el poco tiempo que llevas en el trabajo, no son para preocuparme, sino para

darte ánimos. Yo sé muy bien lo que vales, he estado más de tres años a tu lado y por eso sé que tus temores son totalmente infundados, solo hace falta que te lo creas.

—Ya lo sé, pero tengo mis recelos. Tú sabes tan bien como yo que siempre he trabajado solo.

—Sí, lo sé. Pero también sé que no eres ningún ogro. Has trabajado solo, bueno, conmigo, después de hacerlo con Laura. Pero también has estado con todos los compañeros de diversas cadenas y no te supuso ningún esfuerzo, creo que trabajas muy bien en equipo.

—Claro, en situaciones límites, así es fácil confiar en los demás y apoyarte en ellos.

—¡Ya vale y deja de quitarte mérito! ¿Has tenido algún problema grave durante este mes al relacionarte con tus compañeros o tu jefe?

—No, pero podría surgir.

—¡Ostras, Bruno! ¡Y podría llegar el fin del mundo! Desconocía esta faceta tuya, en los reportajes que hemos cubierto juntos siempre eras de los más positivos, ¿qué ha sucedido para que se haya producido este cambio? ¡No te reconozco!

Bruno no siguió exponiendo sus dudas, ya que escondía su mayor temor, pero por el momento había capeado el temporal.

—Tienes razón, te prometo que no voy a darle tantas vueltas, no voy a pensar tanto.

—Sigue pensando, pero solo en mí.

Las palabras fueron acalladas, pero, esa vez, aquel silencio fue de mutuo acuerdo. Se unieron en un beso lleno de pasión. Ambos cerraron los ojos mientras sus labios jugaban y se dejaban llevar por el deseo.

Atrás quedaban aquellos días llenos de incertidumbre. Maca se abandonó en aquellos fuertes brazos que la sujetaban con fuerza y la hacían sentir la mujer más querida y deseada del mundo.

Bruno abrió los ojos para mirarla y la entrega de Maca volvió a hacerle sentir culpable, le estaba escondiendo su mayor problema; Adela. Pero solo fueron unos segundos porque, en cuanto sintió sus manos recorrerlo con deseo, arrinconó aquel sentimiento de culpa y lo cambió por una gran pasión. Se entregaba a ella con el mismo frenesí y sin reservas.

—Te amo, Bruno —le dijo Maca con un suspiro lleno de deseo—. No quiero que me dejes fuera de tu vida ni de las preocupaciones o las inquietudes, lo quiero todo de ti. Comparte todo conmigo y no me vuelvas a excluir.

—Jamás, tú eres el único motor de mi existencia y vivo solo porque estás a mi lado.

Ya no volvieron a intercambiar más palabras. Entonces fueron sus cuerpos los que hablaron y ¡de qué manera! Era el mejor lenguaje y lo dominaban a la perfección. Cuando las palabras se quedaban cortas, sus almas eran totalmente sinceras. Fue la mejor manera de alejar viejos fantasmas.

Todo volvía a estar bien, o al menos eso creían, pero la verdad era otra. Aunque Bruno se lo negaba a sí mismo, Adela había sembrado dentro de su alma, en un pequeño rincón, una duda que no desaparecía.

Capítulo 14

Bruno y Maca habían apartado sus respectivos temores, aquellos que, durante unas semanas, habían invadido sus vidas llenándolas de recelos. Todos aquellos miedos desaparecieron y volvían a vivir llenos de complicidad. La vida les sonreía.

Bruno, en el periódico, tenía unos compañeros increíbles y todos sus miedos habían dejado de existir, al menos en lo referente al trabajo. Su experiencia como reportero siempre era tenida en cuenta. Pero, si había en el periódico una persona que más que tener en cuenta sus vivencias lo admiraba convirtiéndolo en un héroe, ese era Javi. Era un becario que soñaba con ser reportero y, en cuanto tenía unos minutos libres, buscaba a Bruno para que le contara cualquiera de sus reportajes y sus vivencias. Para Javi ser reportero y cubrir las noticias, conflictos en directo y viajar alrededor del mundo en pos de la noticia era su mayor aspiración. A menudo, las conversaciones entre ellos sobre la vida de un reportero se repetían, Javi lo quería saber todo.

En aquella ocasión, el reportaje en el que estaba trabajando Javi, según él, requería de la inestimable ayuda de Bruno. Los dos estaban en mesas cercanas.

—Bruno, ¿has realizado algún reportaje en algún país árabe o del norte de África?

—Alguno no, bastantes. Estuve en la caída de Sadam, en Irak, Irán, un atentado en Egipto, traficantes de personas en Marruecos, elecciones en Turquía, atentados en Siria, la Revolución de los Jazmines en Túnez, secuestros de pesqueros en Somalia. ¿Sigo? —Sonrió al ver la cara de Javi.

—No sé por qué pregunto, ¿cómo no ibas a estar! ¡Has estado por todo el mundo!

—¡No exageres, Javi! El mundo es muy grande y me faltan muchos países por visitar. ¿Qué tienes que hacer?

—Un reportaje sobre el destino en las vacaciones de los españoles y compararlas con el resto de Europa. Esta tarde tengo unas entrevistas con tres agencias de viajes. También quiero hacer una comparativa de los destinos vacacionales hace cinco años y los actuales.

—Pero eso no tiene nada que ver con los reportajes que yo viví.

—¡Claro que tiene que ver! —Y, tratando de convencerle, le argumentó—. Túnez, por ejemplo, era uno de los nuevos destinos vacacionales hasta la Revolución de los Jazmines, en cambio, ahora ha disminuido considerablemente. Tú cuéntame lo sucedido en Túnez, y yo tomaré lo que necesite.

Bruno hizo memoria durante unos minutos y todo lo que aparecía en su mente no podía contarle, porque Maca estaba muy presente. Fue uno de los viajes más idílicos que vivió a su lado. La tensión en la calle era brutal, pero no era nada en comparación a la que se vivía dentro de aquella habitación que compartían por seguridad.

Bruno apenas podía recordar nada referente al reportaje, al menos que le pudiera ser útil a Javi para su artículo. En su mente, todo el espacio lo ocupaba Maca, sus besos, sus abrazos. La seguía viendo como a una princesa árabe en aquella habitación de las mil y una noches, perdiéndose entre sus brazos, contoneando su cuerpo contra el suyo y deseándola como nunca había deseado a nadie.

Maca era ardiente, más que eso, abrasaba, y su entrega sin reservas y sin ningún pudor lo encendía. La había amado con su cuerpo y con su alma, y había entrado en su corazón para no volver a salir jamás de él.

Tuvo que agitar la cabeza con rapidez de un lado a otro para apartar aquellas imágenes tan subidas de tono. No era el lugar ni el momento adecuado para dejar libre su mente con aquellas escenas eróticas y permitir que su cuerpo se excitara. Pero no podía evitarlo, ese era el efecto que Maca provocaba en él, solo de pensar en las curvas de su cuerpo ya reaccionaba. Y, si las escenas que recordaba eran tan excitantes como las que acaba de recrear con todo tipo de detalle..., estaba perdido.

Haciendo un gran esfuerzo, recordó lo que Javi quería escuchar de aquellos días de enero en los que empezó aquella revolución.

—Nosotros estábamos en Túnez capital —le contó.

Se centró exclusivamente en los sucesos que acontecían en las calles. Cuando terminó el corto relato, el joven becario suspiraba.

—¡Qué suerte vivir esas experiencias!

—La verdad es que sí, me apasionaba esa forma de vivir y de trabajar.

—¿Y por qué lo dejaste?

—La vida cambia. Te cansas de ir de un lado para otro sin una estabilidad y cada vez echas más cosas de menos. He empezado una nueva etapa y no es compatible con esa forma de vivir.

—Yo, si algún día tengo la suerte de tener un trabajo así, no lo dejaré jamás.

—Lo dejarás como hacemos todos. A cierta edad pesa mucho en el cuerpo y el día que seas reportero lo comprenderás.

Javi no insistió, pero tampoco le habían convencido los razonamientos de Bruno, estaba muy seguro de que a él jamás le cansaría ese tipo de vida.

Bruno no pudo evitar sonreír al ver la expresión de Javi. Sabía que sus palabras no le habían convencido, porque él mismo, años atrás, pensaba de la misma manera, que nunca le pesaría ese tipo de vida. A esa edad se idealiza la profesión de periodista y reportero y todo lo que conlleva: continuos viajes, conocer gente nueva, vivir las noticias en primera fila, la vida aventurera creyendo que somos una especie de Indiana Jones. Pero, con el paso de los años, ese tipo de vida se va convirtiendo en una carga difícil de llevar.

Bruno ya no insistió, el propio Javi se daría cuenta, igual que le había sucedido a él.

En aquellos momentos, su vida al lado de Maca era..., por mucho que buscaba no tenía palabras para describirlo. Feliz se quedaba corta. ¡Era tan fácil vivir a su lado!, que en cuanto salía de casa estaba deseando volver. Quizás porque la convivencia con Adela aquellos últimos años había sido tan difícil, tensa, agobiante y todos los calificativos negativos que quieras añadir. Sin embargo, la vida con Maca era como una balsa de aceite.

Ella era como un soplo de aire fresco, era aquel primer rayo de sol que alegraba su día por completo. Era dulce, soñadora, romántica, cariñosa, aunque jamás llegaría a pensar en una mujer débil o dependiente de su pareja, nada más lejos de la realidad. Maca era una mujer resolutiva como nadie y en cualquier situación de peligro se crecía, igual que en las adversidades. Tres años viviendo situaciones, en ocasiones muy tensas, habían forjado un carácter resistente. Aguantaba el dolor del alma como nadie sin perder esa preciosa sonrisa y eso era lo que Bruno más admiraba de ella.

Él aprovechaba cada uno de los instantes que pasaba junto a ella y no podía evitar que en su rostro se reflejara la felicidad, era imposible esconderla.

La sombra de Adela, poco a poco, se había desvanecido. Llevaba dos semanas sin llamar y los informes que recibía cada tres días eran muy favorables. Al parecer, en esa ocasión, Bruno se había equivocado y se había alarmado excesivamente y sin motivo. Pesaba mucho el pasado y el comportamiento de Adela durante los años que estuvieron casados. En aquel tiempo, cada vez que

recibía una de sus llamadas era para montarle un lío de narices y ese comportamiento no era el idóneo para forjar una confianza.

Todavía seguía alarmándose cuando sonaba el móvil, mientras lo cogía del bolsillo y lo colocaba frente a él para comprobar quién le llamaba. A pesar del tiempo transcurrido, seguía conteniendo la respiración mientras su pulso se aceleraba. Era la inercia de años sufriendo unas llamadas llenas de histerismo. Pero tenía que reconocer que cada vez le causaban menos sobresalto.

Bruno revisaba un artículo que debía salir en breve hacia la imprenta, cuando el móvil vibró sobre la mesa, no escuchaba la sintonía porque llevaba unos auriculares puestos. Mecánicamente, desvió la mirada del ordenador hacia el teléfono y, si en ese momento alguien le hubiera estado observando, se habría alarmado. Su cara, en décimas de segundo, pasó de tener una expresión relajada a una crispada, había palidecido y daba la sensación de no solo tener su respiración paralizada, sino todo su cuerpo.

La imagen de Adela mientras sonaba la sintonía de Darth Vader le provocó un escalofrío. La famosa sintonía de la serie *La Guerra de las Galaxias* fue elegida por Bruno para las llamadas de su exmujer, seleccionada tras un momento lleno de angustia, ya que cada vez que le llamaba era para armarle una buena bronca. Escuchar aquella música era sinónimo de... problemas.

Se quedó mirando el móvil sin atreverse a cogerlo, llevaba tanto tiempo tranquilo, acostumbrado a lo bueno, que temía averiguar cuál era el motivo de la llamada, no se fiaba ni un pelo viniendo de ella.

Durante unas milésimas de segundo, escuchó impasible la tétrica sintonía, la mayoría de las veces portadora de malas noticias, gritos o lloros. Pero al final cedió y, con resignación, contestó.

—Dime, Adela.

—Me contestas como si acabaras de hablar conmigo y ya hace más de dos semanas que no sé nada de ti. Si no llamo yo, tú ni te preocupas.

—Yo hablo con tu psiquiatra muy a menudo, y él me aconseja que no te llame, lo mismo que deberías hacer tú.

—¡Qué sabrán ellos! A mí me hace bien hablar contigo. Parece que todo el mundo se pone en contra para que mantengamos una buena relación; tu novia, sin ir más lejos.

—¿Cuándo has hablado con Maca? —preguntó alarmado.

—Tranquilo, que no he llegado a hablar con ella. Se debe de creer muy especial para colgar el teléfono cada vez que intento hablar contigo.

—Eso no es verdad. Maca nunca actuaría así.

—¡Ja!, ¡qué ingenuo eres! Estás muy seguro de esa mosquita muerta. Si yo te contara...

—No voy a entrar en tu juego, Adela, así que dime qué es lo que quieres y olvidemos esta conversación.

—¿Tiene que haber un motivo para que quiera hablar contigo? ¡No me lo puedo creer!

—¿Es que no lo entiendes? Estás en plena recuperación y ante todo tienes que obedecer a tu médico, que no se te olvide.

—No me hace falta más terapia ni tampoco estar controlada como si fuera a rajarme las venas en cualquier momento, y mucho menos por ti. Hemos pasado muchos años juntos y, sencillamente, no quiero que desaparezcas de mi vida y que seamos amigos, ¿es pedir demasiado?

—Y sabes que siempre me tendrás. Pero hay que seguir el protocolo que nos mandan.

—Empiezo a estar cansada de lo que piense ese medicucho. No estoy loca, te lo aseguro, y me da mucha rabia que, entre los psiquiatras y tu novia, van a conseguir que me apartes de tu vida.

—Adela, vamos a dejarlo, que te conozco. Sigue con la terapia que te marcan y, cuando tengas

el alta, entonces hablaremos.

—¡Claro que sí! Ya no te molesto más. Nunca pensé que me dejarías en la estacada o que permitirías que los demás lo hicieran.

—Nadie te deja en la estacada, pero no quiero que vuelvas a llamarme y menos que lo hagas a casa. Quiero que sigas las indicaciones del centro al pie de la letra. No puedes saltarte las reglas.

—No te preocupes que, a partir de ahora, te dejaré tranquilo. Ya veo que no quieres mantenerme en tu vida. A nadie le preocupó lo más mínimo, tú y el personal psiquiátrico me tratáis como si fuera una enferma sin poder llegar a curarme. Y tu novia se cree superior y ni siquiera se digna a contestarme para decirme dónde puedo encontrarte, simplemente, sin educación, me cuelga.

Y, sin añadir nada más, cortó. El dramatismo era su medio natural y sabía cómo producir un golpe de efecto y crear una sospecha, o al menos una duda, en la mente de Bruno. Tenía a su favor una cosa; que lo conocía muy bien, ya que durante años estuvo aprovechándose de esas malas artes. Tenía un objetivo marcado y no cejaría hasta conseguirlo.

Capítulo 15

Bruno no la creía y también conocía a Adela. Sabía lo manipuladora que podía llegar a ser, durante muchos años había tergiversado cualquier conversación que mantuvieran, la llevaba a su terreno y terminaba haciéndose la víctima.

Pero no lo podía evitar y la duda le corroía por dentro. Maca sabía que Adela era una persona enferma, entonces, ¿por qué guardaba silencio sobre las llamadas que realizaba a casa? ¿Por qué le colgaba sin más? Tendría que informarle, ¿y si Adela intentaba lesionarse o algo mucho más grave como quitarse la vida?

Le parecía una irresponsabilidad por su parte y Bruno empezaba a estar molesto por esa actitud. No pretendía que Maca le tuviera ningún cariño, pero estaba realizando una terapia y tampoco debía alterarla gratuitamente.

Los pensamientos de Bruno iban en una sola dirección; en culpabilizar a Maca. Él no necesitaba que ella se preocupase por Adela, pero sí que podía hacer un pequeño esfuerzo en ser correcta si llamaba por teléfono, costaba muy poco.

Las pretensiones de Adela, que eran crear una duda en Bruno, estaban dando sus frutos y, a lo largo de las horas, cuanto más pensaba en ello, más enfadado estaba con Maca. No entendía su postura, Adela podía caerle mejor o peor, pero la culpaba por su irresponsabilidad, si llegaba a cometer una locura...

Bruno llegó a casa con los ánimos algo alterados. La vivienda estaba vacía, así que salió a la terraza y se sentó en una de las hamacas. Maca todavía no había llegado, aprovecharía para relajarse y pensaría en cómo le decía a Maca algo tan delicado. Unos minutos más tarde, volvía a temer plantearle el problema, era complicado. ¿Cómo podía decirle que no le gustaba la forma en la que trataba a Adela? Dicho de esa manera, daba la impresión de que la estaba protegiendo, pero él sabía que no era así.

Estaba enfadado, pero no sabía si con Maca, con Adela o con él mismo. Pasados esos primeros momentos reflexionaba con mucha más claridad; si le explicaba toda la verdad, quedarían al descubierto las mentiras que, durante los dos últimos meses, le había contado.

Fuera como fuese, e hiciera lo que hiciera, estaba jodido. Ya lo decía su madre: «las mentiras tienen las patas muy cortas» y estaba descubriendo cuánta razón tenía su santa madre.

Maca entró en casa llamando a Bruno. La puerta no estaba cerrada con llave y, con ese simple detalle, supo que él ya había llegado.

—¡Bruno, cariño! Ya estoy en casa. —Lo buscó por el pequeño piso de una habitación a otra. Al volver al salón lo vio a través de los cristales tumbado en la hamaca. Salió a la terraza y, acercándose a él, volvió a llamarle—. ¿Bruno?

Este volvió la cabeza hacia ella.

—Hola. —Fue un saludo breve, frío y distante. Sin añadir nada más y sin la más mínima intención de levantarse para darle un beso.

—¿No me has escuchado? —Sabía perfectamente que sí lo había hecho, imposible no oírlo con el volumen empleado.

—Si no te he contestado es que no.

Maca lo observó desde cierta distancia, su déspota contestación la paró en seco y frunció el ceño, ¿otra vez? ¿Qué sucedía? Impulsivamente fue a preguntar, cuando algo le hizo detenerse y

mantenerse callada. ¿Le diría Bruno qué le sucedía? Lo iba a comprobar, así que, sin más, siguió hablando como si aquella actitud fuera la más normal del mundo.

—¿Todavía no estás arreglado? —Bruno se volvió hacia ella con cara de no entender nada—. ¿Lo has olvidado?

De pronto lo recordó, habían quedado con Julia, José y dos compañeros de la agencia Reuters de noticias; James y Harry, que volvían de Somalia, punto caliente en aquellos momentos debido a los continuos secuestros de pesqueros. Viajaban hacia la sede de Reino Unido. Hicieron una parada en Barcelona para realizar una entrevista y aprovecharon para quedar con sus antiguos compañeros. A Bruno le apetecía mucho la reunión, pero no tenía el ánimo para esconder su malestar. No tenía ganas de fingir cuando no le apetecía otra cosa que seguir tumbado en silencio.

—Sí, lo había olvidado. De todas maneras, no tengo ganas de ir, estoy cansado.

Maca se quedó esperando algo más, una corta explicación, pero pasaban los segundos y el silencio de Bruno cada vez era más insoportable. Cuando le fue imposible aguantar por un segundo más aquella situación, se colocó la máscara de indiferencia.

—Entonces descansa. Yo me visto y me voy que tengo el tiempo justo.

Sin añadir nada más, dio media vuelta y entró al salón. Ya en su habitación, hizo un pacto con ella misma, no iba a pensar más en ello ni a darle vueltas, iba a pasarlo bien junto a sus compañeros y recordar muchos momentos vividos juntos. Algunos de aquellos instantes fueron muy peligrosos, pero la camaradería nacida entre ellos les ayudó a salir airosos de aquellas situaciones.

Cuando ya estuvo preparada, pasó de nuevo por la terraza, donde Bruno seguía en la misma posición que lo dejó, tumbado y con el antebrazo tapando sus ojos. Él, al escuchar el rítmico taconeo que se acercaba, apartó el brazo y se volvió ligeramente, hasta que Maca apareció ante él. La imagen de la mujer que se paraba delante le dejó sin respiración. La repasó lentamente desde los pies hasta la cabeza. Aquellas sandalias de tacón estilizaban sus piernas y las siguió hasta que se perdieron bajo un vestidito blanco que, con su dorado bronceado, lucía espectacular. Maca movió la cabeza y su larga melena, brillante como el carbón, se balanceó de un lado al otro de la espalda. La garganta se le secó en décimas de segundo y a punto estuvo de alargar la mano y decirle: «espérame, que no sales sola». Pero las palabras de Maca y, en especial, su frialdad le paralizaron.

—Me voy ya. No sé cuándo volveré, así que nos veremos mañana.

Sin acercarse para darle un beso, o esperar unos segundos para que él se arrepintiera y la acompañara, salió de casa igual que había entrado; acelerada. Bruno se levantó y, acercándose a la barandilla, esperó a que Maca saliera del portal dirigiéndose hasta su coche, un Seat Ibiza rojo, que estaba aparcado delante de su casa. La vio salir y no la perdió de vista, sus ojos ávidos por recibir su imagen la seguían con remordimiento. Maca caminaba con energía y su cuerpo se contoneaba con cada paso que daba. Su larga cabellera acompañaba al vaivén dándole una gracia añadida.

La vio subir al coche sin que desviara, ni una sola vez, sus ojos hacia arriba. Con un fuerte acelerón, salió disparada del aparcamiento y, en nada, la perdió de vista.

Bruno se apartó de la barandilla y suspiró, no se entendía ni él mismo. Su postura era lo más parecido a una rabieta, igual que si fuera un niño pequeño, la culpabilizaba sin darle la opción de explicarse o defenderse, castigándola con su indiferencia. Claro que, en ese preciso momento, el castigado era él. Le apetecía mucho encontrarse con Harry y James, los dos reporteros de la agencia de noticias Reuters, a los que no veía desde..., uff, casi un año. A Julia y José los veía más a menudo.

Sabía que durante toda la noche no haría otra cosa que arrepentirse de la decisión que había tomado y esperar con ansiedad la vuelta de Maca, y no se equivocó. Los minutos pasaban lentamente, Bruno miraba el reloj continuamente sin dar tiempo a que los números saltaran. Estaba pasando la noche más larga de su vida. Su rabia aumentaba por segundos y entonces sí que sabía contra quién iba su enfado; contra él mismo.

Parecía un felino enjaulado. Se metió en la ducha, esperaba que el agua que caía sobre su cuerpo calmara su monumental cabreo. Cerró los ojos con fuerza y apoyó las manos extendidas sobre los azulejos, durante unos segundos el agua fría golpeaba su cara. Después, bajó la cabeza tocando el pecho con su barbilla, dejando que toda el agua recorriera su abundante barba. Pasados varios minutos, nada había cambiado; su mente no le daba tregua, nada calmaba su ansiedad. El desasosiego de todo lo que había sucedido a lo largo del día le estaba pasando factura y no tener a Maca a su lado, lejos de calmarlo, lo alteraba mucho más.

¡Era increíble! Solo unas horas antes, cuando el sol empezó a asomar por el horizonte, tenía a Maca en sus brazos amándola, para él no había mejor manera de empezar el día. Pero la llamada de Adela lo estropeó y, más tarde, su actitud acabó por destrozar lo que prometía ser un día redondo.

Además, tenía ese extraño sentimiento de estar traicionando a Maca. No hacía ni dos semanas que le había prometido total sinceridad, ¿y cómo actuaba?, más de lo mismo, le ocultaba la verdad y, no contento con ello, la culpaba y se enfadaba con ella. Todo eso, claro está, manteniendo a Maca en la ignorancia más absoluta.

Era evidente que tenía lo que se merecía.

Por su parte, Maca había salido del aparcamiento a toda prisa. Era muy consciente de que Bruno la observaba, sentía sus ojos como dos ardientes rayos, pero no iba a darle el gusto de levantar la cabeza en su dirección. Volvía a comportarse de la misma manera que lo había en las semanas anteriores, en vez de comentar qué le sucedía o preocupaba, se encerraba en sí mismo, con un agravante; en esa ocasión, además, estaba enfadado.

Lo que Bruno no sabía era que ella no le iba a facilitar nada, si quería confiar en ella, que lo hiciera y, si no, le iba a pagar con la misma moneda; silencio por silencio y enfado por enfado.

—¡Se acabó! —gritó en el coche, mientras circulaba por el centro de la ciudad—. ¿Quieres silencio?, pues te vas a hinchar de tanto silencio. ¿Te enfadas?, yo más, tenlo siempre presente; a huevos no me vas a ganar, ¡te lo juro! —declaró golpeando el volante con las dos manos.

Maca siempre pensaba en voz alta, necesitaba sacar fuera su rabia. Cualquier problema que tuviera en vez de reflexionar interiormente, como todo el mundo, ella se lo contaba al espejo, a la cafetera, hablaba con la televisión, le daba igual el objeto; pero siempre se desahogaba en voz alta.

Iba en el coche hablando o gritando, más bien, y gesticulando con total naturalidad, igual que si estuviera con alguien y contándose a un acompañante.

—¿Qué coño le pasará ahora? ¿Por qué guarda silencio? —Se calló y parecía calmada, cuando un segundo después volvió a explotar—. ¡Y es qué encima SE ENFADA! —gritó las dos últimas palabras. Seguidamente, bufó a la vez que daba otra palmada al volante—. ¡Yo alucino!

Movió la cabeza de un lado a otro intentando, con aquel simple y repetitivo gesto, sacar a Bruno y sus paranoias de la cabeza. Subió el volumen del aparato de música y buscó la canción más escandalosa para acallar así su mente. Pasó varias de Muse, Nickelback, Lana del Rey. Maca miró al aparato y con un fuerte suspiro, esa vez dirigiendo sus palabras a la radio del coche, exclamó en voz alta:

—¡Con esta música no lo voy a conseguir!

Pasaba las canciones a gran velocidad. Al final encontró lo que quería, Rammstein con su *Rosenrot* sonó hasta el final. Pero, a mitad de canción, se dio cuenta de que no la escuchaba y que Bruno seguía ocupando su espacio. Por eso continuó hablando ella sola y desahogándose a su manera.

—¡No me pongas a prueba porque te llevarás una sorpresa! Te lo dije muy clarito, durante mucho tiempo he tragado, pero ¡se acabó! Y, si eso es lo que quieres, ¡Ea, no se hable más! Jugaremos los dos al mismo juego.

Capítulo 16

Entre conversaciones solitarias, llegó delante del restaurante donde habían quedado. Ni siquiera se molestó en buscar dónde estacionar, en el centro de Barcelona y a aquellas horas era una misión imposible, así que se metió directamente en el aparcamiento privado que estaba situado a escasos metros del restaurante. Entró y enseguida vio a Julia y José en una mesa esperando. Al acercarse a ellos, la cara de Julia cambió y un interrogante apareció en su semblante. Cuando Maca se sentó, a su amiga le faltó el tiempo.

—¿Y Bruno? —preguntó Julia sin percatarse del cabreo de su amiga.

—En casa —contestó de una forma cortante.

José también la observaba expectante.

—¡Sí, no me miréis con esa cara! Se ha quedado en casa, y no me preguntéis por qué, porque ni lo sé ni me importa. Creo que dijo que estaba cansado.

—¡Uy, uy, uy! ¡Cómo están los ánimos! —exclamó José

—Bastante alterados, la verdad. —Levantó la mano llamando la atención del camarero y con un simple gesto pidió una cerveza. Cuando el camarero asintió, siguió hablando—. ¡Es un lunático de cojones! Sin motivo aparente, su estado de ánimo pasa de cero a cien en décimas de segundo. Un Ferrari a su lado se queda atrás.

—¿Otra vez está con sus neuras? —Bufó Julia.

—Julia, mira mis labios, NO-LO-SÉ. Hija, ¡qué mal tienes el oído! He llegado a casa eufórica porque tenía ganas de encontrarme con vosotros, y el aguafiestas estaba con esa cara de «perdonavidas» que no se aguanta ni él mismo. A la primera contestación borde, me han entrado ganas de gritarle hasta quedarme sin voz. Para no quedar como una loca, me he arreglado y he salido de casa a toda velocidad.

—¡Ostras con Brunito! Nunca hubiera pensado que fuera tan complicado —exclamó José asombrado por lo que escuchaba, tenía una visión muy diferente de él.

—Pero ¿no te ha explicado nada? ¿No te ha contado qué le sucedía esta vez?

—¡Joder, Julia! ¿Otra vez? —resopló a la vez que movía la cabeza.

—¡Vale, vale! —la cortó Julia, levantando las manos en son de paz—. Es que parece mentira.

Maca no dejó que su amiga siguiera preguntando una y otra vez, porque la conocía y era una manía de Julia que no soportaba. Sobre todo, como en ese caso, que no tenía respuesta. Por eso contó lo único que sabía.

—No le he dado tiempo a nada, ni a contarme qué le sucedía ni tampoco a sacarse el palo que llevaba metido en el culo y que le hace tan estirado. No voy a gastar más energía y, si esta va a ser la tónica de nuestra relación, os lo digo muy clarito, no me compensa. Si quiero una montaña rusa, voy a un parque de atracciones y me subo en ella hasta que me hinche. Pero en mi día a día no quiero vivir con esa desazón. No quiero llegar a casa cada día angustiada, nerviosa sin saber cómo va a estar ese día, si me recibirá con una sonrisa y un beso o con esa cara de que parece que le deben y no le pagan que me crispa solo de verlo y ese silencio tan incómodo. ¿Es tan difícil ser más o menos siempre igual, normal?

—Estoy seguro de que te dará una explicación en cuanto llegues a casa. —Quiso mediar José—. No te olvides de que está en periodo de adaptación.

No se le ocurría una manera mejor de apoyarlo, cuando no veía normal la forma en que

Bruno estaba actuando. No podía entenderlo por mucho que se esforzara.

—¿Siempre vamos a estar con estas historias? Que yo también estuve aquí sola, sin conocer a nadie, únicamente a Julia y no me comportaba como lo hace él. ¡Coño, que actúa como un niño! Me tiene a mí, al menos eso suponía yo, además, estábamos viviendo un momento muy dulce. Cuando lo veo comportarse así, no puedo evitar volver al pasado, aquellos años en los que estuvimos juntos, de aquella manera; estábamos bien hasta que, en cualquier momento, le daba el siroco y hacía lo mismo que ahora.

—¿Y qué quieres decir con eso? —preguntó Julia, imaginando por dónde iban los tiros.

—Decir, decir, nada, pero lo que es pensar muchas cosas. —Guardó silencio unas décimas de segundo y, antes de que alguno de sus amigos dijera algo, añadió—. ¿Y si está arrepentido de la decisión que ha tomado? ¿Si no quiere estar aquí, al menos conmigo? ¿Y si sigue teniendo remordimientos por dejar a su mujer como siempre le ha sucedido?

—¡Mira que llegas a ser retorcida! —Rio José

—¿Seguro? Pues yo no lo tengo tan claro.

Ya no pudieron continuar con la conversación, ya que entraban al restaurante los dos compañeros de la agencia de noticias Reuters. Habían compartido muchos momentos de peligro junto a ellos y a otros reporteros de todo el mundo. Claro que no todo era trabajo, en ocasiones aprovechaban para divertirse y crear fuertes lazos de camarería.

Todos, incluida Maca, se olvidaron de la conversación que mantenían hasta que llegaron Harry y James, dos ingleses divertidos y zalameros, muy lejos del prototipo que los españoles teníamos de un inglés.

—Estáis todos estupendos —proclamó Henry mirando, sobre todo, a Maca y a Julia.

—No puedo decir lo mismo de vosotros, ¿no habéis tenido tiempo de afeitaros? Parecéis dos vagabundos, esas barbas y esa ropa —exclamó Julia horrorizada.

—Si pasábamos por el hotel llegábamos tarde. Estamos arrugados y sin afeitado, pero limpios —contestó James con una amplia sonrisa en su boca.

—Si que te has vuelto señorita —se burló Henry.

Julia le sacó la lengua, ya no se acordaba de cómo llegaba ella a Barcelona al finalizar algunos duros trabajos,

—¡Es broma! En ocasiones, José y yo volvíamos a Barcelona con un aspecto tan lamentable que no entiendo ni cómo nos dejaban subir al avión.

—En una ocasión, Bruno... —comenzó a contar Maca, pero se paró durante unas milésimas, le dolía nombrarlo. Unos segundos después siguió como si nada— y yo subimos al avión sin habernos duchado en una semana. En el lavabo del avión intentamos asearnos un poco, pero la ropa olía a un kilómetro. Pasamos mucha vergüenza.

—¿Todavía no ha llegado Bruno?

José y Julia miraban a Maca y, por la expresión de su cara, no pensaba suavizar nada, así que José se adelantó.

—Se le ha complicado el trabajo y si puede llegará más tarde.

Maca lo miró, ella les iba a decir la verdad, estaba tan cabreada que no tenía la intención de taparlo. Pero, al escuchar a José, lo agradeció.

—¿Cómo están los ánimos en aquel país? —preguntó José cambiando de tema.

—¿Tienes que ir tú a Somalia? Si es así, prepárate, es una locura, no sabes quién está al mando en la capital, Mogadiscio. Impera la ley del más fuerte, según por dónde pasas manda uno u otro. Lo dicho, una locura.

—No tengo que ir allí. Al menos no tengo noticia de ello. Pero ya sabes cómo funciona esto, de

un día para otro cambia todo.

La velada fue divertida recordando muchísimas anécdotas de todo tipo, algunas de ellas tan increíbles que no dejaron de reír durante toda la noche. Ellos seguían siendo «periodistas de campo», al igual que José, y casualmente los dos volvían de Somalia, lugar en el que, últimamente, estaba focalizada la tensión mundial. Al secuestro de barcos pesqueros, retenidos en ocasiones durante varios meses, se unía la lucha entre grupos islamistas radicales y las fuerzas gubernamentales para hacerse con el control del país. A todo aquello, había que sumarle la hambruna debido a la fuerte sequía. Todo unido lo convertía en un peligroso foco de noticias. Un polvorín.

Al terminar la velada, todos quedaron en reunirse más a menudo. José se marchó con ellos para buscar «otro tipo de diversión».

—Con las pintas que lleváis, no os vais a jalar una rosca. —Rio Maca.

—Estás muy equivocada, así es como más ligamos —contestó James guiñándole un ojo.

Se abrazaron entre risas esperando que la próxima reunión no tardara mucho en producirse.

—Me quedaré con ellos y les enseñaré un poco el ambiente —dijo José intentando aparentar un gran sacrificio.

—¡No me hagas reír! —manifestó Julia, que conocía muy bien a su compañero—. Como si no estuvieras deseando llevarlos a uno de tus «ambientes favoritos».

Los tres hombres se marcharon por la calle Valencia hacia el paseo de Gracia. Julia y Maca torcieron a la vez en Balmes.

—¿Dónde has dejado el coche, Maca?

—Justo en ese aparcamiento —explicó señalando con el dedo un letrero luminoso.

—¡Yo también lo he dejado en ese! —Tras lo cual, preguntó sin que nada tuviera que ver—: ¿Estás bien?

Maca sabía perfectamente a qué se refería su amiga, por eso contestó sin más.

—¡Como unas castañuelas! Una cosa te voy a decir, Julia, como me toque mucho los ovarios, sale volando por la ventana. No estoy yo para aguantar las tonterías de nadie.

—Mañana hablamos —añadió mientras le daba dos besos, estaba bastante calmada, y Julia no quiso alterarla hablando del tema.

Cada una tomó distintas direcciones, Julia hacia Sant Cugat, y Maca hacia la famosa Villa Olímpica. Era tarde y no tuvo problema para aparcar. Mientras subía en el ascensor pensó en cómo actuaría al llegar, buscaría a Bruno para hablar con él, pero cuando abrió la puerta de casa hizo todo lo contrario, se dirigió directamente a su habitación y, al encender la luz de la mesita, comprobó que no estaba acostado. Durante unos segundos se quedó mirando el lado de la cama donde él dormía y pensó en salir y comprobar que estaba en casa. Pero después lo pensó mejor y se quedó donde estaba, tenía sueño y no tenía ganas de discusiones, mejor lo dejaba para el día siguiente. Además, había bebido un poco más de la cuenta y podía decir cosas de las que más tarde se arrepentiría. Se acostó y, en cuanto puso la cabeza sobre la almohada, se quedó dormida.

Capítulo 17

Bruno seguía en la terraza, la había visto llegar, pero no se movió, esperó a que Maca saliera a por él. Durante toda la noche había recorrido la casa de una punta a otra igual que un león enjaulado. Por eso, al verla salir del coche, descansó, ya había acabado su angustia. Hablaría con ella, ya lo tenía todo pensado.

Le dio un tiempo prudencial, pero Maca no aparecía. Se dirigió al cuarto y todo estaba apagado y en completo silencio, ¿y si no había entrado en casa? Estaba un poco asustado, así que encendió la luz y nunca se lo hubiera imaginado, Maca estaba en la cama, ¡y durmiendo plácidamente! Era increíble, ¡estaba durmiendo de verdad! Pensó en qué hacer sin dejar de mirarla desde el umbral, pero, por mucho que la observaba, ella no le iba a dar una respuesta, estaba soñando con los angelitos.

Lleno de frustración, se metió en la cama junto a ella. La luz de la luna entraba por la ventana iluminado con suavidad la estancia y, cuando se acostumbró a esa oscuridad bañada ligeramente por los plateados rayos de la luna, contempló a Maca en aquella mágica penumbra. Sus exóticos rasgos, la suave y acompasada respiración, su cabello alborotado sobre la almohada, todo le dejaba encandilado.

Maca era una mujer sensual donde las hubiera. Su cuerpo, sus gestos, la manera de mirar, de moverse, esos labios exuberantes y sobre todo los ojos de hechicera, oscuros como la noche, un conjunto explosivo que levantaba su libido con solo mirarla.

Aunque le costó, se quedó dormido contemplándola y con la imagen de Maca en su retina.

A la mañana siguiente, cuando Maca abrió los ojos, se encontró con la penetrante mirada de Bruno. Ella, sin moverse y totalmente callada, le repasó detenidamente. Su barba era tupida, ¡le encantaba! Su boca estaba ligeramente entreabierta y asomaba entre aquel pelo tan bien puesto, tuvo que hacer un esfuerzo para no lanzarse a besarla. Desvió la vista de aquellos lujuriosos labios y la clavó en sus ojos, sin un color definido ni llamaban la atención por su tamaño, pero para Maca eran los más bonitos que había visto en su vida. Durante unos segundos se mantuvieron la mirada en silencio, intentando decirlo todo sin la necesidad de pronunciar una palabra. Había mucho que hablar, aunque ninguno de los dos sabía por dónde empezar.

Maca estaba expectante y no pensaba ponérselo fácil, Bruno tendría que abrirse a ella, expresar sus sentimientos, sensaciones y preocupaciones. Ella no quería seguir sacándole nada a la fuerza. Entendía que, al vivir durante muchos años negando sus sentimientos y actuando únicamente por responsabilidad, había forjado un carácter hermético y le costaba salir de esa dinámica.

Maca era consciente de ello, aunque le enfadara. Sabía que tenía que darle tiempo para que se abriera. Claro que ella se conocía y sabía que no le quedaba mucha paciencia, por eso esperaba con ansiedad ese cambio.

La voz ronca y llena de sensualidad de Bruno la sacó de su ensoñación.

—Buenos días —dijo a la vez que le acariciaba la mejilla con el dorso de la mano.

Maca percibió cómo un estremecimiento recorría su cuerpo. Sentirlo tan cerca y escuchar su voz era como una caricia. Para Maca una de las características de ese tono era su sensualidad, podría distinguirlo entre una multitud y el efecto que le producía era más potente que el propio tacto.

Mientras lo escuchaba, cada palabra le acariciaba con pericia y el resultado era que su cuerpo

se alteraba deseando mucho más. Maca no hablaba, no se movía, solamente lo observaba. No era ella la que tenía que explicar o hablar, tampoco pensaba ayudarle y allanarle el camino, solo permanecía a su lado igual que una estatua, aunque ardiera de deseo por dentro con cada roce de Bruno.

Él tampoco apartaba los ojos. Le debía una explicación por el comportamiento del día anterior, parecía más un niño malcriado que el hombre que era. Lo reconocía, pero no supo reaccionar de otra manera. Maca ignoraba que había pagado con creces su chulería, ya que había pasado una noche infernal.

—Lo siento —expuso con absoluta sinceridad—. ¿Me perdonas? —En esa ocasión a la pregunta acompañaba un mohín.

Maca guardaba silencio y lo miraba intensamente, parecía tan dócil que la estaba derritiendo por dentro y no solo le perdonaría, sino que, en ese mismo instante, lo besaría y se olvidaría de todo. Pero el sentido común la frenó, ¿siempre iban a estar así? ¿Aquella iba a ser la tónica de su convivencia? Un enfado sin argumentar el motivo y, al día siguiente: dos carantoñas, cuatro palabras cariñosas, un polvo y todo olvidado. No, ella no quería eso, para nada quería mantener una relación medio bipolar; un día eres la persona más cariñosa conocida en la faz de la tierra y dos horas más tarde, sin motivo aparente, estás enfadado con el mundo y te quedas completamente mudo, ¡ni hablar! Así que mantuvo las distancias y dejó sus manos quietas. Antes de contestar, exhaló todo el aire que tenía en los pulmones y lo hizo con más preguntas.

—¿Hasta cuándo? ¿Cuándo será la próxima vez? ¿Este comportamiento tuyo va a ser habitual en nuestra vida?

Bruno pensó durante unas décimas de segundo sin apartar sus ojos de ella. Al final, con tono lastimero, casi le suplicó mientras, con exquisita delicadeza, pasaba su pulgar por los labios de Maca sin apenas rozarlos.

—Dame un poco más de tiempo. No estoy acostumbrado a compartir nada y menos preocupaciones. Tengo que aprender, porque... no sé cómo hacerlo.

Maca lo miró con más atención para descubrir esa disculpa y algo dentro de ella se removió. La culpabilidad invadió su corazón y, en cuanto escuchó sus palabras, la intención que tenía en un principio, de hacerse la dura, se desvaneció. El tono lastimero de Bruno hizo que su enfado desapareciera. Ella era la que debía tomar una decisión, y lo sabía, pero se había quedado muda. Aquellas palabras llenas de dulzura pidiendo ayuda la habían desarmado. No esperaba esa actitud tal y como le habló la noche anterior, la verdad era que esperaba a un Bruno guerrero que le iba a poner difícil acercarse a él. Por eso, al escucharlo, todo había cambiado en cuestión de segundos.

—¡No es justo! —exclamó Maca impotente y sin saber qué decir—. Yo tenía preparado un discurso y ahora... no sé qué decir. Me has reventado mi estrategia.

—Anoche volvía a estar enfadado conmigo. No sé cómo descargar mis preocupaciones, lo voy guardando todo y al final me atrincheró y respondo de la forma que, desgraciadamente, ya conoces.

—Por desgracia la conozco. Pero la solución no está en que lo reconozcas una y otra vez, después de pasar una noche infernal y... —Maca miró a Bruno que sonreía y no pudo evitar que le saliera su sangre sevillana—. Quillo, ¿tú de qué te ríes?

—Una noche infernal, precisamente tú, no has pasado.

Maca recordó que, la noche anterior, en cuanto puso la cabeza sobre la almohada cayó como un tronco. El sueño jamás le había supuesto ningún problema.

—Bueno, quizás no me impidió dormir. —Y añadió con rapidez—. Pero, durante la velada, estaba muy enfadada, además de dolida.

—¿Y cómo crees que lo pasé yo? Mucho peor que tú. Aquí me maldecía una y mil veces por ser tan inútil.

—Y, se puede saber, ¿qué era eso tan importante y que tanto te agobiaba?

—Después del cabreo y de unas horas de soledad, ahora me parece una tontería —mintió de nuevo.

No quería meter a Adela en esa conversación. Siempre lo mismo, no se atrevía a contarle lo que estaba sucediendo y lo preocupado que estaba por su exmujer, la creía capaz de cualquier locura.

Conocía la vida lejos de Maca y no quería ni imaginar volver a pasar por ello otra vez. Lo único que necesitaba era buscar una excusa con gran rapidez, todavía no estaba preparado para encarar ese problema, aunque sabía que no podría seguir así por mucho tiempo y que un día no muy lejano tendría que mostrarle a Maca el espinoso asunto. Pero aquel no era ese momento, si lo hacía estaba seguro de que se podría declarar la tercera guerra mundial.

—Confíe en Javi para que llevara a cabo una pequeña investigación y se le olvidó. Hemos tenido que correr a última hora con la consiguiente llamada de atención, lo cual no soporto, y ese insignificante hecho me jodió el día y la noche.

—¿Y eso es todo?! ¡Joder! —exclamó Maca asombrada. Era increíble la que había montado por una tontería.

Bruno quiso responder afirmativamente, pero esa simple palabra no lograba salir de su boca, así que hizo un pequeño gesto con la cabeza como contestación a la pregunta. Sin embargo, durante una milésima de segundo, la culpabilidad se reflejó en su cara. Su gran honestidad se resistía a contar una falsedad, aunque fuera por una buena causa. Pero su expresión solo fue eso, un reflejo, y continuó con gran celeridad, eso sí, con otra pregunta, un recurso muy utilizado por Bruno.

—¿Y qué esperabas?

Al contrario de lo que él pudiera pensar, a Maca no le pasó desapercibido ese rayo de culpabilidad, aunque fue tan rápido que no supo muy bien cómo catalogarlo. Lo único que le quedó muy claro fue que Bruno le ocultaba algo.

Capítulo 18

Aunque habían hablado y, supuestamente habían dejado el tema zanjado, Maca tenía sus reservas. Algo, que no sabía explicar qué era, la hacía dudar. La imagen de Bruno, durante aquellas milésimas de segundo, le transmitió una inquietud que no desaparecía, todo lo contrario, cada día que pasaba era más real.

Su sexto sentido le decía que escondía algo y tenía que descubrirlo.

A partir de aquel momento, analizaba todos los gestos y palabras de Bruno automáticamente, casi de la misma manera que se hace en un laboratorio. Cuando estaban en casa, permanecía atenta a todas sus expresiones y, cuando hablaban por teléfono, estudiaba cada una de las palabras, el tono e incluso la firmeza que empleaba para hacerlo. Sin darse cuenta, se estaba obsesionando y, por mucho que disimulara, Bruno empezaba a sentirse vigilado.

Aquella mañana, lo observaba mientras tomaban una taza de café. Bruno movía el azúcar en silencio sin levantar la vista del negro líquido que se movía en el mismo sentido que la cuchara. Como tantas veces desde hacía unas semanas, levantó la cabeza al sentirse observado, clavando su mirada en la de ella.

No tenía un buen día. La noche anterior la llamó para decirle que se acostara, que no lo esperara porque tenía que quedarse en la redacción a preparar un artículo que saldría al día siguiente. Esas cosas pasaban y muy a menudo, pero no era eso.

—¿Llegaste muy tarde? —preguntó Maca de una forma casual, por acompañar el desayuno con una conversación.

—No, llegué a las dos y algo.

—¿Qué tarde! ¿Ya está arreglado?

—Sí, faltan un par de retoques que los haremos hoy antes de mandarlo para la imprenta.

—¿Qué fue lo que os dejasteis?

Una pregunta detrás de otra, parecía que Maca no tenía suficiente, y Bruno no estaba para muchas interrogaciones, más bien para ninguna.

La noche anterior, cuando estaba a punto de salir del periódico, otra llamada de Adela lo alteró tanto que, en vez de volver a casa, se dedicó a pasear por la ciudad para tranquilizarse y encontrarse a Maca acostada y durmiendo si tenía suerte. La conversación con su exmujer había sido tensa y le había dejado los nervios a flor de piel, le parecía imposible encararse a Maca y mucho menos teniendo en cuenta que parecía estar siempre analizando todo lo que decía.

Al abrir la puerta y comprobar que dormía, respiró lleno de alivio, tenía toda la noche para poner sus pensamientos en orden, tranquilizarse y seguir adelante. Adela volvió a echarle en cara que Maca la trataba mal por teléfono, que llamaba a su casa y no le pasaba con él, que le hería constantemente y le echaba en cara que lo había perdido. Todos aquellos reproches estaban haciendo mella en Bruno, no quería dar crédito a las palabras de Adela, la conocía a ella y conocía a Maca, sabía cómo eran, cómo actuaban cada una y estaba convencido de que era su exmujer la que mentía. Pero, con aquellas llamadas tan insistentes, había conseguido sembrar la duda y con el tiempo esa sospecha estaba creciendo.

Por ese motivo, cuando Maca volvió a formularle otra pregunta, tan inocente y normal como las anteriores, la reacción de Bruno fue de todo menos esperada.

—¿Con quién trabajabas en ese artículo?

Bruno se levantó de golpe, arrastrando la silla con una fuerza desmedida y dejó la taza de su café en el fregadero con tanto ímpetu que a punto estuvo de romperla. Después, se encaró a Maca que lo miraba asombrada y, con una expresión llena de dureza, le dijo:

—¿Me estás interrogando?

—¿¿¿Yo??? —No salía de su asombro y las palabras o, mejor dicho, su expresión la había dejado descolocada, sin capacidad para reaccionar.

Aprovechando ese efecto, Bruno salió con rapidez dejándola en la cocina sin llegar a creerse la situación que había generado. Él esperaba huir, como hacía siempre, y volver cuando todo estuviera calmado para convencer a Maca con cuatro palabras. Pero ella no le iba a dejar hacerlo. Maca se recompuso enseguida y salió tras él. Cuando estaba a punto de abrir la puerta de la calle, su voz lo inmovilizó.

—Si piensas salir sin darme una explicación, no te molestes en volver.

Durante unas décimas de segundo, se quedaron paralizados; Bruno, por lo que había escuchado, y Maca, por lo que se había atrevido a decir. A los dos aquellas palabras les sorprendieron por igual. Al final fue él el que cerró la puerta y se volvió con lentitud hacia ella. Sabía que su engaño, o la omisión de un pasaje insignificante —como a él le gustaba engañarse—, iba a quedar al descubierto. No podía alargar esa mentira por más tiempo.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Lo que acabas de escuchar. No estoy dispuesta a seguir aguantando esta forma de actuar, más que nada porque no es la tuya. Hay algo que me ocultas, que te preocupa o, aunque me niegue a creerlo, siento que me estás engañando. —Bruno suspiró, se encontraba en un callejón sin salida. Estaba enfadado con ella por todo lo que Adela le había contado el día anterior y sabía que aquellas palabras no tenían mucha lógica, pero su insistencia lo había minado poco a poco. Y por otra parte también tenía miedo, no sabía cómo reaccionaría al conocer la verdadera causa de sus continuos enfados. Dejó caer los brazos a lo largo del cuerpo y se quedó en silencio. La voz de Maca lo devolvió a la realidad—. Bueno, cuando quieras puedes empezar, soy toda oídos —continuó Maca apoyándose en el borde de la mesa, mientras cruzaba los brazos.

—Igual eres tú la que tienes que contarme más que yo a ti —le recriminó a bocajarro, sin medir las consecuencias de aquellas palabras.

Maca lo escuchó perfectamente, pero no podía entender el significado. No estaba para juegucitos de esa clase, las adivinanzas nunca habían sido su fuerte, siempre la ponían nerviosa y la estaba sacando de sus casillas.

—¿Perdonaaaa?! —No podía decir nada, estaba..., asombrada era poco, más bien alucinada era la palabra.

Segundos después, el pasmo la hizo tensarse, ¿A qué estaba jugando? No tenía ganas de tonterías.

—Sí, sí, no te hagas la loca. Tú eres la que tienes que contarme a mí. Creo que has hablado más de la cuenta.

Maca abandonó aquella postura casual con un punto de chulería, dispuesta a escuchar tranquilamente, cuando aquellas palabras la golpearon. Como si de repente el borde de la mesa pinchara, se enderezó acercándose a Bruno todo lo posible sin llegar a rozarlo. Tuvo que levantar la cabeza para poder mirarle directamente a los ojos.

—No tengo ni idea de qué estás hablando, así que suelta lo que tengas que decir sin adivinanzas, ¡no las soporto!

—Tú siempre culpando al resto del mundo cuando eres la principal responsable de lo que está sucediendo.

—¿Quieres hablar claro de una puñetera vez? —insistió cada vez más nerviosa.

—¿Qué le dices a Adela cuando llama por teléfono? —preguntó Bruno ya alterado.

«¡¡¡Por fin salió la madre del cordero!!! Cómo me jode tener razón», pensó Maca. Ahí estaba el motivo de todo; Adela. Lo sospechó desde el primer momento, siempre intuyó que esa mujer estaba en medio, así que no pudo contenerse por más tiempo.

—¡Lo sabía! Desde el primer día, aquel que sufriste un repentino cambio en tan pocas horas, sospeché que ella era la causante de tu extraño comportamiento.

—Pero ¿qué estás diciendo? ¿Has escuchado lo que acabo de decir? Eres tú la causante de «mi extraño comportamiento».

—¡Yo?! Era lo único que me faltaba por escuchar. ¿Y cómo he conseguido «yo» que cambies tu comportamiento en cuestión de dos horas y sin vernos, que no quieras hablar y parezca que no te pagan? ¡Ilumíname, por favor!

La miró intensamente, entrecerrando los ojos. Estaba furioso. Llevaba muchos días soportando en silencio las constantes insinuaciones de Adela, más bien eran ataques en toda regla y, aunque en un principio no quiso reconocerlo, poco a poco, conversación tras conversación, habían producido el efecto deseado, que una mentira a fuerza de repetirla se convirtiera en verdad.

Cada vez que su exmujer le llamaba, él se enfurecía y, en vez de descargar su ira contra Adela, como era de suponer, lo hacía contra Maca. Y, estando ante ella y sintiendo cómo le retaba, no pudo contenerse más. Bruno notaba cómo una ola de rabia subía desde el estómago. Tensó sus manos y, cogiendo aire con fuerza, lo mantuvo en sus pulmones, expulsándolo de golpe junto a unas duras palabras.

—¿Quién te has creído que eres para decirle a Adela todo lo que le has dicho? ¿Tanto te costaba pasarme la llamada?

La expresión de Maca cambiaba por segundos. Todo lo que Bruno le decía le sonaba a chino, ¿qué se había perdido?

—¿Y se puede saber qué le he dicho a «esa señora»? —preguntó con un poco de sorna. Aquello le parecía imposible.

—No te burles, Maca, ¡no te lo voy a consentir!

Maca saltó como una leona delante de su presa. ¿Qué estaba escuchando? ¿Qué decía ese loco? ¿Que no le iba a consentir? ¡Solo le faltaba!

—¿Que no me vas a consentir? ¿Qué es lo que no me vas a consentir? Mira es lo único que me faltaba por escuchar. La que no te va a consentir ese tono ni esa sarta de mentiras voy a ser yo.

Bruno escuchó en boca de Maca sus propias palabras y se quedó totalmente asombrado, ¿qué estaba haciendo? Estaba encendido, fuera de sí y aquella no era su intención. Antes de llegar más lejos y de decir cosas de las que más tarde seguro que se arrepentiría, echó marcha atrás y siguió hablando en un tono sereno, lo que tenía que haber hecho desde el principio.

—Hace unos meses, llevábamos muy poco tiempo juntos, cuando Adela me llamó y me dijo que había intentado ponerse en contacto conmigo, pero que tú le habías hablado de muy malas maneras y sin más le habías colgado.

Maca escuchaba abriendo cada vez más los ojos, ¿podía haber una persona más mala que ella? Estaba visto que no.

Cuando Bruno terminó de hablar, Maca no le dejó seguir y, sin darle tiempo de añadir nada más, le dijo:

—La única verdad que hay en todo lo que acabas de contar, es que llamó por teléfono y no las veces que ella te ha dicho, sino una sola.

—¡No puede ser! —decía Bruno moviendo la cabeza de un lado a otro.

—¿Me estás llamando mentirosa? —cuestionó Maca alzando las dos cejas.

—¡Nooooooo! Pero me parece mentira que se comporte así. Estaba bien o al menos eso parecía. ¿Por qué hace eso?

—Porque tiene malos sentimientos. Simplemente es una persona mala.

—Maca, no te pases, está enferma.

—¿Que no me pase dices? Nos está jodiendo la vida con mentiras. Es mala, eso es lo que pasa, ¿y me dices que no me pase? Esa tiene de enferma lo que yo de monja.

—No voy a permitir que digas eso de ella cuando está así por mi culpa.

—¡Claro, por eso te tiene cogido por los huevos! Por mucha terapia y muchas hostias que hagas, nada cambiará. Tú, con ese sentimiento de culpabilidad, siempre le vas a permitir que te domine, y ella, con su malicia y sabiendo que te sigues sintiendo culpable de lo que sucedió, te manipula a su antojo.

—¡Eso no es verdad! Los dos hicimos terapia juntos y lo dejamos solucionado.

—¡Pues tanta terapia no os sirvió una mierda! Tú sigues sintiéndote culpable y cuando estás acorralado lo sacas, y ella sigue siendo mala.

—Ese es tu punto de vista.

—No, en eso te equivocas, es el punto de vista de tu querida Adela. Es lo que ella me dijo por teléfono esa única vez que hablamos, que sabía cómo hacerte volver cuando ella quisiera. Fíjate si soy ilusa que en aquel momento no la creí, pero ahora... — Su tono cambió y la amargura apareció—. Ahora sé que es verdad.

—Voy a llamarla ahora y verás cómo....

—¡Haz lo que quieras! —exclamó Maca totalmente vencida—. Tú eres el único que está ciego, en cambio yo lo tengo muy claro. No he vivido con ella ni tampoco he hecho terapia, pero te puedo asegurar que nada me va a convencer, hablé con ella una vez y me sobra para saber que no sé si también estará enferma o no, pero, que es mala, eso te lo aseguro. Como yo no puedo solucionar nada en este asunto, no quiero seguir hablando.

Sin más, cogió las llaves y salió de casa, mejor eso que quedarse y enzarzarse en una espiral de reproches que llevaban a una confrontación cada vez más dura. En cambio, Bruno se quedó sin saber qué hacer, si salir tras ella o quedarse donde estaba.

Maca cerró la puerta de la calle al salir de un fuerte portazo. No sabía hacía dónde dirigirse, pero sus pies decidieron sin contar con su mente, que estaba colapsada, y la llevaron hasta la playa. Cuando se vio frente al mar no pudo evitar soltar un grito y descargar así toda la frustración que llevaba dentro. Si se hubiera quedado solamente unos minutos más en casa frente a Bruno, hubiera sido capaz de ahogarlo.

Corrió por la playa Nova Icaria a lo largo de la orilla. Cuando llegaba hasta el espigón del Bogatell, daba media vuelta, se dirigía hasta los escalones del Puerto Olímpico y así una y otra vez. Cuando no pudo más, se paró jadeando y apoyó sus manos en las rodillas un poco flexionadas, bajó la cabeza e intentó calmarse.

—¡Joder, no he cogido el ¡Poh! —exclamó al darse cuenta de que por mucho que corriera, sus pensamientos no cesaban—. ¡No quiero pensar más!

Sin darle más vueltas, para solucionarlo no se le ocurrió otra cosa que cantar como una loca. Suerte que, en la playa en el mes de noviembre y a las nueve de la mañana, no había casi nadie, sino la encerraban seguro.

No quería seguir reflexionando por qué su vida se volvía a derrumbar. No dudaba ni un momento de que Bruno la amaba, pero..., ese «pero» siempre estaba presente entre ellos, era la palabra clave, la que marcaba la diferencia. En la vida, según ella, había dos tipos de amor; el

amor con «pero» y amor sin «pero», pues a ella le había tocado el primero.

No sabía qué hacer, cómo solucionar su vida o asimilar esa realidad, lo único que le había quedado claro era que Adela siempre estaría entre ellos.

Capítulo 19

Bruno miraba la puerta por donde acababa de salir Maca hecha una fiera. Con el móvil en la mano, no sabía si salir corriendo tras ella o llamar a Adela y esperar que le aclarara aquel embrollo, aunque sospechaba que ella no era la más indicada para hacerlo, más bien todo lo contrario, era la causante. Estaba seguro de que todo ese lío era gentileza de su exmujer, reconocía su sello, le gustaba liarlo todo y, además, era una mentirosa casi compulsiva. Pero su responsabilidad hacía Adela, unido al sentimiento de culpa, no le permitían actuar de otra manera. Podía decantarse por olvidarse de Adela, dejarla en manos de los profesionales que la atendían y de su familia, y correr tras Maca, pero sabía que no lo haría, siempre estaba esa obligación que él mismo se había impuesto antes que su propia felicidad.

En su subconsciente siempre se colaban las palabras que Adela le había dicho mil veces. «Te di los mejores años de mi vida, toda mi ilusión. Sin embargo, cuando perdimos a nuestro hijo y, además nos enteramos de que jamás podría tener más, me abandonaste como se abandona a una muñeca rota».

Él sabía que era una mentira más, que no fue el responsable de que el feto se formara fuera de la matriz y un aborto era el único fin posible para tal embarazo. Ella le recriminaba que le había dado los mejores años de su vida, ¿y él? También le había dado los mejores años de la suya. Después del aborto sus vidas dieron un vuelco y la continua depresión de Adela hizo el resto, hasta que de su amor no quedó nada. Bruno tendría que haberlo asumido y seguir adelante con su vida, pero no lo hizo y únicamente la amargura le acompañó. Así se destruyó la pareja.

Suspiró cansado por la situación que ya duraba muchos años. Cogió el móvil dispuesto a solucionar aquel lío de una vez por todas. Por nada del mundo quería perder a Maca, le daba pánico tan solo la idea.

Apenas sonó un toque, cuando la voz de Adela, muy contenta, respondió a la llamada.

—¡Qué alegría, Bruno! Cuánto tiempo sin recibir una llamada tuya.

—Creo que no te vas a alegrar mucho cuando conozcas el motivo. He hablado con Maca.

—¿Qué te ha contado esa embustera? ¡No creas nada de lo que te diga!

—Si tengo que elegir creer a una de las dos, ten por seguro que la elegiré siempre a ella. ¿Qué sarta de mentiras me has contado? ¿Cómo puedes hacerme esto después de todo lo que he hecho por tí? Eresss... —No le salía la palabra cuando un grito a través de la línea le impidió decir nada más.

—¡¡¡Me lo debes!!! —gritó como una loca. Bruno imaginó su cara al escuchar la frase más repetida en sus conversaciones, seguro de que tendría los dientes apretados y los ojos a punto de salir de sus órbitas. Una apariencia de loca—. Si soy una desgraciada, siempre vigilada y tengo esta vida de mierda... ¡es por tu culpa! No lo olvides jamás —añadió

—Estás muy equivocada y mi llamada solamente es para decirte que ya no eres mi responsabilidad. No nos amamos desde hace mucho tiempo y no quiero llegar a odiarte. Llamaré a la clínica para decirles que de ahora en adelante se pongan en contacto con tu familia. Ya no tenemos nada en común, pensé que podríamos mantener una amistad, pero, después de esto, creo que ni eso es posible. Como muy acertadamente me ha dicho Maca; o estás loca o eres muy mala para comportarte conmigo como lo estás haciendo. No te quiero más en mi vida. Adiós, Adela.

—Espera, ¡no me cuelgues! Te juro que voy a hacer una locura, y tú serás el único responsable.

—Ese ya no es mi problema, será el de tu familia. No voy a dejar que sigas chantajeándome durante toda mi existencia y, si quieres quitarte la vida, es tu decisión —recalcó Bruno echando un farol igual que en el póker porque, si eso sucediera de verdad, él sabía que jamás podría deshacerse del sentimiento de culpabilidad—. Haz lo que quieras, yo voy a llamar al sanatorio para que, suceda lo que suceda, no me busquen a mí, sino a tu familia. Lo nuestro se acabó, y tú estabas de acuerdo, pero lo único que haces es boicotear mi felicidad, y no lo voy a permitir. He hecho más de lo que cualquiera hubiera hecho en estas circunstancias, pero no lo valoras, así que solo me queda desearte que seas muy feliz.

—¡Te juro que lo haré! Si no eres para mí, si no estás conmigo, no estarás con nadie, haré que toda la vida seas un desgraciado; te conozco y el remordimiento te perseguirá hasta la muerte. ¡Te lo juro!

—¿Más de lo que he sido a lo largo de estos años? ¡Imposible!

Sin dejar que dijera nada más, colgó el teléfono. Todavía lo llevaba en la mano cuando el móvil vibró. Ya sabía quién era, pero miró la pantalla únicamente para asegurarse. Suspiró agobiado y, sin contestar, lo apagó.

No habían pasado cinco minutos cuando el teléfono de casa sonó sobresaltándolo y, sin pensar, lo cogió.

—¡¡¡No te atrevas a colgarme y te juro que te vas a arrepentir!!!

Y esta vez fue ella la que colgó.

La amenaza de Adela hizo su efecto, Bruno palideció ante aquellas palabras y, sobre todo, ese tono amenazador impreso en su voz. Un escalofrío lo recorrió, estaba casi seguro de que no hablaba por hablar y que estaba dispuesta a cumplir su amenaza. Sin perder ni un minuto, y con el miedo metido en el cuerpo, llamó al hospital psiquiátrico que estaba tratando a Adela que, ante la gravedad de las sospechas, inmediatamente le pasaron con el doctor Ibáñez, el mismo que la trataba.

—Doctor Ibáñez, creo que Adela va a cometer una locura.

—¿Cómo lo sabe? ¿Se lo ha dicho ella?

—Creo que he cometido el error de llamarla, estaba interfiriendo en mi vida y quería dejarle claro que no debía entrometerse más. Lo que ha sucedido es que hemos tenido una bronca y me ha amenazado con hacer algo para que me sienta culpable.

—Se ha puesto a su altura, y ella es una enferma mental.

—Lo sé, pero cuando me fui estaba muy normal.

—Adela, aunque le demos el alta, siempre deberá tener un seguimiento, las enfermedades mentales de ese tipo no se curan nunca. Pueden tener temporadas mejores, pero cualquier cosa las puede hacer recaer.

—Pues creo que he provocado una de esas recaídas.

—Ahora mismo mandamos a un equipo.

—Por favor, en cuanto sepa algo, llámeme,

—No se preocupe, señor Iniesta, le llamo en cuanto sepamos cómo está Adela.

—Gracias.

Tenía los nervios a flor de piel, ¿podía ser un hombre más torpe que él? ¡Imposible! Estaba seguro de que Adela iba a tensar la cuerda hasta el límite. Las últimas palabras fueron más que una amenaza; fueron la promesa de hacerle pagar su osadía.

¿Y cómo se había portado con Maca? No tenía nombre. Los engaños nunca traían nada bueno y con ella menos. Él lo sabía, y ella no le iba a perdonar una mentira como esa. Cuanto más vueltas le daba a la cabeza, más angustiado se sentía. No fue consciente de que el tiempo pasaba hasta que

el móvil volvió a sonar en su bolsillo. Miró la pantalla y el número reflejado era de Madrid y no coincidía con ninguno conocido. De refilón se dio cuenta de la hora, no podía ser que hubiera pasado tanto tiempo desde la conversación que mantuvo con el doctor Ibáñez, ¡más de una hora!

Contestó a la llamada.

—¿El señor Bruno Iniesta?

—Sí, soy yo.

—Le llamamos desde el hospital Doce de Octubre, donde ha sido ingresada Adela Gutiérrez.

—¿Qué ha sucedido?

—Ha ingresado sin conocimiento y se le está practicando un lavado de estómago.

—¿Cuándo podré hablar con el doctor que la atiende? Ahora mismo no estoy en Madrid y tengo que viajar desde Barcelona, pero antes me gustaría conocer el estado en el que se encuentra ella.

—Tenemos su teléfono y en cuanto sepamos algo más le llamaremos. ¿No hay ningún familiar cercano con quien nos podamos poner en contacto?

Bruno le pasó el teléfono de sus hermanos y colgó. Comenzó a pasear por toda la casa, nervioso. Había cumplido con su amenaza, pero no conocía el alcance de sus lesiones. Debía esperar. Tampoco tenía la intención de ir a Madrid, de ahí en adelante se haría cargo su familia. Pasaría página sin pensar en nada más, bastantes años había sacrificado su felicidad y, si Adela quería hacerse daño, que lo hiciera; él no podía vivir con esa amenaza constante sobre su cabeza. Había intentado por todos los medios evitar encerrarla en un psiquiátrico, que lo hiciera su familia si lo creía conveniente. Las lenguas afiladas y malpensadas dirían que la metía en un manicomio para irse con otra y la realidad era muy diferente, pero ya no le importaba lo que la gente llegara a decir, su conciencia estaba tranquila, había hecho todo lo posible por Adela sin traicionar a sus sentimientos. Pero otra cosa era su alto sentido de la responsabilidad, ese costaba más de contentar.

La puerta de la calle se abrió de golpe y Maca, sudorosa y con una respiración acelerada, apareció en el umbral. Al ver la intención de Bruno, acercándose a ella, apenas sin aliento repuso:

—Voy a ducharme. —Sin añadir nada más siguió a paso firme hasta el lavabo.

—Maca, yo no puedo explicar con claridad qué me sucede, por qué actúo de esa manera.

—Está muy claro, ¿no? Porque a la hora de elegir la prefieres a ella, así de sencillo. No es tan difícil de entender, es cuestión de prioridades, y la tuya es Adela, ¡siempre Adela!

—¡Eso no es así!

—¿Y cómo es entonces? Bueno, en realidad no me importa, los hechos son los que son y tus palabras no van a cambiar nada por mucho que... —El insistente sonido del móvil de Bruno hizo que Maca no siguiera hablando, era inoportuno, pero debía contestar, la gravedad de la situación se imponía. Miró la pantalla y era un número desconocido. Como si Maca leyera su mente, le dijo —: Contesta, parece que es urgente, al menos el gesto de tu cara así lo da a entender. —Sin darle tiempo a añadir nada, Maca se dio la vuelta y esa vez sí que llegó al lavabo y cerró con pestillo.

Bruno la observó mientras desaparecía tras la puerta a la vez que atendía la llamada.

—¿Bruno Iniesta?

—Sí, soy yo.

—Le llamo desde el Hospital Doce de Octubre de Madrid para informarle sobre el estado de Adela Gutiérrez. Después de haberle practicado una irrigación gástrica, la paciente se encuentra en estado de coma. Está ingresada en la UCI.

—¿Puedo hablar con el doctor que la trata?

—Lo siento, pero no puede ser, ahora mismo está en el quirófano. Si viene al hospital, los doctores que la están atendiendo le darán el parte, recuerde que las visitas a la UCI son

restringidas, a las doce de la mañana y a las seis de la tarde.

—Pero yo no estoy en Madrid y necesito saber si han avisado a sus familiares, si ha ido alguien.

—Lo siento, pero ningún familiar se ha presentado como tal.

—Gracias por todo, veré cómo puedo arreglarlo.

En cuanto colgó el teléfono, llamó al psiquiátrico, no podía ser que Adela estuviera sola en el mundo si él no acudía. Necesitaba saber por qué no habían avisado a sus hermanos y no estaban a su lado.

—Sanatorio mental Virgen del Carmen, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy Bruno Iniesta, el exmarido de Adela Gutiérrez, ¿podría hablar con el doctor Ibáñez?

—Le paso, espere un momento, señor Iniesta.

Apenas le dio tiempo a escuchar las indicaciones que una máquina le daba a través del teléfono, cuando el doctor irrumpió rompiendo la monótona voz anterior.

—Señor Iniesta.

—Doctor, ¿qué ha pasado con Adela? Me han llamado del Doce de Octubre, pero únicamente me dicen que está en la UCI en coma. ¿Puede decirme qué sucede?

—Cuando llegamos a su casa tuvimos que llamar a los bomberos, que tiraron la puerta abajo. Había tomado un número indefinido de pastillas, había dos frascos tirados en el suelo y no sabemos la cantidad exacta que ingirió. Además, las tomó mezcladas con alcohol, tampoco podemos saber la cantidad. Había masticado algunas, suponemos que las primeras que tomó. Ahora hay que esperar para ver cómo evoluciona y si hay lesiones.

—¿Han avisado a su familia?

—No hemos podido dar con ellos, en el teléfono que nos dio no responden.

—¿Qué le puede suceder?

—Esperemos que en unos días esté bien, pero no podemos saber todavía el alcance de posibles daños en el cerebro. Es pronto, debemos esperar al menos cuarenta y ocho horas.

—Haré lo posible por estar allí.

Bruno se pasó la mano por el pelo echándolo hacia atrás a la vez que suspiraba con los ojos cerrados y lleno de angustia. Lo que tanto temía finalmente había sucedido y podía ser que, en aquella ocasión, Adela hubiera dado en el blanco. ¿Cómo no había visto que no estaba bien? ¿Cómo no supo distinguir que su curación era un simple espejismo? En esos momentos lo veía con mucha claridad, tendría que haber permanecido más tiempo en el psiquiátrico. Se le presentaba un dilema y no sabía cómo solucionarlo; ¿seguía con su vida como si nada o iba a Madrid? Ya no era su mujer, aunque hacía años que dejó de serlo, entonces era un hecho consumado. En cambio, su verdadera mujer estaba a escasos metros de él con un monumental cabreo. Pero saber que estaba sola le llenaba de remordimientos.

Claro que, si se marchaba con una situación tan delicada, no sabía cómo reaccionaría Maca. Ella era una mujer muy cabal y en cualquier otro momento sabría perfectamente cómo lo haría, pero en esos dudaba. Sin embargo, por otro lado, él se conocía y, si el estado de Adela finalmente desembocaba en un trágico final, el remordimiento le perseguiría durante el resto de su vida.

Su balanza interna no sabía hacia dónde decantarse, era como si tuviera un pequeño demonio y un angelito, y cada uno de ellos intentara convencerlo de una postura diferente.

Maca apareció en el salón vestida con la cómoda ropa que llevaba de estar por casa y secándose el pelo con una toalla. Al ver su expresión atormentada y muy lejana de aquella habitación, Maca todavía se enfadó más de lo que estaba, ¿qué estaba pensando? ¿Si se quedaba con ella o volvía con su mujer? Por mucho que se hiciera la valiente, no podía aguantar ni un

segundo más aquella situación así que fue directamente hacía Bruno y, poniéndose frente a él, tomó la decisión en su lugar.

—Ya te puedes marchar —le recriminó con voz dura, tras la cual escondía toda la desilusión y dolor que sentía.

—¿Qué estás diciendo? —La miró lleno de extrañeza.

—Lo que oyes, es lo que estás deseando; marcharte.

—Eso no es cierto, Maca. Ni siquiera me has dejado contarte cómo está la situación.

—¿Y crees que eso cambia las cosas? Te marcharás y, cuando estés con ella, me llamarás para decirme que no podemos seguir juntos. No te molestes en explicarme nada, que me conozco la historia de memoria.

—¿De dónde has sacado esa idea? Nada más lejos de la realidad. Adela ha intentado suicidarse. Me han llamado del hospital Doce de Octubre para decirme que está en la UCI. No saben si esta vez saldrá adelante.

Maca, después de haber hablado con ella, escuchar todo lo que le había dicho y, sobre todo, cómo lo había dicho; dudaba de que estuviera tan grave como Bruno creía. Adela era tan malvada que la creía capaz de urdir cualquier plan con tal de salirse con la suya y seguir reteniendo a Bruno a su lado. En la única ocasión que habló con ella, le dejó muy claro que, cuando ella quisiera, Bruno volvería. Viéndolo tan nervioso y preocupado, sabía que lo que le había dicho aquella malvada mujer era verdad. Estaba claro que sabía cómo conseguir que su exmarido volviera a ella como un manso corderito.

A Maca la sangre le hervía por dentro y la alteraba más de lo que ya estaba. Por eso su contestación fue dura y con cierta nota de sorna.

—¿Estás seguro de eso?

—¿No te acabo de decir que está en la UCI?

—¡Ya! ¿Y en cuántas ocasiones ha estado?

—¡No me puedo creer que seas tan insensible! Nunca pensé que pudieras reaccionar así ante un drama de esta naturaleza.

—¿Estás seguro de que lo que me dices es así? Yo he hablado con ella y te aseguro que sabe cómo hacerte volver. Pero no tengas miedo de que le pase algo, tiene los riesgos bien calculados.

—¡No tienes ni idea! Me asusta solo escucharte hablar.

—Tú sí que no tienes ni idea, te ha manipulado durante muchos años y ni siquiera has sido consciente de ello. A pesar de estar divorciados, te vuelve a tener donde ella quería y de donde nunca has salido; a sus pies.

—Maca, me estás decepcionando, eres tan cruel que no te reconozco.

—Y tú, un iluso, pero ya te darás cuenta. Incluso tengo una corazonada de cómo irá todo: estará en la UCI el tiempo justo para que tú vuelvas a Madrid con un fuerte sentimiento de culpabilidad. En cuanto llegues la pasarán a planta y te chantajeará emocionalmente para que no te vayas de su lado. Después conseguirá que me llames por teléfono para decirme lo de siempre. Es la forma en la que ha actuado estos años.

—No tiene sentido. ¿También ha engañado a los médicos?

—A quien haga falta.

—¡Mira que eres retorcida! No te das cuenta de que está en la UCI y uno no entra allí cuando quiere.

—No sé cómo lo hace, pero lo hace; ella misma me lo dijo.

—¡Has sido tú la que la has alterado!

—¡Alto el carro! Que yo solo hablé con ella una vez y fue a las dos semanas de tú estar aquí.

Hace meses que no sé nada de ella.

—¡Claro, le colgabas cuando ella solo necesitaba hablar!

—¡Pues que llame al teléfono de la esperanza y no a casa! Además, jamás le colgué, no volvió a llamar.

—Eso no es lo que ella dice.

—Pero es lo que digo yo y no tengo ningún interés en convencerte. Nunca he sido una mentirosa, así que intenta no ofenderme porque no voy a perdonarte.

La habitación se quedó en silencio, cuanto más hablaba más alteraba a Maca y él tenía que ir a Madrid, pero quería que ella lo entendiera, que fuera comprensiva, en una palabra; que se lo pusiera fácil, pero no estaba resultando así. Si seguía en esa línea iba a salir muy malparado, lo estaba viendo claro, así que volvió a hacer un nuevo intento.

—Si me dices que no le colgaste, te creo, no tengo razones para dudar de ti y muchas para hacerlo de Adela, pero, compréndeme, han sido muchos meses escuchando a Adela y sus continuos reproches han hecho mella en mí.

—¿Y no se te ocurrió en algún momento que lo mejor hubiera sido contarme todo desde el principio?

—Si no te lo has tomado bien ahora, imagínate cómo hubiera sido al principio —se defendió Bruno conteniéndose a duras penas.

—¿De qué principio exactamente estás hablando? ¿De cuando estábamos haciendo un reportaje y después de hablar con ella corrías a su lado abandonándome? ¿De esos momentos? Comprenderás que siga sin tomarme bien cualquier injerencia de Adela en nuestras vidas.

—¿No vas a olvidarlo nunca? Siempre se van a interponer esos momentos entre nosotros, en cualquier discusión aparecerán. Nunca dejarás de echármelo en cara.

Maca reconoció el dolor en la voz de Bruno y se arrepintió. Era verdad lo que decía, debería olvidarse de aquello, formaba parte del pasado. Desde que estaban juntos, hacía cinco meses, a pesar de todas las llamadas de Adela, no había vuelto a su lado ni una sola vez y no tenía motivos para decir lo que había dicho. Y, como no era orgullosa, no le costó nada rectificar.

—Lo siento, no debí recordarlo, pero todavía me duele y no lo puedo evitar.

Bruno aprovechó ese único momento de aparente debilidad para actuar.

—¿No confías en mí? —preguntó muy dolido.

—¿Me das motivos para hacerlo? —Que metiera la pata en algo no quería decir que lo disculpara todo—. Durante estos meses me has engañado todos los días.

—¿No puedes entender que, aunque no esté con ella, me siento responsable de lo que le pase? Pues eso es simplemente lo que sucede. Tú eres mi vida y a lo que más quiero, pero no puedo dejar de sentirme responsable de Adela.

—Y lo entiendo, lo que no logro entender es por qué me engañas.

—¿De verdad lo quieres saber? Todo es por miedo a tu abandono, nada más.

—¿No tiene familia para que esté a su lado? Tú ya no formas parte de ella.

—Pero ¿cómo puedes ser tan cruel?

—¿Cuántas veces ha estado Adela en la UCI? Cada vez que ha intentado suicidarse, ¿me equivoco?

—Sé lo que piensas, pero esta vez es diferente.

Maca ya no quería seguir hablando, Bruno no iba a cambiar de parecer, nunca lo hacía. Siempre sucedía lo mismo, se ilusionaba, y después él volvía con su exmujer. Esa vez era más duro, estaba convencida de que se iba a quedar junto a ella, que todas las promesas se iban a cumplir. Pero volvía a comprobar que no era así.

—Maca, por favor, escúchame. Nada cambia entre nosotros. Es su vida la que cambiará, pero, hasta que ese asunto se arregle, sigue siendo mi responsabilidad, después nada nos separará.

—No te engañes, ella siempre se interpondrá entre nosotros. Ahora lo he comprendido. —La decepción estaba en su voz y en el brillo de sus ojos, señal inequívoca de un exceso de agua.

Bruno sabía que no era verdad, nunca más sería así, pero ¿cómo la convencía? Pensó que no había nada mejor para hacerlo que los hechos, se lo demostraría, dos o tres días serían suficientes.

—Estás equivocada. Jamás volvería con Adela, pero en el hospital tienen mis datos y me han llamado a mí. Entiéndelo, por favor.

Ella lo entendía, pero estaba segura de que, si sus temores se cumplían y se iba a Madrid, de una manera o de otra ella le convencería, siempre era así. Por eso no dijo nada más, era inútil seguir hablando cuando conocía el desenlace. Lo poco que quedaba de su orgullo le impedía rogar a Bruno que se quedara, que esa vez la eligiera a ella. Por lo que no lo iba a hacer.

—Lo entiendo —mintió más para convencerse a sí misma que a Bruno—. No tienes que darme más explicaciones, no las quiero, de verdad. Es una parte de tu vida de la que no quiero saber nada, porque yo he hablado con ella y nada de lo que te ha contado es verdad, todo lo contrario, me soltó cosas horribles y lo más doloroso de todo es que cada palabra que me dijo entonces era verdad, se están cumpliendo. Me recalcó que volverías cuando ella así lo decidiera y, como comprenderás, no puedo pensar bien de una persona tan calculadora por mucho que esté en la UCI, lo siento, pero ese hecho no me impresiona en absoluto. Ahora me voy, que he quedado con Julia —volvió a inventar intentando huir por la vía más rápida.

—¡Pero tenemos que hablar! —exclamó Bruno siguiéndola al dormitorio.

Maca iba a toda velocidad. Sacaba la ropa y se vestía sin mirar cómo lo hacía, únicamente le importaba salir de allí lo antes posible. Cuando llegaba a la puerta de la calle, solamente lo miró unos segundos mientras cogía su bolso para decirle:

—No tenemos nada de qué hablar, Bruno, tenemos el tema muy trillado. Toma tu decisión y ya está. Me voy, que a Julia no le gusta esperar.

Dicho eso, salió disparada al rellano cerrando la puerta tras de sí. Ni siquiera esperó al ascensor, por si Bruno salía, bajó las escaleras casi de dos en dos. Corrió hasta su coche con las llaves en la mano como si le persiguieran. Entró y cerró los seguros, si venía tras ella no quería hablar más, estaba cansada de hacerlo.

Capítulo 20

Puso el coche en marcha y miró por el retrovisor, dos sensaciones aparecieron al momento; una de alivio al no ver a Bruno acercarse y otra de decepción, sacudían su corazón, ni siquiera gastaba energía en correr tras ella para convencerla y eso dolía.

Llamó a Julia, no había quedado con ella, pero la necesitaba.

—Hola, Maca.

—¿Qué haces ahora mismo?

—¿Yo? Estoy en casa con Dolores y Derek. ¿Dónde quieres que esté?

—¿Puedo ir a tu casa?

—¡Claro! —La bombilla se le encendió—. ¿Qué pasa? ¿Algo grave? ¿Estás bien?

—¿Podemos hablar cuando llegue? Tengo que centrarme en el tráfico, que es muy intenso y los nervios están a flor de piel, si te empiezo a hablar seguro que me estampo.

—Aquí te espero, y ve con cuidado, te quiero de una sola pieza.

Maca se centró en el tráfico de la Ronda. La cabeza volaba sin darse cuenta despistándose, así que puso remedio rápidamente y, con un simple toque, la música apareció para remediarlo. Fue pasando las canciones hasta que encontró lo que buscaba, nada como Rammstein para situaciones así. Subió el volumen y a su modo, en un alemán que daba pena escuchar, empezó a cantar para apartar a Bruno de su mente.

Llegó ante la puerta de la enorme casa de Julia y Diego. Llamó al timbre y desde el telefonillo la melosa voz de Dolores, balanceando las palabras al hablar, preguntó quién era.

—Dolores, ábrame, soy Maca.

La enorme puerta de hierro se abrió dejando el camino libre a su pequeño utilitario. Paró su coche tras el de Julia, menos modesto que el suyo, y fue hasta la entrada principal donde le esperaba su amiga expectante.

—Espera a que llegue, me calme y después contesto a tu interrogatorio —suplicó Maca con la mirada antes de que empezara a bombardearle a preguntas. Dame una cerveza, anda.

De forma ordenada, Julia hizo lo que su amiga le pedía y, cuando las dos mantenían una fría cerveza en la mano, Julia no pudo esperar por más tiempo.

—¿Qué pasa? —dijo mirándola de forma inquisitoria.

—¿Y qué quieres que pase? Lo de siempre, pero esta vez mis sospechas han dejado de ser tales para convertirse en una realidad.

—Expíciate mejor —comentó con impaciencia. A Julia tampoco le gustaban los juegos de palabras, necesitaba claridad.

—¿Qué te he dicho yo siempre? Que sospechaba que Bruno me ocultaba algo, demasiada preocupación por cuatro bobadas. Pues bien, hoy, ¡por fin!, he descubierto que mis sospechas eran totalmente fundadas, que Adela, su exmujer o mujer, porque ya no estoy segura de nada, está por medio.

—¿Qué dices? No puede ser. A mí me juró y me perjuró que su mujer quedaba en el pasado y que únicamente, y debido a su salud, tenía contacto con ella.

—Pues su mujer no piensa lo mismo y, por lo que veo, él tampoco.

—A ver, no te alteres y cuéntamelo todo, deja que yo juzgue.

Eso fue lo que hizo Maca, contarle todo con pelos y señales y, además, poner al tanto a su

amiga fue un gran desahogo para ella. Pero no cambió de opinión, para Maca, Bruno elegía de nuevo a su mujer dijera lo que dijera.

Cuando terminó de contar el doloroso episodio, Julia la miró con ciertas reservas. Maca, que la conocía muy bien, reconoció algo raro en su expresión.

—¿Qué significa esa mirada? —le interrogó levantando las cejas y entrecerrando los ojos.

—Sencillamente que no lo veo tan claro como tú.

—Ah, ¿no? Pues ¡ilumíname, por favor! Por muchas vueltas que le doy solo veo engaño y más engaño desde el primer momento. No entiendo...

—¿Me dejas que te explique mi punto de vista? —le cortó Julia sin dejar que acabara de hablar. Maca había puesto la directa y o la cortaba o sería imposible meter baza. Así que, sin esperar su aprobación, siguió hablando—. Yo no veo tan claro como tú que la elija a ella.

—¿Y por dónde lo estás mirando?, si se puede saber. Ilústrame, por favor —contesto con un tono burlesco.

—¡Por el mismo que tú, lista! Te has obcecado y no ves nada más que lo que TÚ quieres ver. Está contigo, cabezona, pero quieras reconocerlo o no, su exmujer, ahora mismo, está en la UCI, y es normal que se preocupe. Si la hubiera elegido a ella, como tú dices que ha hecho, en todos estos meses, los viajes a Madrid hubieran sido continuos, en cambio, no ha ido ni una sola vez.

—Ya, pero él se hubiera ido, lo sé.

—¿Y quién le impide hacerlo? Es libre para irse y para quedarse, como lo era antes. Años atrás elegía quedarse con su mujer, bien por responsabilidad, debido al chantaje emocional o porque sus creencias y moral le impedían estar contigo. No importa la causa, entonces sí que la elegía a ella, pero, por mucho que te empeñes, ya no es así.

—Pero —intervino intentando de nuevo convencer a Julia, esa vez sin rotundidad— siempre está pendiente de ella.

—Tiene un vínculo con ella y no de amor, precisamente. Se siente obligado a velar por su salud, es una mujer enferma.

—Ya, tú también crees esa patraña de mujer enferma y no es así, simplemente es mala.

—Maca, no te cierres en banda. Durante muchos meses ha estado en un psiquiátrico, por mucho que Bruno lo disfrace de clínica de reposo. No puede engañar a todo un equipo de médicos.

—Algo tendrá, pero te aseguro que tiene más malicia que locura.

—Ya no me quedan argumentos para convencerte —añadió Julia totalmente frustrada.

—Nada, porque una cosa es escucharlo y otra muy diferente vivirlo. Me duele su engaño.

—Pero su engaño ha sido para evitarte este dolor. Él sabe cuánto te hace sufrir la simple mención de su nombre. Y con esto no quiero justificarlo, está mal hecho. Pero su motivación era evitar la reacción que estás teniendo.

—Ya, las medias mentiras o las mentiras piadosas hacen el mismo daño. Tienen un único significado, falta de confianza. Y yo, en lo referente a Adela, no quiero mentiras de ninguna clase. He vivido muchos años con esa amenaza, esa mentira piadosa de «me voy a hablar con ella y en dos días estoy a tu lado», y llamarme a los dos días para decirme que se quedaba con ella, que lo nuestro era una equivocación. ¡Se acabaron esos embustes! No voy a creer ni uno más.

—¡Uffffffff! Creo que te equivocas. ¡No te ha nombrado nada de ir! Simplemente te ha dicho lo que pasaba y que Adela está en la UCI, todo lo demás, al menos por ahora, son conjeturas.

—¡Claro, él tiene mucha labia para convencer!

—Maca, creo que tanto viaje a Zaragoza te ha vuelto muy tozuda.

La conversación quedó ahí. Ahora que volvía a casa se sentía más liviana, más ligera, con menos nervio, aunque seguía pensando lo mismo. Esa tranquilidad de Maca contrastaba con los

nervios de Bruno.

Capítulo 21

Bruno había tomado una decisión, totalmente contraria a lo que de verdad quería hacer, y su temor era palpable a simple vista. Conocía cómo pensaba Maca y, aunque no podía culparla porque durante mucho tiempo esa había sido su forma de actuar, en esa ocasión no había nada más lejos de la realidad. Pero el miedo a su reacción al conocer la decisión que había tomado —la de marcharse a Madrid y arreglar, de una vez por todas, su situación con Adela— lo tenía en vilo.

Por eso en cuanto la vio entrar no pudo evitar que un estremecimiento producido por el temor recorriera todo su cuerpo, la reacción de Maca ante su anuncio podía ser imprevisible.

En cambio, ella llegaba mucho más serena, hablar con su amiga la había tranquilizado mucho.

No quería alargar por más tiempo el agónico momento que estaba viviendo y, sin más preámbulos, lo soltó de una sola vez.

—Dentro de dos horas sale mi vuelo a Madrid.

—Cuánta prisa esta vez. Me parece estupendo. Pues, ale, ya puedes salir, que no llegarás a tiempo. —Sin añadir nada más, se dirigió a su habitación. Iba totalmente erguida, aunque se estaba desmoronando por dentro. ¡Lo volvía a hacer!

Bruno no sabía cómo actuar, allí parado en medio del salón la miraba mientras ella desaparecía tras la puerta del dormitorio. Dudó de si quedarse donde estaba o ir tras ella. Al final se acercó a la habitación en silencio y, apoyado en el marco, la miró con ansiedad.

—Maca, volveré antes de lo que esperas. Solo arreglaré su situación y regresaré a tu lado.

—¡Claro!

No dijo nada más y siguió mirando por la ventana, sabiendo que era observada desde la puerta. En aquellos momentos, delante de ella, no tenía huevos para decirle lo que de verdad iba a hacer en cuanto llegara junto a aquella víbora. Pero ella lo sabía, lo había hecho en muchas ocasiones, de ahí su tono de sorna. No lo podía creer.

—Adela no volverá a interponerse entre nosotros nunca más.

—¡Claro que sí! Lo que tú digas.

Bruno supo que no iba a cambiar de parecer por mucho que lo intentara. Aquella expresión le decía con claridad que Maca no creía ni una palabra y que el pasado se repetía.

No podía entretenerse en un último intento de convencerla que no llevaría a ninguna parte, así que prefirió dejarlo de esa manera, dentro de pocos días, cuando volviera a su lado para siempre, se daría cuenta de su error. Se acercó a ella y la rodeó con sus brazos acercando su espalda a él. Maca cerró los ojos con fuerza sin decir ni hacer nada, solamente acumulando dentro de ella esa sensación que estaba a punto de perder. Bruno la besó dulcemente en lo alto de la cabeza mientras el negro cabello acariciaba sus labios.

—Te quiero, Maca, desde el primer día en que te vi empecé a quererte y lo haré hasta el final de mi vida.

Maca guardó silencio. ¡Ojalá fuera verdad lo que escuchaba! Pero su experiencia le decía que esas promesas durarían lo que duraba el viaje. No dijo nada y durante unos segundos se mantuvieron así, juntos, sintiendo sus aceleradas respiraciones y sus fuertes latidos. Era una despedida con diferente significado para cada uno de ellos; mientras para él solo era una breve separación, de una semana como máximo, para Maca era un adiós definitivo.

Fuera como fuese, ocurrió en silencio, Bruno dejó caer sus manos, y ambos temblaron al sentir

el vacío, el frío que producía la distancia de sus cuerpos. Él salió de la habitación, parándose para volver la vista y contemplar a Maca por última vez antes de salir camino del aeropuerto.

Ella se quedó quieta, oteando el horizonte y no supo en qué momento este empezó a verse poco a poco borroso. Cerró los ojos apretándolos fuertemente y unas lágrimas se precipitaron por sus mejillas. Minutos después, vio la figura de Bruno perderse por la avenida más cercana, Rosa Sensat, y fue en ese momento cuando, desde su garganta, un sollozo estrangulado, que hubiera puesto los pelos de punta a cualquiera que la escuchara, salió para liberar el dolor que le estaba oprimiendo por dentro. Pero nadie podía escucharlo, estaba sola y únicamente las cuatro paredes de aquella habitación eran testigos de aquel lacerante dolor que sentía dentro de sus entrañas, mientras su corazón se rompía en mil pedazos.

Los desgarradores sollozos dieron paso a un desconsolado llanto. Maca se arrodilló encogiéndose en un desesperado intento por mitigar su profundo dolor. Le costaba coger aire, si en alguna ocasión había pensado en cómo sería morir, sin duda tenía que ser algo como lo que estaba sintiendo.

¿Cómo había llegado a creer que esa vez sería diferente? ¿Cómo podía haber sido tan confiada? Volvía a sufrir por Bruno, como tantas veces lo había hecho, pero, en esa ocasión, era la peor de todas.

No sabía el tiempo que había transcurrido desde que Bruno salió de casa, ni la cantidad de lágrimas vertidas durante todo ese tiempo, tan solo sintió un intenso frío que la hacía temblar. Todo su cuerpo convulsionaba con repetidas sacudidas. Se levantó del suelo y fue hasta el sofá como una autómatas. Se acurrucó en una esquina y se echó la suave manta que tenía doblada por encima. Su mirada perdida en un punto indefinido y, sin voluntad para nada, cerró los ojos y deseó dormir hasta..., ¿cuándo remitiría aquel dolor? Hasta que el abandono de Bruno no le hiciera daño.

Bruno llegó al aeropuerto con mucha antelación, pero, viendo la agonía de Maca y al ser incapaz de convencerla, pensó que lo mejor era distanciarse cuanto antes. Estaba preocupado por ella, a pesar de los esfuerzos que había hecho por mantener su entereza. Bruno la conocía bien y sabía de su dolor; lo pudo sentir y palpar en su abrazo y en su último silencio. Tenía que hacer algo para tranquilizarla, no podía dejarla con aquella agonía hasta su vuelta.

—¿Julia?

—¡Pues claro que soy Julia! ¡No me digas que también quieres quedar conmigo hoy!

—Escúchame, me voy a Madrid...

—¡Serás hijo de puta! —le cortó ella hecha una fiera—. Esta tarde estaba convenciendo a Maca de que eso no iba a suceder, de que no la ibas a abandonar nunca más y no tardas ni una hora en hacerlo. ¡Eres un cabrón y un desgraciado, y me arrepiento de haberte echado un cable! Te juro que si te pillo en estos momentos te...

Los nervios de Julia dejaron un silencio de unas milésimas de segundo que Bruno aprovechó.

—¡Dios mío! ¿Cómo podría convencerlos a las dos? Solamente voy porque el hospital me ha llamado, Adela está en la UCI, y me siento obligado a hacerlo. Me da igual lo que piense todo el mundo, amo a Maca y jamás volveré a dejarla, pero debo arreglar este asunto de una vez por todas porque soy el responsable de Adela. Después de lo que ha hecho, sigue sin estar bien, y debo dejarla ingresada hasta su total recuperación o hasta que los facultativos crean.

—¡Ya! Como me ha repetido Maca, eso es lo que siempre le has dicho para convencerla y, cuando estés con Adela, la llamarás para abandonarla. ¿Es eso lo que piensas hacer? Porque te juro que esta vez te saldrá muy caro.

—Pase lo que pase, en cuanto arregle, de la mejor manera posible, la situación de Adela,

volveré junto a Maca y jamás me volveré a alejar de su lado, ¡te lo juro por lo que más quiero! Pero, entiéndeme, no puedo actuar de otra manera, el remordimiento no me dejaría ser feliz jamás.

Julia guardó silencio, no sabía por qué razón, pero creía lo que Bruno le estaba diciendo. Meditó durante unos instantes.

—Date prisa en arreglarlo todo porque, si antes de quince días no estás de vuelta, te juro que te arrepentirás.

—No necesitaré los quince días, te lo aseguré —recalcó Bruno con nueva esperanza—. Voy a volar con los trámites, ¡te lo juro!

—¡Más te vale! Ahora voy a ocuparme de Maca.

—Cuidala por mí y dile que la amo más que a mi vida.

—Se lo diré, pero no sé si querrá escucharme.

—¡Inténtalo!

Bruno quiso llamar a Maca, pero todos los propósitos fueron inútiles; ella no contestaba. Cuando ya estaba en el avión, antes de despegar, le escribió un mensaje, simple y conciso, pero que encerraba todos sus sentimientos.

«No sé cómo hacer para que comprendas todo lo que significas para mí. Sé lo que es vivir contigo y, por desgracia, lo que es vivir sin ti y te juro por mi vida que ya no la concibo lejos de ti. Solo puedo decirte una y mil veces que te amo como jamás llegaré a amar a nadie más».

Lo envió y esperó la reacción de Maca, pero esta no lo leía.

Suspiró y cerró los ojos mientras el avión despegaba. Tenía una fuerte opresión en el pecho y no era por el vuelo en sí, sino por esa separación. Bruno se removió inquieto en su asiento y su mente era como un tiovivo. ¿Y si se equivocaba? ¿Y si perdía definitivamente a Maca?

Un sudor frío recorrió todo su cuerpo y temblando, a pesar de no ser creyente, se dijo en voz baja:

—¡Dios mío, ayúdame!

Capítulo 22

Sumida en la inconsciencia, y como si de un sueño lejano se tratara, un sonido familiar, un tono musical que escuchaba muchas veces al día, llegó hasta ella. Se centró un poco más para descubrir que era una de sus canciones preferidas, *Hair of the dog*, de Nazareth, el nuevo tono de su teléfono. Perezosamente, alargó la mano y, cuando vio la foto de Julia, no dudó en contestar. Sin mediar un saludo, no pudo evitar comenzar la conversación con su amiga de una forma extraña, como si siguieran con una charla pendiente, cortada unos segundos antes.

—¿Te lo dije! ¿Te acuerdas? No ha tardado ni una tarde en pensarlo.

—Esta vez no es como las anteriores.

—¿Seguro? Tú no has vivido ninguna de ellas, y a mí me ha recordado a todas. He sido una imbécil por creerle.

—¿No le vas a dar ni un tiempo de duda? ¿Y si esta vez no es así? Solamente tienes que esperar como mucho una semana, sino es así toma la decisión que quieras, pero no te precipites. Mi sexto sentido me dice que esta vez te equivocas.

—Te puedo asegurar que no se diferencia de ninguna de las veces anteriores. Dejé mi corazón sin protección y me lo ha vuelto a destrozar —exclamó con un llanto desgarrador—. No debí confiar en él.

—Maca, escúchame. Me visto y voy contigo.

—No, Julia, estoy acostumbrada a curarme sola y en momentos así prefiero la soledad. No te preocupes, que no voy a hacer ninguna locura.

—Ya lo sé, somos más duras que el Alcoyano, era para hacerte compañía.

—No es necesario. Mañana estaré bien, no te preocupes, he pasado por este proceso en más ocasiones de las que piensas.

—Si me necesitas, llámame.

—No lo dudes.

Maca colgó y pudo ver todas las llamadas de Bruno, eso sí que era nuevo, una vez que se iba, no volvía a saber de él hasta su destino. También vio su mensaje y la curiosidad pudo con ella, lo leyó y, mientras lo hacía, sus ojos se anegaban de nuevo de lágrimas.

—¿Por qué me haces esto? ¿No te vale con abandonarme, que tienes que seguir martirizándome desde la distancia? —se lamentaba en voz alta, llorando de una manera desgarradora.

En algún momento, las lágrimas cesaron y ella se rindió al sueño. La jornada laboral no entendía de corazones rotos y, a las ocho en punto, el despertador sonó sin piedad y sin tener en cuenta que había tenido una noche difícil.

El aspecto de Maca al mirarse al espejo era lamentable, no sabía si una larga ducha podría arreglarlo. Hizo lo posible y dejó el resto para un café bien cargado. Se vistió y dejó el punto final para sus enormes gafas de sol.

Al llegar a la agencia, se sumergió de lleno en su trabajo, intentando así darle a su mente un respiro. Su drama quedaba aparcado y un mundo lleno de graves conflictos se abría ante ella. Llegaban unos reporteros franceses de cubrir un reportaje en Somalia, en la ciudad de Mogadiscio, donde no cesaban los enfrentamientos entre los señores de la guerra; Al Shabab (el Al Qaeda somalí) y el ejército gubernamental. Estaban haciendo un reportaje para una conocida cadena de televisión sobre el continuo sufrimiento de la población en Mogadiscio.

Climent y André eran los dos reporteros franceses que llegaban a Barcelona debido a un pequeño problema. Maca había coincidido con los dos en diversos reportajes. André, cuando ella lo conoció, era cámara en un famoso periódico francés, pero, desde hacía un tiempo, trabajaba en la misma agencia que ella. Climent, sin embargo, era un alma libre, nunca se casaba con nadie, tan pronto colaboraba para un medio escrito, como para una televisión.

En cuanto se enteró de que sus antiguos colegas estaban en el edificio, fue en su busca. Los saludó con gran cariño y complicidad, habían coincidido en diferentes conflictos y compartiendo malos momentos. Se retiró un poco observando a Climent.

—¿Qué ha sucedido? —preguntó curiosa al ver su aspecto.

—Esto no es nada para como estuve hace cuatro días. Quisimos entrar en el campo de refugiados que se extiende a las afueras de la ciudad y nos vimos envueltos en un tumulto. Recibí un tiro en el brazo, de nuestros propios escoltas. La culpa fue mía, no debí interponerme.

—El bestia quería seguir a pesar de tener el brazo en cabestrillo. Me he visto obligado a volver con él, solo no lo hubiera hecho.

—Podía haber seguido, ahora tienes que buscar a otro compañero y volver. Podría haberlo hecho con un poco de ayuda.

—¿Cuándo tienes que volver? —se interesó Maca. Una bombilla se estaba encendiendo en su maquiavélico cerebro.

—En cuanto descanse un poco. Nos esperan los escoltas y, además, tenemos diferentes entrevistas ya concertadas, esta gente no se toman muy bien que los dejen plantados.

—¿Te valgo yo como compañera? —dijo de pronto y sin pensar.

—¿¡Tú, Maca!?! —preguntó André asombrado.

Ella, al ver su cara observándola con tanta fijación como si de repente le hubiera aparecido un cuerno de unicornio o se hubiera teñido de verde, añadió:

—¿No te fias de mí? ¿Crees que te pondría en peligro? Te recuerdo que llevo años de reportera.

—Pensé que habías dejado los ruedos para siempre. Simplemente eso.

—Pues ya ves que no.

Levantó las manos en señal de disculpa ante la rotundidad de Maca.

—Yo no tengo ningún problema en terminar el reportaje contigo, pero ¿qué dirá el jefe?

—Enseguida lo sabremos.

Maca se dio la vuelta y como un huracán salió hacia el despacho del director. Durante una media hora larga hablaron, bracearon, suspiraron en muchas ocasiones, se llevaron las manos a la cabeza y al final un apretón de manos les dio a entender a sus compañeros, que la esperaban detrás de la cristalera, que había conseguido su propósito; se iba con André a Somalia.

Cuando salió del despacho, abrazó a André y le dijo:

—Pasa al despacho. ¡Me voy a Somalia! Pero antes quiere hablar contigo.

—¡Estás como una puta cabra! —exclamó André.

Maca le guiñó un ojo y fue a su mesa para recoger sus cosas.

Volvía al trabajo de campo y, sobre todo, esa era la mejor manera de olvidar a Bruno. Tuvo suerte de que Julia hubiera pedido una semana de fiesta porque no pensaba decir nada a nadie hasta que no estuviera montada en el avión rumbo a Mogadiscio.

Cuando André salió del despacho del director fue hacia Maca.

—Lo has convencido. Le he tenido que asegurar que cuidaré de ti. ¿Tenías pensado volver al trabajo de campo o es simplemente un poco de añoranza?

—Muchas veces lo echo de menos —mintió Maca— y esta es la ocasión perfecta de quitarme

el gusanillo.

—Pues no es un reportaje fácil para quitar el gusanillo, podrías haber elegido algo más sencillo.

—No te preocupes por mí, estoy acostumbrada al peligro, ya lo sabes, nos hemos encontrado en bastantes misiones difíciles, ¿lo has olvidado?

—Entonces, vámonos, tenemos un largo vuelo por delante. Prepárate, que salimos a las 17:55.

—¿Y llegamos?

—Uffffff, después de hacer escala en Dusseldorf y Abu-Dabi, llegaremos a Nairobi a las 13:05. Una vez allí, tenemos que esperar hasta las 5:00 para coger el avión de African Express que nos llevará a Mogadiscio —le dijo André leyendo la pequeña chuleta que su jefe le había dado con las reservas para ellos.

—Había olvidado lo que era viajar a estas zonas. Bueno, me voy a casa, preparo mi equipaje y nos vemos en el aeropuerto.

—Si te arrepientes, me avisas con tiempo.

—No va a suceder. Te espero en el aeropuerto.

Capítulo 23

La hora de ir al aeropuerto llegó volando. Cuando estaba subiendo al avión junto a André, sintió una punzada de culpabilidad, se marchaba sin despedirse de nadie. Sus tres amigas no se lo iban a perdonar jamás, y Julia se lo echaría en cara el resto de su vida. Igual había actuado de una forma precipitada, podía haber pedido un destino con tranquilidad, pero se le había presentado la oportunidad de pronto, como si el destino quisiera ponerle delante de sus narices una vía de escape.

No quiso darle más vueltas, cuando regresara ya las compensaría. La imagen de Bruno irrumpió en su mente y el punzante dolor volvió a encoger su roto corazón. Sin poder evitar esa reacción, unas lágrimas asomaron por el borde de aquellas enormes gafas de sol y rodaron lentamente por las mejillas. Bruno no se daría cuenta de su ausencia. Antes, cuando volvía junto a su mujer, se quedaba a su lado hasta un nuevo destino, pero ya no había destinos, no tenía por qué volver a Barcelona, no era su ciudad, no vivía allí, simplemente había cambiado su residencia por ella, pero en ese momento..., en ese momento ya no había nada.

Tecleó un mensaje para sus amigas. Nada de dramatismos, un mensaje desenfadado, aunque lo escribiera llorando.

«Hola, chicas. Estaba esta mañana en la agencia y ha venido André, ¿te acuerdas de él, Julia? Aquel que te tiraba los tejos, el francés, ¿ya? Bueno, pues se volvía a Somalia, ya que únicamente había venido para traer a su compañero herido. ¿Y sabéis qué? Me voy con él, en realidad, ya estoy en el avión y va a salir en breves momentos. No os preocupéis por mí, enseguida estoy de vuelta. Un beso y no os enfadéis mucho conmigo».

Esperó hasta que iban a despegar y debían apagar los móviles, así no tendría que leer los miles de mensajes que, entre las tres, sabía que le mandarían. Y, si tenía un poco de suerte, seguro que durante toda la misión no tendría ni teléfono. Lo que menos le apetecía era que le pusieran la cabeza como un bombo. Fuera acertado o no, había tomado la decisión y ya no había vuelta atrás y tampoco deseaba que nadie se lo dijera.

—¿Estás bien? —preguntó André ante el silencio de su nueva compañera de viaje.

—¡Claro! ¿Por qué iba a estar mal? —contestó volviéndose a él.

—A ver, Maca, que no diga nada no quiere decir que esté ciego. No has abierto la boca desde hace más de media hora, cuando habitualmente no callas ni debajo del agua. Llevas las gafas de sol y ya ha oscurecido y, además, tus mejillas están mojadas. Eso sin hablar de la prisa por salir de Barcelona. ¿Me equivoco?

—No te equivocas. La verdad es que no estoy en mi mejor momento. Tenía que dejar la ciudad.

—¿Y no sabes cogerte unos días de vacaciones como hace todo el mundo y viajar a alguna playa paradisíaca?

—No quiero vacaciones, necesito todo lo contrario, meterme de lleno en un complicado reportaje, eso es lo que necesito ahora.

—¡Vale, lo he entendido! ¿Bruno? —preguntó con timidez.

No podía engañarle, se conocían desde hacía mucho tiempo y su historia con Bruno la sabían todos.

—Más o menos. —Y no dijo nada más.

André, que era discreto, entendió perfectamente el mensaje y se acomodó en el asiento del avión, sacó sus auriculares, los conectó a su pequeño iPod y se relajó escuchando música. Maca se quitó las gafas de sol y siguió con su móvil, ni siquiera había mandado un mensaje a sus padres y hermanas, cosa que hizo con gran cantidad de detalles, no podía dejarlas sin que supieran todo lo que ella misma sabía respecto al reportaje que debía cubrir. Cuando le comunicó a su familia su intención de convertirse en reportera, ellos le pusieron como única condición estar informados desde el principio de la clase de reportaje, país y nivel de peligrosidad a los que se sometería en cada destino. En algunas ocasiones le costaba cumplir con su palabra, por evitarles una preocupación, como estaba sucediendo entonces, pero una promesa era una promesa.

Cuando terminó de comunicarles a todas las personas cercanas los planes de los siguientes días, se relajó en su asiento. Entonces cayó en la cuenta de que a todas las personas cercanas no les había contado sus nuevos planes; a Bruno no le había dicho ni una palabra.

Si Bruno se metía de nuevo en su mente, mal iba, quedaban muchas horas por delante y temía derrumbarse en pleno vuelo y no ser capaz de calmarse. Rápidamente dio con la solución.

—André, ¿ya estás durmiendo?

—Todavía no.

—¿Por qué no me pones al día?

—¿No has leído los informes?

—¡Venga ya! Me refiero a todas las cosas que no salen en los informes, esos pequeños detalles que nos quedamos para nosotros. ¿Tengo que decirte cuáles son?

—Los cotilleos.

—Eso, ¿quién más cubre la noticia?

—Están por los alrededores Phillip y su inseparable Samantha.

—¿Están liados?

—Yo creo que no, tienen una complicidad de camarería muy grande, pero no creo que llegue a relación amorosa.

—¿Se llevan tan bien! ¿Quién más ronda por ahí?

—Cuando llegamos al aeropuerto de Mogadiscio para tomar el vuelo a Barcelona, llegaban Lorenzo, Pedro y Carmen, aunqu ellos se dirigían al centro de alimentación de Baidoa.

—Está chunga la cosa, ¿verdad?

—No te voy a engañar porque en pocas horas lo verás por ti misma. No te mentí esta mañana cuando decidiste venir y no lo voy a hacer ahora. El peligro está en cualquier esquina, nos miran con recelo y contamos con pocos apoyos. Tenemos que ir con escolta y hacerles caso en todo. Es obligado llevar chaleco antibalas. Juzga por ti misma.

—Bueno, tendremos que ir con los ojos bien abiertos.

—Tú siempre pegada a los escoltas. No te expongas nunca por muy golosas que puedan ser las imágenes, recuerda que debemos salir vivos de allí, esa es nuestra principal misión. Dicho esto, te repito, puedes volver en cuanto lleguemos a la próxima escala, incluso si llegas hasta el final, no hace falta que salgas del aeropuerto de Mogadiscio, puedes tomar el avión de vuelta.

—Estoy contigo en este reportaje hasta el final.

—De acuerdo, duerme bien, que no sabemos cuándo volveremos a dormir con tranquilidad y en condiciones.

Los nervios estaban a flor de piel, siempre había sido así, en cada reportaje hasta que no llegaba al destino. Una vez que se encontraba en el lugar, la inquietud se acababa y aparecía el valor para seguir adelante, cuanto más peligrosa era la zona, más valor sacaba de su interior.

Sacó su iPod y, como minutos antes había hecho André, se colocó los diminutos auriculares y la

canción que apareció le hizo olvidar el reportaje, su peligro y todas las dificultades que entrañaba llevar a cabo ese viaje, pero reavivó como nada el adiós de Bruno. Era una canción en la que parecía que cantaban su vida, como si La Oreja de Van Gogh la hubiera compuesto mirando su triste existencia; *Rosas*. Era igual de patética que la protagonista de la canción, siempre esperando cualquier señal de Bruno para correr a su lado. Y únicamente podía mantenerse lejos de él cuando huía, como lo hizo unos meses atrás, abandonando Madrid para instalarse en Barcelona o ahora que se iba a Somalia. Aquella era la única manera de mantenerse lejos de Bruno.

Las lágrimas fluían ya sin control y no sabía si le inundaba la rabia por no verse capaz de resistirse a Bruno, y por eso huía, o de dolor y pena por la pérdida de su amor.

El mismo disgusto junto al estrés de todo el día y la inquietud ante lo desconocido hicieron que Maca cayera en un inquieto sueño durante el viaje.

Capítulo 24

Cuando Julia leyó el mensaje de Maca, se quedó sin poder reaccionar. La conocía muy bien y sabía que huía de nuevo y que, tuviera o no la culpa, el responsable de su fuga era, sin duda, Bruno. Todavía no había asimilado el mensaje de Maca, cuando los que mandaban el resto de las amigas se convirtieron en un continuo bombardeo, el móvil echaba humo. Tanto Andrea como Marina preguntaban sin cesar, gritaban y la frase de: «¿Es tonta o qué?» se repetía una y otra vez. Por supuesto, Maca no decía ni una palabra, y Julia solamente contestaba que no tenía ni idea.

Al final el teléfono sonó y Andrea estaba al otro lado de la línea.

—¿Se puede saber qué fiebre le ha dado a esa petarda para marcharse sin más? —preguntó Andrea sin saber si era Julia la que cogía el teléfono.

—Me he enterado a la vez que tú, ¡no tengo ni idea!

—Pero ¿sabes si ha pasado algo? Porque este plan no lo tenía.

—¿Dónde estáis ahora? —Quiso saber Julia. Andrea y Marina, además de amigas y cuñadas, trabajaban en el mismo periódico.

—En cinco minutos salimos de la oficina.

—Venid a casa, yo no puedo marcharme, Dolores se ha ido de viaje unos días y estoy con Derek. Avisad a Héctor y Álvaro, cenamos juntos, y os pongo al día de los acontecimientos.

Andrea habló con Marina y en una décima de segundo lo tenían decidido.

—Salimos para tu casa.

Ya no hablaron más, se pusieron en camino hacia Sant Cugat, donde vivían Julia y Diego, su hermano. En poco más de media hora, estaban las dos llamando el timbre de la calle. Julia abrió la puerta de hierro y el pequeño coche de Andrea entró como si le persiguieran.

—Ya puedes empezar a contar qué ha pasado aquí —exigió esta mientras caminaba hacia la puerta de entrada. Se agachó, cogió a su sobrino achuchándolo y provocando la nerviosa risa de Derek.

—Ayer por la tarde fue la última vez que la vi. Ya os dijo también a vosotras que, en el comportamiento de Bruno, por fin había salido la causa; Adela.

—Si todo eso lo estuvimos hablando, pero no nos dijo que se iba a ningún sitio —recalcó Andrea.

—Bueno, lo último que sé de ella fue que al volver a casa y después de intercambiar algunos mensajes con vosotras, me volvió a llamar para decirme que Bruno se iba a Madrid.

—¿¡Qué!?! —preguntaron al unísono Andrea y Marina a la vez.

—¡Dejadme terminar y no me interrumpáis! —Les contó la conversación que mantuvo con Bruno y la que, posteriormente, volvió a tener con Maca—. Y eso es lo último que sé. Si hubiera trabajado, ten por seguro que esa no se va a Somalia, ¡no se lo hubiera permitido! La hubiera tenido todo el día atada a la pata de la mesa, pero la lagarta ha aprovechado que tenía unos días de vacaciones —exclamó con los dientes apretados y muy cabreada.

—¿Qué vamos a hacer ahora? Todas sabemos la que se ha montado en el «Cuerno de África». Entre los piratas que están en la cárcel y culpan a los periodistas, las mafias que han crecido por el tráfico de armas y de personas, sobre todo en la zona norte en la región de Puntlandia y las eternas luchas entre los señores de la guerra, Al Shabab y el ejército gubernamental. ¡La zona es un polvorín! ¿Qué podemos hacer para sacarla de allí?

—Voy a llamar a José, él sabrá qué hacer —dijo preocupada.

Para Julia, José era un ser todopoderoso, siempre sabía qué hacer en los momentos de crisis y aquella, sin duda, era una crisis de cojones.

Después de hablar con él, todas se quedaron más tranquilas, más que nada porque iba a realizar unas llamadas y venía hacia su casa.

Dos horas después estaba todo el grupo reunido alrededor de una mesa. Además de José, también habían llegado Héctor, Álvaro y el anfitrión de la casa; Diego. Este no se inmutó al llegar y encontrarse la casa llena, ya estaba muy acostumbrado y también disfrutaba con sus amigos, sabiendo que, cuando todos se fueran, lo haría también con su alocada mujer.

La discusión echaba fuego, las conversaciones que José había mantenido con algunos compañeros que estaban, o acababan de llegar, en aquella zona no eran muy halagüeñas, más bien todo lo contrario. Era muy peligroso y así lo expuso, sin esconder nada.

—No podía haber elegido un momento peor para viajar allí, ¿cómo la habéis dejado? —preguntó impotente.

—¿¿¿Nosotras??? —protestaron las tres a la vez.

—Nos hemos enterado cuando hemos recibido el mensaje, y ya estaba en el avión. Ni siquiera hemos podido hablar con ella, nos mandó la bomba y apagó el móvil —se defendió Julia.

—¿Cómo le ha dado por hacer una locura así? —cuestionó Álvaro, cogiendo a Marina de la mano, como si tuviera miedo de que tomara la misma decisión que su amiga.

—Creemos que Bruno es la causa —contestó Andrea frunciendo el ceño.

—No creemos, sabemos. Maca ha vuelto a huir igual que hizo cuando se vino a vivir a Barcelona, solo que esta vez su destino ha sido Somalia.

—Bueno, tenemos que ponernos en contacto con ella, ¿se ha ido con André Hinault? Pues tenemos que hacernos con su teléfono, si Maca no contesta, lo hará él. Julia, llama a tu jefe y consigue su teléfono —ordenaba José mientras seguía pensando.

—¿Cómo no se me había ocurrido antes? —Se enfadó Julia consigo misma.

—El enfado te cegaba y no veías nada más, en momentos así hay que conservar la frialdad, si no la mente se colapsa —respondió José—. Cuando hables con tu jefe, le pides que te dé toda la información de la que disponga —continuó mientras Julia buscaba el teléfono—. Supongo que Bruno no sabe nada, ¿me equivoco?

—Creo que no, si no ya hubiera llamado. Además, si todo este jaleo lo ha montado para huir de él, no creo que le haya avisado —declaró Andrea tan alterada como todos los demás.

—Tendríamos que avisarle, ¿no creéis? —recomendó Diego, siempre se perfilaba el defensor de los hombres en esos casos, quizás recordando esa etapa de separación con Julia.

—¡Y una mierda! —vociferó Andrea, casi saltando sobre su hermano—. ¡Solo faltaba el culpable de su huida aquí! Si lo pillo en estos momentos..., no respondo.

—No seáis injustas con él, ¿no habéis escuchado lo que ha dicho Julia? ¿Dónde está la presunción de inocencia? —comentó Álvaro.

—Acabo de conectar con uno de mis colegas que está en la zona, se encuentra en la región de Awdal, en la ciudad de Boorama, fronteriza con Etiopía. Julia, necesito saber cuanto antes el destino de Maca y André —pidió José.

—¡Hago lo que puedo, leñe! Ángel ha salido de la agencia un momento y no coge el móvil, ¿voy a buscarlo corriendo o le hago señales de humo? —contestó nerviosa Julia—. En cuanto vuelva al despacho he dejado el recado de que me llame con urgencia.

—No nos pongamos nerviosos, así no vamos a ningún sitio —les aconsejó Diego—. Voy a preparar unas valerianas para calmar el ambiente.

—Yo te ayudo —manifestó Julia levantándose.

Los dos fueron hasta la cocina y empezaron a sacar bolsitas de valeriana y colocarlas en las tazas mientras el agua hervía. Julia miraba la tetera esperando que empezara a silbar.

—Tengo mucho miedo, Diego —dijo sin levantar la vista de la cocina—. Si a Maca le sucede algo, no podré perdonarme.

—Cielo, no es su primer reportaje, sabe de qué va este mundo y está preparada. —Intentó tranquilizarla mientras la rodeaba con sus brazos.

—Si no le hubiera dicho nada a Bruno meses atrás no habría sucedido esto. Ha pasado por mi culpa. ¡Joder, soy una bocaza de cuidado!

Las lágrimas de Julia se convirtieron en torrentes y estas sabían cuando empezaban, pero nunca cuando acababan. Diego la envolvió estrechándola con fuerza contra su fuerte pecho, la balanceó como si de un baile se tratara, intentando calmarla.

—Shhhhhhh, eso no es cierto, Bruno, con tu ayuda o sin ella, hubiera encontrado a Maca y la hubiera convencido. Tu intervención únicamente aceleró el proceso. Julia, haz el favor de tener un poco más de confianza en tu amiga, ella fue reportera mucho antes que tú, y si tú no tuviste problema, ella te gana en experiencia. No tardará nada en volver, ya lo verás. Y, si tenemos que ir a buscarla, iremos. Pero no llores más, vas a preocupar a todos.

—Otro motivo para amarte más de lo que te amo. —Sus labios se fundieron en un ansioso beso de Julia que Diego se encargó de calmar.

José se acercó a la cocina para coger algo de beber y se encontró con aquella muestra de cariño.

—Igual podemos dejarlo para más tarde, quizás no es el momento. —Pero, en cuanto se separaron, vio las lágrimas de Julia que mojaban sus mejillas—. ¿Se puede saber qué te pasa?

—Nada —habló Diego por ella—, que está muy preocupada por Maca.

—¡No me jodas, Julia! Que es una reportera, como soy yo y como has sido tú. Y André es un compañero muy bueno.

En ese momento, el móvil que llevaba en el bolsillo sonó y vibró a la vez. Toda la entereza volvió de golpe a ella. Se alejó un poco para hablar, pero antes les enseñó a Diego y José la pantalla de su teléfono en la que aparecía una imagen de su jefe. Mientras hablaba con él, paseaba nerviosa por la enorme cocina y enseguida corrió hasta el frigorífico donde había una pequeña libreta y lápiz sujetos al metal por un imán. Apuntó los datos que su jefe le daba. Al finalizar, no pudo permanecer callada.

—Ángel —añadió un poco enfadada con su jefe—, ¿por qué le has dado ese reportaje a Maca? No debiste hacerlo, no estaba bien. No está centrada y un trabajo como este puede ser peligroso.

—Por la misma razón que te lo di a ti hace... ¿un par de años? No lo recuerdo con exactitud. ¿Qué diferencia hay entre su situación y la tuya de entonces? Creo que eres injusta conmigo y con Maca, estás poniendo en duda su capacidad y mi integridad.

—No es eso, pero todo ha sido muy precipitado, apenas ha tenido tiempo para pensarlo.

—Mira, Julia, Maca es una reportera increíble, una profesional de los pies a la cabeza y una mujer muy cabal. Deja de involucrarte en la vida de nadie, ya es mayorcita para tomar sus propias decisiones. Yo trabajo con gente adulta y no con niñas, ¿entendido? Pues no se hable más del tema. Es un reportaje con riesgo, tienen que trabajar escoltados y la agencia vela continuamente por nuestros reporteros, y Maca es muy consciente de ello, así que dale un voto de confianza a ella y a todos los que trabajamos por la seguridad de nuestros periodistas, ¿no te parece?

—De acuerdo —contestó un poco avergonzada, su miedo no era una causa justificada para poner en entredicho el trabajo de la agencia—. Gracias. —Colgó y se volvió a mirar a su marido

y amigo que estaban impacientes a su lado. No pudo evitar comentar las palabras de su jefe—. Tiene la facilidad de ponerte en tu sitio sin decir una palabra más alta que la otra, sin gritos ni abusar de su autoridad.

—Por eso él es jefe, y tú, subordinada. —Rio José que había escuchado perfectamente la conversación entre Ángel, su jefe también, y Julia. Bueno, no perdamos tiempo, dame todos los datos.

—Mira —dijo alargando el papel donde había apuntado todo—, este es el teléfono de André, ¿lo llamamos?

—No hace falta, a esta hora están volando y no responderá. Le voy a dejar un mensaje. —Y, sin más, copió su número y se lo mandó.

—El destino es Mogadiscio y los escoltas les estarán esperando en el aeropuerto. Se hospedarán en el hotel la Paz. Tienen concertadas una visita con el ministro de defensa, con un periodista somalí amenazado, con un mercenario occidental, con el alcalde de Mogadiscio y con un Señor de la Guerra —comentó Julia leyendo su nota—. Si quieres pregunto por los nombres.

—No es necesario, con toda esta información es suficiente.

Los tres volvieron al salón donde el resto, después de escucharlos hablar por teléfono, esperaban las últimas noticias. José fue el encargado de contarle y, sobre todo, de tranquilizarlas.

Se despidieron con una aparente tranquilidad que ninguno de ellos tenía. El destino de Maca era de lo peor y más peligroso del mundo para realizar un reportaje. Julia se estaba dando cuenta de todo lo que su gente había sufrido durante sus continuos viajes a lo largo de todo un año. Sabía que no volvería a estar tranquila hasta que Maca estuviera de vuelta.

Capítulo 25

Maca iba en el asiento del avión totalmente dormida. Estaba siendo un viaje muy pesado. Habían hecho escala en Dusseldorf durante una hora. Después de aquel pequeño descanso, viajaron durante nueve horas hasta llegar a Abu Dabi, donde permanecieron tres más. Solo les quedaba una última escala; Nairobi, tras cuatro horas de vuelo.

—Bella durmiente, ya estamos llegando a Nairobi, será mejor que te despiertes.

—¿Qué hora es? Estoy reventada, André.

—Las 13:05 horas. Nos queda un último trayecto —dijo él mirando a través de la ventanilla la inmensa llanura de Kenia.

—¿No estás cansado?

—Has perdido facultades desde que te has acomodado a la vida sedentaria.

—No eres humano. Después de veinte horas de viaje, no es normal que estés tan fresco.

—Te acostumbras a dormir en los viajes. ¿Ya no lo recuerdas?

—Esta era la parte que menos me gustaba, pero se me habían olvidado los efectos —declaró estirando los brazos y las piernas dentro de su asiento.

En el aeropuerto de Nairobi, tuvieron que esperar hasta las 5:00 horas para coger el avión de African Express con destino a Mogadiscio. Pronto se dieron cuenta de que los compañeros de viaje eran escasos; algunos somalíes, un grupo de cooperantes egipcios, porque allí los occidentales no iban, el peligro de secuestro era enorme. Y por las conversaciones también viajaban con un grupo de funcionarios de la ONU.

Cuando llegaron al aeropuerto de Mogadiscio, un suspiro nervioso fue general entre los viajeros.

—Al menos hemos aterrizado y no nos han bombardeado —suspiró André.

—¡Joder, pues menos mal! —Maca miró nerviosa por la ventanilla y vio unos aviones retirados de la pista que habían sido bombardeados.

—¿Es la primera vez que vienes a Mogadiscio, Maca? —preguntó André mientras metía su *tablet* y móvil en la mochila.

—Sí. Estuve en dos ocasiones en Etiopía, pero en Somalia nunca.

—Pues te darás cuenta muy pronto de que no es una ciudad acogedora, ni tampoco amable y mucho menos hospitalaria.

—¡Vamos de mal en peor! No sé si quiero saber más cosas.

—No es necesario, lo vas a comprobar por ti misma.

Salieron del avión y un nerviosismo generalizado se apoderó de los viajeros, todos miraban hacia ambos lados con desconfianza. Entraron en la terminal donde les dieron unos impresos para rellenar. Maca miraba aquel documento sin llegar a creer lo que ponía. Observó el de André y comprobó que era el mismo que el suyo.

—¿Has visto lo que pone en el último apartado? —preguntó Maca sombrada.

—Ya lo vi la primera vez, quieren saber qué clase de arma tienes, debe de ser el único aeropuerto del mundo en el que permiten viajar con armas.

—¿Dónde nos hemos metido?

—Lo vas a descubrir en pocos minutos.

Se dirigieron hasta el aparcamiento donde una camioneta, con hombres armados hasta los

dientes, los estaban esperando. Les dieron un chaleco antibalas para cada uno de ellos y entraron en el vehículo. En un inglés algo difícil de entender, el capitán de la escolta se dirigió a ellos.

—Mi nombre es Hamza Laassiri y soy el capitán de esta escolta. A partir de este momento, estas son las reglas que deben cumplir: la primera, no quedarse quieto durante mucho tiempo, pueden ser un blanco perfecto para los francotiradores. Segundo, no hablar con cualquiera y, tercero, evacuar rápidamente a la primera orden que les dé. ¿Me han entendido?

—Sí, le hemos entendido y haremos lo que nos diga, pero tenemos que hacer nuestro trabajo —contestó André.

—Yo los llevaré a todos los lugares señalados, pero necesito que me obedezcan, mi misión es mantenerlos vivos, mi prestigio como escolta depende de que así sea.

Tanto André como Maca asintieron con las cabezas en señal de afirmación. La camioneta se puso en marcha. Maca miraba cómo aumentaba la velocidad y no dejaba de pitar.

—¿Por qué vamos tan deprisa? —le preguntó Maca a André—, puede atropellar a cualquiera.

—Tenemos que ir así por seguridad. No podemos permitir que cualquier otro vehículo se cruce y nos haga parar, podríamos caer en una emboscada —le contestó en castellano.

A Maca no se le escapó aquel detalle a pesar de estar muy tensa.

—¡Habla castellano! —aseguró Maca. Le sonaba extraño escuchar su lengua en un país africano.

—Sí, un poco. —contestó Hamza escuetamente—. Los he escuchado y me defiende mejor en castellano que en inglés.

Pero la situación y la tensión que estaban viviendo no era la idónea para mantener una conversación.

Llegaron al hotel en muy poco tiempo. Imponía mucho respeto cruzarse con furgonetas llenas de hombres armados igual que la de ellos. Al ver el hotel a Maca le impactó observar torretas con hombres armados, defendiendo el edificio de posibles ataques.

—Estoy deseando salir de aquí, es un lugar escalofriante —declaró en voz baja mientras cruzaba el umbral del hotel.

—Creo que terminaremos pronto el reportaje, no podemos hacer muchas entrevistas, el miedo a convertirse en un blanco o poner precio a su cabeza los deja mudos.

Cuando dejaron el pequeño equipaje en su habitación, cada uno cogió una cámara y decidieron subir a la azotea. Ante ellos un inmenso campamento de refugiados totalmente inhumano se extendía sin llegar a ver el final.

—Debemos de estar a cuarenta grados o más y esta gente está en tiendas de plástico bajo este calor abrasador, es denigrante cómo están viviendo.

—Hace tres días nos explicaron que vienen de las regiones de Balcad, Cadale o Bakool y viven de la ayuda humanitaria, huyendo de la guerra y la sequía que los asola desde hace más de veinte años.

Unos gritos en una lengua que no entendían les llamaron la atención y enseguida les hizo gestos su capitán de escolta.

—¡Salgan de la azotea! ¡Salgan de la azotea! —repetía a gritos.

Instintivamente, tanto André como Maca se tiraron al suelo, y uno de los escoltas apareció ante ellos.

—Prohibido estar en la azotea, son un blanco fácil para francotiradores —les ordenó Hamza nervioso, colocándose delante de ellos y guiándolos hasta el interior.

Los escoltas tenían prisa por terminar su misión con ellos y esa misma mañana los llevaron de la misma forma, a una velocidad desmesurada, hasta el estadio olímpico, en ese momento, cuartel

general del ejército del gobierno. Allí entrevistaron al ministro de Defensa y tuvieron la ocasión de filmar a unos mercenarios occidentales que deseaban pasar desapercibidos.

Aquella tarde visitaron el Hospital Banaadir, desbordado por la cantidad de pacientes. Los sanitarios trabajaban en unas condiciones muy precarias. Les llamó la atención, nada más entrar, que no había cooperantes occidentales ni siquiera en el hospital.

Por la noche, en la habitación, Maca contestó a la multitud de mensajes de su familia y amigas. Respondió uno a uno para sosegar a todo el mundo. Les dio una buena noticia; si aquello continuaba a ese ritmo, en dos días terminarían el reportaje y volverían a Barcelona. Las noticias de Maca eran tranquilizadoras para su familia y amigos. Con el móvil en la mano estuvo a punto de contestar a todos los mensajes de Bruno. Los leyó despacio y no pudo evitar que las lágrimas hicieran acto de presencia. Le contaba que tenía razón, que Adela había salido del coma «milagrosamente», pero que él no había entrado en su juego. Que su hermana se hacía cargo de ella y que, en cuanto los médicos le dieran el alta, volvería al psiquiátrico. Le decía cuánto la amaba y que estaba deseando volver junto a ella.

—¿Estás bien? —preguntó André a su lado, observando cómo sus lágrimas le recorrían silenciosamente el rostro.

Maca necesitaba desahogarse, sacar toda la angustia de su propio drama, junto a un día tan intenso como el que acaba de vivir. También el cansancio y el miedo hacían acto de presencia. Así que se aprovechó de la ocasión que su compañero le estaba brindando y no lo pensó más.

—No, no estoy bien, mi vida se derrumba y no sé si estoy actuando correctamente o no. No sé si Bruno me miente o me dice la verdad. Estoy perdida y soy incapaz de saber qué camino debo tomar. Tengo miedo a equivocarme, a ser infeliz durante toda la vida por no elegir la decisión acertada y perder lo poco que tengo. ¿Me he equivocado al venir aquí? ¿No debería haber huido? Ya puedes ver que soy un interrogante y no me hago más preguntas porque ya no caben en mi mente.

—Yo en cuestiones sentimentales soy un desastre, dejé a mi novia por un reportaje, hace dos años, y no hay un solo momento de mi vida en que no me arrepienta.

—¿Has intentado pedirle perdón?

—Mil veces, no hay una semana que no lo haga, pero no quiere saber nada de mí. Me dice que no cambiaré nunca y que no puede luchar porque no lo hace contra otra mujer, sino contra una pasión y es una lucha imposible de ganar.

—¿Serías capaz de dedicarte al periodismo sin estos reportajes, de tener un trabajo con un horario y una vida ordenada?

—No lo sé, Maca, y me da miedo comprobar que Nicole tiene razón.

—Si no estás seguro, no la hagas sufrir, no le des esperanzas hasta que tengas una certeza del cien por cien.

—Ya lo sé y quiero ser honesto con ella. Y también sé que corro el peligro de que se olvide de mí, que conozca a alguien que le dé lo que yo no pude —le explicó—. ¿Eso es lo que ha sucedido con Bruno?

—Algo parecido, Bruno tiene a su exmujer, y ella solo tiene que llamarle para que él acuda a su lado. Aquí la abandonada soy yo. Me hago ilusiones para acabar totalmente desolada cuando, utilizando mil excusas, me deja y se va a su lado.

—Qué inútiles somos los hombres, no reconocer lo que tenemos al lado, ya ves que me incluyo. Maca sonrió muy tímidamente, esas palabras le daban confianza.

—Yo desconfío de las palabras que Bruno me manda, todos sus mensajes hablándome de cuánto me ama. Estoy confundida, ¿y si es verdad?, ¿y si le creo y me vuelve a romper el corazón? Por

eso he huido, por ese motivo estoy en esta locura.

—¿Por qué no le llamas? ¿Por qué no hablas con él? Tenemos la manía de hacer complicado lo fácil.

—No estoy preparada para escucharle, me convencería a la primera y no quiero que suceda. Esta vez ha sido peor porque hemos estado juntos cinco meses y de repente vuelve a las andadas. Además, lleva meses engañándome, ocultándome las continuas conversaciones con ella, no entiendo el porqué de sus mentiras. Dejaré que el tiempo lo ponga todo en su sitio.

—No le des más vueltas. Intenta descansar porque aquí los días son muy intensos y tenemos que estar con los cinco sentidos. No hay sitio para dudas, nuestra vida puede depender de estar atentos.

—Sí, será lo mejor. Espero poder dormir.

—Cierra los ojos y deja tu mente en blanco.

En menos de diez minutos la respiración de Maca se ralentizó, señal inequívoca de un sueño profundo. Estaba tan cansada que apenas tuvo tiempo de dar las buenas noches a André.

Al día siguiente, la actividad en el hotel comenzó muy temprano y a las nueve Maca y André ya estaban en la camioneta con el pequeño ejército de escolta, los cascos y chalecos puestos para dirigirse a la siguiente entrevista. Pero antes de llegar a su destino pasarían por el Mercado de Bakara o lo que quedaba de él. Años atrás era el centro neurálgico de la ciudad, la zona de negocios. Cuando llegaron, los ocho hombres que los escoltaban se colocaron alrededor de ellos. Les resultaba difícil caminar en el centro de aquel grupo, grabando la destrucción de toda la zona. Restos de letreros multicolores, con infinidad de agujeros de bala y todos los edificios destruidos.

—¿Cómo pueden seguir viviendo rodeados de tanta devastación y con el miedo de que en cualquier momento una bala acabe con ellos? —exclamó Maca observando a la gente que iba de un lado a otro. Todos iban deprisa, atentos a cualquier movimiento.

—La supervivencia —respondió André grabando a una mujer con un pequeño en brazos, protegía al niño con su cuerpo, mientras atravesaba la calle con grandes socavones debido a los bombardeos. Miraba nerviosa de un lado a otro y echando un rápido vistazo a las azoteas de los edificios. La siguió hasta que desapareció en una casa en ruinas—. Deben buscar comida para seguir viviendo. Irán hasta los puntos de reparto de alimentos, poniendo en peligro su vida para conseguir un puñado de arroz y continuar malviviendo.

—¿Cuánta crueldad! —aseguró Maca horrorizada.

—Así son las guerras, ¿ya lo habías olvidado?

—No, pero, por muchas veces que lo vea, no me acostumbro al horror.

Volvieron a montar en la camioneta saliendo de aquella zona tan conflictiva y que tan nerviosos había puesto a los escoltas. Iniciaron de nuevo la marcha a toda velocidad para llegar a la siguiente entrevista. Hamza se volvió hacia ellos para alterarlos todavía más.

Capítulo 26

—Tenemos que pasar por una zona muy conflictiva, es el lugar preferido por los islamistas para atentar, el llamado Kilómetro Cuatro.

—¿No podemos ir por otra ruta?

—Imposible, la otra ruta está en manos de los islamistas, no podemos cruzar por otro lugar. ¡Agárrense fuerte!

André cogió su cámara dispuesto a filmar aquel punto tan peligroso, mientras Maca estaba atenta a todo lo que sucedía delante de ellos. Cuando estaban a punto de pasar tan problemático lugar, otra furgoneta les salió por la derecha a la misma velocidad que ellos. Al intentar esquivarla, la camioneta en la que iban André y Maca volcó dando vueltas de campana, ante la indiferencia de los pocos transeúntes que corrían para ponerse a salvo.

Cuando dejó de dar vueltas solamente se escuchaban los gritos de los hombres que los escoltaban. Maca se movió dolorida después de girar dentro de la pequeña cabina del vehículo. Los hombres que iban en la parte trasera habían quedado desperdigados por el suelo. Hamza yacía sobre el volante sin conocimiento y sangrando por la frente. Maca buscó a André, estaba a su lado, inconsciente. Otro de los escoltas, el que viajaba en el asiento del copiloto, sacudió a su jefe con energía, y este enseguida reaccionó.

—Hamza, ¡André no responde, no vuelve en sí! —gritaba Maca nerviosa y zarandeando con suavidad a su compañero, inerte a su lado y recostado sobre la ventanilla izquierda. La furgoneta había quedado derecha.

Salieron del vehículo con rapidez, de los hombres que habían salido despedidos, dos no se movían, y otros dos llegaron corriendo hasta la furgoneta. Unas instrucciones rápidas a través del móvil pusieron a todos en movimiento.

—No se preocupe, señorita, en pocos minutos otra furgoneta nos recogerá. No se aparte de mi lado —le pidió.

Maca permanecía quieta y callada al lado de André, al que había cogido de la mano y no la soltaba, era su compañero y su único apoyo en aquella hostil ciudad. Se encontraba sola, desamparada y sin saber qué le sucedía. Hamza daba órdenes sin cesar y, en menos de un cuarto de hora, otra furgoneta paró a su lado derrapando. Todo sucedió deprisa; los hombres recién llegados cogieron el cuerpo inerte de André y lo colocaron en el asiento de atrás. A su lado, Maca sujetaba con una mano la cámara de André y, con la otra, su mano inerte. Aterrorizada, se acurrucó en el costado de su compañero y, mientras la furgoneta los llevaba a un destino desconocido, ella no dejaba de susurrarle sus miedos.

—André, escúchame, por favor, no me dejes sola en esta ciudad. Dijiste que cuidarías de mí, ¡lo prometiste! Tengo miedo y no sé qué hacer, estoy bloqueada. —Sin darse cuenta las lágrimas resbalaban igual de suplicantes que sus palabras.

—Señorita, ¡ya hemos llegado! —comentó Hamza abriendo la puerta de la furgoneta y sacando a André. Ella no soltó su mano y aceleró el paso mientras trasladaban entre dos hombres a su compañero. Alzó la mirada y la esperanza volvió a ella, estaban delante del hospital Banaadir. Corrió y enseguida buscó al médico que, el día anterior, les había concedido una entrevista.

A pesar del caos reinante, Mohamed Arab, un somalí formado en Gran Bretaña y que hacía ya tres años que había vuelto al país para ayudar a su pueblo, pronto distinguió a los occidentales

que el día anterior lo habían entrevistado. Se acercó a ellos deprisa.

—¿Qué ha sucedido, *miss* Álvarez? —No le prestaba atención a ella, en cambio miraba con atención a André al que traían inconsciente—. ¡Colocadlo aquí! —ordenó a los dos hombres señalando un camastro. Lo reconoció con los medios rudimentarios, en poco tiempo dictaminó—: Estoy seguro de que tiene una hemorragia interna, bien gástrica o intestinal. La pérdida de sangre produce una falta de ella en el cerebro. Debemos abrir cuanto antes.

—¿Está seguro?

—Si no lo hacemos, de lo que estoy seguro es de que morirá. Hable con su jefe y dígame, él tendrá contactos y necesito medicamentos, aquí no tenemos ni comida para darles. Pero en el mercado negro podrá encontrar de todo tipo de fármacos. ¡Dese prisa, el tiempo corre en su contra!

Sin más, se llevaron a André a otra habitación, un quirófano de lo más rudimentario.

Maca buscó en sus bolsillos, pero no había nada, sus cosas se habían quedado en la mochila. Todo se ponía en su contra y el miedo la paralizó. Se quedó esperando en un rincón sin soltar la cámara de su compañero, en cambio, no sabía qué había sido de la suya. Se quedó plegada en el suelo, encogiendo las piernas y apoyando la barbilla en las rodillas. No pensaba en nada, no decía nada, no lloraba, solamente miraba al frente, justo ante la puerta en la que habían metido a André inconsciente. Hamza, que seguía en el hospital, se acercó a ella.

—¿Necesita algo, señorita? Le he traído su mochila y la de su compañero, estaban en la otra furgoneta —le explicó alargando las dos bolsas.

Maca levantó la vista y su rostro se iluminó al ver una cara conocida en ese laberinto de gritos de dolor y lamentos.

—¡Estás aquí, Hamza! ¡No te has marchado! —exclamó mirando a aquel hombre casi desconocido con una inmensa gratitud—. ¿Usted sabe dónde encontrar medicamentos? —preguntó Maca con avidez. Buscó dentro de su mochila y también en la de André y consiguió una considerable cantidad de dinero. La agencia les había facilitado efectivo para pagar algunas entrevistas complicadas. Alargó un fajo de billetes de mil chelines somalíes. Siguió rebuscando y encontró euros en su cartera y en la de André—. Si no es suficiente, mandarán más de España, pero ¡ayúdenos, por favor, André se muere!

—Está bajo mi protección y no voy a dejar que les pase nada ni a usted ni a su compañero —contestó con gran orgullo.

Cogió los billetes y fue en busca del doctor que lo atendía, el cual le proporcionó una lista de fármacos necesarios para salvar la vida a André. La ayuda humanitaria, en muchas ocasiones, caía en manos de desaprensivos que robaban los cargamentos y los vendían en el mercado negro, eso sí, a precios desorbitados para la población civil.

Cuando Hamza salió del hospital en busca de ellos, Maca se volvió a sentar en el mismo rincón que ocupaba cuando llegó el escolta. Rebuscó en la mochila y sacó su móvil. No lo pensó dos veces, se sentía sola, desamparada y necesitaba un poco de consuelo, así que les mandó un mensaje idéntico a las tres amigas.

«Hemos tenido un accidente en Mogadiscio. Yo estoy bien, pero a André lo están operando en este momento, no hay medicamentos y he mandado al escolta a buscarlos con todo el dinero que teníamos. No sé si volverá o desaparecerá con todo. Estoy muy asustada, si le pasa algo a André me quedo sola en una ciudad que da miedo. Voy a llamar a Ángel, tengo que salir de aquí, pero no voy a dejar solo a André. Os quiero y os echo de menos».

Las lágrimas le impidieron seguir escribiendo, así que mandó el mensaje sin saber cuándo les

llegaría.

Cuando más baja tenía la moral, Hamza entró con un enorme paquete en sus manos y fue directo al médico que le había hecho la lista. Este rebuscó entre las cajas y, con una en la mano, entró al quirófano. Minutos más tarde, se acercó a Maca, y ella no pudo evitar levantarse y llorar en sus brazos ante la atónita mirada del escolta.

—¡Gracias, gracias, gracias! —No paraba de repetir aquella única palabra, mientras el desconsuelo se apoderaba de ella.

—Su compañero estará bien. —La tranquilizó el escolta.

Siguieron esperando hasta que el doctor que lo estaba operando de urgencia, aquel somalí con años de experiencia en uno de los mejores hospitales ingleses, salió para darles noticias.

Capítulo 27

Andrea fue la primera en leer el dramático mensaje de su amiga. Nerviosa, se acercó hasta Marina que trabajaba en un departamento diferente.

—¡Mira el mensaje de Maca, corre!

Marina cogió su móvil y, conforme iba leyendo, su cara palidecía. El mensaje no tenía nada de halagüeño y transmitía, en pocas palabras, toda la angustia por la que estaba pasando su amiga.

—¿Lo sabe Julia? —preguntó Marina volviendo a leer de nuevo el inquietante texto—. ¡Llámalas, por favor! Seguro que no sabe nada.

Para cuando Marina terminó de hablar, el móvil de Andrea ya daba señal de llamada.

—Hola, Andrea, dime.

—Tenemos un mensaje de Maca, y tú tendrás otro. Léelo, por favor, y en cuanto lo hagas me llamas, ¿vale? —Sin más cortó la comunicación esperando su llamada.

Julia buscó entre los mensajes entrantes y mientras lo leía las piernas le flaquearon y tuvo que sentarse. Desde que había recibido la primera comunicación de Maca, algo dentro de ella le decía que aquel reportaje no iba a salir bien, su inquietud y nerviosismo iban en aumento.

Antes de llamar a Andrea, intentó contactar con Maca, pero el teléfono estaba apagado o fuera de cobertura. Y la siguiente llamada fue a José, su fiel amigo desde sus tiempos de reportera.

—José, acabamos de recibir un mensaje de Maca; André está herido y lo están operando. Ella está asustada y muerta de miedo.

—¿Has podido hablar con ella? —preguntó José con rapidez.

—Imposible. —Apenas pensó lo que estaba diciendo—. Hay que ir a buscarla, está en estado de *shock* y es peligroso que esté sola.

—Deja que haga unas llamadas —Y, sin dejar que siguiera hablando, colgó.

Julia se quedó con la palabra en la boca al comprobar que José había cortado la comunicación.

—¡Será capullo! ¡Me ha colgado! —exclamó mirando el móvil con rabia.

José no perdió el tiempo y se puso en contacto con dos compañeros que estaban en aquel país, pero, después de hablar con ellos, su entrecejo se frunció en señal de preocupación. Ismael, Charles y Gawet, reporteros de Europa Press, estaban en el norte del país, una pequeña localidad lejos de la capital, donde los antiguos piratas que asolaron el mar Índico habían cambiado su negocio y se dedicaban al tráfico de armas y de personas.

—¡Imposible ir hasta Mogadiscio!, tardaríamos muchos días, eso si alguien nos quisiera llevar, ¡que lo dudo! No tenemos movilidad propia y dependemos de la seguridad contratada —le había dicho Ismael desde alguna pequeña localidad situada en el Golfo de Aden, muy cerca de Bosaso.

—Tranquilo, Ismael —contestó José—, buscaremos una solución desde aquí. Tened mucho cuidado y volved sanos y salvos.

—Eso es lo que intentamos hacer las veinticuatro horas del día; mantenernos a salvo. Este país es un caos muy peligroso. Aquí todos están contra todos, todos pelean contra todos y el fuego cruzado es el pan de cada día. Suerte para rescatar a los compañeros. Tenme informado.

Cortó la comunicación y tuvo muy claro lo que iba hacer; iría él mismo y no lo haría solo. Volvió a llamar a Julia.

—¡Eres un idiota! ¿Se puede saber por qué me cuelgas? —le gritó ella totalmente histérica.

—Lo siento, pero no podía perder el tiempo. He hablado con los compañeros que están en

aquel país y es imposible que puedan desplazarse hasta Mogadiscio, así que he pensado que voy a ir yo.

—Te acompaño —apuntó Julia sin pensar en nada más—. Voy contigo.

—¡Ni hablar! ¿En tu estado? ¡Estás loca!

—¿Y quién eres tú para decidirlo? ¡Maca es mi amiga! —respondió totalmente indignada—. ¿Pretendes ir solo?

—No, no voy a ir solo, pero tú no vas a acompañarme. Es muy peligroso.

—¡Ya sé que es peligroso, listo! ¿Quién va a acompañarte? —preguntó llena de curiosidad.

—Bruno —contestó con gran contundencia.

—¿¿¿Bruno??? —Julia no salía de su asombro.

—Sí, Bruno. Si le pasa algo a Maca, jamás nos lo perdonará, y yo no quiero ese cargo de conciencia, ¿lo quieres tú? —le preguntó con gran seguridad. Así era José cuando sabía que tenía la razón.

El silencio de Julia le hizo entender que estaba recapacitando, todo había ido muy deprisa y ella no se había parado a pensar, simplemente actuaba y hablaba por impulsos y guiada por el corazón y el miedo. Unos segundos después, la voz de Julia, esa vez más calmada, se volvió a escuchar.

—Tienes razón, debemos avisar a Bruno, pero yo puedo acompañaros —dijo intentando de nuevo convencer a su amigo.

—Vamos a ver, ¡céntrate, cabeza de chorlito! Estás embarazada. Y, aunque no lo estuvieras, no podemos entrar como si fuéramos turistas, debemos pasar desapercibidos, y tú, precisamente, no cumples ese requisito. Después tenemos que salir de allí y, cuanto menos gente lo haga junta, mucho mejor. Eres una reportera excelente, pero esto no es un reportaje, debemos sacar a Maca y André de allí cuanto antes.

Sabía que tenía razón, pero el deseo de ayudar a su amiga podía más que la seguridad. Solo estaba pensando con el corazón.

—¿Está bien! Tienes razón. ¿Ya has llamado a Bruno?

—No, lo hago ahora mismo y después hablo con la agencia para reservar los vuelos.

—Únicamente te voy a pedir una cosa; que me tengas informada en cada momento, sino...

—Lo prometo. —Y, sin dejarle terminar, colgó.

—¡¡¡Será gilipollas!!!, me ha vuelto a colgar sin dejarme terminar. La madre que lo parió, cuando lo coja lo mato.

José sonrió mientras buscaba en su agenda a Bruno, había vuelto a colgarle el teléfono y sabía que estaría llamándole de todo, la conocía muy bien. Mecánicamente, sus dedos manejaban el móvil sin apenas prestar atención y en décimas de segundo la voz de Bruno sonaba al otro lado de la línea.

—¿José? —cuestionó extrañado, no era una llamada que esperara.

—Sí. Bueno, voy al grano porque es urgente. Maca está en Somalia realizando un reportaje junto a André y tienen problemas. Yo voy a salir para allí en cuanto tenga confirmado el vuelo y te llamaba para ponerte al tanto y saber si vienes conmigo. —La mente de Bruno no asimilaba todo lo que José le decía; ¿Maca en Somalia? ¿Problemas? ¿Qué clase de problemas? Un escalofrío recorrió todo su cuerpo y la palidez apareció de repente, empezaba a marearse. Tomó aire con profundidad mientras se sujetaba a la mesa cercana. José, a través de la línea, le escuchaba respirar y empezó a preocuparse—. ¿Estás bien? No tenemos mucho tiempo, así que deja las respiraciones para otro momento. ¿Cuento contigo?

—¿Qué ha sucedido? ¿Está bien Maca? ¿Qué problemas ha tenido?

—Intenta llamarla y que te explique, yo tengo que agilizar trámites para salir cuanto antes. Vienes conmigo, ¿no?

—No puedo ponerme en contacto con ella, ¡me tiene bloqueado! ¡Claro que voy contigo!

—Bueno, yo tengo que colgar para hablar con la agencia. Si quieres enterarte de lo sucedido, llama a Julia, y ella te pondrá al tanto.

—Vale. ¿Arreglas el viaje de los dos?

—Yo me encargo. —Cortó la llamada, también sin esperar contestación.

Bruno no perdió el tiempo, estaba atemorizado, lo poco que conocía sonaba terrorífico. Buscaba desesperadamente el número de Julia y, cuando dio con él, esperó ansioso escuchar su voz. Julia, cuando vio quién llamaba, no pudo evitar protestar en voz alta.

—¡Lo qué me faltaba, tener que escuchar a este cretino! Cuando coja a José lo mato dos veces; una por colgarme y otra por decirle a este imbécil que me llame —protestó hablando sola.

Cuando descolgó, no le dejó ni contestar, Bruno, igual que una ametralladora, soltaba las preguntas totalmente fuera de sí. Julia le dejó hablar o más bien gritar y, cuando se cansó, comenzó ella:

—Un saludo para ti también. Me has hecho tantas preguntas que no puedo contestar. Te voy a decir lo que sé.

Julia le contó todo lo sucedido desde que él se fue hasta recibir el inquietante mensaje de ella desde Mogadiscio.

—¿En qué estaba pensando para hacer eso, para ir a un reportaje tan peligroso?

—Pues, mira, igual tienes que preguntártelo tú. ¿Tendrás la barra de decir eso? ¡Se fue por tu culpa, inútil! Así que ni una palabra más o me abro paso a través del teléfono y te caneo.

—¡Yo le dije que en menos de una semana estaba de vuelta!

—¿Y ella tenía que creerte después de los años que llevas engañándola? Mira, no me digas nada más que me estás poniendo de los nervios. ¿Vas a ir con José?

—En esta ocasión no mentía, todo lo que le dije era verdad.

—¿Y cómo podía diferenciarlo ella después de tantas promesas rotas? Tienes un abultado historial de ellas, así que calladito estás más mono. Y, cambiando de tema, ¿vas a ir a buscarla o no?

—¡Pues claro que voy a ir, aunque tenga que ir andando!

—Entonces prepárate y tráela de vuelta lo antes posible, solo así podré perdonarte.

Capítulo 28

Todo estaba a punto. Bruno había ido a Barajas, cogiendo el puente aéreo y ya estaba en el Prat para salir hacia Nairobi. Harían el mismo recorrido que tres días antes habían hecho Maca y André. Todavía faltaban dos horas para que despegara el avión con destino a Dusseldorf. José llegó a la terminal y buscó a Bruno en el punto que habían quedado en encontrarse. No tuvo que hacerlo durante mucho tiempo y enseguida lo distinguió.

—¿Habéis hablado con Maca? —se apresuró a decir mientras sus manos se estrechaban.

—No, le dijimos que apagara el móvil para evitar quedarse sin batería, nosotros le mandaríamos mensajes. Solo tiene un dato; que vamos a buscarla.

—¿Sabe que voy yo?

—No, sabe que la agencia mandará a alguien, pero nada más. También sabe el tiempo que tardaremos en llegar; más de un día entero.

—Hemos contactado con la misma escolta, para que vengan a buscarnos al aeropuerto de Mogadiscio, así será más fácil llegar a ellos.

El viaje se hizo interminable, no corría el tiempo y el miedo y la ansiedad no ayudaban nada. José aún pudo dar unas cabezadas en cada vuelo, pero Bruno no podía cerrar los ojos sin que las pesadillas más alarmantes le acecharan y, después de escuchar a Julia, su sentimiento de culpabilidad amenazaba con hundirlo. ¡Si algo le pasaba a Maca, jamás se lo perdonaría, como tampoco se lo perdonaría a Adela! Ella era la más culpable, lo sabía con absoluta certeza, ¡cuánta razón tenía Maca! Cerró los ojos solamente para recordar lo sucedido al llegar a Madrid.

Adela seguía en la UCI cuando él llegó al Doce de Octubre, pero iban a trasladarla a planta en pocos minutos. Había recobrado la consciencia y ya en la habitación, todavía bajo los efectos de la desorientación que producía la inconsciencia, supo la clase de persona que era por ella misma.

—¿Ya ha llegado mi marido? —preguntó mirándole desde la cama del hospital—. No podrá dejarme nunca, se lo he avisado muchas veces. Soy capaz de cualquier cosa.

—¡No puedes poner tu vida en peligro para conseguir esto! Un día no llegará nadie a tiempo —le dijo siguiéndole la corriente.

—Lo tengo todo controlado —contestó medio adormilada.

—¿Cómo que lo tienes todo controlado? —preguntó espantado.

—Shhhhhh, no hables en alto que te pueden escuchar.

—¿Quién nos puede escuchar? —indagó Bruno.

—Los loqueros o mi marido, tengo que seguir engañándolos —susurraba sin poder mantener los ojos abiertos.

Desvariaba completamente, pero Bruno iba a aprovecharse de aquella desorientación, quería comprobar si Maca tenía razón y era el momento oportuno para hacerlo.

—¿Cómo lo controlas?

—Es muy fácil, sé la dosis justa para perder el conocimiento durante unas horas.

«¡Joder, Maca tenía razón! —pensó escuchándola—. Lo tiene todo calculado».

—¿Y qué sacas con eso? —siguió cuestionando.

—Si te lo explico, cuenta como secreto profesional, ¿verdad? —continuó hablando totalmente ida por la ingesta de tranquilizantes y confundiendo a Bruno por un facultativo.

—¡Por supuesto!

—Mantengo a mi marido a mi lado. Esta vez me ha costado, pero estoy segura de que vendrá.
—Ya no dijo nada más, sus ojos cerrados y la respiración lenta y profunda fueron la señal inequívoca de que dormía profundamente.

No le hacía falta escuchar nada más, durante todos esos años le había hecho chantaje, no pensaba quitarse la vida, jamás lo pensó y lo tenía todo calculado. Quizás sí hubo una vez, aquella en que se cortó las venas, que quiso morir, pero se salvó y nunca más se le pasó por la cabeza. Lo había utilizado, durante años le había hecho chantaje para mantenerlo a su lado, y él había caído en su trampa una y otra vez.

No podía seguir allí ni un minuto más, con lo que había escuchado tenía más que suficiente. Salió de la habitación enfadado con él mismo, se sentía estafado entendiendo cada palabra de Maca: «está loca o es muy mala». No era una cosa o la otra, eran las dos cosas juntas que formaban una combinación explosiva.

En medio de los trámites que estaba arreglando junto a la hermana de Adela, la llamada de José. Ya no le importó nada más, ni qué iba a ser de Adela, si la ingresaban en el psiquiátrico o la dejaban en el Retiro. Su hermana se haría cargo de todo, ni siquiera volvió a pasar por el hospital a pesar de su insistencia a través de mensajes que no leía. Descubrir la verdad, y por boca de la propia Adela, había sido como si le hubieran practicado un exorcismo, de repente toda la culpa y remordimiento que le habían acompañado durante años se esfumó. Se sentía liberado de un peso que había cargado sin motivo.

Se sentía libre, ligero sin la carga que suponía Adela. Pero una fuerte punzada en el corazón lo devolvió al momento presente, Maca estaba en peligro. Tendría que haberle hecho caso cuando le avisaba de cómo era Adela, pero él no atendía a razones.

Abrió los ojos y giró la cabeza hacia José que miraba un mapa.

—¿Ya estás despierto?

—Apenas he podido dormir desde que salimos de Barcelona. ¿Tú has dormido?

—A ratos, no es el vuelo más cómodo de todos los que he realizado, pero ya descansaremos a la vuelta.

—¿Qué estás mirando?

—La ciudad de Mogadiscio y todos los puntos conflictivos más cercanos. No quiero más sorpresas de las que ya tenemos.

—¿Qué nos vamos a encontrar? Estoy aterrorizado, si a Maca le sucede algo, no podré perdonármelo jamás.

—Nos queda una hora, más o menos, para llegar.

—Pero ¿cómo puede ser tan inconsciente? He pasado muchas veces miedo a su lado, tú sabes que hemos estado en muchas ocasiones en peligro, pero estaba con ella. Esto de no saber nada te vuelve loco de angustia.

—Estará bien, ya lo verás —le animó José.

Cuando llegaron al aeropuerto, y después de cumplimentar los papeles pertinentes, un hombre con un fusil al hombro estaba parado al lado de la salida y sin dejar de mirarlos.

—Creo que es nuestro escolta —comentó José—. Vamos.

Efectivamente, el hombre que los esperaba no era otro que Hamza. En un momento les puso al día, André estaba en el hospital y, gracias a los medicamentos que habían comprado en el mercado negro, evolucionaba muy bien. Maca estaba con él. Tanto José como Bruno suspiraron y la calma se hizo con ellos.

—Llévanos junto a ellos, por favor, Hamza —rogó Bruno.

Él los guio hasta la camioneta y salieron del aeropuerto para emprender una vertiginosa marcha

hasta el hospital. Cuando llegaron, corrieron por los pasillos para llegar hasta ellos. En una pequeña sala con tres camas, y sin apenas sitio para nada más, encontraron a André medio adormilado, pero ni rastro de Maca. Bruno se acercó ansioso.

—André, ¿dónde está Maca? —preguntó lleno de preocupación.

Él abrió los ojos y, al ver a Bruno y José delante de él, no pudo evitar sonreír.

—¿Estoy delirando o realmente estáis aquí?

—Estamos aquí. ¿Dónde está Maca? —En esa ocasión fue José quien formuló la cuestión.

—Debe de estar con el doctor. No puede quedarse quieta y, cuando no está a mi lado, les ayuda, ¡esto es horrible!

—¿Cómo te encuentras?

—Si no llega a ser por ella, ahora mismo estaría muerto. Me abrieron sin saber muy bien qué era lo que iban a encontrar, al final no fue tan grave como se pensaban, pero es bastante doloroso y aquí no cuentan con calmantes. Maca se ha preocupado de que no me faltaran.

—Voy a buscarla —exclamó Bruno y sin más salió.

Dio vueltas y vueltas por todo el hospital sin hallarla. Volvió a la habitación muy nervioso.

—¡No la encuentro! He mirado por todo el hospital y no está —dijo muy alterado.

—Pregunta por el doctor Mohamed Arab, es un somalí formado en Inglaterra.

Bruno y José se dedicaron a buscar por todo el hospital a Maca y al doctor Arab. Ya pensaban que la tierra se los había tragado, cuando apareció un negro enorme, con una bata blanca y gafas redondas, iba dando órdenes por donde pasaba y caminaba muy rápido. No había descanso en aquel hospital, era una locura, los gritos de dolor se unían al llanto y el ambiente era desolador. Fue el doctor el que se percató de ellos, no era muy normal ver personas blancas por el hospital. Se dirigió hacia ellos con la misma rapidez que pasaba por las camas.

—¿Les puedo ayudar en algo? —preguntó en un perfecto inglés.

—Creemos que sí, ¿sabe dónde está Maca?

—¿Miss Álvarez?

—Sí, sí, sí, *miss* Álvarez —contestó Bruno con el corazón en la garganta.

—Creo que fue en busca de medicinas.

—¿¡Cómo dice! —respondieron Bruno y José a la vez.

—Como verá —dijo el doctor, señalando con su mano al precario hospital—, aquí no tenemos casi de nada. Ellos —continuó mientras miraba hacia los enfermos que estaban por las camas— están acostumbrados a sufrir, pero su amigo no y han tenido que comprar medicamentos a los señores de la guerra. *Miss* Álvarez, en estos días, ha sido un ángel para toda esta gente, nos ha abastecido de fármacos básicos, además de ser un consuelo para todos ellos.

—¿Y dónde ha ido? —preguntaba Bruno desesperado.

—A uno de los barrios donde venden en el mercado negro.

—Pero ¿cómo la ha dejado ir? ¡Puede morir!

—¿Me habla de muerte cuando vivo rodeado de ella? ¿Ha visto a todos los niños? ¿No ha visto nada dentro del hospital? Pues aquí está muy cerca de la muerte. Mañana, cuando vuelvan de las cómodas habitaciones de su hotel, mucha de esta gente que acaba de ver ya no estarán, habrán fallecido. ¿Y me habla usted de morir? En esta ciudad esa palabra no significa nada.

—Perdone, doctor, sé que soy egoísta, pero ella es mi mujer, Maca es mi mujer.

—Una mujer muy valiente y compasiva, tiene suerte.

—Dígame dónde ha ido para ir a buscarla, se lo suplico.

El doctor se apiadó de aquel hombre y le dio el nombre de uno de los señores de la guerra que dominaba el barrio más cercano al hospital. Mucha de la ayuda humanitaria que llegaba

procedente de todo el mundo se repartía entre esos señores, vendiendo después esa mercancía que se mandaba para todos los somalís, a precios desorbitados y que, para la gente que la necesitaba, era imposible pagar.

—Ha ido a la zona de un antiguo señor de la guerra llamado el Califa. Es uno de los más caritativos, tiene un centro donde reparte comida entre los hambrientos diariamente.

—No perdamos más tiempo. Llama a Hamza, él nos llevará. Doctor, le vamos a traer todo lo que podamos, se lo aseguro.

—Todo será bien recibido.

Salieron del hospital casi corriendo y montaron en la furgoneta. Hamza volvió a conducir como un loco a través de las ruinas en las que se había convertido aquella ciudad. Cuando llegaron, el mismo Califa los recibió, pero Maca ya no estaba, había vuelto al hospital con los fármacos que pudo comprar.

Bruno y José hicieron lo mismo que Maca, compraron todos los medicamentos que pudieron y regresaron. Bruno casi se tira de la camioneta en marcha y entró volando al edificio. Buscaba a Maca con desespero de una sala a otra y seguía sin dar con ella.

«Dios mío, ¡no dejes que le pase nada!», se repetía una y otra vez.

Capítulo 29

Tropezó con el doctor que repartía entre sus ayudantes los medicamentos para administrarlos.

—¡Doctor! ¿Ha visto a Maca? —suplicó.

—Sí, está en aquella sala a mano derecha.

Sin dar más explicaciones, siguió con su difícil trabajo. Bruno, lleno de ansiedad y con los nervios destrozados, se acercó al habitáculo que el doctor le había indicado y el corazón le dio un fuerte latigazo. Maca estaba delante de él. Sujetaba en brazos a un pequeño, un niño desnutrido, al cual acunaba tiernamente. Se quedó mirándola en silencio. En pocos segundos, José se unió y se quedó a su lado contemplando la escalofriante escena. Con mucha suavidad y dulzura, Bruno se acercó a ella y colocó sobre su hombro su potente mano. Maca se volvió hacia él con los ojos anegados de lágrimas. El dolor y la pena pudieron más que la sorpresa y, lo único que salió de su boca, los dejó sin palabras:

—Él es Dahir, tiene dos años, está solo, no tiene quien lo cuide y, si nadie lo hace, morirá. Nadie le da un abrazo ni un beso. Nadie pierde un minuto con él.

Les estaba rompiendo el corazón escucharla y sus palabras no cesaban, abrazaba al pequeño con adoración.

—Llevo dos días con él, estaba solo, tirado en el suelo sobre una especie de manta, nadie se preocupaba de él, simplemente esperaba la muerte en silencio. No puedo dejarlo aquí, me voy a quedar con él —decía dirigiéndose a Bruno y José y estrechando al pequeño contra su cuerpo.

—Cariño, vamos a arreglarlo, te lo prometo, pero nos vamos a marchar de aquí.

—¡¡¡No!!! No voy a dejarlo aquí solo, nadie lo va a volver a abandonar nunca más.

—¿Por qué está solo un niño tan pequeño? —preguntó José.

—Vino aquí con su madre enferma desde Bakool debido a la hambruna. Estuvieron en el hospital, pero nada pudieron hacer por ella, y él se quedó en un rincón esperando a que alguien reparara en él. Cuando llegué aquí estuve al lado de André, pero vi tanta necesidad que me ofrecí para ayudarles. Enseguida reparé en Dahir, con unos ojos enormes, asustado y lo que más pena me dio fue ver su resignación. Al tomarlo en brazos, sentí su abandono, apenas había empezado a vivir y ya se daba por vencido. No le dejé hacerlo, le doy de comer lo poco que su estómago acepta. Le proporciono todo el cariño que tengo y desde entonces no me he separado de él.

Maca los ignoraba. Los miraba con el pequeño en brazos, fuertemente apretado contra su pecho, pero nada más, era como si estuviera en estado de *shock*, no reaccionaba. Se acercó a su mochila y les dio la espalda.

—Bruno, dale tiempo. Ha pasado mucho miedo y está muy angustiada por ese pequeño. Además, ha vivido durante tres días rodeada de todo este horror. ¿Estás dispuesto a llevarte a este niño con vosotros? Creo que Maca es capaz de quedarse aquí si no lo hacemos.

—Con tal de llevármela, haré lo que sea.

—Vale, yo voy a hablar de este asunto con el doctor y veremos cómo se puede arreglar. Tu quédate a su lado, en algún momento, cuando se sienta segura, reaccionará.

Bruno estaba asustado de ver así a Maca y se quedó a junto a ella sin decir nada, no quería alterarla, en esos momentos era tan vulnerable, jamás la había visto así.

—¿Quieres llamar a Julia? Estará muy preocupada por ti —le preguntó Bruno alargando su móvil hasta ella.

—Ahora mismo no puedo, tengo que darle un poco de comida. Le cabe muy poca y tengo que hacerlo muy a menudo. Luego la llamaré.

Mientras tanto José hablaba con el doctor sobre la situación del niño que Maca estaba cuidando.

—Yo puedo firmar los papeles necesarios para que este niño pueda ser adoptado. Se que, si se queda solo, en menos de una semana morirá. Pero son necesarios unos impresos. Creo que tanto en el hospital de Keysaney como en el hospital que pertenece a Médicos sin Fronteras le pueden ayudar.

—¿Hay médicos occidentales?

—Se marcharon hace un par de meses. Los asesinatos y secuestros del personal, así como los continuos bombardeos, hacen muy difícil permanecer aquí.

—Voy para allí y me entero.

Capítulo 30

José, junto al escolta, se dirigieron al hospital que le mencionó el doctor cruzando la ciudad. En cuanto llegaron, entró para encontrarse más de lo mismo; gente tirada por cualquier rincón en espera de recibir algún remedio para su sufrimiento. Era desgarrador comprobar en la cara de toda aquella gente la resignación al sufrimiento y al hambre. Se acercó a uno de aquellos doctores y le explicó quién lo mandaba y el problema que tenía.

—Hable con Clara, ella es una cooperante que nos ayuda a evacuar niños fuera del país para su tratamiento.

—¿Dónde la puedo encontrar? —preguntó José.

—Al final del pasillo, en la sala de los bebés, no se puede confundir, es la única mujer blanca del hospital.

José se dirigió siguiendo el largo pasillo hasta llegar a aquella sala. De espaldas a la puerta y sentada en una silla mientras le daba un biberón a un pequeño de pocos meses, la mujer le susurraba una canción. Su melena dorada igual que las espigas de trigo maduras al sol caía sobre su espalda. Llevaba un traje verde y se mecía sutilmente tranquilizando al bebé que estaba en sus brazos.

Carraspeó con suavidad para que aquella mujer supiera que estaba allí sin asustarla, estaba tan concentrada que cualquier ruido podía alterarla. Ella se volvió hacia la puerta.

A partir del momento en que sus miradas se cruzaron, todo se precipitó y el pasado volvió a cámara rápida.

José la miraba sin creer lo que estaba viendo y todos sus fantasmas de repente aparecían ante él. Tanto tiempo intentando olvidar aquel episodio de su vida y todo volvía junto a la imagen de aquella mujer. Hacía tiempo que su mente había cerrado aquella puerta y todo permanecía guardado bajo siete llaves. Pensaba que ya no dolía, que volver a recordar lo sucedido no rompería su alma. Mil veces pensó que si volviera a verla no sentiría nada por ella. Pero, en ese momento en que estaba sucediendo, cuando la tenía delante de él de nuevo, estaba comprobando que durante años se había engañado, el agudo dolor de su corazón volvía a él. Un sudor frío recorrió todo su cuerpo y tuvo que recomponerse porque las piernas le flaqueaban, su respiración se aceleró y los latidos de su corazón eran ensordecedores.

Clara también lo miraba, pero en sus ojos aparecían reflejados sentimientos muy diferentes a los de José. La pena y la resignación eran los más importantes. Por lo que reflejaba aquella mirada, ella no había encerrado nada en el fondo de su alma, al contrario que José, vivía con su recuerdo siempre permanente. Añoraba cada momento de aquel pasado, todavía soñaba cada noche con sus caricias y sus besos y sabía que nunca podría olvidarlos. Aquellos momentos volvían día tras día. Para ella no eran los fantasmas del pasado, sino un deseo, una esperanza. Cada noche cerraba los ojos con el anhelo de volver a verlo, aunque solo fuera una última vez.

Suspiró con melancolía, habían pasado ya cinco años desde su último encuentro, pero seguía sin acostumbrarse a su ausencia. Durante un largo tiempo, suplicó para que la escuchara, pero José se cerró en banda y nunca quiso hacerlo.

Entonces se encontraban, después de cinco largos y duros años, en el lugar más inhóspito de la tierra, donde los problemas particulares carecían de importancia ante el mayor drama que un ser humano podía vivir; la muerte. Allí se convivía a diario con la señora de la guadaña que venía a

buscar sus almas sin importarle si eran ancianas o bebés, buenas o malas, ella las cogía sin más, sin ningún criterio, al menos eso creía ella. Era como si escogiera sus víctimas al azar, con los ojos vendados o por un sorteo.

—Hola, José —saludó con dulzura y en voz muy suave para no despertar al bebé que llevaba en brazos.

La suavidad de aquella voz le removi6 las entrañas, siempre le había producido una sensación de relajación. Era una voz angelical, aunque más tarde los hechos le demostrarían que debajo de aquella apariencia de ángel se encontraba un demonio. Por eso no dejó que sus sentimientos nublaran la razón.

—Hola, Clara —respondió a su saludo sin una pizca de suavidad—, creo que tengo que tratar un asunto contigo. —Ella levantó las cejas en señal de confusión, ¿qué tenía que tratar con ella en un lugar tan rec6ndito? José pudo ver la confusión en sus ojos. A pesar de los años transcurridos, Clara seguía siendo totalmente transparente—. Vengo del hospital Benaadir. Una compañera ha permanecido durante cuatro días y se ha hecho cargo de un niño cuya madre murió. El niño se ha quedado completamente solo. Cuando lo encontró, estaba tirado en el suelo y nadie se hacía cargo de él, ni siquiera le daban de comer.

—¿Y qué quieres?, ¿traerlo a este hospital? —preguntó dulcemente.

—No, quiere llevarlo a Barcelona, quiere adoptarlo. Sabe que, si lo deja aquí, morirá —contestó José.

Esta vez su tono fue normal, había desaparecido la dureza, a fin de cuentas, era la única que podía ayudarlos. Maca estaba en estado de *shock* y era capaz de quedarse en aquel infierno de ciudad únicamente por el niño. Así que tenían que buscar la manera de sacarlo del país junto a ellos.

—Como muchos niños. Lo tengo que hablar con el director del hospital para que me autorice. Desde aquí se tramitan muchas adopciones, pero yo no tengo esa potestad.

José no quería suplicar, así que se limitó a decirle:

—¿Se podrá arreglar o no?

—Te repito que no soy la que toma la decisión. Pero te prometo que haré todo lo que esté en mi mano.

—¿Y ahora mismo no puede ser? —dijo levantando la ceja.

—El director del hospital no está, salió hacia la región de Bakool con ayuda humanitaria, lo esperamos para mañana. Yo preparo los papeles, pero sin su firma no valen.

—Vuelvo mañana.

—No es necesario, puedo mandar los papeles por fax al hospital de Benaadir. No hace falta que vengas de nuevo.

Clara quería evitar verlo otra vez porque su herida, aquella que nunca se cerraba, volvía a sangrar. Podía leer en los ojos de José su rencor, la desconfianza hacia ella no había disminuido y sabía que seguía culpabilizándola. Por eso prefería no volver a verlo.

José se quedó parado, distinguía perfectamente su amargura y dolor y no lo entendía, ¿ella fue la que le traicionó! Pero no pudo evitar quedar confundido. Podía haber asentido y salir de allí, perderla de vista para siempre, pero había algo que le impulsaba a seguir clavado frente a ella.

—¿Por qué estás en este hospital? —preguntó con curiosidad.

—Porque el centro de Médicos sin Fronteras donde yo estaba fue desalojado hace cuatro meses, los ataques eran continuos, incluso hubo un secuestro y dos tentativas. La organización la trasladó al país vecino, en Kenia.

—¿Y por qué sigues tú aquí?

—Porque esta gente me necesita, y yo no tengo nada en el mundo. Prefiero estar con ellos.

La contestación de Clara todavía lo dejó más asombrado. Una mala persona, como él creía que era, no se quedaba en un país, con un riesgo tan alto de poder perder su vida, simplemente para ayudar a los más desfavorecidos.

—No lo entiendo, ¿arriesgas tu vida por ellos? —dijo señalando a los niños.

—No lo puedes entender porque siempre has pensado de mí lo peor. Son agradecidos y ¿ves este niño? —Le mostró al bebé que tenía en brazos—. Cuando lo trajimos pesaba dos kilos y tenía nueve meses. Ha nacido pasando hambre y, cada comida que le das, lo alejas de la muerte. Me alimento de sus sonrisas, del brillo de sus ojos que expresan gratitud, es lo más sincero del mundo. Aunque no puedes salvar a todos y, cuando uno se va, te sientes impotente, ellos son lo único que merece la pena en mi vida.

No pudo decir nada, una persona que dedica su vida a salvar niños de una muerte segura no tendría que ser tan arpía como lo fue con él.

—¿Hasta cuándo piensas permanecer aquí? —cuestionó preocupado José.

—Hasta que dejen de necesitarme. Te mando los papeles al hospital en cuanto venga el director. Voy a seguir con mi trabajo. Me alegro de que estés bien y espero que tengas un buen viaje de vuelta.

—Vale, gracias —titubeó José confuso.

Se dio la vuelta para salir, cuando algo se lo impidió, no podía explicar qué era, pero tuvo la necesidad de volverse hacia ella. Clara había vuelto su cara hacia el bebé que tenía en brazos y que la miraba con aquellos enormes ojos, mucho más blancos al contraste con su piel negra. Durante unas décimas de segundo, José la observó en silencio y su perfil le recordó otros tiempos y lugares, cuando una sonrisa suya iluminaba su vida. No podía marcharse de aquella manera, por todo lo que en el pasado les unió.

—Clara —la llamó desde la puerta. Ella levantó la vista de nuevo y la fijó en aquel hombre que ocupaba el umbral. Se quedó mirando y esperando qué era lo que tenía que decirle—. Cuídate y no te pongas en peligro.

—Lo haré. Gracias.

Allí acabó el encuentro. Los dos se quedaron muy confundidos, hacía muchos años que no sabían nada el uno del otro y fue una verdadera sorpresa. Para Clara nada había cambiado, constataba un hecho que ya conocía, después de cinco años le seguía amando como el primer día, pero también comprobó que José seguía culpabilizándola. Al verlo de nuevo, supo que jamás dejaría de amarlo.

Para José fue diferente, durante cinco años pensaba en Clara como en un demonio de tres cabezas y, después de ese encuentro, no lo tenía muy claro. No dejaba de preguntarse lo mismo: «¿cómo podía entregar su vida, e incluso ponerla en peligro, y a la vez ser tan traidora?». No le cuadraba un perfil con el otro.

Al volver a la calle, Hamza le esperaba para regresar al hospital. Con el viaje a toda velocidad y el riesgo de atentados, momentáneamente, se olvidó de Clara.

Capítulo 31

Bruno seguía al lado de Maca que no dejaba al niño en ningún lugar. El doctor se acercó a ellos.

—*Miss Álvarez*, ¿podría ayudarme?

Ella asintió y buscó dónde dejar al pequeño. Miró a Bruno y acercándose a él le tendió al niño con suma delicadeza.

—Cógelo con cuidado y estréchalo con suavidad contra tu pecho —le pidió Maca con mucha ternura.

Bruno extendió sus brazos torpemente, y Maca dejó al niño bajo su protección. Mientras ella se fue con el doctor, Bruno miraba al pequeño que dormía plácidamente en sus brazos. Estaba desnutrido, no cabía duda, su piel arrugadita y pegada a los huesos, apenas pesaba. Estaba arropado por una suave tela de algodón y casi no notó el cambio de unos brazos a otros. Era imposible sentir un niño tan indefenso y con tanto sufrimiento a sus espaldas y no emocionarse. No le extrañaba que Maca actuara de aquella manera, apenas hacía dos minutos que lo tenía en brazos y solo quería protegerlo. No se merecía lo que le estaba sucediendo, ni él ni ningún otro niño. No podía apartar la vista de él, vigilaba cada pequeño movimiento que hacía.

A poca distancia, Maca lo observaba y se enterneció al ver aquel punto de emoción en Bruno. Se sentía arropada por aquellos hombres que habían venido a buscarla y poco a poco el miedo iba saliendo de su cuerpo. Muchas preguntas empezaban a bombardear su cabeza: ¿Por qué había venido a buscarla? ¿Y su mujer? ¿Qué significaba su presencia? Tenía una imperiosa necesidad de hablar con él y no se había dado cuenta hasta entonces. Se centró en un niño que el doctor estaba auscultando, apenas había personal y el que estaba no podía acudir a todo, así que ella se había ofrecido a echar una mano. No es que entendiera mucho de medicina, pero había muchas cosas que podía hacer.

Cuando terminó volvió al lado de Bruno.

—¿Se ha despertado?

—Todavía no. Duerme profundamente.

—Le doy de comer cada hora porque tiene un estómago muy pequeño. —Bruno asintió con la cabeza. Maca lo seguía mirando con intensidad hasta que no pudo más—. ¿Por qué estás aquí? ¿Por qué has venido? —preguntó

Él levantó la vista y la fijó en aquellos ojos oscuros que lo miraban intentando entrar en su alma.

—Porque no puedo vivir sin ti —contestó con contundencia.

Maca abrió los ojos desmesuradamente. No se iba a conformar con aquella respuesta, necesitaba mucho más.

—¿Y qué pasa con Adela?

—Tenías razón en todo lo que me dijiste de ella. —No quería irse por las ramas, iba a hablar claro por primera vez desde hacía muchos años, porque el interrogante en la cara de Maca lo exigía. Acomodó al pequeño en un brazo mientras con la mano libre cogía la de Maca y la llevaba a un pequeño rincón un poco apartado de todo. Los dos se sentaron en el suelo y Bruno empezó a contarle—. Todo sucedió como tú lo pronosticaste. Cuando llegué a Madrid, todavía estaba en la UCI, pero en menos de una hora la pasaron a planta. Iba un poco sedada cuando la instalaron y me

confundió con un médico o enfermero. Entonces me contó cómo tenía calculadas las dosis sin llegar a un final fatal. En ese mismo momento, salí de su habitación, hablé con su hermana y le dije que no me volvieran a llamar nunca más. Durante años ha jugado conmigo para retenerme a su lado sabiendo que entre nosotros no quedaba ni amor o respeto, ni siquiera un poco de cariño, solamente obligación. En esos instantes me invadió una tranquilidad que jamás había tenido. Fue entonces cuando recibí la llamada de José y creí que me moría. Ha sido el viaje más largo de mi vida y pensé que la ansiedad me mataba.

Maca lo miraba en silencio. No podía creer que ese problema, ese lastre que como pareja arrastraban desde el principio de su amor, hubiera desaparecido así, tan rápidamente. Le parecía como mínimo extraño.

—¿Así, con esa rapidez, te has convencido?

—¿No me crees?

—Comprenderás que después de tantos años intentando convencerte sin conseguirlo, ahora me resulte raro con qué celeridad lo has hecho tú solo.

—Lo sé, incluso a mí me resultó insólito, pero te juro por lo más sagrado que ha sucedido tal y como te lo he contado. Lo que no entiendo es cómo no lo he visto antes, cómo ha podido engañarme durante tantos años.

—Porque la culpabilidad que sentías te cegaba y no veías nada más. Ella se encargó, durante años, de avivar ese sentimiento tuyo, y tú, únicamente, veías lo que ella quería que vieres. Así de sencillo.

—¡Ha jugado conmigo! Me siento..., no sé cómo explicarlo; estafado, engañado y avergonzado. Durante estos años te he hecho sufrir debido a su juego sucio. No sé cómo podré recompensarte.

—Maca lo observaba y era verdad, se veía derrotado y cansado, ella pensaba que era por el largo viaje, pero, después de escuchar sus explicaciones y conocer lo sucedido, comprendió que se sentía así por culpa de Adela—. Ya sé que me lo has dicho mil veces y jamás lo creí. Pero fue escucharlo de su propia boca y sentirme estafado. No quiero saber nada más de ella. No sé qué hacer para que me perdones.

—Te dije lo que había sucedido, y no me creíste —dijo dolida—. Desconfiaste de mí y le diste toda la credibilidad a ella.

—Lo sé, es lo que más me duele y me siento responsable de todo lo que ha pasado.

—¡Ah no, eso sí que no! Ya hemos sufrido demasiado por tu exceso de responsabilidad, ¿no crees? ¿Es que siempre vas a sentirte obligado por algo? Durante años te invadió un sentimiento de culpabilidad por la pérdida de tu hijo, algo que no tenía razón de ser. Y, ahora, ¿qué pretendes?, ¿sentirte responsable por mi decisión? Yo no quiero ningún sentimiento de culpabilidad entre nosotros, únicamente quiero tu amor.

—Eso lo tienes y lo has tenido siempre, casi desde el momento en que nos conocimos, cuando me enamoré de ti. Has llenado mi vida y estar a tu lado es a lo único que aspiro.

—No quiero dudas entre nosotros, ni tampoco culpas o remordimientos. Quiero que cierres la puerta del pasado y que empecemos este camino los dos solos, sin lastres, sin fantasmas ni culpabilidades.

—Todo queda en el pasado, pero necesito saber que me perdonas.

—¿Qué tengo que perdonarte?

—Tantas cosas que me da miedo numerar. Lo primero, por todos los años que te he hecho sufrir. Por engañarte, escondiéndote mis verdaderos miedos, por dudar de tus palabras, por pagar contigo mi frustración. Por cada lágrima que has derramado —dijo arrastrando con su pulgar una de ellas que corría por su mejilla.

—¿Has venido a buscarme! Quizás yo también deba pedirte perdón por ser tan alocada, por ponerme en peligro y ponerlos a vosotros, por no pensar las cosas, por dudar de tu palabra.

—Si te hubiera sucedido algo, no me lo hubiera perdonado nunca y hubiera ido a buscarte al mismo infierno solo para castigarte.

En ese momento, los dos concentraron su vista en el pequeño Dahir que abría los ojos y los miraba lleno de curiosidad.

—¿Conseguiremos llevarlo a casa? —preguntó Maca preocupada.

—Déjalo en manos de José y ten confianza. Si él no lo consigue, nadie lo hará.

—No voy a dejarlo aquí, Bruno. Si no lo hubiera cuidado ya estaría muerto y, si me voy y lo dejo aquí, sé con total certeza que morirá. No tiene a nadie que le cuide, y los sanitarios del hospital no pueden estar velando por él cuando hay tanta necesidad. ¡Está solo e indefenso! —Lloró Maca.

En ese momento en que los dos miraban al pequeño, él abrió los ojos, los observó con atención y, por primera vez desde que Maca lo acogió bajo su tutela, les sonrió. Los corazones de Maca y Bruno dieron un vuelco y esa pequeña sonrisa se apoderó de los dos. Se miraron y, sin que mediara ninguna palabra entre ellos, tomaron una firme decisión; cuidarían siempre de él.

—Si es necesario —dijo Maca—, volveré a visitar al presidente, pero no voy a volver a Barcelona sin él.

—No podrán negarse, tendrán que concedernos su custodia. Si no es así, este niño no sobrevivirá.

Maca se colgó de su cuello y le besó cien veces por toda la cara. Después se acercó a Dahir e hizo lo mismo, pero con mucho cuidado para evitar asustarlo. Después, con mucha dulzura, le susurró:

—Pronto nos iremos a casa, cariño. —El pequeño volvió a sonreír como si hubiera entendido cada una de sus palabras, y ella, con una alegría que volvía después de pasar días llenos de amargura, miedo y dolor; no pudo evitar exclamar—: ¡Es que me lo voy a comer enterito!

José entró en ese momento en la sala y la estampa que vio le enterneció y cambió su adusto semblante debido a su encuentro con el pasado más doloroso. Volver a ver a Clara le había enfurecido y todos los recuerdos, tan escondidos, volvían como un torbellino.

Se acercó a ellos y les transmitió las noticias.

—Hasta mañana no conseguiremos los documentos, el director del hospital estaba fuera y es el que tiene que firmar los papeles. Lo hará cuando llegue.

—¿Crees que firmará? —preguntó Maca ansiosa.

—Estoy casi seguro de que sí. En el hospital me he encontrado con una vieja conocida y me ha dicho que hará todo lo posible, pero que la última palabra la tiene el director. A lo largo del día se pondrá en contacto con él y, en cuanto tengan el historial del pequeño —explicó señalando a Dahir—, se decidirán.

—No se va a quedar aquí, diga lo que diga uno y otro.

—No te preocupes que Dahir no se quedará aquí.

—André está muy recuperado y sin problemas para viajar, eso me ha dicho el doctor, así que, en cuanto tengamos los papeles firmados, nos largamos de aquí.

A media mañana, Clara se puso en contacto con el director pidiendo los datos necesarios para rellenar los impresos. Este le contó la verdad de cómo su madre murió y si no hubiera sido por Maca el niño hubiera seguido la misma suerte que ella. Cuando terminaron de hablar, Clara le dijo que en cuanto tuvieran los documentos se los mandaría por fax.

Mohamed Arad corrió a comunicarle la noticia a Maca, le contó toda la conversación con la

doctora. Maca lo abrazó dándole las gracias una y mil veces igual que todos los demás.

—El mérito no es mío, sino de la doctora Sabater. Generalmente estos asuntos van muy despacio, pero gracias a ella lo vamos a conseguir en un tiempo récord. En muchas ocasiones, estos niños caen en mafias o personas sin escrúpulos y tenemos la obligación de velar por ellos y evitarlo. Ha confiado totalmente en ustedes.

—José conocía a la doctora Sabater —dijo Maca—. Al menos le queda la seguridad de que no formamos parte de ninguna mafia.

—Seguro que sí.

José permaneció callado. Sabía que Clara le estaba haciendo un enorme favor. Cuanto más pensaba en ella menos la entendía. No se explicaba cómo una mujer tan entregada a los demás, capaz de sacrificar su propia vida por personas muy necesitadas en todos los aspectos, pero desconocidas, en otro tiempo pudo ser tan cruel. Por más vueltas que le daba, no podía entender un cambio así, repartir tanta bondad entre desconocidos y ser tan cruel con la persona que, supuestamente, amaba. Quizás el tiempo la había cambiado.

Todos esperaban ansiosos el certificado para salir de allí, incluso el doctor se unió al desasosiego que imperaba entre aquellos periodistas. El gesto de los reporteros comprando todos aquellos medicamentos desinteresadamente lo había agradecido en nombre de todos los enfermos. Y se alegraba por el pequeño Dahir, sin ningún futuro si se quedaba allí, en cambio las posibilidades para él, en una ciudad como Barcelona, serían enormes y quién sabía si, con los años, volvería a su país de origen para ayudar a sus compatriotas, como hizo él.

Al día siguiente el fax llegó y la alegría era inmensa.

Con los documentos del pequeño en la mano, y siendo ya legalmente hijo de Maca y Bruno, todos salieron hacia el hotel la Paz, donde permanecerían hasta que tuvieran que ir al aeropuerto para coger el vuelo a Nairobi. Todavía necesitaban a la escolta.

Con los equipajes ya a punto, aunque todavía faltaban la confirmación de los billetes, todos esperaban el momento de abandonar la ciudad, lo harían relajándose en las habitaciones. Menos José, el cual tenía otros planes.

—Hamza, ¿me puedes llevar al Hospital Keysaney?

Maca y Bruno se volvieron hacia él, lo observaban, pero no entendían nada.

—¿Qué vas a hacer, José?

—Solamente quiero hablar con Clara. No os preocupéis que enseguida estaré de vuelta. Pero necesito hablar con ella antes de marcharme.

—Ten mucho cuidado. Y que no se te olvide darle las gracias. Dile que siempre le estaremos agradecidos, aunque no lo hiciera por nosotros.

Sin decir nada más, salió del hotel a toda prisa y se metió en la furgoneta que lo llevó a toda velocidad cruzando, nuevamente, la ciudad. Al llegar, bajó del vehículo y entró con decisión.

Buscó por el hospital en el lugar donde el día anterior la había visto, pero allí no estaba y no la encontraba. No le quedó más remedio que preguntar a una enfermera.

—Disculpe —dijo en inglés suplicando para que lo entendiera—. ¿Me puede ayudar? Busco a la doctora Clara Sabater.

La enfermera no lo entendía, y a José no le quedó otro remedio que sacar su cartera y mostrarle una foto de Clara. La tenía en un apartado, escondida para no verla, pero no pudo tirarla. Esta reconoció a la doctora y con el dedo le señalaba un pasillo mientras le hablaba en un idioma desconocido, o bien en somalí o cualquiera de los dialectos que se hablaban en el país.

José fue hasta la última puerta y a través de ella se escuchaban canciones de niños y también la voz de Clara. La abrió y no pudo evitar la cara de sorpresa, en aquella sala todos los niños

estaban mutilados. Todos se esforzaban por jugar, reír y cantar con normalidad. En el centro de todos ellos estaba Clara animándolos con sus palabras y sus palmas. A todos les faltaba algún miembro. Los niños se callaron al verlo en la puerta, y Clara enseguida volvió la cabeza. Al descubrir a José se quedó muda hasta que un pequeño tiró de su bata.

—Seguid sentados, enseguida continuamos jugando —les pidió en somalí. Se levantó del suelo y fue hacia José—. Hola, ¿no han llegado los certificados? —preguntó preocupada.

—Sí, sí. Todos te estamos muy agradecidos, en especial Maca.

—Entonces, ¿cuál es el motivo de tu visita?

—Necesito respuestas. ¿Por qué sigues aquí cuando se han ido todos?

—Por ellos —contestó volviéndose hacia los niños y señalándolos con la cabeza—. Todo el mundo los abandona a su suerte y les han arrebatado todo. He elegido quedarme con ellos y ayudarles a seguir adelante, a pesar de sus cuerpos maltrechos.

—Puedes morir en cualquier momento.

—Lo sé, pero mi vida no es más importante que la de ellos.

—Puedes venir con nosotros.

—Si hubiera querido irme, hace mucho tiempo que lo hubiera hecho. Pero no quiero hacerlo, me necesitan.

—Tu familia también te necesitará.

—No, no me queda nadie, fuera de aquí nadie me echa en falta. Solo ellos lo harían. —Volvió a señalar a los pequeños que no dejaban de mirarla.

«Yo te echo de menos, ¡maldita sea!», pensó José.

Pero no lo dijo en voz alta, desde que la vio el día anterior no hacía más que recordar cómo la había amado, no podía pensar en otra cosa.

—Te dejo mi móvil y, si un día me necesitas, no dudes en llamarme. No me gusta dejarte en esta ciudad tan inhóspita y llena de peligro.

—No has cambiado con los años, sigues siendo el mismo caballero de siempre, a pesar de lo que piensas de mí, me ofreces tu ayuda.

—No quiero hablar de eso, simplemente te ofrezco apoyo.

—Puedes irte tranquilo, me quedo y sé a qué me expongo. Agradezco tu gesto, pero mi sitio está aquí. Adiós, José, y cuídate mucho.

—Cuídate tú y, si me necesitas, no dudes en llamar —recalcó.

No era tranquilidad, precisamente, lo que tenía en esos momentos. Para acallar su preocupación le dio su tarjeta. Sin esperar ningún comentario, en cuanto Clara la cogió se dio media vuelta dirigiéndose hacia la puerta de aquella estancia. Sabía que era el blanco de todas aquellas miradas, las sentía sobre su espalda. Sin volverse por última vez, cerró la puerta tras él y se quedó apoyado en ella. Necesitaba tomar aliento para poder continuar. Todavía seguía allí parado, cuando una canción, con la dulce voz de Clara, volvió a sonar, y todos los niños la acompañaban. Durante unos segundos más, no pudo evitar que aquel sonido, que tantas veces le había hecho vibrar, entrara dentro de él removiendo sus entrañas.

Movió bruscamente la cabeza para ahuyentar todos los recuerdos que volvían en tropel y salió corriendo. Media hora después estaba entrando al hotel. Subió hasta la habitación de Maca, donde todos estaban reunidos, y entró como un vendaval.

—Tenemos billetes para las 7:00 horas, destino Nairobi. Hamza nos llevará en dos camionetas, ahora debemos descansar un poco, nos espera un largo viaje de vuelta.

Capítulo 32

Todos estaban nerviosos, esperaban la hora de salir hacia el aeropuerto dando muestras de ello. Llegaron con mucha antelación y conforme se acercaba la hora del despegue, el miedo se unía a los nervios. Podían ser bombardeados al despegar como otros aviones que permanecían retirados de la pista, pero a la vista de todos. Por eso, al subir al avión, se mantuvieron pegados a sus asientos y con los ojos cerrados.

Maca estrechaba al pequeño Dahir contra su cuerpo, él era ajeno al peligro que se exponían.

Por fin, sin ningún altercado, despegaron. Cuando estuvieron a una altura considerable, lejos del alcance de la artillería, todos los viajeros respiraron más tranquilos y se relajaron en sus asientos.

—Hemos pasado lo más peligroso. —Suspiró José.

Maca y Bruno se miraron con gran satisfacción, habían salido de Mogadiscio y llevaban consigo a Dahir, era más de lo que creían conseguir solo unas horas antes. Unos días atrás, Maca pensaba que Bruno la había abandonado y, en esos momentos, no solo volvía a tenerlo a su lado, sino que las circunstancias de la vida los había convertido en padres. Cómo podía cambiar la vida de un momento a otro.

Después de un viaje largo y agotador, llegaron a Barcelona. Dahir comía a sus horas lo poco que su estómago le permitía y dormía mucho. Lo que no sabían era el recibimiento que les esperaba. José le mandó un mensaje a Julia para tranquilizarlos y decirles que ya estaban en camino y que tardarían casi un día entero en llegar.

Así que cuando todos, incluido André que iba atiborrado de calmantes, salieron a la terminal, se encontraron con sus amigos. Eran recibidos como si fueran unos deportistas famosos. Julia, Andrea y Marina, junto a sus maridos, y Ángel, el director de la agencia, agitaban los brazos para llamar su atención. El resto de los viajeros los miraban con curiosidad intentando ver en aquellas personas gente famosa. La familia de Maca no había viajado a Barcelona porque ella les aseguró que necesitaban descansar y que irían a Madrid enseguida, en cuanto el pequeño pasara la revisión pertinente.

Cuando Maca vio a sus amigas, no pudo evitar llorar como una magdalena, toda la fortaleza que había tenido hasta ese mismo momento desapareció de un plumazo y se derrumbó. Entre lágrimas corrió a fundirse en los brazos de aquellas mujeres que en poco tiempo se habían convertido en un importante puntal de su vida.

Las cuatro se abrazaron. Lloraban y reían a la vez. No sabían muy bien qué sentimiento pesaba más; si el enfado por aquel infantil comportamiento, el temor por los acontecimientos o la alegría de tenerla nuevamente en casa. Lo que quedaba demostrado era que las cuatro eran unas lloronas de narices.

—Esta no te la perdono, ¡lo juro! —gemía Julia abrazada a Maca.

—¡Eres una loca! No tenías derecho a hacernos sufrir de esta manera. —Lloraba Andrea cogida a Maca y Marina.

—¡Júrame que no volverás a marcharte de esa manera! No sabes el miedo que nos has hecho pasar —le recriminó Marina.

Maca no podía hablar, sentirse tan querida, a pesar de la reprimenda que estaba recibiendo, la hacía llorar con más fuerza de la misma emoción. Verse en Barcelona, a salvo y rodeada de todos

sus amigos la reconfortaba y se sentía la mujer más feliz del mundo.

—Vamos a ver a este niño —declaró Julia acercándose al pequeño que Bruno tenía en brazos.

Antes de decir nada más, Maca buscó a Diego y, cuando lo encontró, simplemente le dijo:

—Diego, te necesito.

Todos observaron al pequeño que Bruno destapaba con cuidado intentando no despertarlo. El niño, aunque no se movía, estaba muy despierto, era inevitable, los gritos de aquellas cuatro locas lo habrían despertado. Se asomaron y en cuanto lo vieron tan pequeñito, desnutrido y que los miraba con aquellos enormes ojos tan blancos, se les encogió el alma. La respuesta de Diego no se hizo esperar.

—Podemos empezar ya —contestó Diego ante la gravedad de lo que estaba viendo.

—Vámonos, va a necesitar mucha ayuda —comentó Bruno.

—No perdamos el tiempo, voy con vosotros. Lo ingresarán en cuanto lo vean —les avisó Diego.

—Lo que sea necesario. —Después se volvió hacia sus amigos y, disculpándose con la mirada, les aclaró—. En cuanto sea posible os pongo al corriente y os cuento todo lo sucedido con pelos y señales, pero ahora me preocupa Dahir.

Nadie emitió ni una protesta, con ver al pequeño se entendía la urgencia de Maca. Así que sin más salieron con Diego hacia el hospital de niños Sant Joan de Deu. Ángel se llevó a André al hospital más cercano para una revisión, y los demás se fueron todos juntos.

Como pronosticó Diego, el pequeño Dahir se quedó ingresado y durante una semana lo sometieron a todo tipo de pruebas llegando a la conclusión de que estaría bien en cuanto recuperara peso. Claro que para eso necesitaría un tiempo.

Maca no se apartó del niño, y Bruno iba y venía al hospital. También fue el encargado, junto con sus tres amigas, de acondicionar una habitación infantil para Dahir. Era algo que lo tenían muy por la mano ya que, tanto Marina como Julia, estaban embarazadas y también preparaban las de sus bebés.

Dos semanas después, Maca y Dahir iban camino a casa y la llegada se convirtió en una gran fiesta. El pequeño miraba todo y sonreía y es que en un par de semanas su cuerpo había ganado peso y fuerza empezando a dar pequeños pasos, siempre bajo la atenta mirada de Maca y Bruno. Dahir lo miraba todo con los ojos muy abiertos, desde que había llegado a Barcelona todo le llamaba la atención y su habitación más que nada. Por todos los rincones había juguetes, algo que el niño no había visto nunca. Observaba sin atreverse a tocar nada, como si temiera que al hacerlo se fueran a desvanecer. A todos los presentes se les encogió el corazón al ver aquella emoción en sus ojos. Había pasado, en su corta vida por tanto dolor y necesidad que ver la expresión de su cara ante todo lo que veía no tenía precio.

—No estabas ni embarazada y eres madre antes que nosotras —apuntó Julia.

—Sí, yo tampoco lo pensaba, no iba con esa intención. La verdad es que me convertí en madre de un día para otro —aseguró Maca—. Tuvimos suerte de que la amiga de José nos acelerara todos los trámites. Por cierto, José, ¿por qué volviste?

Todos se giraron hacia él. Pero él no tardó nada en explicarlo.

—Volví para darle a Clara la oportunidad de volver a Barcelona con nosotros.

—¿Era reportera? ¿La conozco? —curioseó Andrea.

—No, es doctora —contestó Maca adelantándose a José.

—Nos conocimos mientras estudiábamos. Después le perdí la pista durante los últimos años —les comentó sonando muy casual.

En realidad, no mentía, era verdad que los últimos años le había perdido la pista. Nadie le dio

mayor importancia a aquel hecho. Pero José estaba preocupado. Durante todo el viaje no dejaba de darle vueltas a la misma cuestión, ¿cómo era posible que una persona que se comportó de la forma en que ella lo hizo podía llegar a sacrificar su vida por aquella gente? No le cuadraba la forma de actuar y esa era su preocupación. Clara se esforzó tanto para que la escuchara sin llegar a conseguirlo porque jamás le dio la oportunidad. Hasta que, al final, cansada de suplicar y encontrarse siempre con su rotunda negativa, claudicó y salió de su vida sin hacer ruido. Jamás volvió a ponerse en contacto con él. Movi6 la cabeza para sacarla de su cabeza y volvió a la conversación. Habían abierto unas botellas de cava y llenaban las copas. Estaba tan inmerso en sus recuerdos que se había perdido el motivo del brindis.

—¿Qué habéis dicho? —preguntó.

—¿Se puede saber dónde estabas? —le dijo Julia a su lado.

—Me he despistado.

—Ya, desde que has vuelto andas muy despistado, demasiadooo —recalcó alargando la última palabra.

—No seas tocachuevos y dímelo.

No hizo falta, porque Bruno respondía a Andrea que protestaba por el poco tiempo que quedaba para preparar la boda.

—No quiero esperar más, será el mes que viene con toda seguridad —insistió Bruno—. No podemos tener un hijo fuera del matrimonio, ¡mi madre me mata!

—Ya tenemos hora en un pueblo muy pequeñito en el que nos casará el mismo alcalde.

Bruno no pudo evitar sonreír al recordar el día en que fue a hablar con él.

—¿Qué manía tienes de hacer eso! —protestó Julia.

—¿Y qué hago? —respondió Bruno alucinado.

—Reírte tú solo y no contar el chiste —exclamó molesta al saber que aquella sonrisa no era casual, sino que escondía algo.

—No se te pierde un detalle. Debes de tener a Diego frito.

—Yo soy muy transparente, soy para ella como un libro abierto —contestó Diego sonriendo.

—Vale, pues cuenta —pidió a Bruno ignorando su comentario.

—Es una tontería. Cuando me presenté en la alcaldía para solicitar día, se apareció un hombre vestido con un mono de trabajo y unas botas de agua llenas de barro. ¡Ah, que me dejó un detalle! Con una boina calada hasta los ojos. Cuando se presentó como el alcalde y la persona que nos casaría, no pude evitar mirarlo de arriba abajo. Él se dio cuenta y enseguida me dijo: «tranquilo, que para el día de tu boda vendré con traje».

Todos hicieron chocar sus copas al brindar por la felicidad de sus amigos.

—¿Y la bruja sin escoba? —preguntó Andrea.

Maca no pudo evitar atragantarse cuando comprendió que su amiga hablaba de Adela y empezó a toser sin poder parar. «Cualquier día me ahogan estas dos. Antes solo era Julia la alocada, pero Andrea le sigue muy de cerca», pensó ella, roja como un tomate, intentando sacar el líquido que se había colado en sus bronquios. Cuando a duras penas pudo hablar.

—¿Andrea! ¿Cómo hablas así? —preguntó Maca asombrada por su atrevimiento.

—Porque él —dijo Andrea señalando a Bruno— nos ha dado permiso. Ya se ha dado cuenta de lo que es esa mujer. ¿Verdad, Bruno?

—Verdad, chicas.

Lo que no sabía nadie era que esa misma mañana, cuando estaba a punto de salir hacia el hospital para recoger a Maca y Dahir, una insistente llamada de Adela en su móvil le hizo comprender que aquella mujer ya no tenía sobre él ninguna influencia. A la primera llamada no le

hizo caso, no quería que nadie enturbiara la felicidad de ese momento. Pero, ante la insistencia, quiso probarse a sí mismo y saber, de primera mano, el efecto que Adela tenía sobre él, así que contestó.

No pudo evitar que la conversación se reprodujera en su cabeza.

—¡Llevo días llamándote e intentando hablar contigo! ¿Cómo te has atrevido a ingresarme de nuevo? —hablaba encolerizada.

—Yo ya no tengo esa potestad, es tu familia la que ahora decide tu destino —le contestó, para su misma sorpresa, con mucha tranquilidad.

—¡Tú eres mi marido! —gritó enfurecida y llena de rabia.

—Te equivocas, estamos divorciados y dentro de un mes estaré casado con otra mujer. A pesar de las malas artes que has utilizado durante años, no has conseguido separarnos.

—¡Eres un desgraciado! ¿Cómo te atreves a hacerme esto después de ser el responsable de mi mayor desgracia? ¡Tú eres él único que ha jodido mi vida!

Bruno no hizo ni caso a los falsos reproches de Adela, gritando como una energúmena a través del teléfono. Tomó aire y con una calma envidiable empezó a desenmascararla.

—Después de tu intento de suicidio, cuando llegué a la habitación, todavía estabas bajo los efectos de la sedación y hablaste mucho, demasiado —le explicó, con mucha calma, todo lo que ella, entonces, le había dicho—. En muy poco tiempo, me pusiste al corriente de todas las malas artes que habías utilizado durante años para mantenerme a tu lado y consiguiendo que mi sentido de culpabilidad cada día fuera mayor. —Guardó silencio unas milésimas de segundo y, al no tener ninguna respuesta, preguntó—. ¿Te suena de algo? —Un silencio a través de la línea le dio a entender que estaba buscando una excusa. No esperaba esa respuesta de Bruno, así que siguió hablando—. A partir de ahora puedes hacer lo que quieras con tu vida, inflarte a pastillas, cortarte las venas o tirarte de un puente abajo; ya no es mi problema ni mi responsabilidad, sobre todo al descubrir que lo tenías todo calculado al milímetro. En cuanto te escuché, la responsabilidad y culpabilidad que me amargaron durante años se desvaneció.

—No puedes hacerme esto, ¡yo te quiero, Bruno!

—Puede ser, aunque sea una forma muy peculiar y destructiva de querer. Pero yo no te quiero y no es algo que haya sucedido recientemente, sino que dejé de amarte hace años, más bien eras una carga que yo me había impuesto debido a mi exceso de responsabilidad. Además, jamás olvidaré que me has mantenido a tu lado a base de constantes coacciones. No quiero volver a saber nada de ti.

—Bruno, ¡escúchame, por favor! Puedo cambiar, puedo ser la mujer que tú quieres que sea, dame una última oportunidad.

—Lo siento, no hay más oportunidades, te las he dado durante más de tres años. Amo a Maca y dentro de un mes me caso con ella. Me has estafado durante muchos años y, ahora mismo, no me quedan buenos sentimientos hacia ti.

Adela, al ver que apelando a sus sentimientos no conseguía nada, se puso a gritar fuera de sí.

—¡Eres un desgraciado, hijo de puta! Por tu culpa nunca podré ser feliz.

—Lo siento mucho, Adela, pero sigo sin quererte en mi vida. Si no consigues ser feliz solo tú tienes la culpa. No vuelvas a llamarme ni al móvil y mucho menos a mi casa.

—Llamaré donde quiera.

—Hazlo, solamente podrás realizar una llamada y después, con la denuncia que te pondré y con tus antecedentes, conseguiré que te tengan aislada por mucho tiempo.

—¿Serías capaz?

—Ponme a prueba. No sabes lo que ahora mismo soy capaz de hacer por mantenerte alejada de

mi vida y de la persona que más amo.

—¿Me estás amenazando?

—Totalmente, olvídate de mí y sal de mi vida, ¡ya!

No hubo un adiós entre ellos ni un deseo de felicidad, ningún gesto amable. La relación con Adela acababa con una amenaza.

Aunque la conversación la podía repetir palabra por palabra, les contaría todo resumido. Los días que Maca había estado en el hospital con Dahir, Julia, Andrea y Marina se ofrecieron a ayudarle para montar la habitación. Lo que él no sabía que le iban a ofrecer unas sesiones de terapia completísimas. Hablar con ellas y ver el punto de vista de personas no implicadas en la historia le hizo comprender, con más claridad, su equivocado sentido de culpabilidad, así como el enorme aguante y paciencia de Maca. Una semana de conversaciones con ellas había hecho el efecto de un año de psicólogo.

Bruno les contó la conversación en un par de frases, alterando a todas las mujeres. Si hubieran escuchado la conversación completa, estarían subiéndose por las paredes. Y no se equivocó.

— ¡Qué mala es la jodida! Yo lo sabía, siempre lo supe — espetó Maca encendida por la rabia.

—Ya no tenemos que preocuparnos más de ella —comentó Bruno intentando apaciguarla.

—¿Estás seguro? —insistió Maca.

—Totalmente. La he amenazado, le he dicho que si vuelve a llamarme la denunciaré al hospital, y ella sabe perfectamente las consecuencias que eso tendría; la incomunicarían por el tiempo que creyesen necesario. No es tonta y no se arriesgará.

—¿Tú crees que ya lo ha comprendido de una vez? —preguntó Julia.

—Estoy convencido. Incluso le dije que me casaba el mes que viene.

Maca lo miraba con la boca abierta. En su cara se reflejaba la incredulidad.

—¿De verdad? —insistió.

—Totalmente. Lo único que no le he dicho es que tenemos un hijo, me pareció inapropiado.

—Eso hubiera sido cruel. Había que ponerla en su sitio, pero era innecesario que conociera ese dato —expuso Maca.

Aquella noche, cuando todos se marcharon, Bruno y Maca acostaron al pequeño Dahir. Desde su confortable camita, y abrazado a un dulce peluche, los miró con una sonrisa en los labios. Era lo único que les podía ofrecer, una sonrisa cargada de cariño y agradecimiento. Después, cerró los ojos y cayó en un profundo sueño. Unas semanas antes, era un niño que no tenía nada, carecía hasta de lo más indispensable como era el alimento. Todo había cambiado y estaba rodeado de cosas que jamás hubiera soñado.

Los dos lo miraban embelesados, nunca lloraba, era como si recordara todas sus penurias y en esos momentos, que tenía de todo, le pareciera injusto hacerlo. Si cuando tenía motivo para llorar no lo hizo, rodeado de cariño y con todas las necesidades cubiertas, no podía hacerlo, solamente mostraba agradecimiento de la única manera que sabía; con aquella sonrisa.

Se aseguraron de que estuviera bien dormido y juntos salieron de la habitación. Con la semana en Mogadiscio y las dos de ingreso, era la primera vez que disponían de intimidad.

Maca entornó la puerta donde dormía el pequeño y, al darse la vuelta, se encontró con la mirada de Bruno. Ella no tardó ni un segundo en refugiarse entre sus brazos.

—Me parece mentira estar aquí contigo y con Dahir. Han sido unas semanas muy...

No pudo seguir hablando y enterró la cara en el potente pecho de Bruno, este la envolvió no solo con sus brazos, sino con todo el amor que tenía dentro solo para ella.

—Shhhhh —la calmó al escuchar su llanto—. Todo ha pasado, hemos dejado esos momentos de angustia enterrados en el pasado. De ahora en adelante solo contamos tú, yo y el pequeño Dahir.

—He pasado tanto miedo en aquel hospital, primero con André y después sintiendo cómo la vida de Dahir se me escapaba entre los dedos. Si no me hubieran dejado traerlo...

—Es que te quedaste sola en una ciudad desconocida y muy hostil.

—No he podido hablar de ello, pero lo tengo clavado aquí —exclamó golpeando suavemente su corazón.

—No te quedes nada dentro, cuéntame lo que necesites.

—El día que descubrí a Dahir por primera vez, sobre una raída manta, observando a todo el mundo con esos ojos enormes, me dio la impresión de que pedía ayuda con la mirada, suplicaba con esos ojos que a mí me dejaron impactada desde el primer momento. —No pudo evitar que sus lágrimas fluyeran y que la voz se quedara estrangulada en su garganta. Cuando se calmó siguió contándole—. Nadie reparaba en él y, cuando el doctor me contó lo sucedido, lloré en un rincón como una tonta. Lo hice por miedo, por no saber qué tenía que hacer, por su madre muerta, por todo el dolor que aquel niño, tan pequeño, había soportado en su corta vida. —Se paró durante unos segundos, era terrible recordar aquello, después prosiguió, más que el relato, la descarga emocional que tanto le pesaba—. Cinco minutos después fui hacia él, me agaché a su lado y me quedé con su carita a pocos centímetros de la mía. Todo lo que sentí en su mirada hizo que las lágrimas rodaran por mis mejillas sin darme cuenta, me pedía ayuda en silencio. Ni un llanto ni una queja, fue lo que más me impactó. Cuando lo cogí en brazos, no pude evitar llorar con amargura al comprobar su fuerte desnutrición. Fue duro sentir sus huesos. Noté cómo se abandonaba en mis brazos, me dio la sensación de que se preparaba para morir. ¿Sabes qué se siente cuando un niño tan pequeño asume la muerte? —preguntaba con angustia, recordando aquellos instantes—. Es lo más duro que he vivido hasta ahora. No apartaba la vista de mí. Intuí sus preguntas y su súplica silenciosa y allí mismo, estrechándolo contra mi cuerpo, le prometí que jamás me alejaría de él.

»Fui a hablar con el doctor para empezar su alimentación, y él añadió aquellas duras palabras que me hundieron y que jamás las olvidaré. La sinceridad, en muchas ocasiones, es muy cruel. Pero era una realidad. En un hospital saturado de enfermos y desnutridos, sin medicamentos ni alimentos para todos, fue lo más realista. En ese momento tomé la decisión, al pequeño que tenía en brazos no le ocurriría lo que vaticinaba el doctor.

—¿Qué fue lo que te dijo? —preguntó con curiosidad.

—«No pierda su tiempo ni sus energías con él, está condenado. Nadie se preocupa por él, y los sanitarios no podemos acudir a todos» —repitió las palabras del doctor entre lágrimas—. Jamás podré olvidarlas.

—Es duro.

—Pero real.

—Dahir me miraba totalmente vencido y su miedo era también el mío. Yo le hablaba sin cesar y, aunque él no me entendía, al escuchar mi voz se relajaba y cuando le di de comer, minutos después, su agradecimiento me encogió el corazón. Le alimentaba muy a menudo lo poco que su estómago aguantaba y pude ver cómo su expresión iba cambiando, cómo volvían a él las fuerzas y la esperanza. Confió de nuevo en alguien, ¡confió en mí! Y yo juré que jamás lo abandonaría. No sé por qué estoy convencida de que entendió cada palabra. Puedes pensar que eso no pudo suceder, pero te juro que yo lo sentí así.

—Sé que sucedió de esa manera, cariño.

—¿Y si no lo hubiera visto? —se torturaba Maca—. Me angustia pensar qué hubiera sucedido si no hubiera reparado en él.

—Lo descubriste, está con nosotros y jamás le faltará nada. —Las contundentes palabras de

Bruno la sacaron de aquella espiral en la que a veces caía. En muchas ocasiones se angustiaba pensando en qué habría sucedido si no lo hubiera visto, si no se hubiera acercado a él—. Simplemente hay que observarlo cuando te mira, ¡te adora! Te has convertido en su mundo. Has luchado por él como no pudo hacerlo su madre.

—Así es el destino; a unos les favorece y a otros no. Cuando te vi en medio de aquel hospital. Lleno de dolor y desolación, mi corazón se tranquilizó de repente, sabía que tú lo solucionarías todo.

Bruno sonrió lleno de orgullo y la estrechó con todas sus fuerzas contra su cuerpo.

—Dios, Maca, ¡qué miedo me hiciste pasar! Cuando hablé con José temblaba y solamente pensaba en salir hacia Somalia, aunque fuera caminando. Hasta que no te vi sana y salva, no respiré con tranquilidad.

—Siento haberme marchado así y haberte hecho sufrir, pero no me arrepiento, es mucho lo que he ganado con ese infernal viaje, he recuperado tu amor y tenemos a Dahir, no puedo pedir más.

—Mi amor lo tuviste siempre.

—Y tú el mío.

Sobran ya las palabras.

Hacía mucho tiempo que no disfrutaban de intimidad y, en cuanto sus labios se rozaron, las hormonas hicieron el resto. El tiempo de sequía estaba a punto de terminar.

Las manos de Bruno se perdían bajo la camiseta soltando el sujetador con gran maestría y a la primera.

«¡Es increíble! —pensó Maca—, con lo que me cuesta a mí y el arte que tiene el *jodio*».

Pero ya no pudo hilar ni un pensamiento más porque las sensaciones ocuparon su mente. Y es que las manos de Bruno la recorrían por completo. Tan concentrada estaba en todo lo que le hacía sentir, que no se dio ni cuenta de que cada vez le faltaba más ropa y que apenas quedaba nada tapando su cuerpo.

«La facilidad que tiene para dejarme desnuda sin que apenas lo perciba es espectacular», caviló de nuevo entre suspiros de placer.

—Si seguimos aquí, vamos a despertar a Dahir —susurró Bruno sobre sus labios.

Maca suspiró mientras dio dos pasos hacia atrás, le costaba apartarse de Bruno, aunque solo fueran unos centímetros. Se resignó y de mala gana se dispuso a alejarse de él, todo fuera por el descanso de Dahir. Pero esa no era la intención de Bruno, así que tomó las riendas y la acercó de nuevo a él todo lo que se había separado, esa vez cogiéndola en brazos. Acercó sus labios a los de ella, silenciándola, y la llevó hasta la habitación dejándola con suavidad sobre la cama. Se quedó de pie y, mientras se desvestía con la máxima urgencia, la miraba con lujuria, ¡se la comía con los ojos! Sus manos no podían arrancar la ropa más deprisa, pero en su mente ya recorría aquel cuerpo con sus labios. Incluso sentía en su lengua su sabor único y enloquecedor. Era como un animal salvaje cegado por el aroma de su hembra.

Se apresuró y cayó sobre ella saqueando su boca y disfrutando del mejor manjar que podía saborear. Recorrió su piel centímetro a centímetro, haciéndola gemir de placer y, con cada uno de aquellos sensuales jadeos, Bruno se excitaba tanto que le estaba costando contenerse y no apartar su boca para penetrarla.

Cada vez estaban más cerca de aquella explosión de placer que tanto anhelaban sentir. Desde que la vio en aquel hospital unas semanas antes, su cuerpo solo ansiaba una sola cosa; entrar en ella y hacerse el único dueño de aquel excitante cuerpo para siempre.

La conocía tan bien que supo el momento exacto en el que Maca iba a correrse. No lo iba a permitir, ¡ni hablar! No podía terminar tan pronto después de añorarla durante semanas. Separó su

boca de repente esperando a que Maca se calmara.

La protesta de ella, en forma de lastimeros gemidos, mientras su cuerpo se retorció en busca de su boca, todavía a pocos centímetros, le hizo saber que no estaba de acuerdo con su forma de proceder.

—Shhhh, aguanta un poquito, sabes que después tendrás una mayor recompensa.

Con una sonrisa en los labios, Bruno guió su erección entrando en aquel canal tan suave y resbaladizo sin ningún esfuerzo, Maca estaba más que preparada y suspiró con alivio al sentir cómo era colmada. Por fin tendría su recompensa. Lo que no sabía era que Bruno quería seguir jugando y no le iba a permitir llegar a su liberación con tanta facilidad. Se hundió en ella y, con un rítmico movimiento, entraba y salía hasta que percibió cómo su miembro era aprisionado y con rapidez volvió a salir.

Maca gemía de impotencia, su cuerpo ardía y su frustración aumentaba.

—¡No me hagas esto! —gimoteó Maca.

—Tranquila, casi estamos —mintió entre sonrisas.

¡Dos veces más la llevó hasta el límite! Y, cuando finalmente el placer inundó cada célula de su cuerpo, esta se estremeció. Temblaba entre sus brazos como una hoja. Él tampoco pudo aguantar mucho más y la siguió. Exhaustos, uno frente al otro, sin poder abrir los ojos disfrutaban de las sensaciones.

—Llevaba muchos días soñando con amarte. En cuanto cerraba los ojos, se convertía en fijación.

—¿Estás seguro de que esta vez no logrará separarnos?

—¿Quién? ¿Adela? Jamás volverá a interponerse entre nosotros. Hace dos días me llamó su hermana y me dijo que van a cambiar de terapia, pero que es muy consciente de que la posibilidad de salir depende solo de ella.

—Quizás un día consiga recuperarse. Si logra asimilar que no puede retenerte y que tiene que pasar página para continuar con su vida.

—Ojalá sea así. A pesar de todo lo que hemos sufrido por su culpa, no le deseo ningún daño.

—Guardaron silencio unos segundos, y fue Bruno el que lo rompió—. Estoy deseando que pase este mes. —Cambió de tema Bruno.

—¿Y eso? —preguntó llena de curiosidad.

—Para convertirme en tu marido.

—No se dice así, normalmente lo expresan «para convertirte en mi esposa».

—Pero en este caso yo soy un desastre para cualquier mujer, y en cambio tú eres el premio gordo de la lotería para cualquier hombre.

—Si no merecieras la pena, jamás hubiera aguantado tanto.

—Y yo tengo la suerte de que, a pesar de todo lo que ha sucedido, me sigas amando.

—Siempre.

Epílogo

Estaban todos reunidos en el enorme jardín de Julia y Diego. Dahir corría, todavía con cierta dificultad, pero siempre tenía detrás de él a Bruno o Maca para darle confianza. Sin embargo, se cansaba enseguida, su frágil cuerpo todavía no había llegado al peso necesario. En esos momentos buscaba su refugio favorito, los brazos de sus padres, y ellos lo acogían con todo su amor.

Nadie les había enseñado a ser padres, lo fueron con urgencia, de un día para otro y cada día aprendían algo. De lo que sí podían dar clases era de darle cariño, de transmitirle en cada abrazo y con cada caricia todo el amor que tenían para él. Apenas había empezado a vivir y ya había sufrido y pasado por más penurias que muchos adultos. Le había faltado hasta lo más esencial para vivir; el alimento. Pero todo aquello había quedado atrás. Dahir era un niño cariñoso y, sobre todo, muy agradecido.

En el porche de la casa, y sentados en el cómodo mobiliario de jardín, todos los reunidos les daban ideas a los últimos novios del grupo. Si uno se acercaba y escuchaba, no sabía muy bien quién se casaba, porque todos aportaban sugerencias para aquel día tan especial. La boda de Bruno y Maca la habían aparcado durante unos meses, hasta que Dahir estuviera completamente recuperado y tuviera el peso de un niño de su edad.

Parecían cotorras, no dejaban de hablar y hablar, con una sola excepción, José permanecía en la reunión, al menos su cuerpo, pero su mente estaba muy lejos.

Desde que habían vuelto de Somalia, se estaba replanteando toda su vida y el remordimiento y las dudas le acechaban tanto de día como en sueños. Se había convertido en un manojo de nervios.

A Julia no se le escapó la actitud de su amigo y empezaba a preocuparse por él, pero era muy hermético. Sabía que algo le preocupaba y también sabía que no lo compartiría ni con ella ni con nadie.

—José, ¿me acompañas a preparar algo más de picar? Tenemos los platos vacíos —le preguntó levantándose de la silla.

Diego la miró. La conocía muy bien y sabía que algo buscaba. La observó fijamente hasta que Julia se volvió hacia él. Su abierta sonrisa y aquel guiño le dieron la certeza, buscaba una conversación con su amigo. Lo habían comentado en la intimidad y los dos habían llegado a la misma conclusión; algo le preocupaba a José.

Este ni se enteró de que le hablaban. Así que Maca, que la tenía al lado, lo zarandeó. Entonces miró sin entender nada.

—Estás empanado, colega —comentó Maca, mientras le señalaba con un gesto a Julia.

Él movió la cabeza en señal de interrogación.

—¿Qué? —preguntó.

—Que si vienes conmigo a llenar los platos —repitió Julia. Se levantó como un autómatas, con lo avisado que era, ni siquiera se dio cuenta de que, normalmente, era Diego el que realizaba esa tarea. Siguió a su amiga hasta la cocina sin más. Cuando llegaron, lejos de todos los demás, Julia se apoyó en el borde de la mesa y, cruzando los brazos, le dijo—: ¿Se puede saber qué te sucede? Llevas muchos días perdido, no llamas, no vienes a vernos y, cuando conseguimos que vengas, estás totalmente ausente.

José iba a negar que le sucedía algo. Pero no podía rebatir lo que le estaba exponiendo. Se sentía acorralado, pero lo que de verdad le pasaba no podía contarlo. Nadie conocía su vida y no

la iba a airear entonces. Tenía sus dudas. Para ser sincero, al menos con él mismo, la incertidumbre lo estaba corroyendo por dentro. Cinco años atrás había actuado de una manera y, cada día que pasaba, dudaba más de que fuera la más acertada.

Suspiró derrotado. Estaba superado por aquella situación, pero no podía desenterrar su pasado. Fueron momentos muy dolorosos y no quería revivirlos. Por eso puso en marcha su prodigioso cerebro para poner una excusa y salir del paso. Se le ocurrió que podía decir una mentira a medias, obviando la verdad completa.

—Encontrarme con Clara en Somalia me hizo revivir un pasado doloroso. Tras la muerte de mis padres, el momento más duro que he vivido; ella formó parte de mi vida y su amistad fue un gran apoyo. Al verla y hablar con ella, el pasado volvió. Además, me preocupa que esté en aquel infierno.

—Lo siento, no lo sabía. Si hablaras y contaras las cosas no te sucedería esto. Si ve que el peligro aumenta, saldrá de allí, nadie se expone hasta las últimas consecuencias.

—Clara sí, esa es mi preocupación. En toda la ciudad de Mogadiscio no hay ningún cooperante occidental, ella es la única y me dijo que no pensaba dejar a todos aquellos niños abandonados a su suerte. Estoy seguro de que, si llega el momento y tiene que elegir entre protegerse o cuidar de aquella gente, elegirá lo segundo.

—Debe de ser una mujer excepcional —comentó Julia con admiración.

—Lo es. —Sin embargo, no siguió contando nada más, por el momento, la curiosidad de su amiga estaba satisfecha.

Pero Julia, que sabía leer entre líneas, sabía que aquello no era todo. El pasado lo había desenterrado muchas veces junto a ella, la muerte de sus padres, lo abandonado que se sintió, todo eso lo había compartido con ella en más de dos o tres ocasiones. Pero no iba a agobiarlo más.

—Cuando necesites desahogarte, descargar tus preocupaciones o simplemente hablar siempre puedes contar conmigo, lo sabes, ¿verdad?

—Lo sé, eres con la única persona que puedo abrirme de verdad.

—Pues que la próxima vez sea de verdad. —Le guiñó un ojo haciéndole entender que sus explicaciones no la habían convencido.

José no replicó, pero le quedó muy claro lo que quería decir. Julia era demasiado avispada, y él estaba en baja forma.

Unas preguntas revoloteaban por su cabeza sin parar:

¿Y si todo lo sucedido hacía cinco años tuviera una explicación?

Si hubiera hablado con ella entonces, ¿qué le habría dicho?

¿Qué le hacía dudar en aquellos momentos?

¿Había tomado una decisión equivocada?

De una cosa estaba seguro; si Clara llevaba casi cinco años siendo cooperante de un lado a otro del mundo, sus conjeturas eran totalmente falsas, una persona que da la vida por los demás diariamente no puede ser mala persona, sino todo lo contrario.

Sin que nadie se diera cuenta, suspiró mientras se pasaba la mano por la cabeza.

¿Qué iba a ser de su vida?

Fin

Agradecimientos

Llenaría un libro para dar las gracias, porque son muchas personas las que me animan día tras día a seguir adelante, pero no puedo. Así que he resumido y todos y todas estáis aquí.

A mi familia. Ellos son los que más caña me dan, los que me hacen las críticas más duras y en especial a Esther Lafuente, mi hermana pequeña. No se salta ni un pequeño fallo, pero siempre con cariño y, sobre todo, con argumentos. De esa manera consigue que, en cada nuevo libro, tenga menos fallos. A Teresa Tomás por su ayuda. Este título, como todos los de la serie, fueron fruto de muchas tardes de risas. Al final salieron preciosos.

A Raquel Antúnez y Alexia Jorques, por su excelente trabajo en corrección, maquetación y diseño de portadas, dos profesionales a las que no puedo ignorar. Ellas han creado una parte muy importante de este libro.

A Nuria Pazos, por sus consejos y su desinteresada ayuda. Gracias a ella, y a su empeño por un epílogo, *Palabras de papel* lo tiene. Además, me encantó cómo lo definió: «El epílogo es un regalo que esperamos todos los lectores, es un consuelo efímero a la palabra FIN».

A todos los lectores y lectoras que han elegido uno de mis libros. Parece un gesto muy simple, pero, viendo la cantidad que hay en el mercado, es una pasada. Por esta razón, en cada publicación tengo que agradecer que os fijarais en ellos. Puede ser que, en un primer momento, os atrajera la portada o la sinopsis, no importa el motivo, lo importante es que lo leísteis. Y hago una mención especial por todos los que habéis perdido unos minutos de vuestro tiempo para dejar un pequeño comentario en Amazon, en las redes sociales o en mensajes privados, es un chute de satisfacción tan grande que no lo podéis imaginar.

A todas administradoras de grupos de Facebook y organizadoras de eventos, por la enorme labor que hacéis, sin todas vosotras sería imposible que nuestros libros fueran visibles a miles de lectores. Además, hacéis posible la comunicación entre esta enorme comunidad que se ha creado alrededor de la Novela Romántica sin importar dónde se encuentran.

Biografía

Mariló Lafuente



Nací en Jaca (Huesca) en el año 1960. Con tres años, mi familia se trasladó a Zaragoza donde viví hasta los veinte. Soy la mayor de cuatro hermanos a los que estoy muy unida. Me casé trasladándome a Gavá (Barcelona) municipio en el que vivo desde entonces junto a mi marido. Madre de dos hijos y también orgullosa abuela.

Soy esteticista, profesión que me permite compartir confidencias con mi clientela en la intimidad de la cabina, convirtiendo el trabajo cotidiano en una continua fuente de inspiración y el principio de muchas historias.

Amante de la lectura y, aunque leo de todo, siento predilección por el género romántico. Soy una modesta pintora y me encanta realizar cualquier tipo de manualidades. Otra de mis pasiones es la música, imprescindible en mi vida.

Mi primer libro, *¿Y si el amor existe de verdad?*, fue publicado por la Editorial LXL. Le siguieron, *Nada nos volverá a separar* y *Un error no me alejará de ti* de la serie *Amor y Leyes*. Y, para terminar, la serie *Hermanas Egea*, con *Lucía*, *Blanca*, *Lola* y *Ana*.

En último lugar, he publicado el primer libro de la serie *Reporteros: Rímel de Miel* y este segundo que cae en tus manos, *Besos de agua*.

Redes sociales:

Facebook – Mariló Lafuente González

Página de autora en Facebook - Marilo Lafuente @marilolafuente60

Instagram - @marilolafuente

^[1] Empresa francesa dedicada a la venta de libros, música, así como artículos fotográficos y electrónicos.